

LOS ORÍGENES DEL CRISTIANISMO



BIBLIOTECA APOLOGÉTICA

MONSEÑOR LE CAMUS

Obispo de La Rochela y Saintes

LOS ORÍGENES DEL
CRISTIANISMO

IV

SEGUNDA PARTE

LA OBRA DE LOS APÓSTOLES

VOLUMEN PRIMERO

Ἐγένετο δὲ χρηματίζειν πρῶτον ἐν

Ἀντιοχείᾳ τοὺς μαθητὰς χριστιανούς.

Y sucedió que por primera vez, en Antioquía,
los discípulos fueron llamados cristianos.

(*Hech.*, XI, 26).

TRADUCCIÓN DE LA 4.^a EDICIÓN FRANCESA

POR EL

Dr. D. Juan B.^a Codina y Formosa, Pbro.

CATEDRÁTICO DE HEBREO Y GRIEGO EN EL SEMINARIO CONCILIAR DE BARCELONA
Y NUMERARIO DE LA REAL ACADEMIA DE
BUENAS LETRAS

CON LICENCIA DEL ORDINARIO

BARCELONA

HEREDEROS DE JUAN GILI

Editores CORTES, 581

MCMIX

ES PROPIEDAD

TIPOGRAFÍA DE LOS EDITORES, BARCELONA

PROLOGO

Un intervalo mucho más largo de lo conveniente, pero que acontecimientos múltiples, unidos á las dificultades que origina el trabajo, nos han impuesto, ha separado la publicación de esta primera parte de *La Obra de los Apóstoles* de la segunda, que hoy aparece, por fin, á satisfacción de nuestros amigos, con justicia impacientes. Sucedió que, habiéndose agotado nuestro primer volumen cuando los otros dos se editaban, ha tenido que ser reimpresso para los que querían adquirir los tres de una vez. Generalmente, reimprimir, en obras de esta importancia, es introducir algunas modificaciones. Éstas, sin embargo, no son aquí extraordinarias, por lo que la segunda edición de este trabajo, que fué recibido con la mayor simpatía, difiere muy poco de la primera. Como nada importante ha sucedido en los descubrimientos paleográficos, ú otros, que debiera modificar notablemente lo que en otro tiempo escribimos, no tenían razón de ser retoques de consideración.

Tan sólo ha sido modificada la cronología de los primeros años de la obra apostólica, en razón de la posición que hemos creído tener que adoptar definitivamente en la exposición histórica de la vida y de la obra de Pablo. Así, para atenernos estrictamente á lo que este Apóstol parece precisar en su epístola á los Gálatas, hemos colocado su conversión en el año 33, y no en el 36. Pero esta modificación, y las que de ella se siguen hasta el año 47, no cambian el fondo del libro, y los que poseen la primera edición podrán, teniendo en cuenta esta observación, dispensarse de recurrir á la segunda.

¡Plegue á Dios que las almas que buscan lealmente la verdad encuentren provecho en la lectura de esta exposi-

ción de nuestros Orígenes cristianos! Hemos procurado poner en ellos, no tan sólo la apología de nuestra fe, pero también el alimento y el ejemplo de la sincera piedad cristiana. El más excelente de todos los actos de caridad es aquel en que Jesucristo es presentado á los hombres en su vida y en la de su Iglesia. Á conseguir este efecto hemos consagrado nuestros esfuerzos durante treinta años, y Dios nos ha dado á comprender que hemos obrado bien.

† EMILIO-PABLO

Obispo de La Rochela y Saintes.

La Rochela, 15 de Noviembre de 1905.

PREFACIO DE LA PRIMERA EDICIÓN

En la misma ciudad de Antioquía tracé las grandes líneas de este libro. Desde mucho antes había preparado los materiales; pero mi obra, en mi pensamiento, tomó su forma definitiva sobre las ruinas mismas de la antigua metrópoli cristiana. Las vetustas piedras, en aquellas soledades en que el tiempo las ha enterrado, dan voces que hablan al alma, y de aquellas tumbas ilustres que el peregrino visita, se exhala una especie de supremo perfume vital que ayuda á la ciencia á iniciarse en las cosas de lo pasado. Lo que vi, lo que sentí, al pie del Silpio, iluminó con nueva luz lo que sabía.

El historiador que ama y quiere que se ame á aquellos de quienes habla, encuentra dulce satisfacción en iluminarlos, lleno de solicitud—iba á decir de afectuosa coquetería,—con el rayo de luz que les conviene y que fué precisamente el del medio en que vivieron. Por lo demás, uno de los méritos de la crítica moderna, cualesquiera que sean sus intenciones, consiste en haber arrancado de las formas hieráticas en que parecían inmóviles, y haberlos hecho obrar y hablar como en vida, á un sinnúmero de santos ilustres que, por ser poco conocidos, eran quizá muy fríamente admirados, y que serán más y más queridos, á medida que logremos representárnoslos tales como fueron, miembros, como nosotros, de la gran familia humana, pero tanto más admirables cuanto más superiores se mostraron á las mezquinas vulgaridades de la humanidad.

En reunir focos luminosos en torno de los héroes del Antiguo y del Nuevo Testamento, por la reconstitución atenta de los lugares y de los tiempos en que vivieron, pusimos todos nuestros cuidados mi amigo el Sr. Vigouroux y

yo, en nuestras diversas estancias en Oriente. El *Voyage aux Pays bibliques* y las *Sept Églises*, que he publicado en intervalo de algunos años, precisan con bastante exactitud el resultado sumario de nuestras reflexiones.

La historia de la manifestación divina á través de un pueblo, Israel, y en un Hijo de este pueblo, el Cristo-Mesías, seguida por nosotros desde las riberas del Nilo hasta las colinas de Nazaret y el lago de Tiberíades, no acaba en Palestina. Y si durante largos siglos estuvo circunscrita á este país, fué para salir de él con más decisivas consecuencias, á la hora señalada por Dios. Todo el pasado de Israel: Pueblo, Jueces, Reyes, Profetas, Templo, Ciudad Santa, Ley, Mesías, Cruz, Evangelio, Apóstoles, termina un día en Antioquía, en la fundación de su primera Iglesia, salida del paganismo y destinada á regenerar al mundo idólatra. La solemne cita de reconciliación entre Dios y el mundo pagano había sido providencialmente fijada allí, en las riberas del Orontas, donde nosotros estábamos; y nuestra fe se sentía feliz al venerar aquellos lugares benditos, donde la pobre gentilidad, agotada por las locuras y la miseria, cayó, como el hijo pródigo, en brazos del Padre misericordioso, para levantarse, perdonada y fiel, impaciente por glorificar á su Salvador, invitando al mundo entero al arrepentimiento y á las alegrías de la salvación, mientras el judaísmo, su hermano mayor, egoísta y celoso, se encerraba más y más en su exclusivismo y en su descontento. En la historia de la Iglesia y de la humanidad, Antioquía es el Cristianismo emancipado de la Sinagoga, el punto psicológico en que termina el mundo antiguo y del que sale el mundo nuevo.

Lleno de tales pensamientos, habíame sentado en una piedra del cementerio latino, al pie del Monte Estauro; y, dejando que mi espíritu remontase el curso de los siglos, me parecía ver llegar, de Jerusalén ó de Tarso, aquellos ilustres portadores de la Buena Nueva que tuvieron el valor de inaugurar, en la metrópoli Siria, la gran evangelización de los gentiles. Saludaba á Lucio,

á Manahén, á Simón el Negro, á Bernabé, á Pablo y otros muchos que, innominados en la historia, ostentan también en su frente la aureola santa de los obreros de Jesucristo. Estos hombres fueron para nosotros, hijos de paganos, nuestros maestros en la verdad, la levadura que, echada por Dios en la masa del gentilismo, la fermentó hasta transformarla por completo. Fueron y siguen siendo los verdaderos padres del mundo civilizado. Ninguna influencia en nuestra historia moral, después de la del Salvador, que es la fuente de todas las demás, podría compararse con la de aquel puñado de prosélitos generosos que, pisoteando los prejuicios de Israel, empeñaron la lucha con el paganismo, y, vencedores, viéronse oficialmente honrados con el título de cristianos. Tenían el espíritu y el corazón amplios como el Evangelio. Su alma llevaba todo el pensamiento y la caridad de Jesucristo. De aquí,—decíame á mí mismo,—partían Pablo, Bernabé, Timoteo, Tito, Silas y los demás, para abrir las grandes brechas del Evangelio en las provincias del imperio romano; aquí volvían á contar sus victorias, á recoger auxiliares, á recobrar fuerzas, como en el hogar de la familia, para volver á partir de nuevo, para abordar, en fin, á las riberas de esta pobre Europa, que gritaba á Pablo: «Atraviesa el mar y socórrenos ⁽¹⁾.»

Doce piedras levantaron los hebreos en Gálgala, en memoria del paso del Jordán y de la entrada en la Tierra prometida; estas doce piedras se mantuvieron de pie mientras Israel fué un pueblo. El Cristianismo rige todavía los destinos del mundo moderno, y en los campos donde Antioquía fué, nada hay que diga al viajero: «De aquí, la luz, emancipada del judaísmo, tomó libre vuelo hacia las naciones.» Sobre ruinas tan augustas, y para consagrar tales recuerdos, parece que una pirámide, desafiando el esfuerzo del tiempo y de los hombres, hubiese sido un justo testimonio de reconocimiento tributado á los primeros

(1) *Hechos*, XVI, 9. (*)

(*) El texto se refiere á una visión nocturna que Pablo tuvo en Troade, y en la que se le dijo: «Ven á Macedonia y socórrenos.» — N. del T.

abogados de la igualdad humana ante la Cruz y el Evangelio. ¡Habíamos visto tantas, por cierto injustificadas, sobre tumbas de faraones desconocidos y de déspotas odiosos! ¡Qué fenómeno tan lastimoso é inexplicable es en la historia de la humanidad esa indiferencia de los pueblos para con los sitios sagrados, donde el valor de algunos hombres, una señal del cielo, la autoridad de un sabio ó de un santo proporcionáronles un día vida, porvenir y gloria! Jerusalén, Nazaret, Belén, tienen, á lo menos, santuarios donde las almas cristianas van á orar. Aquí nada, ó casi nada. Algunos, muy pocos, hijos del Evangelio se confunden, pobres y humildes, entre los feroces sectarios del Corán. El fanatismo musulmán, de tal modo reina como dueño absoluto en esa antigua cuna de la Iglesia libre, que ni siquiera las piedras, testigos de nuestros gloriosos orígenes, tienen derecho á mantenerse en pie. Lo poco que queda de la antigua ciudad desaparece de día en día á los golpes del azadón del primer advenedizo que quiere construir una casa ó murar un jardín.

Este espectáculo de indecible desolación transformaba poco á poco mi entusiasmo en dolorosa tristeza. Si con la imaginación contemplaba la vida exuberante de lo pasado, en realidad todo estaba bien muerto en lo presente. Sepultada á veinticinco pies bajo tierra, la antigua ciudad apenas dejaba entrever, por algunas elevaciones del suelo, á través de campos pedregosos que la mano del hombre ya no cultiva, la huella incierta de sus edificios derribados. Aquí y allá, algunos cipreses balanceaban su cabeza sombría sobre aquel vasto sepulcro. Buscando á mi izquierda, hacia las cumbres, la antigua ciudadela donde los soldados romanos pronunciaron quizá por vez primera el nombre cristiano, sólo descubría ruinas informes que ensanchaban por aquel lado la pintoresca cinta de fortificaciones que corona la montaña. En el desfiladero de las Puertas-de-Hierro, las aves de rapiña daban gritos salvajes, á la entrada de las grutas desiertas donde los piadosos solitarios han cesado de orar. Por las grandes vías romanas que conducían á Oriente y á

Occidente, transformadas ya en senderos impracticables, ni un ser viviente transitaba. Tan sólo el Orontas, en el fondo del valle, dejaba oír el ruido monótono de sus olas, y, á las primeras sombras de la noche, la Antakieh moderna, coronada de delgados minaretes, se agrupaba, en el fondo del paisaje, como un campamento de nómadas al pie de la montaña.

¡Ay! este abandono de lugares tan venerables me recordaba, con pena todavía mayor, la prolongada indiferencia con que la ciencia religiosa y la misma piedad han rodeado los graves acontecimientos que allí ocurrieron y los hombres que allí vivieron. Los santos modernos y las devociones nuevas ¿podrían hacer olvidar los santos y los santuarios de otro tiempo? En todo caso, la impiedad, provocándonos á la controversia, allá nos lleva á la fuerza, y de ello hay que alegrarse.

En aquel momento, me hallaba cerca de una de las últimas reliquias, casi auténticas, de un pasado tan lamentablemente destruído. Era la gruta del cementerio latino. Cogí un ramo de laurel—el árbol de Dafnis crece siempre en aquellos lugares,—y, piadosamente emocionado, penetré en ella.

La montaña rocosa se redondea allí en bóveda, con bastante desigualdad tallada. Á la derecha, se ve todavía la pequeña fuente, cuyas aguas límpidas sirvieron antiguamente para administrar el bautismo. ¡Ah, hace ya mucho tiempo que los neófitos no se acercan á ella! A la izquierda y en el fondo, un estrecho pasillo conduce á las estancias superiores, donde se ocultaban los hombres de Dios en los días de sangrienta persecución. Algunas excavaciones, visibles en la piedra, debieron de recibir las lámparas que iluminaban las veladas de los primeros cristianos. Un altar, horriblemente desnudo, alzábase en este santuario, que mide cerca de diez metros de ancho por veinte de largo. Al decirme á mí mismo que allí quizás habían orado y predicado los Apóstoles y los primeros discípulos; que allí había resonado el himno de acción de gracias de la joven

Iglesia, salida también ella de Egipto, de las manos de un pueblo fanático y perseguidor que no había sabido comprender ni á sus Profetas, ni á su Mesías, ni á su Dios; que allí los generosos soldados de Jesucristo habían conocido, á través del temor y de la esperanza, las crisis dolorosas inseparables de toda gran empresa, experimentaba ese estremecimiento religioso que arrebató el alma por encima de la tierra. Saludando entonces la sombra de los valientes que veía alzarse ante mí; oyendo todavía sus gritos de ambición, cuando el Espíritu los envió á conquistar el mundo pagano, cuyos caminos, á pesar del mosaísmo, quedaban por fin abiertos; abarcando de una ojeada la historia de sus combates y de sus triunfos, deposité, con respeto santo, en el altar de piedra, el laurel que para ellos poco antes cogiera. Era la corona que ofrecía á los vencedores antes de escribir su panegírico.

Que se me perdone esta sencilla manifestación de un entusiasmo, por otra parte, muy legítimo. Era la expresión genuina de un vivo deseo de llevar mi modesta piedra al monumento de gratitud que la historia y la Iglesia, la ciencia y la piedad, en estos días dolorosos para la fe, deben levantar en su propio honor, que es el honor de aquellos por quienes la fe triunfó antiguamente de un mundo no menos corrompido que el nuestro. Cuanto más la falsa crítica se empeña en desfigurar ó empequeñecer á los primeros propagadores del Evangelio, tanto más preciso es que nosotros los glorifiquemos y los justifiquemos, despertando en las almas el culto de ese pasado, exuberante de evangélica savia, que en ellos tuvo sus héroes.

Así comenzó el trabajo de glorificación que hoy ofrezco al público. Si ha placido al cielo hacer que por él circule algo de lo que sentí en las ruinas de Antioquía, hallará mi libro entre los lectores amantes de la verdad la misma acogida que la *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, de la cual es continuación. Los hombres de la primera generación cristiana, con sus caracteres tan diversos, sus virtudes prodigiosas y aun sus defectos, se ofrecen á mi admiración, como el

Maestro se impuso á mi adoración. En diversos grados apasionan aquéllos mi alma, como éste la había apasionado; y la alegría que experimento al darlos á conocer, me compensa abundantemente las muchas horas empleadas en estudiarlos.

E. LE CAMUS.

INTRODUCCIÓN

El Cristianismo, tal como se estableció, transformando el mundo antiguo y dominando después la humanidad civilizada, es á la vez una idea y un hecho, una doctrina y una institución. La historia de sus *Orígenes*, que intentamos escribir, como otros muchos lo han hecho, debe darnos á conocer sucesivamente á su fundador, Jesucristo, á sus propagadores, los Apóstoles, y, finalmente, á sus primeros defensores, los apologistas y los mártires del siglo apostólico. Después de ellos, la Iglesia quedó definitivamente constituida con los elementos que debían asegurar su indefectible permanencia y su triunfo eterno.

Hemos escrito, ya considerándola desde su doble aspecto dogmático é histórico, la *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, realizando así la primera parte de nuestra empresa y estudiando el Cristianismo, idea y hecho, en Aquel que fué su autor. Vamos ahora á emprender la segunda parte, que titulamos *La Obra de los Apóstoles*, no porque esta obra no deba considerarse como de Jesús ó de su Espíritu—pues el Cristo-Dios, á diferencia de todos los demás fundadores de religión ó de instituciones humanas, no vió terminar, con su vida mortal, su acción sobre la Iglesia por Él fundada, ya que después de su muerte, la dirige con su influencia, predica en ella por los Apóstoles y depone en su favor por medio de los apologistas y los mártires,—sino porque, como todo esto lo hace valiéndose de personalidades diversas, sin suprimir en ellas ni su carácter, ni sus inclinaciones, ni sus defectos, dejaremos en segundo término y en su gloriosa penumbra la acción divina, á pesar de su preponderancia, para narrar tan sólo la historia de los hombres que fueron sus instrumentos.

Á fines del siglo IV, San Juan Crisóstomo⁽¹⁾ decía á sus oyentés que nada les era á los fieles menos familiar que la historia apostólica, y, al empezar el comentario del libro de los *Hechos*, se lisonjeaba de reservar sorpresas muy interesantes á la mayor parte de los que fueran á escucharle, porque diría cosas viejas que á todos parecerían nuevas. Permítasenos compartir las esperanzas del más elocuente exégeta de la Iglesia griega, al ofrecer al público, que nos ha demostrado ya sus simpatías, esta historia de los *Apóstoles* y de su *Obra*, continuación de la *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*.

No tan sólo la ciencia apologética, pero también la sana y robusta piedad, tienen verdadero interés en saber cómo el Cristianismo se estableció, se propagó y se organizó; qué virtudes adornaron á la primitiva Iglesia, pues hay que creer que practicó las más esenciales y las más dignas de nuestro anhelo; qué vínculos unieron desde el principio á los fieles entre sí y á éstos con sus maestros; cuáles fueron los orígenes del culto, de la jerarquía y de las diversas obras de edificación. Santo Tomás ha dicho en alguna parte que todo ser encuentra su perfección en su origen. Séame permitido tomar estas palabras en un sentido favorable á mi tesis, y decir que toda institución debe siempre buscar en sus orígenes el secreto de su última perfección, de la cual le es muy fácil apartarse en el curso del tiempo y al contacto de las pasiones humanas.

En nuestro tiempo ha concedido Dios á su Iglesia la gracia especial de llevar nuevamente las almas al estudio de nuestros orígenes religiosos, de arrancarlas de las pequeñas devociones que las embarazan y de la ignorancia que las invade, para ejercitarlas principalmente en la imitación de las virtudes varoniles que fueron honor y gloria imperecedera de la Iglesia naciente. ¡Benditos sean los pastores del místico rebaño que contribuyan á fomentar este movimiento! En la esfera del mundo espiritual, que

(1) *Homil. I, in Act.*

no hay que confundir con aquella en que se desenvuelve el progreso material de las sociedades, el ideal será siempre mirar atrás y no adelante. No debemos buscar lo que dicen la filosofía, el espíritu moderno, el progreso, sino lo que hicieron y predicaron los primeros discípulos de Jesucristo, suficientemente autorizados para llevar á la vida práctica el verdadero pensamiento del Maestro, con el cual habían vivido. Nada exageraron; pero poniendo á la cabeza de sus obligaciones la honestidad, el horror á la mentira, la justicia absoluta, juntáronles aquello que, por mucha que sea su excelencia, no habría podido suplir jamás á sus ojos estas virtudes primordiales: el espíritu de sacrificio, la fe robusta, la esperanza imperturbable y la bondad sin límites, que son la nota distintiva del verdadero cristiano. No gustemos otro Cristianismo que el de los tiempos apostólicos, ni permitamos que enerven nuestra vida religiosa, ni extravíen nuestra buena voluntad, ni debiliten nuestra energía, aquellos que nos proponen cosa muy diferente. Al emprender estos estudios, útiles para las almas de buena voluntad, nos mueve principalmente la consideración de que nuestra sociedad se muere porque le falta la verdadera savia del Evangelio. Nuestro trabajo producirá algún bien, á pesar de su insuficiencia, en la presente crisis religiosa. En tiempo de carestía, aun el pan negro es bien recibido en casa de los desgraciados que perecen de hambre. Á todo el que lea estas páginas, sólo tenemos que repetirle las palabras de la Epístola á los Hebreos: *Mementote praepositorum vestrorum, quorum intuentes exitum, imitamini fidem* (1).

En *La Obra de los Apóstoles*, se pueden distinguir, como lo hicimos en la *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tres fases. En sus modestos comienzos hay una explosión súbita de actividad, la cual, por medio de heroicos trabajos y martirios, prepara el completo desenvolvimiento de la Iglesia. Es el movimiento progresivo del grano de mosta-

(1) *Hebr.*, XIII, 7.

za, echado en tierra y regado con sangre divina. Debe germinar y convertirse en el árbol sobre el cual reposarán las aves del cielo. En el primer esfuerzo, la semilla desmenuza la tierra que la cubre, hasta que, brotada violentamente del surco, dice al sol, al rocío, á la tempestad: «Heme aquí.» La planta ó el arbusto abre entonces sus tiernas ramas, extiende sus brazos en el espacio y desarrolla sus fuerzas, asentando su vida en extensas y profundas raíces. Finalmente, las flores aparecen, los frutos se preparan y el árbol se muestra en su hermosa fecundidad. Tal fué, en resumen, la Obra de los Apóstoles. Surge la Iglesia sacudiendo la dura tierra del judaísmo, mal cultivada por los fariseos: éste es su *Período de Emancipación*; después, lanzando á los cuatro vientos del cielo sus mensajeros, con su palabra y su gracia victoriosa, les ordena apoderarse del mundo: éste es su *Período de Conquista*; en fin, completando su organización interior, asegura su porvenir contra el mal, el tiempo y los hombres: éste es su *Período de Consolidación*. Estudiaremos sucesivamente estos tres períodos, si Dios nos da tiempo para ello. Cada uno, constituyendo un todo distinto, pide ser expuesto en libro aparte.

Los manantiales en que debemos inspirarnos para este trabajo están, ó deberían estar, en manos de todos; porque, si algunos testimonios de Josefo, de Filón y de los más antiguos Padres de la Iglesia pueden á veces ser invocados, los principales documentos que hay que hojear, comprender y desarrollar, son el libro de los Hechos, las Epístolas y el Apocalipsis. En ellos encontraremos todos los elementos para una historia de los tiempos apostólicos, como encontramos en los cuatro Evangelios los elementos de la vida del Salvador. Todo fiel debe tener á mano estos archivos de la gran familia cristiana, y no olvidar jamás que ningún predicador hablará mejor al alma que los autores de las Epístolas; que ningún historiador referirá con mayor edificación los sucesos que el autor de los Hechos; que ningún mortal ha contemplado las

cosas con más elevación que el Vidente del Apocalipsis.

A su tiempo estudiaremos la autenticidad de los diversos escritos de Pablo, de Santiago, de Pedro, de Judas y de Juan. Por el pronto, el libro de los Hechos es el que debe solicitar nuestra atención, ya que su primera parte, por sí sola, constituirá el fondo de este volumen. Séanos, pues, permitido, exponer, con alguna extensión, su valor histórico y su carácter especial.

El libro de los Hechos fué escrito poco después de nuestro tercer Evangelio ⁽¹⁾, del cual declara que es continuación ⁽²⁾, y con el cual tiene, por otra parte, el más evidente parentesco. La identidad de estilo y de composición son tales, en estos dos libros, que demostrar el origen del uno, es establecer el origen del otro. Ofrecen absolutamente el mismo procedimiento de composición, la misma fraseología, las mismas construcciones gramaticales, las mismas expresiones favoritas ⁽³⁾. Al igual que en el ter-

(1) En los Padres apostólicos se encuentran algunas alusiones al libro de los Hechos. Así, San Policarpo, en su epístola á los Filipenses, hacia el año 108, reproduce el versículo 24 del cap. II: *ὃν ἔγειρεν ὁ Θεός, λύσας τὰς ὀδύνας τοῦ Ἀδου*. Antes de él, San Ignacio, escribiendo á los de Esmirna, § 3: *μετὰ δὲ τῆν ἀνάστασιν συνέφαγεν αὐτοῖς καὶ συνέπιεν*, parece tener una reminiscencia de los Hechos, X, 41. En su carta á los Magnesios, § 5, emplea la expresión misma de Pedro (Hechos, I, 25) para señalar el fin del hombre: *ἐκαστος εἰς τὸν ἴδιον τόπον μέλλει χωρεῖν*. Pero más antigua aun, pues remonta al fin del primer siglo, nos parece ser la alusión de la epístola de Clemente de Roma al cap. XIII, 22, del libro de los Hechos. Leemos en ella, cap. XIII: *Τί δὲ εἶπωμεν ἐπὶ τῷ μαρτυρημένῳ Δαυίδ; πρὸς δὲ εἶπεν ὁ Θεός. Εἶρον ἄνδρα κατὰ τὴν καρδίαν μου, Δαυὶδ τὸν τοῦ Ἰεσσαί; ἐν ἑλέει αἰωνίῳ ἔχρισα αὐτόν*. Citando el Salmo LXXXVIII, 21, Clemente intercala estas palabras: «hombre según mi corazón», tomadas de I Reyes, XIII, 14, absolutamente como Pablo lo había hecho en su discurso de Antioquía de Pisidia. Añadamos que la expresión *μαρτυρημένῳ* recuerda también la *μαρτυρήσας* del Apóstol La *Διδαχὴ τῶν Ἀποστόλων* recuerda, p. 21, 4.ª edición de Briennio, Hechos, II, 44, 47; IV, 32. La carta á Diognetes nos lleva, 3, 4, á Hechos, XVII, 24.

(2) Comp. el preámbulo del tercer Evangelio con el comienzo de los Hechos.

(3) Nada es más curioso que la serie de comparaciones que pueden hacerse entre el estilo del tercer sinóptico y el de los Hechos. El autor de los dos libros tiene la especialidad del participio de los verbos *ἀνοίστημι* y *καθίζω*, empleados simultáneamente con otros tiempos de otros verbos para dar relieve á la narración (Evang., I, 39; IV, 29, etc., y con frecuencia en los Hech.); de ciertas expresiones: *ἐπιχειρεῖν* (Evang., I, 1; Hech., IX, 29; XIX, 13); *διαπορεῖν* (Evang., IX, 7; XXIV, 4; Hech., II, 12; V, 24; X, 17); *καθελθῆναι*

cer Evangelio, el griego, regularmente puro, que habla el autor de los Hechos no ha evitado más que en parte numerosos arameísmos, sobre todo en la primera parte de su trabajo (1). Se puede, pues, afirmar que, en defecto de otra indicación, esta fraternidad literaria de los dos libros sería suficiente para hacer que los aceptásemos como obra de un solo y mismo escritor.

Pero la más explícita tradición habla en el mismo sentido. Según San Ireneo (2), Lucas—abreviación de Lucano ó Luciano, con la forma aramea *á* y la terminación griega *s*,—es indudablemente el autor del tercer Evangelio y del libro de los Hechos. El fragmento de Muratori, que data, lo más tarde, del año de 160, igualmente lo atestigua (3). Des-

(*Evang.*, I, 3; VIII, 1; *Hech.*, III, 24; XI, 4; XVIII, 23); καθότι *Evang.*, I, 7; XIX, 9; *Hech.*, II, 24, 45; IV, 35); *καρά* con genitivo para indicar lo que se hizo en toda una comarca (*Evang.*, IV, 14; XV, 14; XXIII, 5; *Hech.*, IX, 31 y 42; X, 37) ó con acusativo para indicar el punto de llegada (*Evang.*, X, 32; *Hech.*, V, 15; XVI, 7; XXVII, 7); ὁμιλεῖν (*Evang.*, XXIV, 14; *Hech.*, XX, 11; XXIV, 26); ἀδικία (*Evang.*, XIII, 27, etc.; *Hech.*, I, 18; VIII, 23) en un sentido particular. La enumeración no acabaría si se quisiese poner de manifiesto todas las semejanzas. Puede verse este trabajo paciente en el P. Mertian. *Etudes des P.P. Jésuites*, 1863, p. 774, y más fácilmente en el *Manuel bibli.*, que de Mr. Bacuez, vol. IV, p. 11. Davidson, *Introd. to the N. T.*, ha señalado cuarenta y siete expresiones particulares del autor de los dos libros. (Vol. II, p. 261 y sigs.)

(1) Puede comprobarse no solamente en los discursos de Pedro, cap. II, 14 y sigs.; III, 12 y sigs.; IV, 8 y sigs.; V, 29 y sigs.; pero también en el curso mismo de los relatos que hace el autor: I, 15, 25; II, 1, 4; V, 41; XI, 22, etcétera.

(2) El gran obispo, que ocupaba la sede de Lión desde 178, y que había conocido en Asia á los contemporáneos de los Apóstoles, no sólo atribuye á San Lucas el libro de los Hechos, si que además cita algunos de sus pasajes y resume los doce capítulos últimos (*Adv.*, *Haeres.*, III, XIV, 1.)

(3) Este fragmento, traducción de un escrito griego de Papias de Hierópolis, según unos, de Hegesipo, ó tan sólo del sacerdote Cayo, según otros, y en todo caso de un autor del siglo segundo, dice en su latín bárbaro, que transcribimos del original: «Acta autem omnium Apostolorum sub uno libro scripta sunt. Lucas obtine Theofile comprindit quia (quae?) sub praesentia ejus singula gerebantur, sicut et semote passionem Petri evidenter declarat. Sed et profectioem Pauli ab urbe ad Spaniam proficiscentis.» Cualquiera modificación que se proponga para explicar el final del texto á partir de *semote*, precisa entender que el autor supone que Lucas deja á un lado el martirio de Pedro y el viaje de Pablo á España, para no escribir más que sobre los acontecimientos de los cuales había sido testigo. En esta apreciación se engaña, pues Lucas ha contado en su libro muchos sucesos que no había visto. Pero esto no invalida el alcance de su atestación, en lo relativo al autor de

pués de estos dos testimonios tan categóricos, parece superfluo invocar los de las Iglesias de Lión y de Viena ⁽¹⁾, en su carta á los fieles de Asia y de Frigia, de Clemente de Alejandría ⁽²⁾, de Tertuliano ⁽³⁾ y de Orígenes ⁽⁴⁾. La Tradición es unánime ⁽⁵⁾; mas, aunque ésta faltase, sería también posible suplir su silencio y llegar con toda seguridad, siguiendo las indicaciones particulares del libro, á designar quién lo escribió.

Éste no acompaña constantemente á Pablo, sino á intervalos. En efecto, hacia la mitad de su obra, el autor ⁽⁶⁾ se mezcla en el grupo que rodeaba al Apóstol: «Habiendo Pablo tenido—dice—esta visión en Troade, al punto *procuramos* partir para Macedonia ⁽⁷⁾.» Desaparece poco después en Filipos, para no reaparecer hasta mucho más tarde, en esta misma ciudad donde se había eclipsado, y no dejar más al Apóstol hasta el fin. El estilo de estos fragmentos con los cuales se presenta en escena, es exactamente el mismo que el del resto de la obra; tan sólo el orden de ideas varía de un modo sensible. Así, en estos pasajes, apenas menciona otros sucesos que los pertinentes á la vi-

los Hechos. Es evidente que, desde la primera parte del siglo segundo, este libro se atribuía á San Lucas.

(1) En Eusebio, *H. E.*, V, II. Se habla del martirio de Esteban y de su plegaria para sus matadores. La carta es del año 177.

(2) *Strom.*, V: «Como Lucas, en los Hechos de los Apóstoles, recuerda estas palabras de Pablo: Atenienses, etc.»

(3) Cita con frecuencia los Hechos, los cuales atribuye á San Lucas. Véase sobre todo *De jejun.*, X: Cum in eodem commentario Lucae, et tertia hora orationis demonstratur, etc., y *De Baptismo*, X: «Adeo postea in Actis Apostolorum invenimus, etc.»

(4) En su comentario á la Epístola á los Hebreos, dice: «Algunos suponen que fué escrita por Clemente, obispo de Roma, y otros por Lucas, autor del Evangelio y de los Hechos.» Véase en Eusebio, *H. E.*, VI, XXVI.

(5) Cuando Focio (*Quaest ad Amphiloch.*, 145) habla de «algunos que atribuyen el libro de los Hechos á Clemente de Roma, de otros á Barnabé, de otros en fin á Lucas», no es que él admita alguna duda en la verdadera tradición de la Iglesia; quiere hacer resaltar la ignorancia de algunos á propósito de este libro.

(6) Pretender que el historiador ha podido introducir estos fragmentos, escritos por otro, sin aplicarse á sí mismo el *nosotros* que los caracteriza, y sencillamente por un respeto escrupuloso á las fuentes en las cuales bebe es asimilarle, contra toda justicia, al más inepto de los compiladores.

(7) *Hechos*, XVI, 10-17.

da común de cada día. Lo hace con una exactitud que demuestra la vivacidad de sus recuerdos, pero que, á nuestro juicio, no supone un diario de viaje escrito con toda regularidad. No puede dudarse de que cuenta con suma fidelidad todo lo que ha visto. Por desgracia, no lo vió todo, ni lo sabe todo; de aquí sus profundas y lamentables lagunas.

Estas observaciones, que hará naturalmente un lector atento del libro de los Hechos, obligan á buscar al autor entre los compañeros menos asiduos de Pablo, descartando desde luego á los nombrados en el curso de los relatos. En efecto, teniendo la facilidad de designarse á sí mismo con la palabra *nosotros*, cuando quiere presentarse en escena, es evidente que el historiador no debe mezclar su nombre con el de los demás. Se distinguirá de igual modo muy categóricamente de la mayor parte de ellos, si, al nombrarlos, hace constar que él no formaba parte del grupo. De esta suerte, en el momento en que va á dejar á Macedonia para pasar al Asia, el narrador, que había estado siete años separado del Apóstol, se le junta de nuevo en la misma ciudad de Filipos donde lo había dejado, y declara que siete de sus compañeros, Sopatro, Aristarco, Segundo, Gayo, Timoteo, Tiquico y Trofimo, se les adelantaron, al Apóstol y á él, en Troade ⁽¹⁾. En consecuencia, él no puede ser ninguno de los siete discípulos nombrados en esta ocasión.

Parece que no puede darse nada más legítimo que esta conclusión. Sin embargo, la exégesis racionalista, andando á caza de teorías singulares, hace gala de no tenerla en cuenta. Le ha parecido más nuevo y más científico atribuir sucesivamente el libro, ora á Timoteo ⁽²⁾, ora á Silas ⁽³⁾, y también á Tito. La suprema razón que alega es que Lucas no fué con asiduidad compañero de Pablo. Pero aquí está precisamente la explicación más natural de las lagunas que encontramos en su obra. Uno que hubiera

(1) *Hechos*, XX, 4.

(2) Schleiermacher, Ulrich, Bleek.

(3) Schwanbek, *Quellen der Apostelg.*

seguido regularmente al Apóstol se hubiera mostrado mejor informado y más completo. De nada sirve decir que los más amplificados ó los más vivos relatos, son los de los acontecimientos en los cuales Timoteo ó Silas tomaron parte. Esto debería probarse. Ni el uno ni el otro estaban en Atenas, ó en Éfeso, con el Apóstol, y, con todo, la descripción de las escenas que allá acaecieron no carece ni de desenvolvimiento ni de realce. Al contrario, Timoteo tomó parte en la segunda visita á Galacia, y el narrador nada nos dice de los incidentes que la señalaron ⁽¹⁾. Tito parece haber desempeñado un papel importante en uno de los viajes de Pablo á Jerusalén ⁽²⁾, y en el libro de los Hechos ni siquiera se habla de su presencia en esta ciudad. Además, mientras que en el curso de los relatos, son nombrados estos diversos personajes, en ellos el autor se llama invariablemente *nosotros*. Aquí está el escollo fatal de todos los sistemas que quieren suplantar á San Lucas. Añadamos que muchas otras indicaciones fortuitas concurren á hacerlos insostenibles. Por ejemplo, de Silas se dice que era «un hombre eminente entre sus hermanos ⁽³⁾.» ¿Es creíble que un autor tan poco presuntuoso de su obra como el del libro de los Hechos, se señale á sí mismo con tal elogio? Semejante manera de recomendarse al lector ¿es compatible con la modestia de los hombres apostólicos?

Batida en esa serie de hipótesis fantásticas, la crítica racionalista ha imaginado más recientemente que Lucas pudo ser simplemente ó el editor de Timoteo ⁽⁴⁾, ó el mismo personaje que Silas. Se ha dicho: ¿por ventura la palabra Silas no es abreviación de Silano, como Lucas lo es de Lucano? ¿Y no es casi igual el significado de sus respectivos radicales, *silva*, «selva» y *lucus*, «madera sagrada ⁽⁵⁾?»

(1) *Hechos*, XVI, 6.

(2) *Galat.*, II, 1 y sig.

(3) *Hech.*, XV, 22.

(4) Mayerhoff, *Eint. in die Petrin. Schriften*.

(5) Henneel apoya su opinión en que, cuando el *nosotros* interviene por vez primera (*Hech.* XVI, 10) los únicos compañeros de Pablo eran Timoteo y Silas (*Hech.* XV, 40; XVI, 3, 4, 6). Que eran sus compañeros es evidente; lo que debería demostrarse es que eran sus *únicos* compañeros.

¿Acaso Pedro no era llamado también Cefas? Sin duda; pero estos dos nombres eran uno sólo en dos lenguas distintas, el griego y el arameo, al paso que Silvano y Luciano son dos nombres, dos palabras diferentes, en la misma lengua latina. Por otra parte, Pablo, en sus Cartas, no solamente no dice nada que autorice la confusión de estos dos personajes, antes bien, parece que los distingue de un modo categórico. Así, nos indica que Silas estaba á su lado en épocas en que el autor del libro de los Hechos se hallaba muy distante ⁽¹⁾. Por lo demás, ¿qué ganaba la obra, públicándose como de Lucas, discípulo harto poco conocido, si era de Timoteo ó de Silas, personajes ya célebres en la Iglesia primitiva, y cuyo nombre era por sí sólo una garantía? Difícil sería decirlo.

Pues bien, al paso que estos nombres, tanto el uno como el otro, suscitan dificultades insuperables, el de Lucas pide con toda naturalidad pasar del tercer Evangelio al libro de los Hechos, que es su continuación. Lo poco que sabemos de los viajes de este varón apostólico, nombrado solamente tres veces en las Epístolas, concuerda, en efecto, muy exactamente con los pasajes en los cuales el autor de los Hechos se mezcla en los viajes de Pablo. Es decir, que, de conformidad con los datos de este libro, las cartas á los Colosenses y á Filemón ⁽²⁾ nos revelan la presencia de Lucas junto á Pablo cautivo, y la segunda Epístola á Timoteo, en la cual el valiente atleta se queja de su aislamiento en Roma, nos entera de que sólo Lucas se hallaba entonces á su lado ⁽³⁾. A su vez, Lucas prueba muy bien que él estaba con el Apóstol en el largo y penoso viaje de Cesárea á Roma, en el cuidado con que pinta minuciosamente sus diversas peripecias. El *nosotros* que emplea en esta relación es su firma auténtica.

Se ha supuesto que «el médico muy amado,» como le

(1) *I Tesalon.*, 2, 1; *II Tesalon.*, 2, 1; *II Cor.*, 2, 19.

(2) *Colos.*, IV, 14; *Filem.*, 24.

(3) *II Tim.*, IV, 11.

llama Pablo ⁽¹⁾, viendo al Apóstol extenuado por increíbles trabajos, y quizá enfermo de esa dolencia de que se queja como de una espina clavada en su carne ⁽²⁾, se le juntó definitivamente, cuando éste pasaba de nuevo á Filipos ⁽³⁾, para dedicar todos sus cuidados á aquella endeble constitución, comprometida por un exceso de celo.

No sólo en los médicos de nuestros días hay que reconocer una verdadera potencia de iniciativa en la propaganda de las ideas sociales ó filosóficas de las cuales se constituyen en abogados. Al ofrecer la curación del cuerpo, se atribuyen más de una vez el derecho de sembrar en torno de sí mismos ideas que van derechamente al alma. San Lucas trabajó probablemente muchísimo en la difusión de Buena Nueva ⁽⁴⁾. Era uno de los hombres más cultos del Círculo Apostólico, como lo prueba su griego generalmente puro y correcto. No obstante, carece de fundamento la serie de hipótesis racionalistas á propósito del fin que se propuso al escribir su Evangelio ó los Hechos, pues los dos libros fueron redactados bajo una misma inspiración. Igualmente exento de prejuicios, tanto al referir la historia de los Apóstoles como la de Jesús, se abstiene de reflexiones personales. No manifiesta ni admiración, ni sorpresa, ni amor, ni odio. Es el historiador escrupuloso, sin pasión por ninguna idea ni por ningún hombre. No tiene esas miras sintéticas que

(1) *Colos.*, IV, 14. Se ha creído encontrar en el libro de los Hechos, como también en su Evangelio, indicios de su profesión. Así, *Evang.*, IV, 38; VIII, 43 y 44; y *Hech.*, III, 7; XII, 23; XIII, 11; XXVIII, 8.

(2) *II Cor.*, XII, 7.

(3) Se ha creído comúnmente, siguiendo á Eusebio, *H. E.* III, VI, que Lucas era de Antioquía; pero la opinión de Eusebio está quizá fundada en una confusión entre Lucas y Lucio de Cirene. Muchos prefieren creer que era de Troade, ó de Filipos. El uso de algunos vocablos técnicos de la ciencia náutica parece indicar que vivió en compañía de marinos y en un puerto de mar.

(4) Alguien se ha extrañado de que el nombre de Lucas no siga al título del libro de los Hechos, en los más antiguos manuscritos que han llegado hasta nosotros, como sigue al título de su Evangelio. Pero, además de que el nombre servía para distinguir los Evangelios entre sí, el que se leía al principio del tercer Sinóptico debía servir naturalmente para el libro de los Hechos, que es su continuación.

denotan el plan preconcebido de hacer prevaleer una doctrina. Las cosas menos importantes, los detalles minuciosos tienen cabida en su escrito, porque de ellos fué testigo, y con frecuencia pasa por alto los más importantes hechos, tales como el primer conflicto del universalismo helenico con el particularismo judío, ó también la fundación de la Iglesia emancipada de la Sinagoga en Antioquía, pareciendo no sospechar su importancia decisiva. El terrible antagonismo nacido del contacto de la Ley y del Evangelio, y cuyas consecuencias podían ser funestas al desarrollo de la naciente Iglesia, es también denunciado con tan poco vigor, que se necesita toda la atención de la crítica para percibir en el curso de su relato los primeros síntomas.

¿Por cuál extraña aberración se ha querido hacer de un narrador tan reservado, tan tranquilo, tan equilibrado, ora un biógrafo de Pedro ó de Pablo, siendo así que ni siquiera se cuida de darnos á conocer la nota moral que los caracteriza, ni sus tendencias personales, ni el conjunto de sus empresas apostólicas; ora un defensor de las ideas universalistas del Apóstol de las naciones, como si él no atribuyese enteramente á Pedro el honor de haber introducido, el primero, á los paganos en la Iglesia; ora, en fin, una especie de oportunista ensayando, en el primer cuarto del siglo segundo, una conciliación entre el cristianismo de Pablo, de quien era partidario, y el de Pedro, que tenía en Roma fervorosos defensores, como si una real divergencia de ideas entre los dos Apóstoles hubiese jamás existido en otra parte que en la mente de Baur y de sus discípulos ⁽¹⁾, ó como si un juez de paz, llegado muy tardíamente, no hubiese utilizado otros elementos para llevar á buen término su audaz mediación? Hay que decir *audaz*, porque era un poco temerario publicar, entre los años 110 y 130, un libro con la pretensión de hacerlo aceptar

(1) Zeller, Köstlin, Hilgenfeld, Schrader han seguido al maestro en esta extraña campaña, y han empleado extensos y pacientes trabajos en sostener una tesis insostenible.

como apostólico. Se estaba todavía en presencia de la generación que había conocido á los Apóstoles. Pues bien, el falsario habría logrado lo que con tanta impudencia intentara; porque Ireneo, el grande obispo de las Galias, nacido hacia esta época y discípulo de Policarpo, contemporáneo de Juan, aceptó realmente el libro como obra de San Lucas. Además, ¿cómo se explica que un autor sagaz, imaginando, en fecha tan tardía, un compromiso semejante entre la corriente judía y la corriente pagana, no se hubiese aprovechado de todo lo que debía saber por las Epístolas de los dos adversarios, leídas entonces en todas las iglesias, y por los acontecimientos que habían señalado en Roma el fin de su apostolado? ¡Qué bella ocasión hubiera perdido de mostrarnos, en su apología, á Pedro á y Pablo, dándose el ósculo de paz antes de ir al martirio, y consagrando, con el glorioso testimonio de su sangre, la unidad de sus miras y la sinceridad de su reconciliación!

El autor de los Hechos no tuvo ninguna de las ideas que le atribuye la escuela de Tubinga. Lo que en él llama la atención, es su honradez. Refiere lo que sabe, y cuando su ciencia es deficiente, no añade una palabra por cuenta propia. Lo mismo que en su Evangelio, habla ó se calla, según sus fuentes. Á menos que se le lea de propósito, es imposible suponer en él una tendencia apologética cualquiera. Se comprende que no escribe sino para instruir, edificar y persuadir. Si Pedro y Pablo son puestos de relieve en las dos partes muy distintas de su libro, y, por el papel preponderante que desempeñan, aquél en la primera, y éste en la segunda, parecen rivalizar en gloria é influencia, obrando milagros, pronunciando discursos, atravesando pruebas análogas ⁽¹⁾, el efecto depende sencillamente de los acontecimientos, tales como el Espiritu San-

(1) Schneckenburger fué el primero que hizo muy curiosas indagaciones sobre el aparente paralelismo que el libro de los Hechos establece entre Pedro y Pablo. (V. *But des Actes des Apôtres*, Berna, 1841). Su trabajo sirvió de punto de partida á las teorías de Baur y de sus discípulos; pero donde el profesor de Berna había comprobado combinaciones artificiales, los otros vieron una intención dogmática muy decidida.

to los dirigió, quizá también de los documentos tales como el historiador los recibió, pero de ningún modo de un plan preconcebido y de una comparación premeditada. San Lucas no suavizó la fisonomía de Pablo, ni exageró la de Pedro, para juntarlos hábilmente bajo un mismo rayo de luz, en fraternal abrazo, sino que pintó á los dos grandes Apóstoles tales como sus fuentes se los ofrecían, y se encontró con dos vocaciones diversas que tenían idénticas miras. ¿Qué hay de particular en esto, si uno y otro obedecían á una misma inspiración del Cielo?

El que quiere defender las hipótesis de que hablamos poco ha, debe comenzar para hacer abstracción completa, ya de la naturaleza del libro, que nada tiene de apologético, desde cualquier punto de vista en que uno se coloque, ya del carácter del escritor, que no tiene ni la firmeza de espíritu, ni la lógica abrumadora, ni la amplitud de exposición necesarias para ofrecer una solución autorizada en el vasto y caluroso debate que se supone. Se nos concederá, no lo dudamos, que puede uno examinar atentamente la obra, y no convencerse—este es nuestro caso y el de muchos otros exégetas—de que el autor atribuya á Pedro y á Pablo tendencias diversas. ¡Y, sin embargo, el libro habría sido escrito para hacer constar, según unos, ó para conciliar, según otros, su escandalosa rivalidad! En verdad, que esa intención se habría malogrado de un modo sorprendente. A lo menos, debía dejarse entrever la oposición sistemática de ambos adversarios. Pero no, San Lucas no es ni un conciliador ni un partidario, sino un narrador que se limita á consignar, en orden muy sencillo y en lenguaje muy modesto, los informes que ha recogido sobre la primera generación cristiana. Tal es la verdadera idea de su libro. Creyó que esto sería suficiente para edificación de los que quisieran seguir la acción de Dios sobre su Iglesia en el mundo pagano.

¿Cuáles fueron sus fuentes? Ante todo, puede decirse que eran seguras; porque, ora se refiera á la historia judía ó romana, ora á cuestiones de topografía ó de administración,

ya trate de ciudades ó de provincias del imperio, ya de los usos de los países más diversos, está siempre de acuerdo con los mejores historiadores y geógrafos de Grecia y de Roma. Por otra parte, y para precisar más, añadiremos que sus fuentes fueron personales, orales y escritas ⁽¹⁾. Lo que San Lucas nos cuenta, ó lo vió él mismo, ó lo supo por los que lo vieron, ó finalmente lo encontró en relaciones manuscritas puestas á su disposición. Con todos estos elementos, compuso un libro cuya redacción definitiva lleva un sello visiblemente personal. Procede, en efecto, con la libertad que caracteriza á los verdaderos escritores. Es cierto que si encuentra arameísmos en los relatos tradicionales que consulta, los deja subsistir, para así conservar en su libro un signo nada equívoco de autenticidad; pero el literato helenista nunca abdica enteramente sus derechos, y, en el curso de su redacción, muestra con qué pureza habla la lengua de Isócrates y de Jenofonte. De tal suerte conserva su personalidad en su obra, que en el concilio de Jerusalén, por ejemplo, pone en boca de Santiago un texto del profeta Amós según la versión de los Setenta, olvidándose de que, si el griego era su lengua propia, no era la de un judaizante tal como el hermano del Señor.

El desarrollo muy desigual de su relato depende de la fuente donde se provee, y no de un plan preconcebido. De lo que él fué testigo ocular—y esto desgraciadamente apenas sucede hasta el final,—multiplica de buen grado los detalles, de suerte que la historia de los dos últimos años se lleva la tercera parte del libro. Consignando en poco

(1) Después de la obra de Schleiermacher (*Ueber die Schriften des Lukas*, Berlín, 1817), el libro de los Hechos, no menos que el Evangelio de San Lucas, han sido caprichosamente disecados para precisar las fuentes en que el autor se inspiró, y con frecuencia se ha llegado á los más fantásticos resultados (V. Zeller, *Die Apostelgeschichte*, etc., Stuttgart, 1854, y sobre todo Lekebusch, *Die Composition der Apostelg.*, Gotha, 1854). Más recientemente C. Clemen, *Die Chronol. der Paulinischen Briefe*, 1893-95, Iungst, *Die Quellen der Apostelgeschichte*, 1895, é Hilgenfeld, *Die Apostelgeschichte nach ihren Quellenschriften untersucht*, 1895, han gastado inútiles esfuerzos en idear, según este mismo orden de ideas, hipótesis que mutuamente se destruyen.

espacio los sucesos que los llenan, los tiene de tal suerte presentes en la memoria, que, al relatarlos, parece que está ampliando notas de su cartera de viaje. Para los restantes veinte años, sus relatos son generalmente muy resumidos y, por lo general, deficientes.

Si no vió lo que relata, pudo haberlo aprendido de los mismos que de ello habían sido testigos ó actores. En este caso, la influencia de los testimonios se deja sentir en su narración. Así, de la conversión de Pablo y de muchos incidentes de su apostolado, pinta un cuadro de mucho colorido, porque conocía los detalles por el mismo Pablo. La conversión del eunuco le había sido contada sin duda por Felipe; la curación del tullido en la puerta del Templo, quizá por el propio interesado ó por el apóstol Juan. Lo mismo puede decirse de otras escenas que reproduce más ó menos dramatizadas, según la narración de los que le han proporcionado el informe. Durante su permanencia en Jerusalén y en Cesárea, donde estuvo dos años con Pablo, se enteró, probablemente por Santiago ó los Ancianos de la madre Iglesia, de lo que había ocurrido en los días de la Ascensión, de Pentecostés y de las primeras luchas por la fe. Juan Marcos, con quien más tarde estuvo en relaciones ⁽¹⁾, y que había tomado una parte bastante activa en las empresas de Bernabé, su tío, y en las de Pedro, pudo también suministrarle útiles indicaciones. Felipe el diácono y sus hijas las profetisas eran muy indicados para repetirle con sus detalles, ó transmitirle por escrito, la comparecencia de Esteban ante el Sinedrín, su discurso apologético y su muerte. Muchos han creído que, aun antes de la publicación de los Hechos, la relación oficial de este glorioso martirio se leía en la asamblea de los fieles. Esta relación es un opúsculo aparte. Así, muchos explican que las Iglesias de Lión y de Vienne citaran de él un fragmento, sin mencionar el libro de los Hechos. ¿Quién sabe si Cornelio, ó por lo menos sus hijos,

(1) *Col.*, IV, 10, 14; *Filemón*, 24. *Com. II Tim.*, IV, 11.

estaban todavía en Cesárea, cuando Lucas llegó, y si tuvieron el consuelo de contarle la conmovedora escena de su admisión en el reino de Dios? En todo caso Cesárea, parece haber sido un centro muy propicio para recoger los documentos necesarios á un autor deseoso de exponer la historia de la manifestación de Dios en la humanidad, á aquellos que, como Teófilo, no habiéndola visto por sí mismos, debían creerla bajo su palabra.

Es muy probable que allí reunió, para redactar su Evangelio, la mayor parte de las tradiciones conservadas, ya de memoria, ya en notas escritas. Estas notas son las mismas de las cuales, en un interesante preámbulo, nos dice que habían sido anteriormente clasificadas y acordadas por algunos fieles, celosos de conservar en orden aquellos legados piadosos de los primeros ministros de la palabra ⁽¹⁾. Como un gran número de las indicaciones que allí encontró se extendían hasta los acontecimientos posteriores á la Ascensión, creyó necesario formar una segunda colección para completar la primera, y establecer así la historia completa del Reino de Dios, desde los días del Mesías hasta el tiempo en que vivían aquellos á quienes él quería instruir. Entre los documentos escritos que puso á contribución, se señala, con justicia, la carta del Concilio de Jerusalén, documento que llegó á ser oficial para las diversas Iglesias; la de Lisias á Félix, y quizás algunos discursos conservados para la edificación de los fieles, tales como los de Pedro, de Esteban y de Santiago ⁽²⁾. Al reproducir estas predicaciones, ¿echó Lucas sobre sí la tarea de compendiarlos? Sería lamentable, porque debía conservarnos intactas las páginas incomparablemente preciosas de la tradición apostólica. Es más natural creer

(1) *Lucas.*, I, 1-4.

(2) Schwanbeck llega á la injusticia al suponer que San Lucas no fué más que un vulgar compilador, cuyo mérito consistiría en haber reunido, para formar con ellos un solo libro, una biografía de Pedro, un relato de la muerte de Esteban, una biografía de Bernabé y las memorias de Silas. La verdadera crítica debe ser menos injusta en sus apreciaciones.

que los mismos primeros narradores habían hecho sencillos y muy sucintos resúmenes para que los fieles los pudiesen cómodamente retener. Lo cierto es que en cada uno de los discursos reproducidos, por muy abreviado que esté, se encuentra la nota característica del que lo pronunció ⁽¹⁾. Pedro, en el libro de los Hechos, no habla como Jaime ni como Pablo. Cada uno tiene su manera propia, casi debiera decirse su literatura especial, prueba del respeto con que nuestro historiador reprodujo las fuentes en que bebía. Es indudable que, al traducir en un griego muy puro, lo que había sido dicho en siro caldaico ⁽²⁾, ó en griego muy mediano, da involuntariamente testimonio de su cultura literaria; pero cuando pone en ello su estilo, se ve bien que no añade nada de su propio fondo.

De estas consideraciones resulta, para todo espíritu imparcial, que San Lucas relató, sin propósito deliberado, lo que había recogido sobre el Salvador y sus discípulos. Si fuese permitido emplear una expresión demasiado familiar, pero muy exacta, para un asunto tan grave, podría decirse que su libro no tiene malicia, y que, por consiguiente, no hay que buscarla en él. La antigua pretensión de un ministro célebre: «Dadme dos líneas de un hombre honrado, y le haré ahorcar,» podría servir de divisa á ciertos exégetas modernos. No hay nada que no hayan pretendido encontrar en tal ó cual de nuestros Libros Santos, y que en realidad no lo hayan hecho entrever á los más crédulos, pasando por encima de las más evidentes imposibilidades y resignándose á las más flagrantes contradicciones. Así, según ellos, es un gran admirador de Pablo el que escribió los Hechos, y, sin embargo, no mencionó ni su misión en Creta, ni sus relaciones con buen número de ciudades importantes del Asia proconsular, ni la lección dada á Pedro, ni otros muchos acontecimientos que habrían realiza-

(1) Esto es sobre todo sorprendente en los discursos de Pablo á los Anacianos de Éfeso, ó en su apología ante Agripa y Festo.

(2) Así, los discursos de Pedro y de Santiago en Jerusalén, la apología de Pablo ante los judíos (*Hech.*, XXVI, 1-32).

do más y más la fisonomía del Apóstol ⁽¹⁾. Por el contrario, al decirnos que Matías fué elegido para substituir al traidor, y que Pedro había declarado que sólo podían ser nombrados apóstoles los que habían seguido á Jesús todo el tiempo de su carrera mesiánica, parece cerrar cruelmente á Pablo la puerta del Apostolado. Á los que quisieran ver en Lucas un partidario de Pedro, les haremos observar que nada nos dice de lo que fué de éste después que salió milagrosamente de la cárcel de Herodes, nada de los viajes evangélicos que emprendió, y á los cuales alude Pablo en sus Epístolas ⁽²⁾. ¡Nueva inconsecuencia! Habría escrito su libro para exaltar á Pablo, y realza sin cesar la primacía de Pedro, hasta hacer que éste abra las puertas de la Iglesia á los gentiles, privilegio que le hubiese sido fácil reservar al Apóstol de las naciones; ó bien, habría tomado la pluma para glorificar Pedro, y, desde el primer tercio de su libro, le abandona, para no hablarnos más de él. Todo esto sería desrazonable, si el historiador hubiese tenido las preferencias ó el propósito deliberado que se le suponen. La ciencia tiene algo más que hacer que entretenerse en prender con alfileres imposibilidades y contradicciones, y es rendirse á la evidencia. San Lucas nos muestra los hombres tales como los conoce, con sus grandezas y sus debilidades. Habla de lo que sabe, sin inquietarse por las consecuencias que de su relato saque la posteridad. Cuando nada sabe, se calla, con gran desesperación de nuestra parte. Así se explican las bruscas divisiones que separan con tanta frecuencia sus relatos y que caracterizan sobre todo el final del libro de los Hechos y de su Evangelio.

Pues bien, aquí es donde hubiera debido hacer que prevaleciesen, si las tenía, sus miras tendenciosas, su teoría personal; aquí es donde hubiera debido consignar su sentencia de juez conciliador. Sin embargo, nada se ve que á ello se

(1) *Comp. Colos.*, II, 1; *II Tim.*, IV, 16; *II Cor.*, XI, 23; *Rom.*, XV, 19, XVI, 3; *Gal.*, II, 11, etc.

(2) *I Cor.*, 1, 12; IX, 5.

parezca. La manera de terminar su libro es para el lector la decepción que más le contraría. Diríase que de repente la pluma se rompe en su mano, y que la muerte, ú otro cualquier accidente, le impide terminar su obra. Pero fijándose bien, se siente uno inclinado á creer que, quedando incompletos la mayor parte de sus relatos, el autor creyó que el libro entero debía correr la misma suerte. Quizá no entendía de otro modo el papel de historiador sincero y desinteresado. Sea como sea, si ya su Evangelio tenía algo de duro é incompleto en sus últimas líneas, su libro de los Hechos, por su final brusco y sin conclusión, no puede menos que desconcertar enteramente al lector. Pablo llega á Roma. El autor no parece siquiera conceder mucha importancia á la aparición del gran Apóstol en la capital del mundo. Apenas consagra una página á relatar la conferencia que tuvo aquél con los principales de los judíos; después, cierra su libro diciendo que Pablo pasó dos años en una habitación que había alquilado, recibiendo á los que iban á verle, predicando el reino de Dios y enseñando lo tocante á Jesucristo con toda libertad y sin que nadie se lo prohibiese. Nada más sorprendente ni más inexplicable que esta súbita detención, cuando quedaba todavía tanto por contar. No puede, en efecto, admitirse la suposición de que el historiador deje su pluma por no saber nada más. Su libro está fechado en época posterior á la llegada de Pablo á Roma ⁽¹⁾. Pues bien, en el intervalo, algún suceso importante había seguramente ocurrido, cuando no otro, la solución del proceso del Apóstol. Esto no era indiferente, ni al lector, interesado muy vivamente en este asunto por los relatos precedentes, ni á la perfección de la obra, y, sin embargo, no trata de ello. Es indudable que buscar historiadores completos entre los primeros misioneros de la fe, sería no tener la menor no-

(1) Esta conclusión: «Pablo *permaneció* (ἐπέμεινεν) dos años enteros en una habitación alquilada, etc.» indica claramente que el autor, en el momento en que lo escribe, está bastante alejado de este período de dos años. Si no hubiese transcurrido ya mucho tiempo, diría: «Pablo *ha permanecido* ó: Pablo *permanece* desde hace dos años, etc.»

ción del torbellino en que vivieron, de su indiferencia por lo que mira á las reglas de la literatura, y de la candorosa sencillez de sus almas; pero interrumpir de un modo tan brusco su relato, sin insinuar una perspectiva de conjunto, una síntesis, un resultado final, á ese carísimo Teófilo, para quien escribe, es cosa verdaderamente sorprendente.

Se ha dicho que el autor no pudo terminar su libro, ó que, si lo terminó, se perdió el final. Esta doble suposición parece más aceptable que la hipótesis según la cual San Lucas no habría dicho nada más, porque aquel á quien quería instruir sabía lo restante por haberlo visto con sus propios ojos. En efecto, no está averiguado que Teófilo fuese de Roma, y menos todavía, que el autor hubiera querido escribir su libro tan sólo para él. Otros han creído que el historiador, parando en seco y definitivamente su relato, procuró no herir la suspicacia de la autoridad romana, que había desempeñado un papel odiosamente feroz en la persecución en que Pedro y Pablo habían perecido. Mas, ¿quién se inquietaba en Roma por pequeñas publicaciones leídas en secreto por una secta insignificante, sin pretensiones políticas y por todos despreciada, á la que iban exclusivamente dirigidas? Es preferible creer que ya existía, ó que el autor se propuso escribir, otro libro para relatar la obra de los Apóstoles en el mundo pagano en general, y más particularmente la de Pedro y Pablo en Roma, como también su martirio glorioso. El título general de *Hechos de los Apóstoles* ⁽¹⁾ dado á un libro en que solamente dos Apóstoles aparecen en escena, y en que no leemos en realidad más que una pequeña parte de sus trabajos, parece prometer una continuación, ó por lo menos, un todo más completo. De los dos Santiagos y de Juan, no se dice más que algunas palabras. De los otros siete, nada. Ciertamente, la súbita interrupción de

(1) Á decir verdad, es dudoso que este nombre le fuera dado por el autor. Sin embargo, Tertuliano, Clemente de Alejandría y el autor del fragmento de Muratori ya lo leían al principio del libro.

esta historia no es otra cosa que un alto, y el autor debió, ó á lo menos esperó, continuar su narración. Si él la continuó, ó si otros se encargaron de ello, dispensándole de ese trabajo, ¿tan miserablemente desfigurado por las sectas ebionitas ó gnósticas, del todo empeñadas en hacer prevalecer sus errores, fué el complemento de su libro que nada de él haya quedado? ¿Hay que buscar sus huellas á través de esas ridículas lucubraciones de tantas actas apócrifas que han llegado hasta nosotros, como se buscan pepitas de oro en un inmenso lodazal? Este es un problema cuya solución, por muy interesante que sea, no podría comprometer la autoridad del libro que poseemos y que debemos seguir paso á paso al escribir esta historia.

En su primera parte, es decir, en sus doce primeros capítulos, encontraremos los elementos de este primer volumen. Examinándolos de cerca, se ve que, por sí solos, forman un todo, ora por la redacción más visiblemente inspirada en fuentes judías, ora por la serie de acontecimientos convergentes hacia un primer resultado capital, la *Emanipación* de la joven Iglesia. En ellos se lee, en efecto, por qué esfuerzos sucesivos se libra de los brazos del Judaísmo y acaba por constituirse en IGLESIA CRISTIANA, en Antioquía.

Las tres etapas que sigue en este movimiento progresivo constituirán las subdivisiones normales de este libro.

Viviendo todavía en un medio exclusivamente judío en Jerusalén, la Iglesia manifiesta ya desde luego que lleva en su seno elementos vitales absolutamente independientes de la Sinagoga. El lenguaje de sus predicadores es distinto del de los rabinos. Respetan á Moisés; pero Jesús crucificado es el jefe efectivo trás del cual se resguardan en su marcha siempre adelante. El culto del Templo no les basta, y, sin romper abiertamente con la Ley, inauguran un culto particular, una sociedad nueva, con sus vínculos especiales, sus recursos, sus esperanzas.

Á esta primera manifestación de una vida independien-

te, que, por otra parte, se da á conocer con numerosos milagros y brillantes virtudes, sucede un movimiento centrífugo muy significativo, una especie de enjambrazón tímida, pero precursora de una irradiación más poderosa y más universal. La Buena Nueva no debía quedar dentro de los muros de Jerusalén; era preciso, según la orden del Maestro, llevarla á Samaria y después al mundo pagano. El orden natural exige que el grano, después de haber permanecido por algún tiempo en la tierra, experimente un deseo de salir, tanto más vehemente cuanto más numerosos son los obstáculos que en apretado haz tratan de impedirlo. Un accidente providencial—Dios tiene siempre su hora y sus hombres,—el helenismo, ó la presencia, en la joven Iglesia, de judíos más habituados que los de Jerusalén al aire libre de la civilización pagana y al choque estrepitoso de sus doctrinas, contribuye á desembarazar el camino que debe seguir el Evangelio. Tres hombres son los representantes de este movimiento saludable: Esteban, que cae mártir de sus ideas; Felipe, que, bajo la inspiración del Espíritu Santo, comienza su aplicación; Pablo, que será su mayor esperanza.

Con todo, Pedro es el único á quien corresponde sacar oficialmente el rebaño fuera del redil, y abrir la puerta de la Iglesia á quienes Dios quiera. Él dará la señal de avance hacia la gentilidad, y, por consiguiente, hacia la constitución definitiva de la Iglesia de lo por venir. Ya antes había ido con Juan á consagrar lo que Felipe había hecho en Samaria. Mas le cuesta dar el último paso. Sus conferencias con Pablo convertido no han triunfado por completo de sus afectos totalmente judíos. Dios interviene, y, en la azotea del curtidor de Joppe, le muestra que, en lo sucesivo, no habrá puro ni impuro, y que todo es bueno para ser introducido en el Reino nuevo. Le conduce á Cesárea y le arroja en sus brazos un centurión romano y su familia. El bautismo de estos paganos, que tienen su Pentecostés, lo mismo que los discípulos en el Cenáculo, es el golpe decisivo á las viejas pretensiones del judaísmo. Pedro,

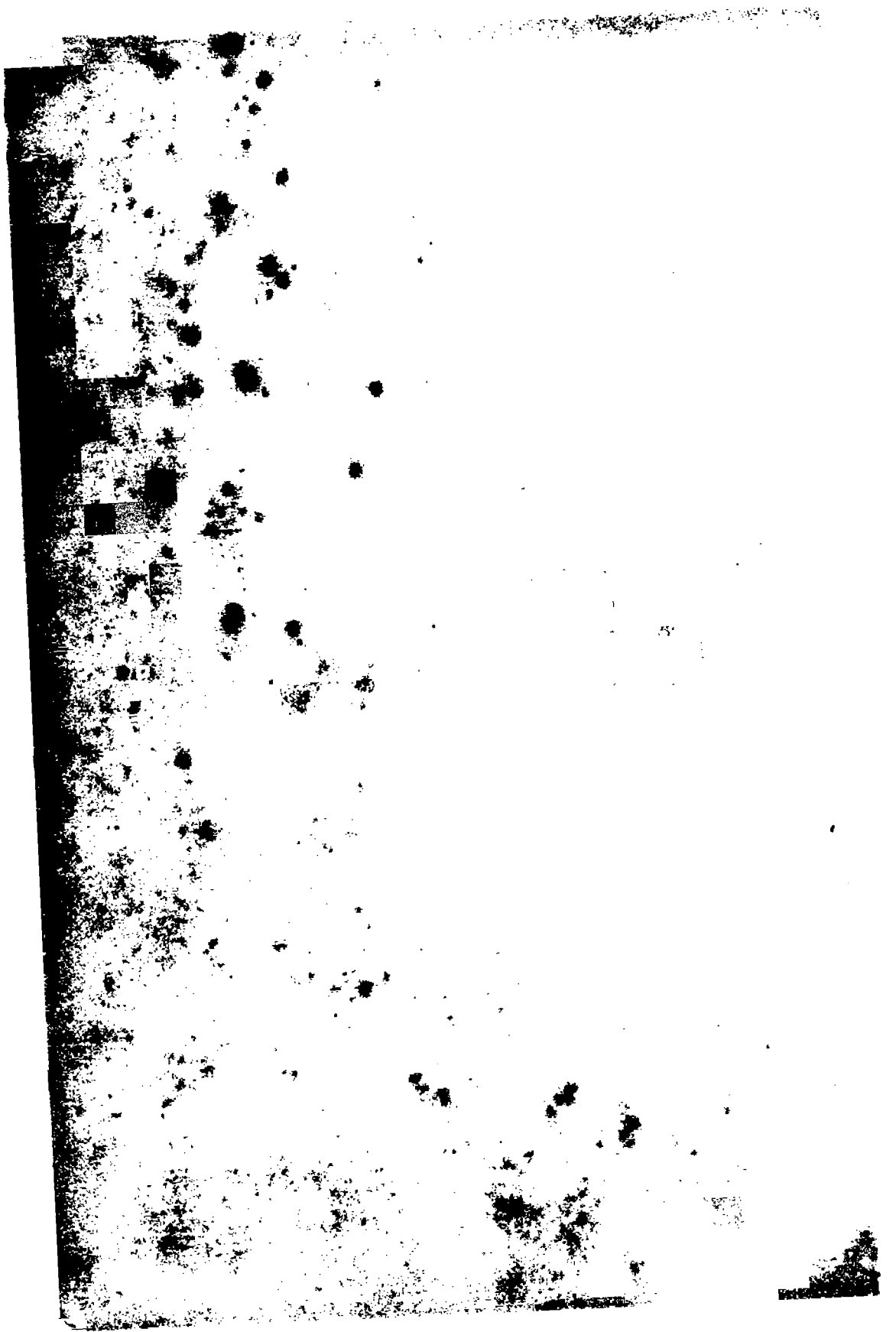
obligado á defenderse, echa la responsabilidad sobre Dios, y declara de esta suerte que en adelante todos los caminos del mundo quedan abiertos á los predicadores del Evangelio. La Iglesia sale entonces de Jerusalén y se va con ellos hasta Antioquía, donde, dichosa al respirar el aire de la libertad y ser dueña de sí misma, suprime toda distinción entre judíos y gentiles, inaugura la evangelización universal de la humanidad y se convierte en la IGLESIA DE LOS CRISTIANOS.

En resumen, tres elementos principales la han sostenido en esta primera lucha por la vida, y la han empujado gradualmente por el camino que va de Jerusalén á Antioquía, es decir, del exclusivismo de los fariseos al universalismo del Evangelio: el pensamiento del Crucificado, que la separó de la Sinagoga; el celo de los helenistas, que la echó fuera de Jerusalén; la orden de Dios á Pedro, que que la hizo cristiana en Antioquía. Todo esto sucede en un período de cerca dieciséis años, desde el año 30, fecha bastante probable de la muerte de Jesús, al año 46, época en que la Iglesia cristiana, definitivamente emancipada del judaísmo, se dispone á inaugurar sus grandes conquistas en el mundo pagano. En último término, y como cuadro completamente humano de esta historia, el lector inteligente podrá contemplar la serie de personajes más ó menos indignos que sucesivamente han ejercido el poder civil, militar ó religioso, en Roma y en Jerusalén. Este es el medio de clasificar por orden los acontecimientos, y sobre todo, de apreciar mejor sus caracteres.

En Roma, tres emperadores, de los cuales uno fué un malvado hipócrita, el otro un loco sanguinario, y el tercero un viejo imbécil, tienen en su mano los destinos del mundo. Tales son: Tiberio, que, en Marzo del año 37, terminó su odioso reinado; Calígula, su sucesor, que cuatro años después cayó bajo la espada de Quereas (24 de Enero del 41), para ceder el sitio á Claudio, emperador hasta el 54. Estos príncipes influyeron sólo de lejos en Palestina; pero, por sus delegados, esta influencia debió

ser más de una vez considerable. No carece de interés el saber como se sucedieron. Después de Pilato, vuelto á enviar á Roma por Vitelio en el año 36 y definitivamente privado del poder por Calígula, Jerusalén fué gobernada por Marcelo como procurador, y por Marulo como hiparca. Después de ellos, Herodes Agripa I; investido desde el año 37, por Calígula, de las tetrarquías de Filipo y de Antipas, recibe de Claudio, en 41, el título de rey de Judea. Muere en 44, en Cesárea, y, siendo su hijo muy joven para sucederle, Cuspio Fado vuelve á comenzar la serie de los procuradores romanos. Á Fado le sucede, en el año 47, un judío apóstata llegado de Egipto, Tiberio Alejandro, que deja poco después la autoridad á Ventidio Cumano, y pasa á gobernar Alejandría. Todos estos están en Palestina el tiempo suficiente para hacer mal, y demasiado poco para hacer algún bien. Por su parte, y á consecuencia de los caprichos del poder político, la autoridad religiosa es todavía más inestable. Á Caifás, que, por una coincidencia sorprendente, pierde el favor al mismo tiempo que Pilato (año 36), le sucede Jonatán, hijo de Anás, el Sumo Sacerdote tan tristemente célebre en la historia evangélica. Pero Vitelio no tarda en mostrarse descontento de esta elección, y, al año siguiente, sustituye á Jonatán con Teófilo, otro hijo del mismo personaje. Herodes, desde su advenimiento, se mostró aún más emprendedor contra la autoridad sacerdotal. Sustituye á Teófilo, con Simón Canteras, al que depone algunos meses después. Sucesivamente ofrece entonces la suprema dignidad de sacrificador á Jonatán, antes desposeído por Vitelio, el cual la rehusa, y á otro hijo de Anás, Matías, que la acepta. En el año 44, y poco antes de morir, el rey le priva de su oficio para transmitirlo á Elioneo, hijo de Canteras. Esto dura poco; porque otro Herodes, príncipe de Calcida, á quien Claudio confía la dirección de los negocios religiosos en Jerusalén, depone á Elioneo y en su puesto coloca, en 45, á José, hijo de Camit, que tres años más tarde tiene por sucesor á Ananías ó Jonatán, hijo de Nebedeo.

He ahí la extraña sucesión de déspotas y de fanáticos: Césares, procuradores, reyes, sumos sacerdotes; á su lado la joven Iglesia debía conquistar y consolidar su independencia. Sin embargo, puede decirse que, á pesar de las peripecias dolorosas de persecución y de martirio, aquel período fué su edad de oro. El recuerdo del Maestro hacía latir todos los corazones con santo entusiasmo; sus palabras estaban en todos los labios; su imagen ante todos los ojos. No hay que decir que le habían visto, oído, tocado, sino que le veían, le oían y le sentían presente todavía. Ayudando el Espíritu Santo á mantener estas vivas y frescas impresiones del alma, Jesús era la vida de todos. ¡Cuánto quisiera yo, para escribir estas páginas, experimentar algo de ese estado de alma que fué entonces el de los hijos de la Iglesia nueva! ¡Ay! los tiempos malos han llegado, y, pobres trabajadores á través de la tempestad, debemos contentarnos, cuando no tenemos la plenitud de la luz del cielo, con conservar á lo menos su culto y su recuerdo.



LA OBRA DE LOS APÓSTOLES

FUNDACIÓN DE LA IGLESIA CRISTIANA

PRIMERA PARTE

COMIENZOS DE LA IGLESIA EN JERUSALÉN Ó LA IGLESIA Y LOS JUDÍOS

CAPÍTULO PRIMERO

La joven Iglesia se reconstituye en el recogimiento

Los discípulos en el Cenáculo.—Días de piadoso recogimiento.—Composición de la pequeña Iglesia.—Vacante de Judas.—Moción oficial de Pedro.—Lo que se requiere para ser promovido al Apostolado.—Matías y Barababas.—Dios habla por la suerte.—Matías fué realmente el Apóstol duodécimo. (*Hechos*, I, 12-26).

Á la misma hora en que Jesús subía al cielo, la fe de los discípulos recibía su plena confirmación. Después de cuarenta días de consoladoras apariciones, durante las cuales sus ojos, sus oídos, sus manos habían podido convencerse de que era realmente Él, resucitado en condiciones tales que su cuerpo, no obstante haber pasado al estado espiritual⁽¹⁾, vivía como si jamás hubiese conoci-

(1) *I Cor.*, XV; *II Cor.* III, 17; IV, 4-6.

do la muerte, verle elevarse sobre un rayo de gloria para inaugurar, á la derecha de su Padre, su reino celestial, había sido para ellos un postrer prodigio del todo concluyente. Los pocos que vacilaban ⁽¹⁾ no dudaron más. Con una confianza absoluta, todos quedaron en espera de acontecimientos decisivos. Al fin iba á conocerse la naturaleza de aquel reino tantas veces anunciado, tan mal comprendido y con tanta impaciencia deseado. Desde aquel momento, los discípulos, teniendo en el corazón las mismas convicciones, el mismo amor, las mismas esperanzas, se habían unido para formar una especie de sociedad aparte, ó también un pequeño ejército, que comenzó á prepararse para emprender una acción colectiva.

El historiador sagrado nos los muestra reunidos en una de estas habitaciones superiores, especie de diván espacioso que se encuentra en toda casa oriental de alguna importancia, y en donde la familia se reunía en horas de conversación íntima y de oración ⁽²⁾. Este lugar era probablemente el mismo donde Jesús había comido con ellos la última Pascua y pronunciado aquellos discursos de despedida suaves y sublimes que embriagaban todavía sus corazones y trasportaban sus almas. Por esto el escritor sagrado habla de él como de un local de todos suficientemente conocido. Se ha supuesto que era propiedad de algún rico y po-

(1) Están mencionados en *Mat.*, XXVIII, 17.

(2) Nada absolutamente autoriza para creer que su lugar de reunión fuese alguna dependencia del Templo. No se hubiese permitido que en él se instalasen unos extranjeros, galileos, discípulos del Crucificado, suponiendo que ellos hubiesen sido bastante imprudentes para solicitarlo. San Epifanio dice que el Cenáculo estaba en el monte Sión y que la piedad de los primeros fieles había edificado allí una iglesia (*De Ponder. et Mens.*, capítulo XIV). Se comprende que un lugar tan venerable hubiese sido señalado muy pronto por la tradición. Santa Helena hizo construir allí una notable basílica, quizá con dos pisos, para recordar mejor la habitación superior, *δρεψιον*, á la que estaban unidos los más augustos recuerdos. Este es el santuario que San Cirilo llamaba *la iglesia de los Apóstoles* (*Catec.*, XVI, 4), y al que hay que aplicar la denominación de primera iglesia (Luciani presbyt. *Epístola De Invent. S. Steph.*, cap X), con frecuencia empleada por la tradición de los primeros siglos. Todavía se venera el sitio probable en el monte Sión en el *Nebi Dauid*, ó sepulcro de David. Véase nuestro *Voyage aux pays bibliques*, vol. I., p. 326.

deroso prosélito, que se tenía por dichoso de ofrecer á los discípulos de Jesús segura y cordial hospitalidad.

No salían sino para subir al Templo, mañana y tarde, á la hora de la pública oración ⁽¹⁾. El pueblo los veía orando, y se asombraba de su fervor. Cada vez más unidos á Dios á medida que la gracia los penetraba, regresaban al Cenáculo para proseguir su plegaria, pero con mayor libertad y en común. Así se traducía, en aquella efusión piadosa de las almas, su anhelo de ver realizarse pronto las promesas de Jesús por la inauguración de un nuevo orden de cosas. Se siente una simpatía profunda por este pequeño grupo que, sin auxilio humano, expuesto á la malicia de un partido poderoso, desprovisto de todo medio natural para hacer prevalecer una idea, estaba, sin embargo, llamado de lo alto á predicar el Evangelio en Judea, en Samaria y aun en los confines del mundo. Todo lo que se refiere á este pequeño ejército nos interesa: la vida que llevaba, los sentimientos que le agitaban, el número y el nombre de sus soldados. Eran próximamente unos ciento veinte ⁽²⁾, divididos en secciones distintas: Apóstoles, Discípulos, y piadosas Mujeres ⁽³⁾, con María y sus sobrinos, llamados los hermanos de Jesús. Es la última vez que de ésta se hace mención en nuestros Libros Santos. Todos juntos referían con efusión lo que habían visto hacer á su Maestro ó le habían oído decir, pero María, que había leído en su divino interior, podía, mejor que todos, reconstituir el conjunto armonioso de su vida sobrehumana. Nadie, como ella, había estado al corriente de sus más secretos sentimientos y á la altura de sus lecciones.

(1) No hay oposición entre *Luc.*, XXIV, 53, y el pasaje de los *Hechos* que comentamos. Los Apóstoles podían habitar en el Cenáculo y á la vez asistir regularmente á las ceremonias cotidianas que en el Templo se celebraban.

(2) Esto no contradice á *I Cor.*, XV, 6, porque San Lucas no entiende decir que todos los fieles á Jesús estaban reunidos en el Cenáculo, ni San Pablo pone en Jerusalén la manifestación del Señor á quinientos discípulos.

(3) Conservaban así el sitio que Jesús les había señalado en su Iglesia y vivían santamente unidas á los Apóstoles, participando, como en los días del Maestro, de todas las gracias de la piadosa comunidad.

Sobre todo los Apóstoles debían tener muy en cuenta los encargos que habían recibido, como jefes del rebaño, y todo lo que interesaba al porvenir de la joven Iglesia. Recordando que Jesús había fijado su número en doce, en memoria de las doce tribus de Israel, se apresuraron á completar este número simbólico, tan desgraciadamente comprometido por la traición de Judas. En efecto, el hijo de perdicción había dejado abierta una sucesión muy envidiable á los ojos de los verdaderos amigos de Jesús. ¿Podían entrever perspectiva más gloriosa que la de figurar en el antiguo estado mayor del Maestro, entre aquellos que tenían las promesas del porvenir? El historiador sagrado se complace en repetir los nombres de los once que, habiendo permanecido fieles, iban á encontrarse á la cabeza del reino nuevo y á tomar su dirección. Eran Pedro, Santiago, Juan, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Santiago hijo de Alfeo, Simón el Celador, y Judas, hermano de Santiago, todos en lo sucesivo decididos y abnegados hasta la muerte.

Respondiendo á la expectación general, Pedro, que había recibido de Jesús la misión de apacentar el rebaño y, por consiguiente, de ejercer en él la suprema autoridad ⁽¹⁾, levantóse en medio de la concurrencia é hizo la moción siguiente: «Varones hermanos—quizá así indicaba que las mujeres, aunque fuesen de sobreeminente santidad, no debían tener parte en el gobierno de la Iglesia,—era necesario que se cumpliese la palabra de la Escritura, que el Espíritu predijo por boca de David acerca de Judas ⁽²⁾, que fué el guía de los que prendieron á Jesús. Él había

(1) San Crisóstomo, *In Io. hom.* 88, define muy bien la situación de Pedro entre los Apóstoles, y de sus sucesores en la Iglesia: *στόμος τῶν μαθητῶν καὶ κορυφή τοῦ χοροῦ*.

(2) Sin duda que, en los dos salmos á que Pedro alude y que pronto citaremos, David habla de sus propios enemigos. Pero David es la figura profética del Mesías, y los males que predice á los que le traicionan serán también los males reservados á los adversarios de Cristo. Bien que las palabras del rey-profeta fuesen pronunciadas por él en sentido personal, el Espíritu Santo les dió al mismo tiempo un valor profético. Por esto dice el Apóstol que el Espíritu Santo, y no David, vió á Judas en esta maldición.

sido contado con nosotros, y llamado á las funciones de nuestro propio ministerio. Con el precio de su maldad adquirió un campo, y habiendo caído sobre su vientre, reventó por medio y se derramaron sus entrañas ⁽¹⁾. Y esto les hizo notorio á todos los habitantes de Jerusalén, por manera que aquel campo ha sido llamado en su lengua *Haceldama*, esto es, *campo de sangre* ⁽²⁾. Así es que en el libro de los Salmos está escrito: Quede su morada desierta, ni haya quien habite en ella ⁽³⁾, y que otro ocupe su lugar en el episcopado ⁽⁴⁾.»

Sorprende el tono solemne y autoritario que toma de repente la palabra de Pedro, ayer todavía pescador iletrado del lago de Genesaret, hoy doctor visiblemente versado en la ciencia de las Escrituras. No estábamos acostumbrados á oírle hablar con tanta majestad, mucho menos con tanta ciencia. Ha pasado algo muy extraordinario en el interior de este aldeano galileo, que cita tan magistralmente los salmos, espigando acá y allá lo que hace á su objeto. El ardor nativo de su alma vibra todavía en su juicio sobre Judas y su triste destitución; pero se nota que ha aprendido á contenerse, y, en sus palabras, la autoridad excluye desde luego toda vivacidad intemperante. Pedro se muestra de pronto el hombre de las nuevas responsabilidades. Ha tomado por lo serio el cargo de jefe del Colegio Apostólico que se le ha confiado. Un rayo de lo alto lo ha penetrado ya, y, antes de Pentecostés, ha recibido una comunicación del Espíritu Santo. En efecto, el Maestro no había dicho en vano á sus discípulos: «¡Reci-

(1) Para la explicación de las dificultades suscitadas por este pasaje, véase la *Vida de N. S. J. C.*, vol. III, p. 377.

(2) Esta última frase podría muy bien ser un paréntesis de San Lucas. En todo caso, es tan natural que el autor explique á Teófilo el sentido de la palabra hebrea *Haceldama*, como sería extraña esta explicación en boca de Pedro hablando á judíos.

(3) *Salmo LXVIII*, 26. Vemos este salmo aplicado muchas veces al Mesías. El vers. 10 se cita en *Juan*, II, 17, y *Rom.*, XV, 3; el vers. 22, en *Juan*, XIX, 28, 29.

(4) La segunda parte de esta cita bíblica está tomada del *Salmo CVIII*, 8. La palabra hebrea *pequddah*, que los Setenta traducen por *επισκοπή*, expresa el oficio de inspector ó de intendente.

bid el Espíritu Santo ⁽¹⁾» Su palabra les había comunicado este Espíritu, el cual, visitando sus almas con su gracia abundante y eficaz, elaboraba activamente en ellas el boceto vigoroso que Pentecostés debía transformar en perfecta obra maestra.

En elogio de Pedro notemos aquí que, á pesar de tener plena conciencia de su primacía, no juzga ni útil ni prudente gobernar por sí solo la Iglesia cristiana. Comprende que la cabeza no es realmente cabeza sino con la condición de estar unida al resto del cuerpo y de ser la misma expresión de su vida. Invita, pues, á sus hermanos á que manifiesten su opinión, por lo que van á proceder colectivamente ⁽²⁾. Esta moderación tan prudente servirá de norma á los sucesores de Pedro en el gobierno del rebaño de Jesucristo. Parécenos, pues, que nada comprenden de la admirable economía del cristianismo los que, por una hipótesis quimérica, quieren prever circunstancias en que Pedro podría hacer ver que dirige la Iglesia á espaldas del episcopado, como si la primera condición de vida, para la cabeza, no fuese el estar en comunicación permanente con las partes nobles del cuerpo que ella gobierna.

«Es necesario, pues—añade el jefe de los Apóstoles,—que de estos hombres ⁽³⁾ que han estado en nuestra compañía todo el tiempo que Jesús ha vivido con nosotros, desde el bautismo de Juan hasta el en que apartándose de nosotros se subió al cielo, se elija uno que, como nosotros, sea testigo de su resurrección.» Se es Apóstol para ser testigo, y el apostolado propiamente dicho será, ante todo, una vocación al martirio. Así, no puede confiarse más que á hombres de corazón. Las mujeres, por muy creyentes y muy abnegadas que sean, están excluidas de él. Se necesitan testigos que se impongan y que impongan respeto. Ni uno solo deberá flaquear cuando llegue la hora de hablar. De

(1) *Juan*, XX, 22.

(2) Lo prueban las expresiones: ἔστησαν vers. 23; ἵππον vers. 24; ἔδωκαν vers. 26.

(3) Las mujeres son excluidas del apostolado oficial: τῶν ἀνδρῶν.

sus afirmaciones animosas y unánimes resultará la evidente certeza del Evangelio. Desde luego, es preciso que el cuerpo apostólico, representante titular de la Iglesia militante, se dé á conocer en su integridad oficial, por lo que, sin tardanza, hay que completarlo. Deben ser Doce para ir á anunciar en seguida á las doce tribus de Israel; después á los Samaritanos y en fin al mundo entero, el milagro decisivo de la Resurrección. Se les contradirá, pero ellos mantendrán su leal testimonio, á pesar de todas las violencias, y lo sellarán valientemente con su sangre.

La asamblea decidió escoger entre dos candidatos que le parecieron igualmente dignos de tan temible honor. El uno era José Barsabas, el otro Matías. Ambos habían sido, desde el principio, discípulos de Jesús. Esta era la primera condición para la elegibilidad. Según una antigua tradición consignada en Eusebio ⁽¹⁾ y mencionada por San Epifanio, Matías habría pertenecido al grupo de los Setenta discípulos. En cuanto á José Barsabas, que, según una costumbre muy extendida entonces, llevaba un sobrenombre romano y era llamado también Justo, no conviene confundirlo con José Barnabas. Estos dos nombres Barsabas y Barnabas no podrían, en efecto, identificarse ni en cuanto á la forma, ni en cuanto al sentido ⁽²⁾. Quizá era hermano de Judas Barsabas que acompañó á Pablo y á Bernabé de Jerusalén á Antioquía ⁽³⁾, y cuya influencia parece haber sido grande en la Iglesia primitiva. Barsabas era un nombre patronímico, como Bartolomé y tantos otros. En todo caso, estamos autorizados para creer que, á lo menos por su fe, el émulo de Matías estaba á la altura de lo que Jesús pedía á sus discípulos. Según el testimo-

(1) *Hist., Eccles.*, I, 12.

(2) Además, el historiador introducirá más tarde á Barnabas ó Bernabé (cap. IV, 36), como uno del cual se trata por vez primera (*).

(3) *Hech.*, XV, 22.

(*) La etimología de estos nombres es oscura. San Lucas, *Hechos*, IV, 36, dice que *Barnabas* «est interpretatum filius consolationis.» Vigouroux, *Le Nouv. Test.*, p. 24, escribe sencillamente: «*Barsabas* fils de Seba.» V. Lightfoot, *Horae hebr. et talm. in Acta Apost.*, p. 14 y 35.—N. del T.

nio de Papias ⁽¹⁾, en él se había cumplido una de las promesas del Maestro, pues un día bebió un veneno mortal, sin experimentar mal alguno.

La proposición de los dos candidatos igualmente recomendables parecía invitar al Señor á pronunciar por sí mismo la última palabra de la elección. La asamblea, puesta en oración, murmuraba piadosamente: «¡Oh Señor! tú que ves los corazones de todos ⁽²⁾, muéstranos cuál de estos dos has destinado á ocupar el puesto de este ministerio apostólico, del cual cayó Judas por su prevaricación, para irse á su lugar ⁽³⁾.»

Esta manera de dirigirse al cielo, en espera de que éste se pronuncie, no debe sorprendernos. Estamos todavía en pleno judaísmo. Israel había creído siempre en la intervención directa de Dios en sus asuntos, cuantas veces en ello le iba su vida ó intereses graves. La teocracia judía descansaba por completo en esta asistencia perpetua y en esta dirección inmediata de Jehová. Cuando se trataba de zanjar un debate importante, se recurría á la suerte, y Dios respondía de esta manera á las almas creyentes que reclamaban su intervención. Parecía que su misma mano escogía la mejor solución de una dificultad, entre las diversas soluciones posibles, y todos quedaban satisfechos ⁽⁴⁾. Así se procedió, por orden de Moisés, en la repartición de la tierra prometida ⁽⁵⁾. Así es también como

(1) V. en Eusebio, *Hist.*, III, 39.

(2) Á Jesús es á quien los discípulos se dirigen. En otras circunstancias, habían proclamado, como aquí, que el Maestro veía el fondo de los corazones (*Juan*, XXI, 17). Lo repiten en esta ocasión, y suplican que Él, que había escogido á los otros Apóstoles, escoja también al que debe reemplazar á Judas. Por lo demás, la palabra *Señor*, en sus labios, designa casi siempre al Hijo de Dios. Así, en el vers. 21, se aplica sin duda á Jesús; no se ve, pues, por qué aquí designaría al Padre. Esteban muere gritando: «¡Señor Jesús! Domine Jesu, suscipe spiritum meum!»

(3) Aquí hay una alusión al eterno castigo de Judas en el infierno. Los rabinos interpretaban una frase análoga (*Números*, XXIV, 25) del sitio que Balaam ocupaba en el Scheol: «Balaam ivit in locum suum, id est, in gehennam.» Véase Lightfoot, *Hor. hebr. et talmud in Acta Apost.*

(4) *Josué*, VII, 14, 18; *I Reyes*, XIV, 41; *Jueces*, XX, 10, etc.

(5) *Núm.*, XXVI, 55; *Josué*, XVIII, 10.

Samuel hizo elegir á Saúl rey de Israel ⁽¹⁾. Los Apóstoles pidieron que el cielo confriese, por un procedimiento semejante, el honor del apostolado á uno de los dos candidatos, cuyos méritos personales se equilibraban. Esto era una reminiscencia del Antiguo Testamento en el umbral del Nuevo. Después de Pentecostés prevalecerán otras ideas, y el Espíritu Santo se reservará el derecho de hablar, no ya por la suerte, sino por sus obras y por sus hombres.

De los dos nombres puestos en la urna, salió el de Matías. Desde aquel momento, el duodécimo Apóstol, aceptado por todos como sucesor de Judas, tomó asiento entre sus colegas. Las obras del novel electo no nos son conocidas ⁽²⁾; pero esto no es una razón para suponer, con algunos, que esta elección de la suerte, ratificada por la asamblea cristiana, no fué grata al cielo ⁽³⁾. Siete, por lo menos, de los otros once miembros del Colegio Apostólico, están tan poco mencionados como él en el libro de los Hechos y en lo que nos resta de los documentos sobre la historia de la Iglesia primitiva. Que Pablo fué más tarde directamente designado Apóstol por el mismo Señor, esto es evidente; pero que esta elección tuviera por objeto completar el grupo simbólico de los Doce, como si la de Matías no hubiese tenido lugar, nada lo indica. Por el contrario, los textos más precisos testifican que Pablo fué escogido, además de los Doce, para una misión especial y una representación aparte. Los Doce se dirigirán á Israel, Pablo deberá ir á los gentiles ⁽⁴⁾. Aquéllos son los apóstoles de la circuncisión; éste el predicador de los incircuncisos. Es incontestable que podría establecerse una conmovedora antítesis entre Pablo y Judas, y escribirse una hermosa página sobre aquél como heredero de éste, el gran servidor de Je-

(1) *I Reyes*, X, 20.

(2) *Nicéforo*, II, 40, dice que predicó el Evangelio y sufrió el martirio en Etiopía.

(3) Stier, en su libro de los *Discours des Apôtres*, I, 15, ha sostenido esta tesis caprichosa.

(4) *Galat.*, II, 9.

sucristo que por su heroísmo en el bien aventaja á lo que la infamia del traidor se había atrevido en el mal; pero la verdad vale más que la imaginación, y la exactitud no puede ceder el paso á consideraciones sentimentales. En ninguna parte se ha dicho que el Espíritu Santo anulara, como prematura é ilegal, la elección de Matías, y sabemos, por el contrario, que Pablo, separándose intencionalmente de los Doce⁽¹⁾, cuidó de reivindicar para sí una elección más directamente divina que la del sucesor de Judas.

Así reconstituido el grupo apostólico, prestos los doce testigos á partir á la primera señal del cielo, sólo había que esperar esta señal. Una circunstancia del todo natural parecía que debía provocarla. Se acercaba el gran día de Pentecostés. Los judíos helenistas llamaban así⁽²⁾ la fiesta en que Israel ofrecía á Dios los panes hechos con la harina del trigo nuevo. Durante las solemnidades pascales se había presentado á Jehová las primeras espigas maduras; cincuenta días después, debía celebrarse el fin dichoso y el resultado consolador de la cosecha. Jesús, grano de trigo misterioso arrojado en el surco por los malvados, pero resucitado por su Padre, ¿no aprovecharía esta ocasión para presentar al mundo á sus discípulos confirmados y llenos de valor, como fruto bendito de su muerte y de su resurrección? ¿Podía escoger una circunstancia más propicia para acabar su obra por la intervención del Espíritu Santo y, como el gran sacerdote en el sacrificio de acción de gracias, ofrecer en seguida á su Padre las primicias de su Iglesia viva y militante?

El rabinismo de los últimos tiempos quiso ver en la fiesta de las Siete Semanas un recuerdo de la promulgación de la Ley divina sobre el Sinaí; porque se contaba que habían transcurrido cincuenta días entre la primera Pascua

(1) *I Cor.*, XV, 9.

(2) *Tob.*, II, 1; *II Macab.*, XII, 32; *Josefo, Antiq.*, III, 10, 6, etc. En hebreo se llamaba la fiesta de la Cosecha, ó de las Semanas. Sobre su institución, véase *Levit.*, XXIII, 15-22; *Núm.*, XVIII, 26-31, etc.

y esta promulgación. Si bien esta pretensión no tiene ningún apoyo en la Escritura, la teología de entonces la adoptó (1). ¿No era natural esperar que la Ley Nueva sería anunciada oficialmente á Israel el mismo día en que se festejaba la promulgación de la Antigua?

Sea lo que se quiera de estas interpretaciones simbólicas, no es dudoso que los discípulos se sentían en vísperas de acontecimientos importantes. Debían suponer que no en vano habían sido convocados á Jerusalén con ocasión de la gran fiesta, y que era preciso estar á la expectativa de todo, preparándose en el recogimiento y la oración.

(1) Los rabinos la llamaban la fiesta de la Ley (*Pesachim*, fol. 68, 2). Véase en Schoettger y Wetstein, *Hor. hebr.*, *ad h. loc.* Maimonides (*More Nevochim*, III, 41) dice: «Festum Septimanarum est ille dies quo lex data fuit.» San Jerónimo (*ad Fabiolam*, *Mansio XII*) y San Agustín (*Cont. Faustum*, XXXII, 12) sostienen esta opinión; mas ni Filón ni Josefo participan de ella.

CAPÍTULO II

El Pentecostés cristiano

La mañana de Pentecostés.—Venida milagrosa del Espíritu Santo.—El don de lenguas.—En qué consistió.—Razonamientos de la multitud.—Respuesta de Pedro.—Su primer discurso apologético.—Dios designó á Jesús como Mesías; los judíos le crucificaron como criminal.—¿Quién tenía razón?—Felices resultados de esta primera predicación. (*Hechos*, II, 1 41).

Llegó la solemnidad de Pentecostés. Tan sólo duraba un día. Comenzada desde la víspera ⁽¹⁾, á la puesta del sol, el historiador sagrado tiene razón al decir que la fiesta estaba en su apogeo cuando tuvo lugar el hecho por él narrado. Serían, en efecto, las ocho de la mañana ⁽²⁾. La pequeña iglesia cristiana, agrupada en el sitio ordinario de sus reuniones ⁽³⁾, preludiaba, con una especie de culto privado y del todo íntimo, la gran demostración religiosa cuyo teatro oficial debía ser el Templo. De repente, y sin que fuese posible explicarlo naturalmente ⁽⁴⁾, se oyó un gran ruido. Llegaba de las profundidades de los cielos. Dios era su autor. Diríase un viento de tempestad abatiéndose sobre la casa en que los discípulos estaban sentados y en-

(1) Este es el sentido más natural que puede darse á la expresión de San Lucas: *ἐν τῇ συμπληροῦσθαι*. La fiesta, comenzada en la víspera, terminaba al día siguiente. Otras explicaciones son poco satisfactorias.

(2) Según *Hechos*, II, 15, Pedro pronunció su discurso á eso de las nueve.

(3) Nada, efectivamente, en el texto, indica que se trata de otro local que del que ya hemos hablado. La hipótesis de los que sueñan con uno de los treinta departamentos que formaban parte de las construcciones contiguas al Templo, y que realmente Joséfo llama οἶκους (*Ant.*, VIII, 3, 2) no parece tener fundamento serio y motiva numerosas dificultades.

(4) Lightfoot ha dicho muy bien: «*Sonus venti vehementis, sed absque vento; sic etiam linguæ igneae, sed absque igne.*» Las palabras *ἄνεμος* y *ἄσπις* cierran la puerta á toda interpretación naturalista.

volviéndola por todos lados. Era el murmullo terrible de aquella voz del Señor que, como dice el Salmista, estremece el desierto y quebranta los cedros del Líbano. El edificio fué sacudido hasta los cimientos, en tanto que un prolongado mugido resonaba en todas sus dependencias.

Al mismo tiempo, como si la manifestación celeste debiese entrar por los ojos tanto como por los oídos, los discípulos vieron presentarse lenguas que parecían de fuego. Sobre la humanidad sin mancha de Jesús, el Espíritu Santo había descendido en forma de paloma; sobre la humanidad caída y mancillada, vino como la tempestad que desarraiga y como el fuego que abrasa. Estas lenguas simbólicas significaban el lenguaje ardiente del Evangelio que debía purificar al mundo. Dividiéndose, fueron á posarse sobre cada miembro de la asamblea. Así, el cielo coronaba á los suyos con una diadema de llamas, para mejor manifestar afuera el fenómeno milagroso que se operaba dentro. El Espíritu Santo, penetrando con todos sus dones en el alma de los discípulos, derramaba en ellos la ciencia ⁽¹⁾, la fuerza, la santidad, y creaba, por decirlo así, una nueva naturaleza en ellos, capaz de todas las energías, hasta la efusión de sangre. Después de la Creación y la Redención, era ésta la tercera vez en que Dios iluminaba, como en pleno día, la humanidad. Con razón se vió en ella una especie de manifestación que recordaba la del Sinaí, la fiesta de la unión de los pueblos y la antítesis de su antigua dispersión.

Un entusiasmo religioso, que antes les era desconocido, se apoderó de los discípulos en el mismo instante. Transportados por la gracia que los agitaba, dirigían todos á la vez, con una armonía poderosa, gritos de amor y de ado-

(1) Sin embargo, no hay que entender esto en el sentido de que los Apóstoles no debiesen ya progresar más ni en la ciencia ni en la virtud. La continuación de esta historia probará lo contrario, y Pedro necesitará una revelación especial para admitir á los gentiles en la Iglesia. Lo cierto es que, á partir de este día, el Espíritu Santo se apoderó, más fuertemente que nunca, del punto central de su vida moral y religiosa. Gradualmente, realizará su pleno desarrollo espiritual.

ración al cielo. Alababan á Dios, y, ¡prodigio singular! hablaban todas las lenguas de la tierra. En Babel, el espíritu del mal había traído, con la confusión del lenguaje, la división de la humanidad orgullosa y prevaricadora. En Pentecostés, el Espíritu de Dios venía á suprimir esa detestable separación; y, para afirmar más visiblemente que, después de la Redención, el mundo entero no sería más que una inmensa familia, verdadera Iglesia universal ⁽¹⁾ en la que el Evangelio, anunciado á todos los pueblos, no tendría, como la Ley, lengua preferida, concedía á los Apóstoles el don de hacerse entender en todos los idiomas de la tierra ⁽²⁾.

De estos dos milagros, la venida sensible del Espíritu Santo en los Apóstoles y el don de lenguas, el más importante era, sin duda, el primero. El es el que constituye lo esencial de la manifestación celeste y el que debe progresivamente asegurar el desenvolvimiento del reino de Dios acá en la tierra. El otro fué simplemente el símbolo de una idea y no tuvo más que una importancia transitoria. *Fueron llenados todos del Espíritu Santo; he aquí la grande obra de Pentecostés. Comenzaron á hablar en diversas lenguas; he aquí un incidente milagroso que la exégesis debe reducir á su justo valor.*

Se ha preguntado si el milagro se produjo en los labios de los Apóstoles hablando sucesivamente todas las lenguas del mundo, ó en el oído de los oyentes entendiendo, cada uno en su lengua, los discursos que en realidad los Apóstoles pronunciaban en arameo. Algunos Padres de la Iglesia ⁽³⁾ admitieron la última hipótesis, suponiendo así que

(1) San Agustín (*Serm. CCLXVI, in Vigil. Pentec.*, n. 2): «Futura Ecclesia in omnibus linguis praenuntiabatur.»

(2) Billroth (*Comm. sur I Cor.*, XIV) llega á suponer que el Espíritu Santo reconstituyó para los Apóstoles la lengua-madre de la humanidad, y que cada oyente encontró en ella su lengua nacional derivada. Lange cree que la vida espiritual, al llegar á un grado muy elevado, no tiene sino una lengua, que, debiendo unir á todos los escogidos, es siempre por ellos comprendida. Tan pronto como se es digno de oirla, se entiende. Todo esto es más fácil suponerlo que probarlo.

(3) San Cipriano, San Gregorio de Niza, Beda, etc. Autores más moder-

el sujeto en quien se cumplía el milagro fué la multitud incrédula y no los discípulos creyentes. Su opinión no podría autorizarse con el sagrado texto ⁽¹⁾. En efecto, en él se lee, no que los oyentes comenzaron á entender la lengua ordinaria de los Apóstoles en sus idiomas respectivos, sino que los Apóstoles se pusieron á hablar lenguas diferentes de aquellas que hasta entonces habían hablado. Por lo demás esto lo había prometido Jesús á sus fieles: «hablarán lenguas nuevas ⁽²⁾.» El milagro consistió, pues, en un poder dado á los creyentes de hablar, no todas las lenguas, sino algunas lenguas nuevas, y de hablarlas, no á su antojo, sino á medida que el Espíritu Santo les comunicaba esta facultad ⁽³⁾. Además, no recibieron este don para predicar á la multitud, sino para alabar al Señor. En lenguas extrañas hablaban á Dios antes de la llegada de la muchedumbre, y nada indica que hubiera interrumpido su himno para dirigirse á ella ⁽⁴⁾. Cuando Pedro la

nos han sostenido esta opinión apoyándola en que San Francisco Javier, San Bernardo, San Antonio de Padua, San Vicente Ferrer, se hacían entender de oyentes cuya lengua ellos no hablaban. Mas hay que creer que estos ilustres santos entusiasmaban sobre todo á su auditorio por su acento penetrante y su exterior, más elocuente todavía que sus discursos. No se dice que ninguno de estos grandes apóstoles de los tiempos modernos haya apelado, para probar su misión divina, á este poder milagroso de hablar todas las lenguas, ó de hacerse entender de todos no hablando más que una. Semejante argumento en favor de su predicación no hubiese carecido de valor.

(1) *Hechos*, II, 4.

(2) *Marc.*, XVI, 17.

(3) *Hech.*, II, 4. El texto es explícito.

(4) Para entender bien nuestro pensamiento, conviene olvidar un momento las opiniones poco fundadas y, con todo, comúnmente admitidas sobre el milagro de Pentecostés y atenerse al texto, que es un guía mucho más seguro. El vers. 2 nos muestra á los discípulos juntos en la casa, reunidos en el cenáculo ó en la terraza, y allí es (vers. 4) donde hablan en diversas lenguas. Los oyentes y los curiosos no llegan sino después de haber comenzado el milagro (vers. 6). Oyen que algunos discípulos hablan su lengua nacional, no que cada discípulo hable todas las lenguas. Se pasman porque aquellos que alaban á Dios son todos galileos (vers. 7 y 8) y no judíos de la dispersión. El desorden tumultuoso de tantos idiomas diversos hablados á la vez hace que algunos supongan que los discípulos estaban ebrios, y confunden la admirable escena de la acción de gracias con los gritos y demostraciones de gente que ha perdido la razón (vers. 13). Esto no se explicaría en la hipótesis de que el milagro se hubiese verificado en los oídos de la concurrencia, de suerte que

arengó, lo hizo verosímilmente en arameo, lengua que era familiar á todos los judíos, cualquiera que fuese el país de su procedencia (1).

Pablo, caracterizando este fenómeno milagroso de la glosolalia, dice que «quien habla lenguas, no habla para los hombres, sino para Dios (2).» Primeramente habla para sí, *semetipsum aedificat*; después para los otros, si alguno le comprende. En realidad, la hipótesis que atribuye á los Apóstoles el poder de entender á todos los pueblos y de hablarles en sus lenguas respectivas no se apoya en el milagro de Pentecostés, ni en ningún hecho consignado en la historia de la Iglesia primitiva. Al contrario, en ella leemos que Pedro se servía de Marcos como de un intérprete (3), y más tarde veremos que Pablo, aunque muy bien dotado con el don sobrenatural de lenguas, no comprendía siempre el idioma de los pueblos entre los

cada oyente hubiese advertido que su propia lengua era hablada por cada discípulo. De este fenómeno hubiese resultado, en efecto, la más admirable unidad. Otro punto esencial que hay que observar es que los discípulos no predicaban á la concurrencia. Semejante predicación hubiera sido á lo menos muy caprichosa, pues cada uno hubiera debido dirigirse á una sola categoría de oyentes (á aquellos cuya lengua él hablaba), y, sin embargo, la predicación hubiese sido colectiva, hablando todos á la vez, como si fuese posible que en esta confusión cada oyente pudiese seguir al orador que á él se dirigía. Además ¿es admisible el hecho de que ciento veinte predicadores hablaran á la vez, aun cuando hubieran hablado una sola lengua, milagrosamente traducida para oyentes de diversa nacionalidad? Esto fuera superfluo, con uno sólo bastara. Por tanto, con razón el historiador sagrado precisa (v. 11), no que los discípulos predicaban, sino que cantaban las alabanzas de Dios. En casa de Cornelio, en Cesárea, los neófitos recibieron idénticamente el mismo don de lenguas, y se sirvieron de él en seguida. ¿Se dirá que fué para predicar? Ellos no tenían seguramente que hacerse oír por oyentes de nacionalidades y de lenguas diversas. No hablaban sino para alabar á Dios. Todas estas razones son por sí solas concluyentes; pero aunque lo fuesen menos, lo que San Pablo dice de la glosolalia en las asambleas cristianas de Corinto no permite la menor objeción.

(1) Otros suponen que habló en griego, mas sin probar su hipótesis. En otra circunstancia solemne, leemos que Pablo habló al pueblo en arameo. (*Hech.*, XXI, 40).

(2) *I Cor.*, XIV, 2.

(3) Véase Papias en Eusebio, *H. E.*, III, 39. San Ireneo le da el título de *ἐρμηνεύς* ó *ἐρμηνευτής*. En Clemente de Alej. (*Strom.*, VII), vemos que los basilidos decían lo mismo de un tal Glauquias.

cuales se hallaba ⁽¹⁾. Además, la manera como los Apóstoles escriben el griego, con visibles incorrecciones, numerosos arameísmos y con dificultad alguna vez harto notoria, honraría poco al Espíritu Santo, que, en esta hipótesis, habría sido su profesor oficial.

Mas si este don de lenguas ó de glosolalia no servía de nada en las relaciones ordinarias de la vida, ¿cuál era, pues, su objeto? Porque Dios no obra prodigios sin utilidad. Para responder á esta cuestión, hay que recordar que este fenómeno sobrenatural, muy común en la Iglesia primitiva, se encuentra mencionado en otros tres pasajes de nuestros Libros Santos, y hay que caracterizarlo por la combinación de estas indicaciones diversas. Así, en Cesárea, se producirá en casa de Cornelio, del mismo modo que aquí se produjo ⁽²⁾. Igualmente, en Éfeso, los discípulos de Juan Bautista, convertidos por Pablo, hablarán lenguas nuevas y profetizarán ⁽³⁾. En fin, este mismo don se manifestará en las jóvenes comunidades cristianas, y Pablo, escribiendo su primera Epístola á los Corintios ⁽⁴⁾, procurará precisar su verdadero alcance. Sus indicaciones deben ser para nosotros decisivas. Sería, en efecto, muy arbitrario pretender que, salvo quizás el grado de intensidad, no nos hallamos absolutamente en presencia del *carisma* que en todas partes se manifiesta un poco durante este período de la Iglesia naciente ⁽⁵⁾. Pues bien, San Pablo supone,

(1) *Hech.*, XIV, 11-14: parece que no entendió lo que los licaonios decían en su dialecto particular.

(2) Pedro (*Hechos*, XI, 15) dice: «El Espíritu descendió sobre ellos, como descendió al principio sobre nosotros.» Pues bien, el historiador caracteriza esta acción del Espíritu Santo diciendo que se oía á los convertidos hablar lenguas nuevas, no predicando, sino glorificando á Dios (*Hech.*, X, 46).

(3) *Hech.*, XIX, 6: «Descendió sobre ellos el Espíritu Santo, y hablaban varias lenguas y profetizaban.

(4) *I Cor.*, XII, 10, 30, y XIV entero.

(5) La identidad del don resulta evidente si se compara la identidad de las expresiones empleadas para designarlo. En la Epístola á los Corintios, Pablo caracteriza muchas veces este fenómeno con las palabras *γλώσσαις λαλεῖν*, *loqui linguis* (*I Cor.*, XIV, 5, 6, 13, 23, 39). Ahora bien, la misma fórmula se encuentra no solamente en *Hech.*, XIX, 6: *ελάλουν γλώσσαις*, para indicar el carisma conferido por el Espíritu Santo á los discípulos de Efeso, y además en *Hech.*, X, 46: *αὐτῶν λαλούντων γλώσσαις*, á propósito de los con-

analizándolo, que es posible hablar lenguas que no sólo ninguno de los concurrentes entiende, sino que también el que las habla es con frecuencia incapaz de traducir. En este caso, da muy naturalmente la preferencia al don de profecía ó de predicación, como pronto veremos que lo mismo hace Pedro, el cual, en su discurso, deja á un lado la glosolalia para incluirla en el don de profecía prometido por Dios á los que habían recibido el Espíritu Santo. Es, por tanto, natural que Pablo pusiera gran diligencia en hacernos entender la importancia muy relativa y el carácter transitorio de semejante carisma ⁽¹⁾. Éste se presenta, según el Apóstol, en hombres plenamente absortos en su unión con Dios, y que ya no saben si están en su cuerpo ó fuera de su cuerpo. Su lengua es una lira que la gracia hace cantar, rezar, agradecer en todos los idiomas de la tierra. Edifica realmente ver al Espíritu obrar en los creyentes efectos tan prodigiosos, y un primer resultado de la glosolalia es probar á los infieles ⁽²⁾ el poder del Espíritu Santo. Con todo, la edificación no es completa sino cuando la concurrencia comprende las palabras ardientes, los transportes de fe, los gritos de amor así pronunciados. Si no los

vertidos de Cesárea. Pues bien, Pedro declara, *Hech.*, XI, 15, que lo sucedido en casa de Cornelio fué *absolutamente parecido* á lo que ocurriera en Pentecostés: *ὡςπερ καὶ ἐφ' ἡμᾶς ἐν ἀρχῇ*. Y, efectivamente, el fenómeno de Pentecostés es determinado por estas mismas expresiones: *γλώσσαις λαλεῖν* (*Hech.*, II, 4). La palabra *ἐτέραις* no indica diferencia, porque se encuentra también, en cuanto al sentido, en *I Cor.*, XIV, 21, y en *I Cor.*, XII, 10, 28; XIV, 5, 10, etc.

(1) Este don, lógicamente relegado á segundo término por un maestro como él, desaparece pronto para dar lugar á otros más útiles. Ni el *Pastor* de Hermas, ni las epístolas católicas lo mencionan. Sin embargo, San Ireneo (*Adv. Haeres.*, V, 6) habla «de muchos hermanos que él ha oído en la asamblea cristiana profetizar y hablar en diversas lenguas», *παντοδαπαῖς γλώσσαις*. Tertuliano (*Adv. Marc.*, V, 8; *de Anima*, IX) menciona algunos dones espirituales que se manifiestan en los montanistas, y uno de ellos es el don de lenguas. A partir del siglo III, no queda rastro de la perpetuidad de este fenómeno. Lo que se cuenta de carismas análogos concedidas á ciertas sectas cristianas, los camisardos, en las Cevennes, los cuáqueros, los metodistas, y más recientemente los irvingianos, parece que no es más que una falsificación de la primitiva glosolalia.

(2) *I Cor.*, XIV, 22: *Itaque linguae in signum sunt, non fidelibus, sed ielibus.*

comprende, preciso es que alguno se levante para explicarlos. Sin esto, vale cien veces más la predicación elocuente y entusiasta de los Profetas. Así se expresa Pablo en su Epístola. Ahora bien, los intérpretes naturales serán, ó el mismo que habla la lengua extranjera y que debe, ante todo, pedir á Dios el don de traducirla ⁽¹⁾, ó algún miembro de la asamblea el cual, por su origen y sus relaciones, esté familiarizado con ella. En todo caso, la utilidad del prodigio estará en razón directa de la facilidad con que el auditorio pueda comprender.

De esta suerte se explica la capital importancia de lo que pasó en Pentecostés. Los Apóstoles habrían tenido ciertamente el don de traducirse, pero no hubo necesidad. No hacían falta intérpretes naturales, porque estando representados en la asamblea todos los pueblos de la tierra, cada uno de los oyentes atestiguó que oía hablar en su lengua propia. El prodigio fué tanto mayor, cuanto se extendía á casi todas las lenguas del mundo conocido. Pero el Espíritu Santo tenía otras miras que la de asombrar á la multitud con la exhibición de un don sin grande utilidad práctica. Quiso—y aquí está el aspecto importante de la glosolalia,—profetizar lo por venir. En el momento mismo en que inaugura su reinado sobre la humanidad, el milagro por Él obrado es principalmente simbólico. Un día todos los pueblos le pertenecerán; entre tanto, de ellos toma posesión, haciendo que la Iglesia naciente hable los diversos lenguajes que hablará la Iglesia de lo por venir ⁽²⁾. Al principio indica lo que sucederá al fin. Al mismo tiempo, y como ordenación á este inmenso resultado, derribá con su sopro las barreras que separan las naciones, y testimonia altamente que quiere hacer de la humanidad una sola familia, en la cual se hablarán indistintamente todos los idiomas de la tierra. La fe de Israel, por otra parte, se complacía en cantar la unión de los hombres en un solo

(1) *I Cor.*, XIV, 13: Et ideo qui loquitur linguâ, oret ut interpretetur.

(2) En toda otra circunstancia, el número de lenguas habladas simultáneamente fué ciertamente más reducido.

pueblo con una sola lengua, como el gran prodigio de los tiempos mesiánicos ⁽¹⁾. Para cualquiera que en ello reflexione, el don de lenguas no era sino el universalismo cristiano, proclamado por un hecho milagroso. En realidad, el Evangelio vino á hablar al mundo, no una lengua nacional, sino la lengua de la humanidad. Por sí mismo se traduce á todo el que quiere oirlo, y el Espíritu de Dios se encarga de hacerlo siempre llegar al oído del corazón. Tal es el sentido real y razonable del milagro de la glosolalia. Reproduciéndose en adelante en los grupos importantes de nuevos convertidos, en Cesárea, en Éfeso, en Corinto, señalará las etapas principales de la Iglesia hacia su reino universal, y durante un siglo, será como la garantía de que este reino, prometido por Dios, no faltará. El día en que toda la humanidad haya oído la Buena Nueva, la glosolalia será inútil. Sin milagro y con pleno derecho, la Iglesia hablará todas las lenguas de la tierra.

Desde el punto de vista psicológico, se comprende que el Espíritu Santo puede apoderarse del alma del creyente y, en el éxtasis en que la arrebatara, iniciarla en una ciencia sobreeminente, no sólo de lenguas, sí que también de sucesos. De la glosolalia á la profecía no había más que un paso. Puede asimismo decirse que ésta es el coronamiento de aquélla. Así veremos que Pedro no se cuidará muy pronto sino del don de profecía, y no del don de lenguas concedido á los hijos de Israel ⁽²⁾.

Sin insistir más en esta explicación del don de lenguas,—la única satisfactoria, al parecer,—el prodigio tiene una significación esencial que por todos debe ser conocida. Después de tantos siglos de blasfemias y de impiedad, Dios se complacía en ahogar los clamores idolátricos de lo pasado y en presagiar la adoración universal de lo por venir, arrancando á sus nuevos escogidos esta primera alabanza solemne en todos los idiomas de la tierra. Nada más con-

(1) Se dice en el testamento de los doce Patriarcas, p. 618: *Εἰς λαὸς Κυρίων καὶ γλώσσα μία.*

(2) *Hechos*, II, 16 y siguientes.

movedor que semejante himno de reparación pública, saliendo de los pechos vigorosos de aquellos galileos y, apesar de la discordancia de lenguas diversas, subiendo al cielo con la más poderosa armonía. Era el *Te Deum* de la humanidad que cantaba su libertad. Emancipada del mal, afirmaba su fe en mejores destinos.

El ruido extraño que de súbito había retumbado en la casa y los gritos entusiastas ó las demostraciones exteriores de los discípulos llamaron la atención de los transeuntes. A los primeros curiosos que se acercaron, se les juntó bien pronto una multitud de otros. Era la hora en que la ciudad entera, desparramada por las calles, se disponía á subir al Templo para el oficio religioso de la mañana. Peregrinos de todos los países ó habitantes de Jerusalén se apiñaron en gran número alrededor del Cenáculo. Los asombraba sin duda lo que veían; pero su sorpresa fué muchísimo mayor cuando, al prestar atención, pudieron todos ellos convencerse, cualquiera que fuese su nacionalidad, de que oían alabar á Dios en sus lenguas respectivas. «¿Por ventura—decían—estos que hablan no son todos Galileos? ¿Pues cómo es que les oímos cada uno de nosotros hablar nuestra lengua nativa? Partos, medos, elamitas, los moradores de Mesopotamia ⁽¹⁾, de Judea ⁽²⁾, de Capadocia, del Ponto, del Asia, de Frigia, de Pamfilia ⁽³⁾, del Egipto, de

(1) Este primer grupo de cuatro pueblos representa al país de Levante, al otro lado del Eufrates. Los partos, los medos y los elamitas habitaban el país adonde Salmanasar, rey de Asiria, había llevado las diez tribus en cautiverio. Mesopotamia,—el antiguo Padan-Aram del Génesis,—situada entre el Tigris y el Eufrates, era el país en que Nabucodonosor había arrinconado las otras dos tribus reducidas á esclavitud.

(2) En lugar de este nombre, que motiva alguna dificultad, San Jerónimo leyó «Siria,» y Tertuliano, como también San Agustín, «Armenia.» Teofilacto lo suprime. Sin embargo, los mejores manuscritos lo llevan, y es concebible que, en esta enumeración diversa de lenguas habladas por los discípulos, se quisiera mencionar también su propia lengua.

(3) Suponiendo que el tránsito de los países de Levante á los de acá del Eufrates se haga por Judea, ó el nombre que en su lugar quiera leerse, se remonta en seguida hacia el Norte. Capadocia era ya provincia del imperio romano, y el Ponto, situado al sur del mar Negro, habiendo aceptado la tutela de Roma, se preparaba á serlo. El Asia significa aquí, según la nomenclatura de las provincias de Oriente admitida en Roma, el distrito que se ex-

las partes de la Libia, confinante con Cirene, los que han venido de Roma, tanto judíos como prosélitos, los cretenses y los árabes ⁽¹⁾; á todos los oímos hablar en nuestras propias lenguas las maravillas de Dios ⁽²⁾.»

De esta suerte expresaban su asombro, en alta voz, estos peregrinos venidos de todos los países que están bajo los cielos, pues el judaísmo tenía hijos en el mundo entero ⁽³⁾. Filón asegura que, en su tiempo, los había en toda ciudad importante del Imperio y hasta en las islas de Europa y de Asia. Primeramente, fué la mano de los conquistadores la que los dispersó entre los medos y en las orillas del Eufrates. Más tarde, fueron enviados como colonias privilegiadas á ciertos distritos del Asia y de Egipto por Alejandro Magno y sus sucesores, los Seleucidas ó los Tolomeos. Mas el espíritu mercantil de aquel pueblo fué el que principalmente los atrajo á las ciudades comerciales del mundo greco-romano. Por un designio providencial, los judíos representaban, en el seno de la idolatría más abyecta, la noción del verdadero Dios, y, conservando la esperanza en un Mesías venidero, disponían los espíritus para el establecimiento de la religión nueva.

Oir hablar así, no solamente las diversas lenguas del mundo, pero también sus dialectos particulares, por estos hombres inspirados, pareció á los mejor dispuestos el más asombroso de los milagros. No disimulando su admiración, se decían unos á otros: «¿Qué novedad es ésta?» El grupo de los escépticos y de los satíricos malvados expresaba de

tiende á lo largo del mar Egeo y que comprendía Jonia, Lidia, Misia y Caria. Su capital era Éfeso. Era de mucho la más rica de las provincias romanas. Frigia estaba más al interior del continente. Pamfilia se hallaba cerca del mar.

(1) De las cinco naciones últimamente nombradas, en tres de ellas especialmente había gran mezcla de judíos: Egipto, la Libia cirenaica y Roma, donde los veremos, según Tácito, hacer sombra al gobierno imperial.

(2) Hablaban, pues, casi todos los dialectos de las principales lenguas del mundo civilizado. En esta enumeración de quince pueblos representados en Pentecostés, no se siguió rigurosamente ningún orden geográfico ó etnográfico.

(3) Josefo, *B. J.*, II, 16, 4, hace decir á Agripa que en el mundo no había ninguna nación en que los judíos no se hubiesen establecido.

otro modo sus sentimientos. Las almas indignas de reconocer la verdad y de saborearla procuran ridiculizar á sus defensores. «Estos sin duda—decían,—están llenos de vino dulce ⁽¹⁾.» ¡Como si la embriaguez, en lugar de enseñar lenguas nuevas al hombre, no le hiciera olvidar las que sabe!

Pedro oyó este insulto hecho al Espíritu Santo, y, adelantándose con los Once ⁽²⁾, se dispuso á repararlo. A él, como boca autorizada y corifeo oficial del grupo apostólico, le correspondía el derecho de tomar la palabra. La plataforma de la casa, ó la escalera exterior que á ella conducía, debió servirle de tribuna improvisada. Desde allí, dominando á la multitud, su voz vibrante impuso silencio. Habiendo sacudido el éxtasis en que su alma cantaba poco ha, en lenguas nuevas, las grandezas de Dios, se expresó quizás en griego, ó más probablemente en arameo, el idioma nacional familiar y particularmente grato á su auditorio: «¡Oh vosotros judíos—exclamó,—y todos los demás que moráis en Jerusalén! estad atentos á lo que voy á deciros, y escuchad bien mis palabras. No están éstos embriagados, como sospecháis vosotros, pues no es más que la hora tercia del día; sino que se verifica lo que dijo el profeta Joel: «Sucederá en los postreros días, dice el Señor, que Yo derramaré mi Espíritu sobre todos los hombres, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros jóvenes tendrán visiones, y vuestros ancianos revela-

(1) La época en que cae Pentecostés no permite traducir la palabra *γλέκος* por mosto, ó vino nuevo de la vendimia, sino que significa una especie de vino azucarado muy apetecido por los orientales y sumamente embriagador. (Luciano., *Ep. sat.* 22; *Philop.*, 39, 65, etc). En Jafa se nos ofreció esta bebida que traían del Líbano. Es desagradable por su extremada dulzura.

(2) Es de notar que los Once, á pesar de que aparecen formando una categoría debajo de Pedro, puesto que están clasificados aparte y fuera de él, marchan, sin embargo, en su seguimiento, como si fuesen á hablar con él y por él. La cabeza no se separa del cuerpo, cuando hay que obrar solemnemente en nombre de la Iglesia. San Juan Crisóstomo (*Hom. IV*, sobre los *Hechos*) dice: «Todos tenían un mismo lenguaje, y Pedro era su boca común. Los Once estaban detrás de él para confirmar con su testimonio lo que él decía.» Esta es una de las mejores pruebas y la explicación más sabia de la infalibilidad pontificia.

ciones en sueños. Sí, por cierto, Yo derramaré mi Espíritu sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días, y profetizarán. Y Yo haré que vean prodigios arriba en el cielo, y portentos abajo en la tierra, sangre, y fuego, y torbellinos de humo. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre antes que llegue el día grande y patente del Señor. Entonces todos los que hayan invocado el nombre del Señor serán salvos (1).»

A juzgar por este nuevo discurso, la acción del Espíritu Santo es cada vez más sensible sobre Pedro. El Apóstol va transformándose por completo, á medida que la gracia de Dios le penetra y que él tiene una conciencia más alta de su misión. ¡Con qué serenidad perfecta, este hombre, otras veces tan vivo, se encarga de refutar la acusación no menos absurda que injuriosa lanzada contra sus colegas! Con una sola palabra hace justicia. Si, tan temprano, la embriaguez sería muy extraña entre paganos (2), con mayor razón sería inverosímil entre judíos, en día de gran solemnidad, cuando todo israelita piadoso debía asistir en ayunas á la plegaria oficial de las nueve, y también á la del mediodía (3). Es, por lo tanto, cierto que el grupo de los discípulos, de conformidad con las prescripciones religiosas de las que se muestra fiel observante, no se encuentra en el estado que se supone. No, lo que llena sus pechos, henchidos de entusiasmo, no es el vino, sino el Espíritu de Dios. ¿Por qué admirarse? ¿Por ventu-

(1) Por esta cita de Joel, II, 28-32, es inútil querer determinar qué lengua hablaba Pedro en su discurso. Si la cita se acercara más á los Setenta que al hebreo, no sería lógico concluir que el Apóstol hablaba en griego y no en arameo; porque San Lucas podría ser el único responsable de esta cita según los Setenta. De otra parte, si la cita siguiera más de cerca el hebreo, esta semejanza podría depender de que San Lucas, al reproducir el discurso de Pablo, consultaba el documento arameo. Lo que hay de más evidente es que la cita no sigue literalmente ni á los Setenta ni al hebreo.

(2) Cicerón, en una de sus *Filípicas*, denuncia en estos términos la vida licenciosa que se llevaba en la villa Antonia: «Ab hora tertia bibebatur, ludabatur, vomebatur.»

(3) *Berachot*, fol. 28, 2: «Non licet homini gustare quidquam, antequam oraverit orationem suam.» Véase Lighfoot sobre este pasaje de los *Hechos*. Josefo en su *Autobiografía*, 54, atestigua la fidelidad con que se observaba esta práctica.

ra los Profetas no habían anunciado esta difusión súbita de los dones de lo alto? En aquel punto se realizaba á la letra lo que Joel predijera ochocientos años antes. Dios, guardando substancialmente su Espíritu en la unidad indefectible de su Trinidad, lo envía sobre toda carne por una abundante efusión. Creer en el Redentor, es tener derecho al don celeste, que dispone á hablar bajo la inspiración divina y á profetizar. Lo que fué privilegio de algunos en la Ley antigua, viene á ser el estado ordinario de muchos en la promulgación de la nueva ⁽¹⁾. El Espíritu de Dios trabaja á cada miembro del reino mesiánico, y, si no todos ellos anuncian lo por venir, porque el término principal de las profecías ha llegado con el Salvador, todos dicen cosas del cielo. Esto basta para merecer el título de profeta. En efecto, este nombre, en su etimología primera, significa hombre lleno de Dios ⁽²⁾ que deja desbordar en sus labios la ola de las comunicaciones divinas. Ahora bien, estas comunicaciones no tienen por efecto único y necesario la revelación de lo por venir. Dios establece también como profetas, en medio de su pueblo, á hombres á quienes concede inspiraciones, ora para cantar su gloria y recordar sus derechos, ora para animar á los buenos y reprender á los malos, ora en fin para penetrar y exponer el sentido misterioso de las divinas palabras.

Así, pues, la hora de la regeneración del mundo ha llegado. Hijos é hijas de Israel, siervos y siervas de Dios no profetizan, jóvenes y viejos no tienen visiones sobrenaturales, sino en razón de la clausura de la antigua Alianza y de la inauguración de la nueva ⁽³⁾. Si son necesarias otras prue-

(1) *Isaías*, XLIV, 3, lo anuncia como Joel. Compar. *Ezeq.*, XI, 19, XXXVI, 27; *Zacarías*, XII, 10.

(2) Se admite comúnmente que la palabra hebrea *Nabi*, traducida por *profeta*, en las lenguas clásicas, deriva, según Gesenius, del verbo *ndba* ó *nabash*, que significa *borbotar* como una fuente. En este sentido dice el Salmista, XLIV, 1: «*Eructavit cor meum verbum bonum.*» El verbo *ndba*, como la mayor parte de los verbos que expresan la acción de hablar, no se encuentra empleado sino en la forma *niphal* ó *hitpael*. En la latín se dice: *loqui, furi, concionari*, etc., en la forma deponente, y, en griego, *φθεγγομαι, μαρτυρομαι*, en la voz media.

(3) Sin duda Joel había dicho: «Después de esto,» mas Pedro traduce

bas, se leerán escritas en signos sangrientos en el cielo y sobre la tierra. La ruina espantable de Jerusalén realizará terriblemente las últimas palabras de la profecía, así como Pentecostés realiza gozosamente las primeras. Los que no están del todo ciegos en su impiedad, verán lo que sucede y podrán procurar aún su salvación. Con misericordia inagotable, el Señor abre á todos los hombres de buena voluntad las puertas del reino nuevo. Es tiempo de entrar. Si el error fué posible para algunos durante la vida de Jesús, ha dejado de serlo después de su muerte.

Pedro va á dar una razón irrefutable. Se adivina que la guarda en el fondo del alma, poderosa como el acero todavía envainado, y que la reserva para la victoria definitiva. Rato ha se prepara á echarla en rostro al judaísmo, como un argumento sin réplica: es la resurrección de Jesús. Si los discípulos se callaron, su silencio no hizo más que preparar una explosión más elocuente y más irresistible de la verdad.

«¡Oh hijos de Israel!—añade—escuchadme ahora: Á Jesús de Nazaret, hombre autorizado por Dios á vuestros ojos, con los milagros, maravillas y prodigios que por medio de Él ha hecho entre vosotros, como todos sabéis; á este Jesús, dejado á vuestro arbitrio por una orden expresa de la voluntad de Dios y un decreto de su presciencia, vosotros le habéis hecho morir, clavándole en la cruz por mano de los impíos.» ¡Qué emoción en estas últimas palabras del requisitorio! La acusación despiadada va derecha al alma de los deicidas, como una flecha que debe atravesarla. Todo ha sido maravillosamente preparado para que el golpe sea certero. En primer término del cuadro figuran los méritos de la Víctima, su santidad, la excelencia de sus obras y la divinidad de su misión. En la

con razón esta frase por: *ἐν ταῖς ἐσχάταις ἡμέραις*, en los últimos días de la era que precederá al reino mesiánico. Com. *Is.*, II, 2; *Miqueas*, IV, 1; *II Tim.*, III, 1, etc. Véase en Lightfoot, *Hor. hebr. in Act.* II, 17. «*Extremum tempus*, dice el rabino Nachman *ad Gen.*, XLIX, 1, *omnium doctorum consensu sunt dies Messiae.*»

enumeración nada falta; Pedro ha señalado intencionadamente hasta la nacionalidad de Jesús, este hijo de Nazaret, que, judío de raza y de corazón, fué hermano de sus matadores. Ha mostrado á Dios, dejando á los malvados la libertad de consumir sus crímenes, pero reservándose el hacer servir su misma malicia para la realización de sus planes providenciales. Él es quien, en la hora señalada por su presciencia, les ha entregado á su Hijo. Nada ha sucedido sin su orden ó permiso. En el término del crimen que iba á consumarse, ellos no sospecharon sino el triunfo de su odio; Él veía la salud del mundo. Así, gracias á la sabiduría divina, el mal que ellos intentaron hacer ha resultado un bien, y del crimen de los malvados ha salido la salud de los justos. Su fechoría no es menos abominable, porque en ella nada faltó, ni la ingratitud, ni la impiedad, ni la hipocresía. Para no mojar sus manos con la sangre del Enviado divino, han recorrido al brazo del extranjero, del opresor de la patria, de los enemigos de Jehová y del Templo. Mas, ¡desgraciados! ¿no eran ellos mismos los que mataban al que, por su mandato, los romanos conducían al postrer suplicio? Entregando la Víctima santa á la espada de los paganos, ¿qué hacían sino añadir el sacrilegio al homicidio? No, no pueden achacar á otros la responsabilidad del crimen que pesa todo entero sobre sus almas. Solos ellos quisieron su suplicio; solos ellos le condujeron al Calvario; solos ellos criminalmente le mataron, á pesar de sus obras milagrosas, de su vida de santidad incomparable y de su misión toda divina.

Tal fué su obra. He aquí paralelamente la de Dios. El rey del cielo, soberanamente sabio, puede permitir que por un instante la iniquidad destruya la justicia; pero este desorden no podría durar siempre, y la virtud puede estar segura de alcanzar su gloriosa rehabilitación. Dios esperó á los enemigos de su Hijo sobre la piedra misma de su sepulcro. Allá quiere aterrarlos con un golpe de su poder, ó mejor, iluminarlos con un rayo de su gloria.

«Aquel á quien matasteis—grita Pedro con entusiasmo.

creciente,—Dios lo ha resucitado rompiendo las ataduras de la muerte (1), en que no podía quedar detenido.»

La demostración de la tesis se impone. El Apóstol debe probar la imposibilidad alegada. No carecerá de interés para nosotros el apreciar el método apologético inspirado por el Espíritu Santo á sus primeros órganos para convencer á los incrédulos. Siendo judío todo el auditorio, de religión, si no de raza, Pedro se coloca en el terreno es-
criturario, casi el único aceptado por el rabinismo. Este predicador improvisado por el Espíritu Santo, ayer simple pescador, aparece de súbito tan familiarizado con los textos bíblicos como con los remos ó las redes del lago de Genesaret. Los maneja con la misma facilidad. Lee en las profecías como un doctor de Israel. El Maestro, cumple, pues, con su palabra dada á los suyos, poniendo en su boca una fuerza de convicción á la que nadie puede resistir. La inspiración es aquí evidente. Ella debía brillar en la frente del Apóstol tanto como resplandecía en sus labios.

Jesús no podía quedar detenido por las ataduras de la

(1) Es dificultoso traducir exactamente este pasaje. A primera vista, parece, según el texto: *λύσας τὰς ᾠδίνas τοῦ θανάτου*, que la imagen está tomada de los dolores del parto (éste es el sentido propio de *ᾠδίνes*), como si la muerte, sorprendida de llevar en su seno al Hijo de Dios, estuviera sufriendo hasta devolverlo á la vida. Puesto que Dios es quien resucita á Jesús, es también Él quien hace cesar los dolores de la muerte. Sin embargo, la expresión hebreaica *jebelé miveth*, que significa propiamente *las ataduras, los lazos de la muerte* (V. Gesen., *Thes.* I, p. 446), nos lleva á suponer que Pedro compara la muerte con un cazador que ha cogido una presa en sus redes. Las dos expresiones *κρατεῖσθαι*, *estar detenido*, y *λύειν*, *desatar*, responden mejor á esta segunda metáfora, muy común en el lenguaje sagrado (*II Reyes*, XXII, 6). ¿Es necesario suponer que los Setenta, confundiendo el plural de *jebel*, *dolor*, que es *jebulím*, con *jebelé*, *ataduras*, han, en la mayoría de los casos, traducido mal adrede esta palabra por *ᾠδίνes* en vez de *σχολία*? Es posible. En esta hipótesis, San Lucas habría seguido la traducción defectuosa de los LXX. Pero muchos filólogos pretenden que *ᾠδίνes* significaba indistintamente *dolores* y *ataduras*. Véase Kuinoel, *in Act.*, p. 82; Schlusner, *Thes.*, V, p. 571. Si las razones que alegan no son absolutamente concluyentes, no es menos verdadero que, para los Setenta, la sinonimia parece haber existido (*).

(*) La nota hebreaica del autor significa que, según la mayoría de los gramáticos, la traducción *dolores*, en vez de *funes*, se explica por haber creído que *jebelé* era el plural constructo de *jebel*, *dolor*, y no de *jebel*, *atadura*.—N. del T.

muerte, porque David había dicho en su nombre (1): «Tenía siempre presente al Señor ante mis ojos, pues está siempre á mi diestra, para que yo no experimente ningún trastorno (2). Por tanto se llenó de alegría mi corazón, resonó mi lengua en voces de júbilo (3), y mi carne reposará en la esperanza (4), porque no dejarás mi alma en el infierno (5), ni permitirás que tu Santo experimente la corrupción. Me harás entrar otra vez en las sendas de la vida, y colmar-me has de gozo en mi presencia (6). Hermanos míos, permitidme que os diga con toda libertad y sin el menor recelo: el patriarca David muerto está, y fué sepultado, y su sepulcro se conserva entre nosotros hasta hoy (7). Pero como era profeta, y sabía que Dios le había prometido con juramento que uno de su descendencia se había de sentar sobre su trono; previendo la resurrección de Cristo, dijo

(1) La expresión *eis aóron* significa *en vista* de Jesús, *mirando* á Jesús ó *poniéndose en su lugar*.

(2) La derecha no es solamente el sitio de honor, es también el puesto de la protección (Jenofonte, *Ciróp.*, III, 3, 21). El abogado se colocaba á la derecha de su cliente para defenderlo ante los jueces. Véase el *Salmo* CVIII, 31.

(3) El texto hebreo actual lleva: *Kebodi, mi alma*, en lugar de *mi lengua*. Es de creer que los LXX tenían á la vista otra lección, ó que tradujeron muy libremente esta palabra.

(4) La expresión hebrea traducida por *κατακνήσει* da á entender que el cuerpo irá á la tumba, como el caminante se duerme en la tienda, con el pensamiento de reanudar el viaje al día siguiente.

(5) Los hebreos llamaban *Scheol*, el *sitio hueco*, y los griegos *ἄδης* (de *á* privativa y de *ιδειν*), el reino *invisible* de la muerte, al lugar en que las almas viven separadas del cuerpo. Dichas palabras no implicaban por sí mismas ninguna idea de felicidad ó de sufrimiento. Véase *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, vol. II, p. 400. Lo mismo debe decirse de la palabra *infierno* en el sentido en que aquí la empleamos.

(6) Todo este pasaje del *Salmo* XV, 8-11, está citado exactamente según los LXX, que en esta parte han seguido nuestro texto hebreo.

(7) Salomón hizo enterrar á su padre en el monte Sión, en el sitio llamada «la ciudad de David». *III Reyes*, II, 10. A la vuelta del cautiverio existía aún la tumba, *Nehem.*, III, 16. Más tarde Hircano tomó de allá tres mil talentos, que ofreció á Antioco Pío para determinarle á perdonar la Ciudad Santa. Poco antes de J. C., Herodes quitó de una de las numerosas cámaras de este sepulcro las considerables riquezas que contenía. *Ant.*, VII, 15, 3. Dion Casio, LXIX, 14, dice que, en tiempo de Adriano, el mausoleo se arruinaba. San Jerónimo lo vió todavía. El sitio que hoy se le señala, muy cerca de donde se presume que estuvo el Cenáculo, permitiría creer que Pedro, mientras hablaba, podía mostrarlo á sus oyentes. V. *Notre Voyage aux Pays Bibliques*, vol. I, p. 327.

que ni fué detenido en el infierno, ni su carne padeció corrupción. Este Jesús es á quien Dios ha resucitado, de lo que todos nosotros somos testigos. Elevado, pues, al cielo á la diestra de Dios ⁽¹⁾, y habiendo recibido de su Padre la promesa ó potestad de enviar al Espíritu Santo, lo ha derramado del modo que estáis viendo y oyendo. Porque no es David el que subió al cielo, antes bien él mismo dejó escrito: Dijo el Señor á mi Señor, siéntate á mi diestra, hasta que á tus enemigos los ponga Yo por tarima de tus pies ⁽²⁾. Sepa, pues, toda la casa de Israel, que Dios ha constituido SEÑOR y CRISTO á este mismo Jesús que vosotros habéis crucificado.»

Como se ve por estas últimas palabras, el Espíritu Santo inspira al Apóstol—el cual aborda, empero, la cuestión capital del dogma cristiano,—todas las consideraciones requeridas, para no suscitar por un exceso de precisión protestas violentas que podrían comprometer el fruto de su discurso. El mérito del que quiere curar á un ciego consiste en no herir con luz demasiado intensa los ojos enfermos ó condenados desde largo tiempo á las tinieblas. Á judíos recelosos ó porfiados, Pedro nada les dice de la divinidad de Jesús, como si temiese soliviantar su monoteísmo tradicional. Habla sólo del hombre, y si debiésemos juzgar de la personalidad del Mesías únicamente por este primer discurso apologético, sería preciso renunciar ó establecer que, para los Apóstoles, Jesús fué verdadero Dios. Mas el predicador no dice aquí la última palabra de su fe. Ésta se había expresado más categóricamente en otro.

(1) Muchos prefieren traducir aquí y en otros pasajes, *Hech.*, V, 31, «elevado por la mano poderosa de Dios»; pero, si esto es más gramatical, no es más natural. Aunque los verbos que expresan movimiento se construyen generalmente con *πρός* ó *eis*, no es raro encontrarlos empleados con dativo en los poetas y los autores de la decadencia. (Winer, *Gram. des Neutest. Sprachidioms*, p. 201). La relación natural que se puede establecer entre este pasaje y *Marc.*, XVI, 19; *Salmo* CIX, 1, ó *Hech.*, VII, 55, induce á creer que San Lucas se consideró autorizado á hacer lo mismo.

(2) Es el primer versículo del *Salmo* CIX, que Jesús, durante su vida, había ya citado como prueba de la inferioridad de David respecto del Mesías. (*Mateo*, XXII, 43-45.)

tiempo en el camino de Cesárea, y no había podido dejar de crecer por las manifestaciones sucesivas del Resucitado, el prodigio de su Ascensión y las iluminaciones de Pentecostés. Adrede, pues, no presenta, por el momento, más que la fisonomía humana del Salvador á un auditorio poco capaz de entrever los misterios superiores de la vida divina. Sin duda que, en este bosquejo incompleto, hablará de la acción de la divinidad sobre la humanidad de Jesús, pero como si se tratase de la acción general de Dios sobre un hombre y no de la acción especial de la segunda persona de la Trinidad en la naturaleza humana con la cual está hipostáticamente unida. Una sola vez se nombra al Padre, para dejar entrever que tiene un Hijo, mas sin abordar abiertamente el misterio de esta paternidad. Pedro piensa con razón que, si por lo pronto logra que sea reconocido el carácter mesiánico de Jesús, poco le costará después establecer que el Mesías debía ser Hijo de Dios, y Dios como su Padre. Manteniéndose en este terreno de la misión divina de Aquel á quien quiere rehabilitar, evita toda controversia grave. El buen sentido de todos hará reconocer que un hombre resucitado por Dios es un hombre de Dios. Después de esto, dueño de su auditorio, sabrá muy bien imponerle toda la verdad.

En la viva conclusión de su discurso recobra aquella vehemencia del acusador que nos sorprendió desde el principio. El resumen de los hechos es sorprendente. Dios constituyó Señor y Cristo á Jesús; ellos le crucificaron. ¿Quién tuvo razón, Jehová ó Israel? Jehová: lo prueba la resurrección de Jesús. Mas si Israel se engañó, si mató al Mesías, ¿qué va á seguirse de esto? Porque este Mesías Jesús vive aún, establecido Rey y Maestro de la humanidad para siempre. ¿Qué suerte reserva para sus verdugos? Una cuestión tan grave debía turbar á los oyentes y abismar su espíritu en una ansiedad profunda. Según el historiador sagrado, la angustia que experimentaron les obligó á rendirse á discreción. El Espíritu Santo, atrayendo de esta suerte los corazones, manifestaba de nuevo un poder

milagroso, como al comunicar á los labios el don de lenguas. «Hermanos—dijeron á Pedro y á los otros Apóstoles,—¿qué es, pues, lo que debemos hacer?» «Haced penitencia—respondió Pedro,—y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados. Entonces recibiréis el don del Espíritu Santo, porque la promesa es para vosotros y para vuestros hijos, y también para los que viven lejos de Israel ⁽¹⁾, para cuantos llamare á sí el Señor Dios nuestro.»

Para la salud y la iniciación á la vida nueva se requieren dos condiciones: una interior, otra exterior. La primera consistía en la detestación del pecado, el dolor de haberlo cometido, y la promesa formal de no cometerlo de nuevo. La segunda era el bautismo, que significa la ablución de los pecados, la supresión de lo pasado y el comienzo de una nueva existencia. No se trata aquí de un bautismo administrado solamente en señal de arrepentimiento, como el de Juan ó el del judaísmo acogiendo á los gentiles. El nuevo rito es un acto de fe. Se administra en nombre de Jesucristo, ó mejor, por su mandato y según sus preceptos ⁽²⁾. Recibirlo es reconocer á Jesús como verdadero Mesías y Salvador, aceptar su doctrina, alistarse en su servicio y participar de sus méritos. En consecuencia, los pecados son perdonados al que recibe el bautismo, y, puesto que la iniquidad desaparece, el Espíritu Santo se posesiona del alma purificada. No hay que creer, en efecto, que sólo los Apóstoles fuesen llamados á recibir este gran

(1) La expresión *πᾶσιν τοῖς εἰς μακρὰν* no podría designar á los israelitas de la dispersión, los cuales, no distinguiéndose de los demás desde el punto de vista religioso, y hallándose cumplidamente representados en la concurrencia, estaban comprendidos en el primer grupo constituido por la palabra *ἡμῖν*. Tampoco podría designar á las generaciones futuras de los hijos de Israel, porque estaban comprendidos en las palabras *τοῖς τέκνοις ὑμῶν*. Por otra parte, el adverbio *μακρὰν* indica extensión en el espacio, no en el tiempo. Se trata, por tanto, de los gentiles. La frase se usaba entre los rabinos. Véase Schoettgen, *Hor., heb.*, I, p. 761. No se puede objetar que Pedro no admitía aún la vocación de los gentiles al Evangelio. Siempre la admitió; suponía solamente que, para ser cristiano, era preciso comenzar por hacerse judío.

(2) Él mismo había prescrito, en efecto, la fórmula del bautismo en nombre de la santa Trinidad. (*Mat.*, XXVIII, 19.)

don celestial. Jesús lo ha prometido á toda su Iglesia. Participarán de él todos los que, por muy alejados que estén de Dios, vengan del judaísmo ó del paganismo á inscribirse en esta Iglesia.

Pedro apremiaba además, con otros discursos que el historiador no nos ha conservado, á la parte de su auditorio, conmovida ya, pero todavía indecisa. Multiplicaba los testimonios que prueban la misión divina de Jesús, y su conclusión era esta: «Poneos en salvo de entre esta generación perversa».

Aquellos que, de buen grado, recibieron su palabra fueron en seguida bautizados. Dificilmente hubiese podido administrarse el bautismo por inmersión á tan gran número de convertidos, en una ciudad en que el agua no abunda, sobre todo en verano. Pero el espíritu de la nueva religión no era formalista, y un poco de agua, cayendo sobre la frente de un prosélito, pareció ciertamente á los Apóstoles lavar su alma tanto como un baño completo en las piscinas de la ciudad. El agua no era sino el signo figurativo; el agente eficaz era el Espíritu, y éste se encubría lo mismo en la gota simbólica de la aspersion que en la ola que envolvía á los neófitos.

En este mismo día de Pentecostés, en que Israel ofrecía á Jehová los panes nuevos, el Espíritu Santo y el Hijo ofrecieron al Padre, por mano de los Apóstoles, las almas de tres mil convertidos.

CAPITULO III

Vida edificante de los primeros cristianos

Situación preponderante de los Apóstoles.—Instruyendo á los prosélitos, crean la unión de los espíritus.—La Eucaristía acaba la unión de los corazones.—Agapes fraternales.—Bolsa común.—Respeto á la ley mosaica.—Fuerza que da la vida de comunidad rigurosamente observada.—Aumento de prosélitos.—El paganismo se suicida en Roma, mientras que la Iglesia nace en Jerusalén. (*Hechos*, II, 42-47; IV, 32-35).

El suceso milagroso de Pentecostés había creado para los Apóstoles y los discípulos una situación excepcional á los ojos de la multitud. Dotados del don de milagros y usando de él con oportunidad, veían crecer de día en día la admiración respetuosa de sus prosélitos. El historiador sagrado parece también indicar que difundían una especie de terror ⁽¹⁾ en torno de sí, como todo aquello que, por su carácter, parece lindar con el mundo sobrenatural. Sin duda que ellos eran los depositarios de una fuerza superior y quizá vengadora. Por su boca, Dios venía á declarar que no podía permanecer indiferente á la actitud sacrilega de Israel frente á su Mesías. Poco á poco se convirtieron en centros de actividad religiosa que excitaron la suspicacia del partido teocrático. Se los vigiló como innovadores, y se los clasificó como jefes de secta. Entre sí dábanse el nombre de *hermanos*, para indicar el espíritu de tierna caridad que los unía. Se llamaban *Santos* al recordar lo que Dios hiciera por su salud. La asamblea ó la comunidad, que formaba un cuerpo, tomó el nombre de *Iglesia*, palabra griega que recordaba las asambleas democráticas de Atenas.

(1) *Hechos*, II, 43.

En hebreo, decíase *Kahal*. Parecía que en aquella pequeña pero admirable familia seguía viviendo, en la tierra, su adorable Fundador, y Pablo sentirá, por haberla perseguido, tanto remordimiento como si hubiese perseguido al mismo Jesucristo ⁽¹⁾. En efecto, no había una sola de las virtudes del Maestro que ella no tratase de imitar. Su imagen, cautivadora por su dulzura, su terneza, su paternal autoridad, su hermosura luminosa, le estaba siempre presente, y, á través de mil edificantes relatos, cada uno procuraba grabarla, sugestionante é imperecedera, en el alma de la joven Iglesia.

Debían ser altamente instructivas y consoladoras estas conversaciones piadosas, en que los Apóstoles y los amigos del Salvador, recopilando sus más caros recuerdos, repetían á la asamblea atenta la historia del Maestro, sus discursos, sus promesas y sus bendiciones. Así, el Evangelio revestía su primera forma auténtica y autorizada. Los relatos diversos, mil veces repetidos, acabaron por afectar la redacción oral uniforme, que los convirtió en una especie de catecismo tradicional. No hay que buscar otra explicación de la identidad de expresiones y de giros que caracteriza á nuestros tres Sinópticos, aun cuando éstos colocan muy libremente en distinto orden narraciones y discursos análogos, ó los esmaltan acá y allá con palabras que constituyen aparentes divergencias.

La doctrina de la religión nueva estuvo desde luego toda en estos relatos. No teniendo nada de abstracto, se comprende que debió imponerse como eminentemente popular. Una teología especulativa, que hubiese definido y precisado científicamente los dogmas, habríase quedado sin posesionarse de inteligencias poco preparadas para entenderla, y demasiado jóvenes en la fe para soportar el alimento sustancial del que Pablo no se atreverá á ofrecer las primicias sino á espíritus más vigorosos. Le bastaba á cada prosélito ver en acción los grandes misterios del cris-

(1) *I Cor.*, XV, 9; *I Tim.*, I, 13-14; *Galat.*, I, 13.

tianismo, para conocerlos y profesarlos. Su fe no era ni menos ilustrada ni menos robusta que la nuestra. Sin preguntarse si es de la esencia del Ser infinito el obrar, el conocerse y el amarse eternamente, cada uno veía limpiamente en el Evangelio la augusta Trinidad, con el Padre gobernando al mundo que creó, el Hijo rescatándolo con su encarnación, y el Espíritu Santo penetrándolo con su influjo. Se aprendía, sobre todo, la historia de la misericordia divina y de la malicia humana en el relato de los sufrimientos del Salvador, y se asentaba sólidamente todo el edificio de la fe en la resurrección del Crucificado. Los Sacramentos, estos medios por los que Dios comunica su gracia, se imponían también á los nuevos convertidos bajo las diversas formas del bautismo, de la remisión de los pecados, de la comunicación del Espíritu en diversos grados, y de la Eucaristía. Así, el conjunto de los dogmas primeros y esenciales se destacaba, con limpieza progresiva, de la predicación evangélica ó del culto mismo de la Iglesia primitiva. Aunque menos explícito que nuestro símbolo actual, no por eso era menos completo. Como un teorema geométrico encierra sus diversos corolarios, la profesión de fe de los primeros creyentes contenía en germen todas las deducciones dogmáticas que la teología católica deduciría en el decurso de las edades. Al contrario, la moral, esta guía de la vida práctica, se impuso de golpe en su plena efloración, y fué desde luego practicada con una fidelidad, un ánimo y un heroísmo que no han sido sobrepujados. Los prosélitos, en efecto, no se contentaban con escuchar con santa avidez la doctrina de los Apóstoles ⁽¹⁾; la meditaban y la traducían en sus obras cotidianas. ¡Tiempo hermoso aquel en que todos los fieles, no teniendo sino un corazón y un alma ⁽²⁾, compartían los mis-

(1) «Erant quotidie perseverantes—dice Tirino sobre este capítulo—in doctrina Apostolorum audienda, meditanda, executioni mandanda.»

(2) La expresión empleada en el cap. IV, 32, expresa la unión más íntima y recuerda la definición de la perfecta amistad atribuida á Aristóteles por Diógenes Laercio: *μία ψυχή δύο σώματων ἐνοικοῦσα*.

mos pensamientos, las mismas aspiraciones y las mismas virtudes! Su vida era una perpetua súplica, su conversación una perpetua acción de gracias, su comida perpetuos ágapes que el gran memorial de la Redención, la Eucaristía, venía á consagrar.

Así entraba en el plan de la Providencia que la religión nueva descansase en la cátedra y en el altar, como sobre las dos bases de su estabilidad perpetua, y vemos que, desde su origen, la Iglesia supo encontrar en la doble participación del Verbo de Dios, distribuído por la palabra ó dado en la comunión, el poder vital y el desenvolvimiento que aseguraron su porvenir. Por la autoridad de su enseñanza, somete todos los espíritus á un mismo pensamiento y los une en un mismo acto de fe. Por el sacramento de la Eucaristía, esta obra admirable de la sabiduría tanto como del amor divino, funde los corazones en la más santa y más íntima fraternidad. Unidos entre sí por este doble lazo, los fieles se encuentran al mismo tiempo ligados de nuevo á Dios; porque si por la doctrina comparten su pensamiento, por la Eucaristía reciben su vida.

No es dudoso ⁽¹⁾ que se trata de la Eucaristía, cuando el historiador sagrado nos los muestra fraccionando alegremente el pan, por grupos, de casa en casa, y alabando á Dios en este acto de devoción, que reproducía de un modo místico la inmolación del Calvario. Acordándose de la suprema recomendación del Maestro, renovaban con tanta fe como amor lo que le habían visto hacer, y, por la consagración sacramental, rendían homenaje, bajo las especies de pan y de vino milagrosamente transubstanciados, á los dolorosos y consoladores misterios de la Redención. En estos misterios, la Iglesia encontraba, indeleble, la línea de demarcación que la separaba del mosaísmo. Que los discípulos lo advirtieran ó no desde el primer momento, la cruz se levantaba, cada vez más inexorable,

(1) Comp. *I Cor.*, X, 16, etc.

entre ellos y los judíos, rechazando á éstos y ordenando á aquéllos ir siempre adelante. La muerte de Jesús era el crimen de los unos y la salud de los otros, el remordimiento de los obstinados y la esperanza de los creyentes, el punto de partida de la nueva sociedad. Con razón San Ignacio mártir llamó á la cruz «la gran máquina de salud» en la que el Salvador, con los brazos abiertos, aguarda y atrae al mundo entero. Ella mató la Sinagoga y edificó la Iglesia. Su memorial vivo y eficaz era la Eucaristía. Se la honró con toda la fidelidad del amor agradecido, y el objeto primero del culto fué la consagración mística del pan y del vino. Comidas que se celebraban en comunidad, con sencillez encantadora y cordialidad perfecta, precedían ó seguían á la augusta ceremonia.

Cuando los corazones forman en realidad un solo corazón, los intereses materiales fácilmente se confunden. Por un movimiento natural de caridad, la mayoría de los fieles vendía de sus bienes todo lo que podía ⁽¹⁾, y se consideraban dichosos al depositar el precio en el tesoro de la comunidad. Con este régimen habían vivido los Doce en tiempo del Maestro; juzgóse que lo mejor sería continuar su aplicación. Así, los pobres se hallaron de repente elevados al nivel de los ricos; y como nadie tenía que inquietarse por los cuidados del día siguiente, dedicaban juntos el tiempo á la audición de la palabra divina y á la oración en público y en privado. El Oriente es el país en que el hombre acepta más fácilmente una vida sin inquietudes materiales, por poco que se alimente su espíritu con pensamientos religiosos. La raza de Sem siente un atractivo irresistible por las cosas del alma y de Dios. Nació para la contemplación y la plegaria. Aun hoy, aparte de las cuestiones en que las armas intervienen, el único medio de agrupar, apasionar y cautivar á los hombres en esos países del sol, es hacer un llamamiento á su religiosidad. De buena gana lo olvidan todo para seguir al instin-

(1) Más adelante veremos que estos actos de generosidad no eran obligatorios, y que, en realidad, se daba sólo una parte de los bienes.

to característico que los impele á las relaciones íntimas con el mundo superior.

Hay que notar, sin embargo, que los primeros fieles, al inaugurar en sus casas y de una manera privada un culto nuevo más elevado que el del mosaísmo, no dejaron de obligarse públicamente y por largo tiempo todavía á las exigencias de éste. Tiene algo de encantador este respeto que los discípulos guardaban á la Ley, esta unión de dos principios absolutamente opuestos que vivieron acordes, no por compromiso, sino por una fusión que las circunstancias hacían como natural. En un principio, los discípulos fueron judíos y cristianos á la vez. Subían regularmente al Templo y se mezclaban con la multitud de los adoradores. Para ellos, la religión nueva no era el adversario, sino el fruto glorioso de la antigua. Con razón juzgaban que las almas santas de uno y otro Testamento no constituían en realidad más que una sola y misma Iglesia alrededor de un mismo Mesías, desconocido de unos, aclamado de otros, pero objeto único de las esperanzas de Israel. ¿Acaso el mismo Maestro no había observado una conducta análoga, dando testimonio de su respeto al ministerio del Bautista, y no descartando sino con la mayor reserva aquello que, dentro del Mosaísmo, podía perjudicar el desenvolvimiento de la nueva vida religiosa? Una sabia prudencia, piadosas precauciones se imponían todavía, porque seguía el mismo estado de transición. Á Dios, autor de la antigua Alianza, era á quien correspondía, permitiendo la destrucción del Templo y de la nacionalidad de Israel, declarar á todos que el fin legal del mosaísmo había llegado.

La pequeña Iglesia de Jerusalén consideró, por tanto, como natural, aunque viviendo su vida personal y privada, el aparecer todavía oficialmente sometida al yugo de la Ley. Quiso enterrar á la Sinagoga con honor. Pero no hay que engañarse; su deferencia con el judaísmo no fué otra cosa que un homenaje nacional tributado á un glorioso pasado que se extinguía. Tras algunos debates de que más tarde se hablará, reconoció que los prosélitos procedentes de la

gentilidad podían impunemente permancecer ajenos á tales sentimientos. Les permitió entrar á pie llano, por decirlo así, en la Iglesia, sin estación preliminar en la Sinagoga. Los verdaderos discípulos de Cristo comprendieron que en el reino de Dios, que había cesado de ser nacional para convertirse en individual, se entraba, no por el título de hijo de Israel, sino por la fe y el arrepentimiento. Los más perspicaces tuvieron siempre para la religión principal el culto vivo y espiritual que practicaban en sus reuniones particulares. Allí solamente se remozaba el proselitismo más ardiente.

Difícilmente puede imaginarse cuánta es la fuerza viva que á una comunidad que trabaja por una idea le comunican la exclusión de mezclas híbridas é indecisas, la vida exclusivamente aparte, la plena conciencia de los recursos de que dispone, y, en fin, el santo orgullo que se siente de estar providencialmente mezclado en una gran obra. Parécenos que después de la acción preponderante del Espíritu de Dios en la Iglesia primitiva, la causa eficaz de su rápida difusión fué su primera manera de ser. En efecto, conociendo á los suyos, sabía conservar únicamente á los que, á despecho de todo, estaban resueltos á pertenecerle. Por esto tuvo tantos apóstoles, defensores y héroes como miembros. El día en que una sociedad soporta impunemente á los indecisos, los cobardes ó también los indignos al lado de los buenos, la actividad real se embota y el nervio vital se rompe. Es numerosa, pero débil. Desde el punto de vista sobrenatural, hoy todavía los medios de otro tiempo están á disposición de la Iglesia. El mismo Redentor le ofrece la vida, el mismo Espíritu le distribuye la gracia, y, humanamente hablando, tiene menos obstáculos que superar. ¿Por qué, pues, su desenvolvimiento es más lento? ¿Por qué, sobre todo, su autoridad entre nuestros pueblos civilizados es menos eficaz? ¿Sería quizá porque en un arranque de misericordia excesiva se ha convertido en una sociedad demasiado abierta á todos, permitiendo llamar suyos á aquellos que, apenas marcados.

con su señal en el bautismo, en seguida la han desconocido indignamente, soportándolos en sus ceremonias públicas, á pesar de su indignidad ó su indiferencia notorias; persiguiéndolos con su perdón cuando ellos lo rechazan, y llevando la condescendencia hasta concederles el beso de paz en la sepultura cristiana, cuando ellos voluntariamente, por una vida de impiedad mal rescatada á última hora, parece que se han excomulgado á sí mismos? Cuando los hermanos se sienten dignos los unos de los otros, se aman y se defienden con toda seguridad. Prueban que, para ser una fuerza, no hay necesidad de ser una masa. De estas reuniones cerradas de Jerusalén, Antioquía, Éfeso, Corinto y, más tarde, de las catacumbas romanas, salió el árbol vigoroso destinado á cubrir el mundo con sus ramas. Dondequiera que el hacha del padre de familia no teme intervenir para podar, la encina reverdece y ahonda más profundamente sus raíces. ¿Cómo explicar este poder esplendoroso que las Órdenes religiosas ejercen en el mundo, sino por esa vida retirada que, murándolas en medio de una sociedad sin convicciones, multiplica sus fuerzas y su ánimo? Quien tiene verdaderamente fe, deja de ser pusilánime. El día en que enérgicamente se rompe con el mundo, el mundo se pregunta por qué se le ha abandonado, y comienza á considerar seriamente problemas que jamás le inquietaran.

He aquí la razón de que en Jerusalén se fijase el pueblo en aquellos hombres que constituían poco á poco una vasta familia en el seno de la ciudad, llenos de benevolencia para con todos, acogiendo á los pobres, consolando á los desgraciados, y no pidiendo ninguna recompensa pública por sus virtudes. Atraían naturalmente la admiración de todos. De aquí á desear ser asociado á su vida, no había más que un paso. El número de los elegidos, dice el libro de los *Hechos*, aumentaba visiblemente ⁽¹⁾. Entre los que se hallaban sólo de pasada en Jerusalén, más de uno, des-

(1) *Hechos*, II, 47.

pués de haber encontrado sitio en la piadosa colmena, se sentía enviado para ir á fundar en otra parte un nuevo enjambre. Acumulaba ávidamente en su alma los elementos necesarios para intentar con éxito una evangelización lejana. Escribía ó aprendía de memoria los piadosos relatos de la historia evangélica, y después, consagrado por la mano del jefe de los Apóstoles, lleno del Espíritu de lo alto, iba, á través de las relaciones comerciales, adonde la Providencia lo llevaba, para anunciar la Buena Nueva. Es probable que muchas iglesias y de las más célebres nacieron al paso de estos valientes obreros. ¡Qué sencillez la de aquellas edades de fe! La historia ni siquiera ha conservado el nombre de los primeros sembradores del Evangelio en los centros más importantes. Cada uno hacía el bien con ardor, y, después de hacerlo, rindiendo á Dios sólo toda la gloria, decía: «He sido un servidor inútil.» Afortunadamente, el nombre del héroe era tanto más glorioso en el cielo, cuanto menos conocido en la tierra.

Este período de trabajo íntimo y sin ruido en Jerusalén duró hasta la muerte de Esteban, es decir, tres años, según la cronología que hemos adoptado ⁽¹⁾. Este tiempo puede parecer excesivo en aquel momento en que el Espíritu Santo elaboraba vivamente las almas, y en que la verdad debía sentir impaciencia por brillar en el mundo entero. Pero Dios, en sus obras, nunca se precipita. Su sabiduría da á las virtudes del hombre el tiempo suficiente para madurar, y, cuando ve que la semilla está dispuesta, permite á los malos suscitar la tormenta para que la arroje en los surcos de la humanidad. En cuanto al apostolado innominado que se estableció exteriormente, no debía desaparecer, sino que, desarrollándose insensiblemente, iba á preparar muy convenientemente el camino á las grandes misiones evangélicas.

Es curioso observar que, mientras la Iglesia cristiana,

(1) El año 30 de nuestra era, 783 de Roma, nos ha parecido la fecha probable de la muerte de Jesús. V. *La Vida de N. S. J.*, vol. III, p. 354. El martirio de Esteban y la conversión de Pablo habrían tenido lugar en el año 33.

con la plena conciencia del valor moral del hombre, asombraba al mundo con su espíritu de caridad, de mansedumbre y de santidad absoluta, el paganismo, llegado al apogeo de lo inmoral y de lo absurdo, ostentaba en sentido inverso, en Roma, toda la fealdad y amargura de sus frutos. El reinado de Tiberio tocaba á su término. El astuto y cínico tirano se ejercitaba en ahogar entre sus manos sanguinarias las últimas protestas de la dignidad humana y de la libertad. Solicitados por él, los delatores, es decir, el odio, la envidia y la mentira asalariados, destruían despiadadamente la sociedad por lo alto, mientras los Apóstoles comenzaban á reedificarla por lo bajo. Todo lo que se puede imaginar de indigno, de antisocial, de horrible, daba en Roma con el paganismo las últimas boqueadas. Todo lo que hay de bello, de grande, de puro, nacía en Jerusalén con la nueva religión. Allá los hombres se detestaban, se traicionaban, se mataban. Aquí se amaban tiernamente, se sostenían y vivían como hermanos. Nada sería más instructivo, desde el punto de vista apologético, que un profundo paralelo de estas dos sociedades, la una en su ocaso y la otra en su aurora; de estos dos pueblos, el uno del demonio, el otro de Jesucristo. Aquél tenía por divisa: «Odio egoísta;» éste: «Inagotable caridad.» Pero los encontraremos más tarde luchando en la misma Roma, y veremos el fin del duelo grandioso que comienza en este momento de la historia evangélica, sin que Roma lo sospeche, concluyendo con la ruina del paganismo y el advenimiento de un mundo nuevo.

CAPITULO IV

Pedro y Juan, después de la curación de un tullido, arregnan al pueblo y son encarcelados

Pedro y Juan subiendo al Templo.—La Puerta Hermosa.—El tullido de nacimiento.—*¡En el nombre de Jesucristo de Nazaret, anda!*—Emoción general y discurso de Pedro en el peristilo de Salomón.—Doble resultado: prisión de los dos predicadores y el número de los fieles elevado á cinco mil. (*Hechos*, III-IV, 4).

Supuesto que la Iglesia cristiana debe desligarse del judaísmo é ir á la gentilidad por sacudidas sucesivas, hay que esperar las persecuciones que, dentro del plan providencial, conducirán á este resultado. ¿Era posible, por otra parte, que el partido jerárquico, habiendo extremado sus persecuciones contra Jesús, dejase á los representantes oficiales de su pensamiento y á los defensores de su memoria multiplicarse libremente en la Ciudad Santa? Un milagro, públicamente obrado en las puertas mismas del Templo, fué la ocasión de las primeras hostilidades contra los Apóstoles. Por esto, sin duda, el historiador sagrado, no concediendo á tantos otros prodigios realizados por los discípulos sino una mención general ⁽¹⁾, se complace en referir éste en detalle.

Un día, á eso de las tres, Pedro y Juan subían al Templo, para asistir á la oración pública y al sacrificio de la tarde. El grupo apostólico continuaba, pues, sujetándose, con la más edificante exactitud, á los deberes que la Ley imponía á todo israelita piadoso. Pedro y Juan estaban juntos. El Maestro había recomendado á los discípulos ir

(1) *Hechos*, II, 43.

de dos en dos, y las escenas dolorosas de la Pasión tanto como las santas sorpresas de la Resurrección ⁽¹⁾, habían establecido entre estos dos Apóstoles, por otra parte tan diferentes de carácter, lazos de visible intimidad. Juan era el único que, del grupo apostólico, había sido testigo de la flaqueza de Pedro. Quizás éste sentía algún consuelo en tenerle siempre á su lado para hacerle testigo de su arrepentimiento ⁽²⁾.

Llegados á la puerta llamada la Hermosa ó, según otra interpretación, del Tiempo ⁽³⁾, disponíanse á entrar en el patio primero del Templo, cuando oyeron que un mendigo los llamaba. Este pobre hombre, atacado de parálisis en

(1) *Luc.*, XXII, 8; *Juan*, XVIII, 15, 18, 25; XX, 2; XXI, 7.

(2) La pregunta que (*Juan*, XXI, 21) Pedro hace al Maestro es una prueba del deseo que tenía de ver su suerte definitivamente unida á la de su amigo.

(3) Algunos han creído que se trata de la riquísima puerta de bronce de Corinto que Josefo se complace en describir (*B. J.*, V, 5, 3), llamada puerta de Nicanor. Pero esto no es admisible; porque, según el texto, los Apóstoles vieron al pobre antes de penetrar en el Templo: ahora bien, la puerta de Nicanor estaba en la entrada del atrio de los hombres. Es muy cierto que no se permitía á los mendigos establecerse en este lugar. Otros suponen que se trata de la puerta Susán que estaba junto á la columnata de Salomón y en la que se vendía lo que debía servir para los sacrificios; esto es más plausible. Quizá tomaba su nombre, no de la ciudad de Susa que, según se dice, figuraba en ella en relieve (*Middoth*, I, Kal., III), sino de los lirios de bronce que adornaban los capiteles de sus columnas. Como *Schusch* significa blanco en hebreo, y *schuschán*, lirio, es muy probable que la puerta así adornada fuese llamada la puerta blanca, la puerta hermosa, *špatav speciosam*, como se decía, de Susa, la ciudad blanca, ó la ciudad hermosa (*Ester.*, I, 2). Finalmente muchos han traducido *špatav* por la puerta que señalaba el tiempo, la hora ó las estaciones. En hebreo, se la llamaría *Juleda*, de la raíz *Jeled*, significando la vida que pasa, el curso del tiempo (Véase Gesenius, *N. Thes.*, vol. I, p. 474). Una de las puertas que se ven todavía en el muro meridional de Haram (la Puerta doble), debajo de la mezquita El-Aksa, se llama la puerta de Hulda; su situación al mediodía era de las mejores para un cuadrante solar. Á decir verdad, los judíos creían que tomó el nombre de la profetisa que vivió en tiempo de Josías (*IV Reyes*, XXII, 14; *II Paralip.*, XXXIV, 22), y no de su primitivo destino, *Puerta del Tiempo* ó de las *Estaciones*, de los meses y de las horas. Semejantes extorsiones hechas por el pueblo á las indicaciones más seguras de la tradición no son raras. Si la identificación de *špata* y de Hulda se admite, la inmensa columna monolita, con el soberbio capitel de hojas palmeadas que allí se ve todavía, hubiese sido testigo del presente milagro (*V. Notre Voyage aux Pays bibliques*, I, 365). Es cierto que esta era la puerta que los Apóstoles debían abordar directamente, después de haber atravesado el sur del Tiro-

las piernas desde su nacimiento, era cada día llevado á este lugar para recoger algunas limosnas. En todo tiempo consideró natural la miseria situarse en la puerta de los edificios sagrados para implorar más eficazmente la pública caridad. Allá, de ordinario, afluye la multitud compasiva, y una voz interior dice á todos que el medio más seguro de ir á mendigar útilmente en la presencia de Dios, es comenzar por atender á la súplica del pobre.

Pedro y Juan, habiendo fijado la vista en el mendigo, como para reconocer su estado y su persona, le dijeron: «Míranos.» Esta invitación tenía por objeto ponerlo directamente bajo la influencia moral y física de los que le querían curar. Él esperaba una simple limosna; los Apóstoles se disponían á prestarle, con el uso de los miembros, el mejor beneficio de la vida. El paralítico los miraba de hito en hito. «Plata ni oro yo no tengo, dijo Pedro, pero te doy lo que tengo. EN EL NOMBRE DE JESUCRISTO NAZARENO, LEVÁNTATE Y CAMINA.» Esta orden fué formulada con la energía de un hombre seguro de su poder. Pedro sentía lo que Dios quería de él en aquel momento, y lo que él podía en nombre de su Maestro. Invocándole con sus títulos de gloria y de humillación ⁽¹⁾, mandaba como soberano. Sin dudar, tomó al enfermo por la mano derecha, para ayudarle á levantarse. Éste había ya sentido que sus piernas y sus pies se consolidaban. De pronto, en efecto, se levanta, comienza á andar como todo el mundo ⁽²⁾, y, sal-

peón, yendo del Cenáculo al Templo. El vasto pasillo de bóvedas rebajadas, por donde se llegaba á los escalones que subían á la plataforma del Templo, era á propósito para abrigar á los mendigos.

(1) Realmente nada falta en esta evocación: *Jesús*, esto es, el Señor que libra á su pueblo del pecado (*Mat.*, I, 21); *Cristo*, esto es, el Mesías anunciado por los profetas (*Hech.*, II, 31); el *Nazareno*, es decir, el certificado de su origen, que hizo le despreciase y desconociese su pueblo (*Mat.*, II, 23 y *Juan*, I, 47).

(2) Esta pintoresca descripción del milagro es absolutamente científica y digna de un historiador versado en el arte médico. Estos estados sucesivos del curado milagrosamente son la naturaleza misma sorprendida en su realidad. Siente renacer la vida en sus riñones y piernas, volver la fuerza á sus pies, se levanta de un salto, se encuentra y se mantiene en pie, anda, salta, canta.

tando de gozo, alabando á Dios, entra en el Templo ⁽¹⁾ con sus dos bienhechores.

El pueblo, que vió andar al mendigo conocido de todos como tullido de nacimiento, quedó estupefacto y sobreco-gido de un santo pavor. No era posible dudar ni de la identi-dad del personaje, pues era evidentemente el que, atacado de parálisis desde hacía cuarenta años ⁽²⁾, jamás había ido al Templo sino llevado en brazos, ni de la realidad del pro-digio, pues el enfermo se tenía en pie, andaba, corría, sal-taba como un niño. Y todo esto era obra de dos hombres que, al pasar, habían dejado caer una palabra de sus la-bios. El curado decía con su actitud quienes eran sus bienhechores; porque siguiendo respetuosamente los pasos de los dos Apóstoles, parecía no querer separarse de ellos.

Pedro y Juan se dirigieron al peristilo de Salomón, y la multitud, que lo había abandonado al enterarse del prodigio, allá los siguió en tumulto. Sin cuidarse del lugar en que se hallaba ni de la autoridad religiosa que iba á irritar, Pedro juzgó que debía sacar partido del incidente é instruir á los que el milagro tan vivamente había conmovido. «Hombres israelitas—dijo,—¿por qué os maravilláis de esto, y por qué nos estáis mirando, como si por nuestro propio poder ó nuestra piedad ⁽³⁾ hubiésemos hecho andar á este hombre?» El Apóstol sería indigno de su misión si permitiese que el entusiasmo popular le colocase en el lugar de Aquel á quien él debe predicar y glorificar. Pedro llama vivamente la atención pública sobre Jesús, verdadero autor del prodigio y que es el único que tiene derecho á la admiración religiosa de todos.

«El Dios de Abraham—dice,—de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado á su caro servidor

(1) Esta indicación establece claramente que la puerta donde sucedió el prodigio se hallaba fuera del patio de los gentiles, y que el mendigo estaba en el lado de la calle y no en el interior. Entra, en efecto, con los dos discípulos y los acompaña hasta la columnata de Salomón, que formaba uno de los lados de este patio.

(2) *Hech.*, IV, 22.

(3) Algunos leen *ἐξουσία*, *autoridad*, en vez de *ἐὸς βελία*.

Jesús ⁽¹⁾, á quien vosotros habéis entregado y negado en el tribunal de Pilato, juzgando éste que debía ser puesto en libertad. Mas vosotros renegasteis del Santo y del Justo, y pedisteis que se os hiciese gracia de la vida de un homicida; disteis la muerte al autor de la vida ⁽²⁾; pero Dios le ha resucitado de entre los muertos, y nosotros somos testigos de su resurrección. Su poder es el que, mediante la fe en su nombre, ha consolidado los pies á éste á quien todos vosotros conocéis; de suerte que la fe que de él proviene, es la que ha causado esta perfecta curación delante de vosotros.» Aquí Pedro prosigue contra Israel la acusación fiscal del día de Pentecostés. A sus ojos, cada nuevo milagro tiene por objeto acentuar la antítesis profunda entre el juicio de Dios y el de los judíos sobre Jesús. Cuanto más éstos desconocieron, humillaron y deshonraron al Nazareno, tanto más conviene ahora que Aquel le rehabilite, le glorifique y pruebe que era su propio Hijo. ¿Querrán por fin los judíos abrir los ojos, reconocer que Dios tuvo razón contra ellos y rendirle homenaje? Mas, dado caso de estar bien dispuestos á ello, ¿pueden esperar el perdón de un crimen tan grande? Esta es la cuestión que se propone el celo del Apóstol y á la que su caridad facilita una respuesta, atenuando el abominable deicidio.

«Ahora, hermanos, yo bien sé—añade,—que hicisteis por ignorancia lo que hicisteis, como también vuestros jefes. Si bien Dios ha cumplido de esta suerte lo pronunciado por la boca de todos los profetas, en orden á la pasión de

(1) La Vulgata y muchos escritores eclesiásticos temieron probablemente sin razón traducir la expresión *παῖδα* por *servidor*. En verdad, ésta significa *niño*, y podría, por consiguiente, tomarse en el sentido de *hijo*. Pero es evidente que Pedro, empleando *παῖδα* en lugar de *υἱος*, tiene una intención particular. Mira al título de «servidor de Dios» (*jebed Jehovah*) dado al Mesías en los últimos capítulos de Isaías (XL-LXVI). El Mesías es, en efecto, el ministro del Eterno, el servidor que ejecuta su plan de Redención. Los Apóstoles llevarán el título de *δοῦλος* respecto de Dios; Jesús tiene el de *παῖς*, que quiere decir servidor muy amado, formando parte de la familia y hecho como hijo de su dueño. Este calificativo se dirige sobre todo á su humanidad; *υἱος* indica más particularmente su generación divina.

(2) La expresión *τὸν ἀρχηγὸν τῆς ζωῆς* significa el que muestra el camino de la vida y da la vida á los que le siguen.

su Cristo.» Engañarse es más bien una desgracia que un crimen ⁽¹⁾. Basta reconocer el error, para encontrarse, respecto de Dios, en la actitud que conviene al verdadero penitente. Reconocer la verdad, es detestar el extravío, y, por consiguiente, arrepentirse. «Haced, pues, penitencia y convertíos, á fin de que se borren vuestros pecados. Entonces ⁽²⁾ vendrán los tiempos de la consolación, saliendo de la presencia del Señor. ⁽³⁾ Entonces el Señor enviará para vosotros, no ya visible como la primera vez en que pudisteis tocarle con vuestras manos ⁽⁴⁾, pero ejerciendo

(1) Es evidente que Pedro, procurando atenuar el crimen de los judíos, no piensa en suprimirlo. Cuando Jesús en la cruz decía: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen», dejaba entender que, si pedía gracia en razón de la ignorancia, es porque había que pedir gracia en razón del pecado.

(2) Hay gran dificultad en explicar convenientemente este pasaje. La locución *σπουδὴν* no puede señalar sino un fin que se espera. (Véanse los cinco pasajes del N. T. en que está empleada: *Mat.*, VI, 5; *Luc.*, II, 35; *Hech.*, XV, 17; *Rom.*, III, 4). No puede, por tanto, traducirse: «Arrepentíos *ahora* que han llegado los tiempos de consolación y que Dios ha enviado á Jesucristo.» Esto sería muy sencillo, pero poco gramatical. Resta, pues, admitir que Pedro habla aquí de la *Parousia* ó advenimiento final de Jesús como de una cosa cercana. Sabiendo que la conversión de Israel le precederá inmediatamente, exclama: «Arrepentíos, á fin de apresurar los tiempos de consolación; obligad á Dios á enviar de nuevo á Jesucristo, etc.» Según esta explicación, el Mesías, rechazado por los suyos, se ha encerrado en el cielo, y no debe volver á la tierra hasta que los suyos estén dispuestos á recibirle. Israel penitente es quien debe hacerle descender de nuevo. Pedro, como todos los demás Apóstoles, comprendiendo mal las palabras de Jesús sobre la *Parousia*, creíala cercana. Los textos de sus Epístolas, y en general de toda la literatura apostólica, son demasiados numerosos y muy categóricos para que se pueda negar la universalidad de este error entre los primeros discípulos del Evangelio. Semejante ilusión, según diremos más tarde, tenía más ventajas que inconvenientes, y por esto el Espíritu Santo la toleró en la Iglesia. En el texto que nos ocupa, se puede eludir en parte la dificultad por una traducción que, respetando el sentido de las palabras, concuerde convenientemente con el resto del discurso. Moisés, en efecto, profetizó, no al Mesías del fin de los tiempos, sino al Mesías que viene en la plenitud de los tiempos. Pedro pudo, por tanto, hablar de una venida de Jesús *en espíritu*, y no de su aparición personal al fin de los siglos. Si tal fué su pensamiento, la razón que da de una venida puramente espiritual, es que Cristo esté encerrado en la gloria celeste hasta la palingenesia final, de la que Él será su solemne consagrante.

(3) La expresión *ἀπὸ προσώπου τοῦ Κυρίου* y el singular desenvolvimiento de toda la frase, lo mismo que más arriba, la construcción dificultosa del versículo 16 revelan una fuente aramea de la que San Lucas toma su relato.

(4) La lectura *προκειρισμένον*, que es la mejor, significa *puesta debajo de la mano*. (*)

(*) El autor admite con razón esta lectura, que es la de la edición Gries-

su influencia espiritual y saludable, á este Jesucristo, el cual es debido por cierto que se mantenga en el cielo, hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas ⁽¹⁾, de que antiguamente Dios habló por boca de los santos profetas.» Israel no está, pues, definitivamente fuera de la Redención. Para estar comprendido eficazmente en ella, no tiene más que querer. La misericordia divina tiene todavía días de salud á su disposición. El Mesías no ha renunciado á hablarle por su gracia y su Evangelio. Manifieste, pues, su arrepentimiento. ¡Es, por ventura, tan difícil ver que las antiguas profecías se han cumplido, y que no hay más que agruparse bajo el cayado del pastor aparecido en Israel? ¡Acaso el antiguo legislador del pueblo no orientó, antes de morir, el alma de todos los creyentes hacia este Mesías venidero? ¡Por qué rehusar ir á él?

«Moisés dijo á vuestros padres: El Señor Dios vuestro os suscitará de entre vuestros hermanos un Profeta como yo ⁽²⁾. Á él habéis de obedecer en todo cuanto os diga. De lo contrario, cualquiera que desobedeciere á aquel Profeta, será separado del pueblo de Dios ⁽³⁾.» Después de la pena de muerte, la excomunión era el castigo más severo que podía imponerse á un hijo de Israel. Según Moisés, incurrir en ella con toda justicia el que se niega á reconocer al Mesías. Tal será el caso de los que no responderán á la

bach. La Vulgata, siguiendo la lectura *προκεκηρυγμένον*, traduce: et miserit eum, qui *prædicatus est vobis, Jesum Christum.*—N. del T.

(1) El espíritu cristiano debe trabajar en el mundo hasta que las ruinas ocasionadas por Satán sean plenamente *levantadas ó restauradas*, y que el bien haya definitivamente triunfado del mal. Este tiempo dichoso será la *ἀποκατάστασις*.

(2) La semejanza entre Moisés y Jesucristo, indicada por las palabras: «como yo», podría referirse tan sólo á su nacionalidad común, y esta explicación encontraría un punto de apoyo en esta otra expresión: «de entre vuestros hermanos». Pero es más natural entenderla en un sentido más completo, pues se tiene el derecho de decir que Jesús y Moisés fueron el uno y el otro legisladores, profetas, pontífices, fundadores de religión. En todo caso la semejanza no impide la excelencia de uno de los dos, y la Epístola á los Hebreos (III, 3-6) establece claramente la divina superioridad de Jesucristo. La realidad supera la figura.

(3) Este pasaje está tomado del *Deuter.*, XVIII, 15-19, con una pequeña variación.

fraternal invitación de Pedro. Ella se apoya en la gran voz de Dios que habla á su pueblo, no solamente por Moisés, sino por la gloriosa sucesión de sus enviados. «Todos los Profetas que desde Samuel en adelante han vaticinado, anunciaron lo que pasa en estos días. Vosotros sois hijos de los Profetas, y los herederos de la alianza que hizo Dios con nuestros padres, diciendo á Abraham: En tu descendencia serán benditas todas las naciones de la tierra. Para vosotros en primer lugar es para quienes ha resucitado Dios á su Hijo, y le ha enviado á llenaros de bendiciones, á fin de que cada uno se convierta de su iniquidad.»

Los dos Apóstoles hablaban todavía al pueblo é iban sin duda á desenvolver esta tesis con deducciones consoladoras, cuando sobrevinieron los sacerdotes que estaban de servicio en aquel momento. El jefe de la guardia del Templo y algunos miembros de la secta de los saduceos iban con ellos. Hablar al pueblo en el peristilo de la Casa de Dios, sin misión y contra la voluntad de la autoridad religiosa, la única que, desde Moisés, regía al pueblo de Dios, ¿no era, por ventura, temeridad sacrílega? Por esto los sacerdotes habían demandado auxilio al jefe principal de la policía ⁽¹⁾, y con él se presentaron para dar buena cuenta de los dos novadores. Un grupo de saduceos, irritados al oír sostener la tesis de la resurrección, no ya solamente como una teoría ó una esperanza, sino como un hecho establecido por la resurrección misma de Jesús, atizaba el furor de aquéllos y se ofrecía á secundarlos eficazmente. Por lo demás, veremos á este partido, que en otra parte hemos ya caracterizado ⁽²⁾, adquirir una influencia

(1) El *στρατηγὸς τοῦ ἱεροῦ* de quien se habla era el sacerdote que mandaba la guardia del Templo. Los levitas de servicio constituían esta guardia. Este comandante desempeñaba un papel relativamente importante, pues velaba por la seguridad del lugar santo y era contado entre los personajes de consideración de la ciudad. Josefo, *Antiq.*, XX, 6, 2, habla de uno de ellos, Anano, que fué enviado por Cuadrato á Roma, al mismo tiempo que el gran sacerdote Ananías, para responder ante Claudio de los desórdenes ocurridos en Judea.

(2) *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, vol. I, p. 115.

cada vez más preponderante en la lucha que va á entablarse contra la Iglesia y venir á ser su más encarnizado adversario. Sin otras consideraciones, se apoderaron de los dos predicadores, y como era demasiado tarde ⁽¹⁾ para entablar un juicio, se contentaron con ponerlos en lugar seguro, esperando incoar el proceso al día siguiente.

La violencia no es un argumento. Para la multitud, el discurso que acababa de oír era tanto más convincente, cuanto había sido más visiblemente autorizado por un milagro: la curación del tullido. El gran número de oyentes se mostró dispuesto á hacer penitencia y á creer en Jesús. Á partir de este momento, cinco mil hombres participaron oficialmente de la fe de la pequeña Iglesia, de su vida y de sus esperanzas ⁽²⁾. Los pescadores de hombres no echaban en vano sus redes.

(1) La curación del mendigo había tenido lugar á eso de las tres de la tarde. Los Apóstoles debieron ser arrestados entre cinco y seis.

(2) Del texto no es fácil deducir si, en este sermón, Pedro convirtió cinco mil hombres, ó si esta cifra la forman los convertidos este día con los tres mil anteriormente convertidos. Esta segunda hipótesis nos parece más verosímil; pues aquí no se dice, como más arriba, que los cinco mil *se añadieron* á los que constituían ya la Iglesia (*προσέτεθησαν*, II, 41), sino que *el número llegó, ó áριθμός ἐγενήθη*, á cinco mil. Parece, pues, que aquí se trata de la suma total.

CAPÍTULO V

Pedro y Juan delante del Sanedrín

El Sanedrín propone á los dos Apóstoles la cuestión de hecho.—Su noble respuesta.—Los acusados acusadores de sus jueces.—El nombre de Jesús y su poder.—Embarazo de los sanedritas y su procedimiento de intimidación.—*Non possumus non loqui*.—Los dos Apóstoles puestos en libertad.—Plegaria de la Iglesia.—Nueva comunicación del Espíritu Santo. (*Hechos*, 1V, 5-31.)

Al día siguiente, el Sanedrín fué solemnemente reunido ⁽¹⁾. En él debieron tomar asiento de oficio ⁽²⁾ los representantes de los tres órdenes: sacerdotes, escribas y ancianos del pueblo, en número de setenta y uno. Presidíalos Anás, á quien el historiador califica de sumo sacerdote, bien que la suprema dignidad de sacrificador le había sido quitada tiempo hacía por los romanos, habiéndola recibido Caifás en su lugar. Pero es cosa sabida que, para los verdaderos judíos, la intrusión de los elegidos por el extranjero no quitaba al pontífice desposeído sus derechos inalienables á un cargo reputado como vitalicio, y, según en otra parte dijimos ⁽³⁾, si otros podían llegar á ser supremos sacrificadores de hecho, sólo él lo era de derecho. Tal era el caso de

(1) San Lucas dice que la reunión tuvo lugar en Jerusalén. Esta observación podría parecer superflua, dado que todo el asunto pasa en Jerusalén; pero se explica bastante bien por una indicación gramatical que tiene su importancia. Las mejores lecciones llevan *eis* Ἱερουσαλήμ en lugar de *ἐν* Ἱερουσαλήμ; lo que permite suponer que los miembros del Gran Consejo llegaron del campo á la ciudad. Así estaríamos autorizados para creer que en este momento, época del calor, estarían veraneando y que fueron convocados para la audiencia solemne.

(2) Véase *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, vol. I, p. 117.

(3) *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, vol. I, p. 121.

Anás respecto de los cuatro sucesores que le habían sido dados y muy especialmente respecto de su yerno Caifás, al que, por otra parte, parece que había dominado con toda la autoridad de su carácter altivo y emprendedor. Á su lado sentáronse Caifás, Juan ⁽¹⁾, Alejandro ⁽²⁾ y muchos miembros de la familia del Sumo Sacerdote. Cinco de ellos por lo menos habiendo sido ó debiendo ser llamados á ejercer el supremo cargo de sacrificador, es muy natural encontrarlos reunidos en este sitio de honor.

Pedro y Juan fueron introducidos en la augusta asamblea y colocados en medio de la sala de forma semicircular. Comenzó el interrogatorio proponiéndoles la cuestión prejudicial: «¿Con qué potestad, ó en nombre de quién habéis hecho esto?» No se atrevieron á calificar el acontecimiento de otro modo que con esta fórmula vaga é insuficiente. Hablar de milagro ó de curación les parecía embarazoso y odioso. Al prodigio le llamaron: *esto*. Jesús, que había prometido á los suyos no abandonarlos ante los jueces, mostró que sabía mantener su palabra. El Espíritu Santo vino al instante á poner en los labios de Pedro esta elocuencia limpia y firme, á la cual nadie podría resistir.

«Príncipes del pueblo—dijo,—y vosotros, ancianos de Israel, escuchad: ya que en este día se nos pide razón del bien que hemos hecho á un hombre tullido, y que se quiere saber por virtud de quién ha sido curado, declaramos á todos vosotros y á todo el pueblo de Israel, que la curación se ha hecho EN NOMBRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO NAZARENO, á quien vosotros crucificasteis, y Dios ha re-

(1) Algunos han intentado identificar á este Juan con Johanán Ben Zaccai, célebre rabino, que obtuvo de los romanos, después de la ruina de Jerusalén, permiso para que el Sanedrín residiera en Jafne. Véase Lightfoot, *in loc.* Otros prefieren leer Jonatán, en lugar de Juan, y entonces se trataría de uno de los hijos de Anás, que fué sumo sacerdote.

(2) Este Alejandro es absolutamente desconocido en la historia judía, á menos que se le quiera reconocer, lo que es bastante inverosímil, en el Alejandro, hermano de Filón, el que, según Josefo (*Ant.*, XIX, 8; 1 y XVIII, 8, 1) fué alabarco (prefecto de la sal), ó gobernador de los judíos en Alejandría.

sucitado. En virtud de tal nombre se presenta sano este hombre á vuestros ojos. Este Jesús es aquella piedra que vosotros desechasteis al edificar, la cual ha venido á ser la principal piedra del ángulo ⁽¹⁾. Fuera de él no hay que buscar la salvación en ningún otro, pues no se ha dado á los hombres otro nombre debajo del cielo, por el cual debamos salvarnos.» No sin una ligera ironía ⁽²⁾ se asombra Pedro ante los jueces de que se le encause por haber curado á un paralítico. ¿Puede el servicio prestado constituir un delito? En todo caso, supuesto que reconocen la curación,—ella es la ocasión del proceso, y el que ha sido objeto del milagro está presente,—deben confesar que es prodigiosa. Desde luego, harían mal en reunirse para tratar con desprecio ora de la obra, ora de Aquel en cuyo nombre se ha hecho. Quieren conocer este nombre; Pedro no rehusa decírselo. Es una buena ocasión de trocar útilmente los papeles: de acusado se convertirá en acusador. Con solemnidad invita, pues, á los jueces y á todo Israel á prestar atención, y cuando cada uno, ansioso y mudo, espera la respuesta, va á tomar de sobre la cruz este nombre bendito, tal como los judíos le leyeron y Pilatos lo escribió, y, en medio del silencio general, lo deja caer terrible como un remordimiento. Sus labios acentúan con noble orgullo cada una de estas palabras: JESUCRISTO NAZARENO. Y volviéndose en seguida despiadado hacia sus jueces, les reprocha el haber crucificado y dado muerte á Aquel á quien Dios ha glorificado y devuelto á la vida. Por más que hagan, estos arquitectos sin inteligencia del reino de Dios, no hay sino una piedra capaz de sostener el peso del inmenso y eterno edificio, y precisamente la han rechazado, como si nada valiese. La equivocación es verdaderamente grosera; por esto Dios se ha complacido en relevar-

(1) Pedro apela al *Salmo CXVII, 22*, como el Maestro lo había hecho en otra ocasión. (Véase *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, vol. III, p. 63.) Este *Salmo*, á lo menos en su segunda parte (22-26) se refiere literalmente al Mesías.

(2) La ironía es aún más acentuada en el griego: *el hūeis*: «Si, lo que no parece creíble, nosotros somos encausados, etc.»

la, reponiendo á Jesús en el sitio glorioso que merece. Por más que proteste el judaísmo, cuyo corazón es malo y cuya cabeza es dura, sólo un nombre fué dado á los hombres de la Antigua Alianza en prenda de salud: el del Mesías venidero, en quien esperaban; sólo uno es dado á los hombres de la Nueva: el del Mesías que ha venido, con el cual se unen por la fe. Colocado entre los dos edificios, como la piedra indispensable que soporta el esfuerzo, el Mesías es y será por siempre jamás el único lazo de unión providencial entre los dos Testamentos. Nadie se salvó ni se salvará sino por Él. Pues bien; este Mesías es Jesús. ¡Respeto á su nombre poderoso, saludable y glorioso!

Ésta arrogante elocuencia de Pedro y de Juan ⁽¹⁾ asombró á los jueces, que tenían á los acusados por hombres iletrados y gente del bajo pueblo. La ciencia de las Escrituras de que daban pruebas, como sin sospecharlo, resultaba para los viejos doctores de Israel un hecho más prodigioso todavía que la curación del paralítico. Sentíanse en presencia de hombres verdaderamente asombrosos. ¿Iban á encontrar en ellos, supuesto que habían sido discípulos de Jesús, aquella fuerza de palabra y de obra que hicieron tan temible al Maestro?

¿Qué hacer? Porque era necesaria una solución del proceso tan imprudentemente incoado. Contradecir la afirmación de Pedro era difícil. El que había sido objeto del milagro estaba allí, de pie, al lado de sus bienhechores. Cuarenta años de parálisis demostraban la realidad de su enfermedad pasada, así como su actitud desde la víspera anterior garantizaba su curación presente. Si el Sanedrín había contado con que los Apóstoles dudarían en pronunciar en su presencia el nombre de su Maestro, y si había esperado que todo acabaría con un silencio tímido ó una cobarde apostasía, era evidente que se había engañado.

(1) El historiador sagrado sigue suponiendo que aquí, como bajo el peristilo de Salomón, hablaban Pedro y Juan, si bien cita solamente el discurso de Pedro. Su intento fué sencillamente reproducir, de una manera general, el orden de sus ideas desarrollado por los dos acusados.

Entre el Pedro de la víspera de la Pasión y el Pedro de después de Pentecostés, mediaba un abismo. En la medida en que se había mostrado cobarde jurando delante de los criados del Sumo Sacerdote no conocer á Jesús, mostrábase ahora valiente para glorificar su nombre ante el Gran Consejo reunido. Su aire resuelto y casi audaz atemorizaba á los jueces. Se hizo salir un instante á los dos Apóstoles, para deliberar. ¿Qué suprimir? ¿el prodigio ó á sus autores? El mendigo mantenía el uno, y la multitud parecía sostener á los otros. «¿Qué haremos con estos hombres?—se preguntaban.—El milagro hecho por ellos es notorio á todos los habitantes de Jerusalén; es tan evidente que no podemos negarlo. Pero á fin de que no se divulgue más en el pueblo, apercibámoslos que de aquí en adelante no tomen en boca este nombre, ni hablen de él á persona viviente.» El resultado de su deliberación era apelar al procedimiento de intimidación á fuerte dosis. Se llamó de nuevo á los dos Apóstoles á la sala del consejo, y se les significó enérgicamente que por ningún concepto hablasen y menos predicasen en nombre de su Maestro. Mas, cualquiera que fuese la severidad de la sanción imaginada en apoyo de la nueva orden, no podía bastar para cerrar la boca de aquellos á quienes el Espíritu Santo trabajaba con sus ardores. La mano del hombre se rompe cuando quiere de tener un movimiento determinado por el poder divino.

Sin inmutarse, Pedro y Juan respondieron: «Juzgad vosotros si en la presencia de Dios es justo el obedeceros á vosotros antes que á Dios; porque nosotros no podemos menos de hablar de lo que hemos visto y oído.» Esto era categórico, y los acusados se mostraban absolutamente intratables. ¡Cuántos mártires han repetido estas arrogantes palabras! Han hablado bajo las varas, en el cadalso, en los braseros ardientes, rindiendo animoso y triunfante homenaje á la verdad. Por más que se renovaron las amenazas, fué preciso contentarse con lo dicho, y despedirlos. La actitud de la muchedumbre y el prodigio realizado ha-

blaban muy elocuentemente en su favor para atreverse á otra cosa.

Apenas puestos en libertad, Pedro y Juan volvieron á sus hermanos. Éstos, al corriente de lo sucedido la víspera, se hallaban en profunda ansiedad. El recuerdo del atentado consumado tan rápidamente contra el Maestro estaba bastante presente en la memoria de todos, para temer un nuevo acto de violencia. Perdiendo á Pedro y á Juan, cabeza y corazón del Colegio Apostólico, la joven Iglesia hubiese experimentado la más cruel de las pruebas. Así fué muy dulce la sorpresa de la asamblea cuando vió que ambos llegaban. Con santa curiosidad y en medio de la más viva alegría, escuchó el relato que hicieron de lo que había pasado entre ellos y sus jueces. Después, levantando unánimes su voz al cielo en un magnífico arranque de entusiasmo, los fieles exclamaron: «Señor, tú eres el que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto en él se contiene; el que, hablando el Espíritu Santo por boca de David nuestro padre y siervo tuyo ⁽¹⁾, dijiste: ¿Por qué se han alborotado las naciones, y los pueblos han forjado empresas vanas? Armáronse los reyes de la tierra, y los príncipes se coligaron contra el Señor y contra su Cristo ⁽²⁾. Porque verdaderamente se mancomunaron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, á quien ungiste, Herodes ⁽³⁾ y Poncio Pilato, con los gentiles y las tribus de Israel, para ejecutar lo que tu poder y providencia determinaron que se hiciese. Ahora, pues, Señor, mira sus amenazas, y da á tus siervos el predicar con toda confianza

(1) La calificación de *pais*, niño, servidor, es dada á David como á Jesús, porque David desempeñó un papel mesiánico y fué servidor muy amado de Dios.

(2) El *Salmo* II, 1-2, está citado textualmente según los Setenta. Es uno de los Salmos reconocidos como mesiánicos, no sólo por los escritores sagrados (*Hechos*, XIII, 33; *Hebr.*, I, 5; V, 5), pero también por los rabinos David Kimchi, Saadías Gaon, etc. Los judíos atribuían comúnmente á David todos los salmos que no llevan título. Todo concurre á establecer que éste le pertenece.

(3) San Lucas, XXIII, 8-11, el único, entre los Sinópticos, que hace intervenir á Herodes en el proceso de Jesús, concuerda aquí exactamente con esta atestación, ó mejor, acusación de los fieles suplicando á Dios.

tu palabra, extendiendo tu mano para hacer curaciones, prodigios y portentos en el nombre de Jesús tu santo Hijo.» Así, los bravos soldados no rehusan la lucha; ruegan á Dios que no olvide que está entablada, y que sostenga su ánimo siempre que les proporcione ocasión de demostrarlo. Los jueces les han prohibido hablar en nombre de Jesús, y ellos piden obrar milagros en este nombre bendito, á fin de que los jueces no ignoren que ellos todavía lo pronuncian y trabajan siempre en hacerle glorioso. Nada más conmovedor que este ánimo, sencillo y grande como el heroísmo, y que inspira una súplica tan hermosa á la Iglesia perseguida. Cuando se dice que los que así hablaban habían sido en otro tiempo tan vacilantes y tan pusilánimes, se hace preciso reconocer que un elemento nuevo había sobrevenido en sus almas; en otros términos, que el Espíritu Santo había pasado por ellos.

En aquella misma hora, este Espíritu se cernía aún sobre la piadosa asamblea. Apenas había acabado la conmovedora súplica, cuando la casa donde se encontraba tembló hasta sus fundamentos ⁽¹⁾. Una vez más el Espíritu Santo derramábase abundantemente en todos los corazones. Hubo entonces un momento de exaltación sublime en la asistencia. Se reconoció la respuesta del cielo en esta agitación súbita de la tierra, y, como en el día de Pentecostés, cada uno encontró, en la comunicación divina recibida, no solamente el poder transitorio de alabar á Dios en lenguas nuevas, sino sobre todo el ánimo de predicar á Jesucristo con tanta elocuencia como éxito.

(1) El texto dice: «Et cum orassent, motus est locus, in quo erant congregati; et repleti sunt omnes Spiritu Sancto, et loquebantur verbum Dei cum fiducia.» Visiblemente, estas palabras autorizan para creer que la manifestación celeste se pareció un poco á la de Pentecostés.

CAPÍTULO VI

La mentira de Ananías y de Safira contrastando con la belleza moral de la Iglesia

Continuación de la vida feliz y desarrollo de la caridad entre los fieles.— Los que venden sus tierras.—José Bernabé.—Combinación hipócrita de Ananías y de Safira.—Severidad del castigo.—Temor respetuoso que inspiran los Apóstoles.—Multitud de curaciones milagrosas.—La sombra de Pedro.—La severidad no menos necesaria que la bondad en el desarrollo de la Iglesia. (*Hechos*, IV, 32-V, 16).

Este primer soplo de persecución tuvo por consecuencia estrechar más fuertemente los lazos de unión que unían á los fieles en una santa fraternidad. De ellos puede decirse que estaban enlazados, no solamente por la mano, pero también por el corazón. Así eran una fuerza que se afirmaba de día en día. El historiador, volviendo á la piadosa tabla que ya antes nos trazó de la unión de aquéllos, declara que no tenían sino un corazón y un alma. Podría haber dicho que este corazón y esta alma eran el mismo Jesús, derramando, por su recuerdo y su gracia, la más consoladora suavidad en las relaciones de los miembros entre sí y sosteniendo su caridad con las más santas esperanzas.

Lo *tuyo* y lo *mío* no estaban ni en los labios ni en la bolsa de los nuevos hermanos; sin inquietarse por las cosas de aquí bajo, empleaban toda su energía en predicar con unción é insistencia la resurrección de Jesucristo. Ésta era para ellos el fundamento inmovible del Evangelio. Este sistema apologético, que hacía del último acontecimiento de la vida de Jesús el punto de apoyo de todos los demás, tenía verdaderamente su valor; porque la resu-

rrección probaba todo lo restante explicándolo. En este trabajo, lleno de atractivo para ellos, los discípulos alcanzaron un éxito considerable. No solamente el Espíritu Santo dictaba su enseñanza, sino que la gracia la hacía penetrar en los corazones. Cada vez más mostraba el pueblo señalado interés por los nuevos predicadores, cuyo género de vida, del todo consagrado á obras de caridad, era más sorprendente aún que la doctrina. ¡Era tan extraño ver en Jerusalén, donde la separación entre el rico y el pobre había sido siempre muy profunda, hallándose entonces más acentuada por la secta materialista de los saduceos, una sociedad naciente, pero ya numerosa, que no tenía pobres ni ricos, y en la que cada miembro participaba de los bienes comunes á todos! Nada más elocuente á los ojos del pueblo que estas aplicaciones prácticas de la igualdad y de la fraternidad humana.

Mezclándose en ello el entusiasmo, veíase á prosélitos generosos vender sus tierras ó sus casas para ir á depositar el precio á los pies de los Apóstoles⁽¹⁾. Así se alimentaba la bolsa común. ¡Tiempos dichosos, pero que debían tener fin con la infancia de la Iglesia! En efecto, á ésta no le era posible ensanchar el círculo de su evolución y extenderse en el mundo, sino con la condición de sacrificar á su universalidad las dulces é íntimas relaciones que unían á sus hijos. La vida de familia no se concibe y no dura sino en los límites estrechos de una sociedad vigilada y escogida, con elementos perfectamente sumisos y conocidos⁽²⁾.

(1) La costumbre oriental exige que el que ofrece un presente á un sacerdote ó á un personaje elevado en dignidad, lo deposite á sus pies. De aquí la expresión familiar á los orientales, *páthakániki*, «la ofrenda de los pies.»

(2) No se ve, en efecto, que esta santa comunidad de bienes haya existido fuera de Jerusalén. Las recomendaciones que sobre el ejercicio de la caridad para con los pobres y sobre el desapego de los bienes de este mundo, leemos en las Epístolas, suponen en todas partes la doble categoría de ricos y de necesitados. Cuando Pablo habla á la Iglesia de Corinto (*I Cor.*, XVI, 2; *II Cor.*, IX, 5-7), á la de Galacia (*Gal.*, II, 10), ó á discípulos como Timoteo (*I Tim.*, VI, 17), admite en las diversas comunidades cristianas la desigualdad de condiciones. El mismo Santiago, con el tono rudo y severo

Uno de los primeros que dieron el ejemplo de la fraternidad bien comprendida y del desinterés heroico que ésta lleva consigo, fué el levita José, originario de Chipre. Es sobre todo conocido en la historia de la Iglesia con el nombre de Bárnabas ó Bernabé, *hijo de consolación ó de predicación* ⁽¹⁾; calificativo honorable que la comunidad cristiana le concedió sin duda en razón de su fructuoso ministerio. Tenía él un campo. Los levitas podían poseer tierras en Palestina, además de las ciudades que les había asignado Moisés ⁽²⁾. Lo vendió y ofreció á los Apóstoles el precio recibido.

Semejantes actos de caridad no eran obligatorios ⁽³⁾; por esto se comprende que fuesen altamente loados, y que alguna vez la hipocresía quisiera atribuirse su gloria, sin aceptar francamente el sacrificio. Se cuenta, en efecto, que un prosélito llamado Ananías vendió un campo y, de acuerdo con su mujer Safira, habiendo retenido parte del pre-

que le caracteriza, nos recuerda que había pobres y ricos en la Iglesia de Jerusalén, y, sin condenar esta desigualdad, se contenta con afeor los abusos por ella provocados (*Sant.*, II, 1-9; V, 1-5).

(1) La palabra hebrea *Bar-nebuáh* puede traducirse como el griego *υἱὸς παρακλήσεως*, por *hijo de consolación*, ó de *predicación* y de *persuasión*. El verbo *παρά* significa *profetizar*. Ahora bien, como en hebreo la palabra *hijo* sirve para indicar los atributos de un sujeto y muy particularmente sus disposiciones morales, puede decirse que el levita José fué un sujeto de *consolación* para la Iglesia, ó un *consolador* para los demás, ó, en fin, un *profeta* (*nabí*), y, según el sentido ordinario de la palabra en esta época, un *predicador inspirado* (*).

(2) *Jerem.*, XXXII, 7. Véase Ewald, *Altert.*, p. 406.

(3) Si hubiesen sido obligatorios para todo el mundo, no se alabaría á Bernabé como una edificante excepción; Pedro no diría poco después á Ananías que «podía haber guardado su dinero;» no encontraríamos á María, madre de Juan-Marcos (*Hechos* XII, 12), una de las más celosas mujeres de la Iglesia primitiva, en posesión de una casa en Jerusalén. Por consiguiente, es preciso entender que, estando principalmente reclutada la Iglesia en la clase pobre, los ricos que á ella pertenecían entregábanle muchas limosnas procurando conservar, entre sus miembros, la vida común que habían llevado los discípulos en tiempo de Jesús. La extrema pobreza á que se vieron reducidos los cristianos de Jerusalén, aun antes del sitio (*Hechos* XI, 29; XXIV, 17; *Gal.*, II, 10; *Rom.*, XV, 26; *I Cor.*, XVI, 1; *II Cor.*, VIII, 4-14; IX, 1-12), prueba que los consejos evangélicos, excelentes para los individuos, no van dirigidos á la sociedad, ni siquiera á agrupaciones muy numerosas.

(*) Véase pág. 47, nota 2.^a, y pág. 65, nota 2.^a—N. del T.

cio de la venta, ofreció el resto á los Apóstoles, como si llevase, sin ninguna reserva, á la comunidad de los hermanos todo lo que había recibido. Esto equivalía á atribuirse el mérito de una generosidad absoluta, que no era sino relativa, y quizá de esta suerte asegurarse, por una baja y fraudulenta especulación, el medio de ser indefinidamente mantenido á expensas del tesoro común, conservando algunos recursos personales para el caso de eventualidades imprevistas.

Sea como fuere, la intención era detestable. Constituía ó una hipocresía ó una estafa. La peor de las plagas, en una sociedad, es la mentira, cuando finge las más santas virtudes ⁽¹⁾. Tal fué el crimen de Ananías. Por inspiración celeste, Pedro lo conoció, y el historiador deja entender, en el tono mismo de su relato, que Dios fué el actor principal de este drama terrible. En el mismo momento en que el hipócrita acababa de depositar, y, quizá, contar en presencia del jefe de los Apóstoles su ofrenda incompleta, cuando esperaba el elogio público que debía proclamar su generosidad, Pedro le miró con piedad é indignación, y le dijo: «Ananías, ¿cómo ha tentado Satanás tu corazón, para que mintieses al Espíritu Santo, reteniendo parte del precio de ese campo? ¿Quién te quitaba el conservarlo? Y aunque lo hubieses vendido, ¿no estaba su precio á tu disposición? ¿Pues á qué fin has urdido en tu corazón esta trampa? No mentiste á hombres, sino á Dios ⁽²⁾.» Aquí estaba el mal irremediable de su hipocresía. Ananías olvidaba que el verdadero jefe de la Iglesia es Dios, y que, si con frecuencia es fácil engañar, con falsas virtudes, á los Apóstoles, que son sus representantes, no se engaña jamás á Aquel á quien ellos representan. En aquellos tiempos de formación primera y

(1) Cicerón ha dicho: «Totius injustitia nulla capitalior est, quam eorum qui, cum maxime fallunt, id agunt, ut viri boni esse videantur.» (*Offic.*, I, 13).

(2) De este pasaje, en el cual «mentir al Espíritu Santo» y «mentir á Dios» son considerados como una misma cosa, la teología cristiana en todo tiempo ha sacado la prueba ya de la divinidad, ya de la personalidad distinta del Espíritu Santo.

de fe ardiente en la Iglesia, el Espíritu Santo residía con una intensidad particular en los jefes de la nueva sociedad. Hablaba y obraba por ellos, y querer abusar de ellos, era suponer que se podía burlar al mismo Espíritu. Ananías no ignoraba quién era este Espíritu cuyas divinas influencias había personalmente experimentado. Su crimen era, por tanto, una locura. El juicio de Dios fué terrible. Apenas acababa Pedro su severa amonestación, cuando, con espanto general, Ananías, herido por un fuerza invisible como por un rayo, cayó muerto de repente. Símbolo terrible de un castigo más terrible todavía en el orden espiritual: la muerte eterna que la justicia divina reserva á los malvados.

Ha parecido que Dios ó Pedro habían sido severos; pero, en el principio de toda renovación religiosa ó social, ¿no es por ventura una prudente severidad la mejor garantía de las virtudes futuras ⁽¹⁾? Dos hombres ajusticiados sirven de escarmiento á multitudes á quienes se salva ⁽²⁾. Después de semejante ejemplo, la hipocresía pudo sospechar que, si Dios difiere alguna vez el castigarla públicamente en esta vida, es porque para ello tiene la eternidad ⁽³⁾. Las penas temporales dan al hombre una idea de los suplicios eternos de los cuales son su terrible precursor.

(1) Comp. la historia de Acán, apedreado en el valle de Acor por haber retenido algo del botín de Jericó, enteramente reservado al Señor. (*Josué*, VII).

(2) San Jerónimo respondiendo á Porfirio (*Epíst.* 8), dice: «Ut poena duorum sit doctrina multorum.»

(3) En el caso de Ananías y Safira, muchos Padres de la Iglesia suponen que Dios se contentó con castigarlos en la vida presente y tuvo misericordia de ellos en la futura: así Orígenes, *Tract.* VIII; in *Mat.* IX; San Agustín, *Cont. Parmen.*, I; Isid. Pelus., l. I, *Epíst.* 181; Casian., *Coll.* VI, c. 1. Es muy difícil imaginar que, en una muerte tan repentina, estos dos desgraciados tuvieran tiempo de arrepentirse. Dichos Padres emitieron esta opinión para suavizar quizá lo que encontraban de excesivo, en apariencia, en un castigo que parece contrastar con el espíritu del Evangelio. En este terreno, sería más sencillo suponer que Ananías y Safira no fueron muertos por una voluntad positiva de Dios ó de Pedro, sino por la emoción violenta que sintieron al verse desenmascarados y desacreditados delante de toda la comunidad. De golpe cayendo del cielo á la tierra, estos desgraciados fueron rotos por la sacudida. El estado psicológico extraordinario en que vivían entonces los fieles podría explicar la extremada sensibilidad que habría provocado la muerte de los impostores. Pero no parece que sea este el sentido del relato de San Lucas.

Los más jóvenes de entre los asistentes, á quienes correspondían las faenas penosas, se levantaron al punto, y, sin derramar una lágrima por el cadáver de aquel á quien Dios hiriera, envolviéronlo en un manto ó mortaja, y lo llevaron á la tumba, á la otra parte del valle de Hinnón ó del Cedrón, donde estaban los cementerios judíos. Entre ir y venir, fué asunto de unas tres horas. Una sepultura tan precipitada, sin duelo previo, sin compostura fúnebre, sin cortejo de amigos, debió contribuir singularmente á acrecentar el sentimiento de espanto en los corazones de todos.

La asamblea no había tenido ánimo para disolverse después de tamaña catástrofe, y cada uno había resuelto esperar la vuelta de los mozos para conocer los detalles de su triste expedición. Esto explica, en parte, el silencio discreto guardado sobre el fatal acontecimiento y la completa ignorancia en que pareció estar Safira, al presentarse á su vez en la santa asamblea, esperando recibir felicitaciones unánimes. Como si se quisiese que el crimen fuese más emocionante, el dinero estaba todavía donde Ananías lo depositara, y cada uno podía contemplar este triste recuerdo del sacrilegio. Pedro, mostrándolo á la desgraciada mujer, le dijo: «Dime, ¿es así que vendisteis el campo por tanto? Sí—respondió ella,—por este precio lo vendimos.» El Apóstol, á pesar de la caritativa precaución de su pregunta, no había podido apartar á Safira de su mentira. La criminal pareja había acordado no traicionar su secreto y simular que sólo servía á un señor, cuando en realidad tenía dos señores. Esto era, dice San Agustín, un verdadero sacrilegio. La justicia de Dios no separó la suerte de aquellos á quienes unía la misma hipocresía. «¿Por qué—exclamó Pedro—os habéis concertado para tentar al espíritu del Señor? He aquí á la puerta á los que han enterrado á tu marido, y ellos mismos te llevarán á enterrar.» Lo mismo que su esposo, la infortunada cayó como herida por un rayo delante del dinero fatal. Los mozos, que en aquel instante entraron, se la llevaron, y, sin otros

preliminares, procedieron á sepultarla. Un suceso tan trágico no podía dejar de impresionar muy vivamente el ánimo de los que lo habían presenciado, ó lo oyeron contar. El Espíritu de Dios estaba realmente en los Apóstoles, ya que tan peligroso era tratar de engañarlos. En la Ley nueva, no menos que en la antigua, Dios dejaba sentir su brazo á los prevaricadores. Para judíos de corazón incircunciso y de cabeza dura, semejantes lecciones eran necesarias. Sólo el temor debía llevarlos á servir á Dios, aun bajo la ley del amor.

El resultado fué no solamente enseñar que después de la caridad y la fe, la sencillez de corazón y la ingenuidad son las grandes virtudes cristianas, pero también que la autoridad de los Apóstoles era temible, pues Dios les concedía el don de conocer las malas disposiciones de corazón y el derecho de castigarlas severamente. Desde aquel día, el pueblo los rodeó de un respeto más profundo aún. Cuando se paseaban, en grupo, bajo el peristilo de Salomón—y allí era donde ordinariamente se reunían,—nadie se atrevía á juntarse con ellos. Comprendíase que eran los depositarios de un poder superior, y que, en grado muy diferente de los simples fieles, estaban en comunicación con Dios. En una época en que los Celadores se hacían tan temibles por el puñal, y en un pueblo al que no le desagradaba la reivindicación de los derechos del cielo á mano armada, se comprende que este poder de exterminar con una mirada ó una palabra á los mentirosos debía producir una saludable impresión.

Los Apóstoles, por otra parte, no tenían tan sólo el poder de dar la muerte; tenían también el de dar la vida, curando á los enfermos. Á pesar de haberse servido de aquél una vez, no por esto resulta menos cierto, según el historiador, que preferían usar del segundo. La bondad es el fondo del espíritu cristiano. Al librar de sus males á los enfermos ó á los posesos, los Apóstoles demostraban á todos que les era más natural ejercitar obras de misericordia que actos de severa justicia. La multitud, que bien lo sabía, acudía

con frecuencia á su poder extraordinario. Un gran movimiento de fe se acentuaba en Jerusalén. Se exponía á los enfermos en las plazas públicas, y, con estos desgraciados que gemían en sus lechos ó en sus camastros, según que pertenecían á una clase más elevada ó más pobre, se esperaba á que el grupo apostólico pasase ⁽¹⁾. Pedro era particularmente solicitado, porque en él parecía sobre todo residir la potencia taumatúrgica. También por este lado, su supremacía se afirmaba más y más. Se atribuía á su sombra el poder de devolver la salud. En el fondo, este sentimiento del pueblo era más racional de lo que se supone. La sombra de Pedro podía tanto y tan poco como su mano: tanto, porque ella era suficiente para servir de lazo de unión entre el enfermo y el que debía curarlo; tan poco, porque no eran ni la sombra ni la mano los que obraban el prodigio, sino Dios que, por su mediación, respondía á la fe de los creyentes. Ahora bien, como mediadora, la sombra equivalía á la mano.

Todas estas curaciones públicamente obradas, aumentaban cada vez más la agitación religiosa que se producía alrededor de los Apóstoles. De las ciudades vecinas traían á los enfermos, y, como curaban á todos, se difundía el nombre de Jesucristo y la luz del Evangelio. Así, la joven Iglesia, que acababa de herir á dos de sus hijos, encontraba consuelo en los que, hombres y mujeres ⁽²⁾, le llegaban de todas partes. No quedó vacío el sitio de Ananías y de Safira en la asamblea santa. Cuanto más la Iglesia encarece el honor de pertenecer á ella, tanto más este honor es buscado por los hombres que lo merecen. Soportar en un cuerpo sano y vigoroso miembros cangrenados ó apén-

(1) No es raro ver en Oriente á enfermos expuestos en las calles ó en los caminos por donde el médico debe pasar. Presenciamos este espectáculo cerca de la estación del ferrocarril de Tarso, donde el doctor que nos acompañaba diagnosticó al aire libre á una multitud de desgraciados más muertos que vivos.

(2) Los comentaristas creen que la historia menciona, por vez primera, en el vers. 14, conversiones de mujeres, con objeto de que resalte la compensación providencial de Dios, concedida por la defección de Safira.

dices que lo deslustren, es dañar su propia vida y desalentar á los que desearían tener en él participación. Esto se olvida demasiado en nuestros días. La Iglesia debe mostrar una misericordia infatigable para las debilidades del corazón, pero una severidad intolerante para los pecados del espíritu. Sin duda que esta severidad no encenderá hogueras para quemar á nadie, pero no tratará como hijos de familia á los que nada quieren de ella, ni de sus dogmas, ni de su Fundador. Cuando se ve obligada á obrar con severidad, Dios se compadece de su corazón maternal, y le devuelve con creces lo que sacrificó animosa. De esta suerte, para ella, cercenar es hacer renacer, y perder es recobrar.

CAPÍTULO VII

Por segunda vez se prende á los Apóstoles y son llevados ante el Gran Consejo

El valor de los predicadores hace que se los aprisione por segunda vez.—Su liberación milagrosa.—Desengaño del Sanedrín en sesión.— Los Apóstoles, á quienes se busca en la cárcel, están predicando en el Templo.— Aceptan ir á explicarse ante los jueces.—Vigoroso discurso de Pedro.— Intervención saludable de Gamaliel.—Su hábil moción y sus resultados.—Los azotados, satisfechos de haber sufrido por Jesucristo, vanse de nuevo á predicar. (*Hechos*, V, 17-42).

Después de la valiente declaración de los Apóstoles en el Sanedrín no podía esperarse que los acontecimientos tomasen un giro pacífico. Efectivamente, de una parte, la primera autoridad de Israel no estaba acostumbrada á ver desconocidas sus prescripciones y desafiada su autoridad de otra parte, cuanto más se había recomendado á los Apóstoles que se callaran, tanto más predicaban éstos públicamente la santidad de Jesucristo, su resurrección gloriosa y su poder sobre el mundo. La conciencia de un hombre honrado no hace concesiones al miedo, y, para aquéllos, el *non possumus non loqui* gritaba más fuerte que las amenazas de los perseguidores. Al Sumo Sacerdote le molestó aquella situación, y, de acuerdo con sus partidarios, se dispuso á obrar. La ocasión era tanto más favorable cuanto Pilato estaba entonces dominado por otras inquietudes. Era á fines del año 32. Los saduceos estaban más que nunca dispuestos á sostener la autoridad religiosa. Saber que se predicaba la resurrección los tenía fuera de sí. Los fariseos, á decir verdad, estaban menos alborota-

dos. La agitación popular, fomentada por los Apóstoles en nombre del Mesías, no les desagradaba del todo, y dejaban hacer. Además de estas dos sectas, había el gran partido de los hábiles, los cuales deseosos de recomendarse al poder público, cualquiera que fuese, complacíanse en denunciar y combatir todo lo que podía hacerle sombra: partido formado, en todos los Estados, por la turba de los hambrientos, de los ambiciosos y de los aduladores. El Sumo Sacerdote contó con él en esta ocasión. Dió sus órdenes, y un golpe de mano hábilmente preparado puso á todos los Apóstoles á su disposición.

Esperando luego juzgarlos, los metieron en la cárcel. Pero Dios quiso mostrarse más fuerte que los hombres, y los libró. La noche siguiente á su encarcelamiento, recibieron la visita de un ángel que, abriendo las puertas del calabozo, los hizo salir. Esto sucedió, no para arrancarlos del peligro, sino para mejor meterlos en él. «Id al Templo, —dijo el celestial mensajero,—y puestos allí, predicad al pueblo esta doctrina de vida.» Apenas despuntaba el alba. Los soldados del Evangelio al instante subieron al Templo, para presentar al enemigo la nueva batalla que debía redundar en gloria de Dios. Los pueblos de Oriente tienen la costumbre de entregarse muy temprano, antes del calor del día, á las diversas ocupaciones de la vida religiosa ó social. Los Apóstoles encontraron, pues, en el lugar santo una concurrencia ya numerosa, y comenzaron á predicar.

En el mismo momento el Sumo Sacerdote reunía el Sanedrín y se preparaba á juzgar solemnemente ⁽¹⁾ á los que creía bajo cerrojo. Dada la orden de traer á los acusados, los emisarios se presentaron en la cárcel; pero fué grande su sorpresa al comprobar que los Apóstoles no estaban allí. Volviéndose á toda prisa, hicieron en estos términos su re-

(1) Al añadir al Sanedrín *omnes seniores*, el historiador parece indicar que la reunión la componían no solamente los miembros del Gran Consejo, mas también todos los ancianos del pueblo que podían no formar parte del Sanedrín. Se quería ver congregados á todos los principales representantes de la nación para un negocio tan importante.

lato oficial: «La cárcel la hemos hallado muy bien cerrada, y á los guardias en centinela delante de las puertas; mas habiéndolas abierto, á nadie hemos encontrado dentro.» Este informe, tan extraño como explícito, puso al gran sacrificador, al capitán de los guardias del Templo y á los príncipes de los sacerdotes en la más viva perplejidad. ¿Qué había sido de los Apóstoles? En este instante llega un hombre que dice: «Sabed que aquellos hombres que metisteis en la cárcel, están en el Templo enseñando al pueblo.» ¿Cómo se hallaban en libertad? ¿Quién los había soltado? En todo caso, la lección poco les había servido, ya que tan presto, habían reincidido en los procedimientos de la víspera.

El capitán de los guardias, habiendo pedido al punto una compañía de sus subordinados, se presentó donde estaban los incorregibles predicadores. En vez de tratarlos con violencia, parlamentó con ellos. La multitud sentía admiración y entusiasmo siempre crecientes por unos hombres tan animosos en su conducta, y tan enérgicos en el hablar. Fácilmente se habría sublevado en su favor, y las piedras habrían volado á la cabeza de cualquier que, en aquel momento, se hubiese atrevido á ponerles la mano encima.

Por lo demás, los Apóstoles se rindieron de muy buen grado á la invitación del capitán. Su mayor deseo era tener una nueva ocasión de confesar su fe, y no podían apetecer una concurrencia más brillante que el Sanedrín, solemnemente reunido y rodeado de innumerables curiosos que seguían sus deliberaciones. Conducidos á la barra de los acusados, fueron interpelados inmediatamente por el Sumo Sacerdote: «Nosotros os teníamos prohibido con mandato formal que enseñaseis en ese nombre; y en vez de obedecer, habéis llenado á Jerusalén de vuestra doctrina, y queréis hacernos responsables de la sangre de ese hombre.» El hombre á quien se alude tiene un nombre bastante conocido para que sea posible equivocarse. Si el Sumo Sacerdote no lo deja llegar á sus labios, no es porque no

lo sienta resonar como un remordimiento en su corazón. Se ve que tiene miedo, y disimulando el miedo con el rencor, afecta no querer pronunciarlo. Pedro hará que vibre fuertemente en los oídos de todos. Si alguno de los asistentes recuerda haberle oído negar al Maestro en casa de Caifás, ahora verá cómo sabe reparar su flaqueza. «Es necesario obedecer á Dios antes que á los hombres—exclama en nombre del grupo apostólico.—El Dios de nuestros padres ha resucitado á Jesús, á quien vosotros habéis hecho morir, colgándolo en un madero. Á éste ensalzó Dios con su diestra ⁽¹⁾ por príncipe y Salvador, para dar á Israel el arrepentimiento y la remisión de los pecados. Nosotros somos testigos de estas verdades y lo es también el Espíritu Santo, que Dios ha dado á todos los que le obedecen.» Los Apóstoles han visto con sus propios ojos la rehabilitación solemne del Hijo por el Padre. Han contemplado resucitado y glorioso al que vieron poner en una cruz y en el sepulcro. Todo esto es incontestable, y no pueden dejar de decirlo. Á ello les impulsa el Espíritu Santo, corroborando su testimonio con los milagros por ellos obrados. Por esto no temen afrontar á todos los jueces y á todos los poderes de la tierra. El Sumo Sacerdote les reprocha el haber querido hacer caer sobre su cabeza y la de sus partidarios la sangre del Crucificado, y Pedro, en vez de defenderse, arroja á la de sus adversarios esta valiente acusación: «Sí, vosotros lo habéis matado con vuestras propias manos ⁽²⁾, colgándolo en un madero.» El historiador sagrado insinúa que estas palabras atravesaban el alma de los jueces, como un hierro que horriblemente los desgarraba ⁽³⁾. El remordimiento del crimen que Pedro despertaba en ellos, la bravura con que los atacaba, y la impotencia de defenderse con ventaja excitaba en ellos un terrible estremecimiento de cólera.

(1) Véase la nota 2 de la pág. 69.

(2) Esto es lo que enérgicamente expresa el verbo *διαχειρίζεσθαι*.

(3) *Διεπρίοντο* significa directamente que ellos eran *aserrados*, cruelmente desgarrados. Dícese: *ξύλον πρίσαι* (Apollor., III, 15, 9). *Διαπρίειν τοὺς ὀδόντας*, es producir con los dientes el rechinamiento de la sierra.

Seguramente iban á tomar la resolución de pedir la cabeza de unos testigos tan audaces, para mejor cerrarles la boca, cuando un fariseo, hombre profundamente versado en la ciencia de la Ley y muy considerado de todo el pueblo, Gamaliel, levantóse de entre el grupo de los jueces asesores, y pidió que se hiciera salir un momento de la sala á los Apóstoles, para poder con toda libertad manifestar su opinión.

«¡Oh israelitas!—dijo—considerad bien lo que vais á hacer con esos hombres.» Estas palabras prudentes y medidas contrastaban singularmente con el furor de la inmensa mayoría del Sanedrín. Al opinante, le parecía que el asunto era complicado y que los acusados no eran necesariamente culpables. Si los jueces quieren mantenerse en la altura de su misión, deben guardarse de precipitar la sentencia. No tomarse tiempo para calmarse, es exponerse á una equivocación y á juzgar mal las causas más graves. En esto podría estar interesado el mismo Dios, pues estos hombres se declaran enviados suyos. Contra novadores que intentan una revolución religiosa, Israel no tiene que intervenir; porque Israel sabe muy bien que tarde ó temprano alguien se levantará con esta misión. El único que puede inquietarse por ello es el César de Roma, porque es el único que debe temer la venida del Mesías. Si los Apóstoles quieren intentar un movimiento teocrático, Roma será la que una vez más cuide de reprimirlo. ¿Qué ganaría Israel mezclándose en este negocio? Se haría culpable, si estos hombres fuesen de Dios; si no son más que viles agitadores, los soldados del procurador prescindirán, como otras veces, del Sanedrín para aplastarlos. «Sabéis—prosiguió el orador—que antes de estos días levantóse un tal Teudas, que se vendía por persona de mucha importancia, al cual se asociaron cerca de cuatrocientos hombres ⁽¹⁾; él fué muerto, y todos los que le creían se

(1) Hay que dar un significado de excelencia á la palabra *ἀνδρῶν* y creer que designa á los jefes detrás de los cuales se agrupaban partidarios de segundo orden. De lo contrario, habría que sospechar un error de copista; cuatrocientos partidarios parecerían poca cosa.

dispersaron y redujeron á nada.» Esta catástrofe de Teudas, cuya fecha exacta ignoramos ⁽¹⁾, debió dejar una viva impresión en los ánimos; porque Josefo, aunque equivocándose probablemente sobre el orden cronológico que le corresponde ⁽²⁾, cuidó de no pasarla en silencio. Consagra

(1) La expresión de que se sirve Gamaliel, *πρὸ τούτων τῶν ἡμερῶν*, no significa que el acontecimiento fuese reciente. Las primeras palabras del versículo siguiente, *μετὰ τούτων*, *después de éste* lo colocan más allá de la rebelión de Judas el Galileo, y por consiguiente unos treinta años, por lo menos, antes del discurso de Gamaliel. Querer entender *μετὰ τούτων* en el sentido de *después de aquél*, *remontando* y no *descendiendo* el curso de la historia judía, es suponer que *después* equivale á *antes*, y violentar singularmente las palabras sin lograr con esto armonizar las cosas.

(2) La contradicción entre Josefo y San Lucas, por lo que toca á la época en que vivió Teudas, parece flagrante. Mientras que Gamaliel, hacia el año 32, supone que Teudas ha muerto desde hace algún tiempo, y aun lo hace predecesor de Judas el Galileo transportándolo antes de la era cristiana, Josefo lo hace vivir hacia el año 45, bajo Cuspio Fado. De Augusto á Claudio el intervalo es considerable. De los dos historiadores que se contradicen, ¿cuál pudo más fácilmente equivocarse? ¿Sería posible que ambos tuviesen razón, y que hubiese habido dos Teudas diferentes?

La hipótesis más verosímil es que en el fondo de esta divergencia hay un error, y que el culpable es Josefo. En efecto, este autor no es tan seguro en materia de cronología, que sea preciso mantener su autoridad contra la del libro de los Hechos. San Lucas escribió probablemente á vista de su maestro Pablo. De él tenía quizás el discurso de este Gamaliel á cuyos pies había Pablo estudiado. Añadamos que redactaba su libro con documentos de primera mano y en una época menos lejana de los sucesos que aquella en la que Josefo, componía su historia. Es opinión muy decidida de gran número de críticos (Niebuhr, *Hist. anc.*, III, 455; Prideaux, *Connection*, I, 44, 341, 352; Baronio, Casaubon, etc.) que el autor de la *Historia antigua de los Judíos* estaba sujeto á distracciones cronológicas considerables. Ahora bien, al primer golpe de vista, el párrafo que abre el capítulo V del libro XX, parece no ser más que un apéndice sobrevenido al azar, sin relación lógica con lo que procede, y preparando sólo indirectamente lo que sigue. Diríase que Josefo, en este aparte imprevisto, quiso como despedirse de Fado, atribuyéndole una postrera hazaña. Pero, engañado por sus recuerdos, no logró sino honrarle con hechos de armas ajenos. Esta solución, radical sin duda, pero un tanto fundada en razón, parece más satisfactoria que todas aquellas de que se pagan nuestros más recientes exégetas.

Para sostener toda la autoridad histórica de Josefo y la de San Lucas, han dicho que no se trataba de un mismo hombre y que hubo dos Teudas; el uno antes de Judas el Galileo y bajo Augusto, éste sería el de Gamaliel; el otro bajo Claudio, y éste sería el de Josefo. En sí, la cosa no parecería imposible, sino se tratase más que de una identidad de nombre entre el Teudas de Gamaliel y el de Josefo; pero hay además y sobre todo la identidad de fisonomía y de historia; y si bien es cierto que puede decirse que también hubo cuatro agitadores políticos llamados Simón en un período de cuarenta años, y tres llamados Judas en diez años, no podrá fácilmente probarse que dos de ellos tuvieran el mismo carácter, más religioso que político, las mis-

á este revolucionario religioso tanto espacio como á Jesús, y nos lo muestra imponiéndose al pueblo por sus discursos y sus obras prodigiosas, hasta el punto de que un día convenció á sus partidarios á que le siguiesen con lo que tenían de más precioso, como si se tratase de emigrar. Reuniéronse en esta forma en las orillas del Jordán. Allí debía obrar un prodigio digno de la antigüedad bíblica, pues Teudas se hacía pasar por profeta. Á su voz, las aguas del río se separarían y permitirían, una vez más, á Israel atravesar el Jordán á pie enjuto. Semejantes promesas les

mas pretensiones, el mismo fin trágico. Sea lo que fuese, una vez admitido como posible, Josefo debería en alguna parte hablar del; Teudas primero ó antiguo; pues sería inadmisibles suponer que Gamaliel evocara en su discurso un hecho sin importancia y que hubiera pasado inadvertido en la historia judía. También es poco probable que el primer Teudas, como muchos lo han pretendido, hubiese sido uno de los agitadores innominados que turbaron á Judea á fines del reinado de Herodes (*B. J.*, II, 4, 1; *Ant.*, XVII, 9, 3, etc); y por esto se ha sentido la necesidad de identificar al personaje que se busca con alguno de los revolucionarios más célebres mencionados por Josefo y que llevan otro nombre. Ora se ha pretendido que un mismo sujeto tenía dos nombres diferentes, para recordar, por ejemplo, dos fases diferentes de su vida. Así el esclavo de Herodes que intentó hacerse rey (*B. J.*, II, 4, 2; *Ant.*, XVII, 10, 6) y fué condenado á muerte, habría podido llamarse Teudas, en el tiempo de su esclavitud,—este nombre se daba comúnmente á gente de esta condición (*Cicer.*, *Ad Div.*, VI, 10),—y más tarde, como pretendiente, haber tomado el de Simón. Esto es posible; pero, en este caso, ¿por qué Gamaliel no lo llama por su nombre histórico y más célebre? Ora se ha buscado hacer de dos nombres uno solo, asegurando que Judas, Judá, Tadeo, Teudas eran una misma palabra modificada por el uso. En este caso,—si bien prescindiendo de carácter é historia que difiere esencialmente,—Teudas podría ser aquel Judas, hijo de Ezaquías, el cual, después de la muerte de Herodes, se apoderó del palacio de Séforis en Galilea (*Ant.*, XVII, 10, 5.) Así también se ha dicho que, siendo Teudas, Teodos, Teodoro traducción griega de Matias, Matanías (*don de Dios*), Gamaliel había hablado del legista que, de acuerdo con Judas, hijo de Sarifeo hizo pedazos el águila romana colocada sobre la puerta del templo (*Ant.*, XVII, 6, 2); pero ¿caso la historia de este patriota se parece á la del Teudas de Gamaliel? Si se trata de dar á Teudas una existencia cualquiera, sería mejor escoger un revolucionario cuyo nombre le fuese más parecido; y en estas condiciones se encontraría á Teudión (*Ant.*, XVII, 4, 2), que fué acusado de haber expedido de Egipto un veneno á Feroras, para envenenar á Herodes. ¡Pero, cuán extraño, forzado, excesivo, y sobre todo inútil es todo esto, siendo así que, para prescindir de ello, basta admitir que Josefo, bastante sujeto, por otra parte, á *lapsus memorie*, se ha equivocado aquí una vez más y en un detalle de mediana importancia! Teudas y sus partidarios pudieron haber sido derrotados por Valerio Grato, Annio Rufo ó cualquier otro, y Josefo atribuyó el honor de esta derrota á Fado, que no los había conocido.

calentaban los sesos. Para acabar con estas locas pretensiones, el procurador romano envió un escuadrón de caballería, que atacó de improviso destrozando á unos y haciendo prisioneros á los demás. El propio Teudas fué cogido y decapitado. Su cabeza, llevada á Jerusalén, destruyó las ilusiones de sus últimos partidarios. La causa pereció con el falso profeta.

«Después de éste—prosiguió Gamaliel—alzó bandera Judas Galileo en tiempo del empadronamiento, y arrastró tras sí al pueblo, éste pereció del mismo modo y todos sus secuaces quedaron dispersados.» He aquí las enseñanzas de la historia ⁽¹⁾. Los agitadores sin misión divina no tienen más que una hora, y ni su valor personal, ni el ardor de sus partidarios, ni el patriotismo de sus aspiraciones son suficientes para sostenerlos. Son una fuerza humana que luego es abatida por otra fuerza humana más poderosa. ¿Había por ventura algo más profundamente nacional y más simpático que el levantamiento intentado por Judas Galileo ⁽²⁾? Predicaba que los hijos de Israel no tenían sino á Dios por Señor, y que era un crimen pagar el tributo al César. Entendió escribir su predicación con la es-

(1) A aquellos que, siguiendo una cronología diferente de la nuestra, colocan el discurso de Gamaliel en el año 36, se les ha preguntado por qué el Sanedrita no habla de la revolución más reciente que Pilato acababa de reprimir de un modo brutal en el monte Garizim. ¿Pero, quién no ve que el orador habría cometido una torpeza asimilando los negocios de los samaritanos á los de los judíos, y tomando un ejemplo de la historia de este pueblo despreciado y maldito?

(2) Repetidas veces nos habla Josefo de este Judas, al que tan pronto llama Gaulonita, porque era originario de Gamala en la baja Gaulonítida (*Ant.*, XVIII, I, 1), como Galileo (*Ant.*, XVIII, 1, 6; XX, 5, 2; *B. J.*, II, 8, 1, etc), del país donde vivió y organizó su rebelión. En el historiador judío se ve cómo, con ocasión del establecimiento en Palestina, bajo Augusto, y mientras Quirino administraba la provincia de Siria, este demagogo, el más célebre de la época, llegó á sublevar al pueblo prohibiéndole someterse á esta medida, que venía á ser el sello del vasallaje nacional. Se le había juntado el fariseo Sadoc, y estas dos almas ardientes soñaban nada menos que en restablecer la antigua teocracia judía. Destruídos por el ejército romano, su idea les sobrevivió, y Josefo observa que detrás de sí dejaron la secta de los Celadores. Los hijos de Judas se mostraron tan patriotas como su padre, y á su vez murieron mártires de la misma idea. (*Ant.*, XX, 5, 2; *B. J.*, II, 17, 8-9).

pada; pero los romanos fueron más poderosos, y sucumbió, á pesar de sus hermosas doctrinas y la adhesión de numerosos y abnegados partidarios. La razón última es porque con él no estaba el dedo de Dios.

«Ahora, pues,—concluyó el miembro del Sanedrín—os aconsejo que no os metáis con esos hombres, y que los dejéis; porque si este designio ó empresa es cosa de hombres ⁽¹⁾, ella misma se desvanecerá, pero si es cosa de Dios no podréis destruirla y os expondríais á ir contra Dios.»

Así habló Gamaliel, hijo de Simeón y nieto de Hillel. Esta moderación no nos extraña sino á medias en un doctor que, según la Gemara, no prohibía á sus discípulos gustar las bellezas de la literatura griega. Por muy liberal que fuese en sus ideas, no por esto Gamaliel era un fariseo menos rígido en la práctica ⁽²⁾. Doctor tan sabio como piadoso, sus contemporáneos le apellidaron la *Belleza de la Ley*, como nosotros hemos llamado á Santo Tomás el *Doctor Angélico*; y en el Talmud leemos esta hermosa apreciación que, para un judío, supera á otro cualquier panegírico: «Cuando Rabán Gamaliel murió, acabóse la gloria de la Ley ⁽³⁾.» Entre sus discípulos ilustres contó al Apóstol Pablo ⁽⁴⁾ y á Onkelos, autor del *Targum* ó paráfrasis caldaica del Pentateuco. Como jefe del fariseísmo más inteligente, podía estar naturalmente dispuesto á sostener á los Apóstoles contra los saduceos, y aprovechar la ocasión que se le presentaba de humillar á sus adversarios políticos y religiosos. Pero lo más probable es que después de haber observado de cerca á los discípulos de Jesús, quedase prendado de la pureza de sus costumbres, de la sinceridad de su religión y de la energía de su fe en lo por venir. Por esto no estaba muy lejos de suponer que

(1) El cristianismo es lo uno y lo otro: *βουλή*, una *idea* que se abre paso y que desea andar; *ἔργον*, una *obra* que se afirma, se realiza, se funda.

(2) Algunas de sus palabras, conservadas en la Mischná, nos lo revelan como tal. (Comp. *Hech.*, XXII, 3).

(3) La palabra rabinica *Rabbán*, como las arameas *Rabbi* y *Rabboni* del Nuevo Testamento, significa *Maestro, Doctor*.—N. del T.

(4) *Hechos*, XXII, 3.

Dios estaba con ellos ⁽¹⁾. El valor de su argumentación para defenderlos puede parecer contestable. No es absolutamente cierto que solamente se propaguen y tengan éxito los movimientos religiosos ó políticos que son de Dios. También las pasiones humanas pueden explotarlos, secundarlos y vivificarlos. El islamismo se impuso al mundo, y nadie se atrevería á decir que sea de Dios. El argumento es bueno para el Cristianismo, porque esta religión contraría de frente todas las pasiones humanas; pero, en tesis general, si bien es cierto que la prudencia aconseja alguna vez dejar que los movimientos revolucionarios se extingan por sí mismos, en lugar de acrecentar su intensidad por la persecución y la violencia, es todavía más incontestable que las doctrinas peligrosas y subversivas deben ser enérgicamente reprimidas. La tolerancia tiene ciertamente límites que el instinto natural de conservación traza á la sociedad y que la prudencia de los legisladores cuida de que se respeten. Lo que no puede negarse es la buena intención que dictó el discurso de Gamaliel, y el resultado más ó menos satisfactorio que obtuvo.

En efecto, llamaron de nuevo á los Apóstoles, y se contentaron con azotarlos, en lugar de votar su muerte. De otra parte, respecto de la autoridad romana, por muy benévola que hubiese querido mostrarse, una sentencia capi-

(1) Se puede deducir de la forma diversa que Gamaliel, en el texto griego, da á las dos partes de su dilema. En la primera, la partícula *si* con subjuntivo, *ἐὰν ᾖ*, expresa duda que se inclina á la negación; en la segunda, la partícula *si* con indicativo, *εἰ ἔστιν*, expresa duda con tendencia á la afirmación. (Com. Gal., I, 8, 9). La antigüedad cristiana supuso también, demasiado pronto, que Gamaliel, siendo todavía miembro del Gran Consejo, había sido secretamente cristiano. (Recog. Clement., I, 65), y siguió exteriormente perteneciendo al judaísmo sólo para mejor servir á sus hermanos. Juntamente con su hijo Abib y Nicodemo habría recibido el bautismo de manos de Pedro ó de Juan (Focio, *Cod.*, 171). Su cuerpo, encontrado milagrosamente en el siglo V, junto al de San Esteban, se conservaría aún. Nada de esto es imposible y ni siquiera improbable; pero nosotros nos inclinamos á creer que Gamaliel no fué cristiano sino más tarde. El discurso que pronuncia en esta ocasión es de un hombre tolerante y lleno de benevolencia, no de un cristiano. La comparación entre Pedro y Teudas ó Judas el Galileo, no tiene nada de respetuosa para el jefe de los Apóstoles. Su cristianismo, más habil que animoso, no entraría en la nota moral de aquella época.

tal hubiese traído una complicación política que podía haber inquietado al mismo Gamaliel. La flagelación se administraba para castigar diversos crímenes ⁽¹⁾. No era una tortura solamente dolorosa, era también infamante ⁽²⁾. Sirvió para castigar la desobediencia de los Apóstoles, y sobre todo para salvar la dignidad del Sanedrín, pues no debía parecer que la augusta asamblea había sido reunida para dar la razón á unos acusados.

Después de haber azotado á los Apóstoles, se los despidió, reiterándoles la prohibición de predicar en el nombre de Jesús. Estos hombres de bronce, sin parecer sensibles ni al dolor físico ni á la humillación moral, desfilaron arrogantemente por delante de sus jueces, lanzando quizá como supremo adiós al judaísmo nacional la hermosa frase que Pedro acababa de pronunciar: *Primero servir á Dios, después á los hombres*. Sabían que aceptaban una lucha á muerte, pero teniendo conciencia de la santidad de su causa, sentíanse más grandes y más fuertes que el mundo entero. A este primero é irresistible sentimiento del derecho, contra el cual ni la autoridad ni la violencia prevalecían, se juntaba la satisfacción de haber sido juzgados dignos de sufrir una afrenta por el nombre de Jesús. La alegría reprimida, pero intensa, del alma que ha probado su fidelidad, irradiaba en su mirada. Estaban hermosos como revestidos de una primera aureola de martirio; pues había comenzado á realizarse la profecía del Maestro que les prometiera azotes tan crueles como la injusticia de sus jueces ⁽³⁾. Tomaban para en adelante la cruz sobre sus espaldas, y este primer testimonio de amor al Señor, asociándolos á los dolores mismos de la Pasión, tenía para ellos una suavidad singular. Sufrir como Él, por Él y con Él, debía ser el eterno ideal de las almas generosas. La santa alegría que experimentaron los Apóstoles en esta ocasión ha sido,

(1) Desde Moisés (*Deut.*, XXV, 1-3) hasta San Pablo (*II Cor.*, XI, 24) este suplicio se encuentra usado entre los judíos.

(2) Josefo (*Ant.*, IV, 9) la llama *τιμωπία αλαχίσην*. Sobre la crueldad de este castigo véase la *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, vol. III, p. 317.

(3) *Mat.*, IX, 17.

en el decurso de las edades, el estado de alma de todos los mártires. Ni uno solo de ellos ha sufrido con tristeza. Han derramado toda su sangre, pero no una lágrima. Esto es suficiente para probar, no tanto el imperio del alma sobre el cuerpo, cuanto la acción de la gracia divina sobre nuestra desfalleciente naturaleza.

Sin cuidarse más del Sanedrín, los Apóstoles pusieron de nuevo á enseñar en el Templo, á las horas que el pueblo se congregaba en él, y de casa en casa, el resto del día, predicando precisamente lo que se les había prohibido decir: que Jesús crucificado era verdaderamente el Mesías de Israel.

Así, la joven Iglesia, á pesar de estar cohibida por el judaísmo y las hostilidades que éste suscitaba, afirmaba cada vez más su vida personal, su derecho de hablar, de instruir, de hacer prosélitos; su desprecio del sufrimiento y de la persecución; la conciencia que tenía de su misión fuera de la sinagoga y su fe en el porvenir. Tales fueron los primeros resultados obtenidos y los comienzos de una vida independiente y personal que revelaban su energía naciente.

Érase, como hemos dicho, á fines del año 32. El derecho de juzgar y de hacer azotar á los acusados, que el Sanedrín se atribuía; sus visibles aunque vanos deseos de intentar una acción capital; los acontecimientos que luego seguirán, en que veremos á Esteban entregado á muerte sin ninguna protesta de la autoridad romana, y á Saulo comisionado con letras patentes del Sanedrín, revelan suficientemente que Tiberio, enfermo ya y entregado á sus vergonzosas pasiones de viejo lúbrico y de tirano odioso, había dejado prevalecer á lo lejos una política más liberal, con respecto á las provincias sometidas al imperio. Pilato estaba todavía en Jerusalén; pero se inquietaba con la agitación que comenzaba á producirse en Samaria y que él, algún tiempo después, debía ahogar en sangre con horribles matanzas. De suerte que en aquel momento se explica con bastante naturalidad el recrudecimiento hostil que

acabamos de comprobar en el partido jerárquico. Esta hostilidad se afirma por este primer atentado á la libertad de los predicadores y el indigno tratamiento que se les inflige, y se acentuará en los acontecimientos que luego se seguirán, motivados por la aparición de un elemento, no nuevo, pero cada vez más poderoso en la joven Iglesia; nos referimos á los discípulos helenistas; porque si puede ser inexacto el decir que los judíos de lengua griega fueron favorables, por regla general, á la nueva religión ⁽¹⁾, es absolutamente cierto que aquellos que la adoptaron fueron sus propagadores más ardientes.

(1) Los helenistas ocasionaron la muerte de Esteban. Pablo, uno de ellos, fué el que con mayor violencia avivó el fuego de la persecución. Ellos fueron los que conspiraron para matar á Pablo que predicaba en Jerusalén. (*Hech.*, IX, 29), y los que, más tarde, lo denunciaron al partido jerárquico, habiéndolo reconocido en Asia (*Hech.*, XXI, 17). Por medio de su rigorismo en Jerusalén, quería quizá compensar lo que su vida en el extranjero parecía tener de menos ortodoxa.

SEGUNDA PARTE

PRIMEROS RESPLANDORES DE LA IGLESIA FUERA DE JERUSALÉN Ó LA IGLESIA Y LOS HELENISTAS

CAPÍTULO PRIMERO

Institución de los Diáconos

Primera nube que se levanta en la Iglesia naciente.—Judíos helenistas y judíos palestinos.—Convocación de todos los fieles.—Proposición de los Apóstoles.—Elección de siete diáconos.—Su consagración solemne por los Apóstoles.—El orden del diaconado remonta á la institución de los siete elegidos. (*Hechos*, VI, 1-7).

El ministerio de la predicación, bien desempeñado, absorbe las fuerzas vivas de un hombre. Dificilmente puede un apóstol evangelizar y atender á las obras materiales de caridad que organiza en el curso de su apostolado. Á medida que se desarrolló la pequeña comunidad, sobrevinieron complicaciones en la repartición de las limosnas cotidianas. Por falta de justicia y de habilidad en los auxiliares que se habían ofrecido para suplir en este ministerio, levantóse un murmullo de descontento. Fué la primera vez que una nota discordante venía á turbar la unión admirable de todos los corazones. Para comprender bien el alcance del incidente, conviene tener en cuenta que buen número de los miembros de la Iglesia pertenecían á familias judías que vivían entre los paganos, fuera de Jerusalén, y recientemente repatriados ó simplemente de pasa-

da en la Ciudad Santa. Muchos podían también no ser sino paganos adheridos al judaísmo. Hablaban comúnmente, no el arameo, sino el griego. De aquí su nombre de helenistas ⁽¹⁾. Sucedió, pues, que en las distribuciones de dinero ó de víveres, sus viudas ⁽²⁾ eran menos bien tratadas que las de los judíos palestinos. Quejáronse, y como parecía que no se les hacía caso, viéronse obligados á acentuar sus recriminaciones.

En el fondo de su corazón, todo judío de Jerusalén guardaba un sentimiento tan elevado de su propia excelencia como hijo privilegiado de la Ley, que no le era posible abstenerse de mostrar una señalada preferencia para con todo el que nunca había salido de Tierra Santa ni se había manchado con el contacto de los paganos. Aunque uno no fuese circunciso proveniente del paganismo y renegador de los falsos dioses, sino judío hijo de judío, fiel adorador de Jehová y tributario del Templo, la casa privilegiada para la plegaria oficial, desde el momento en que se vivía en relaciones con los gentiles, y se hablaba su lengua, y no se habitaba en Jerusalén, formaba parte de una clase de todo punto inferior á la de los verdaderos judíos, que hablaban el idioma nacional, vivían á la sombra de la casa de Dios, y constituían el verdadero Israel, exento de todo compromiso respecto de los impuros. De esta distinción entre judíos helenistas y judíos jerosolimitanos,

(1) Esta denominación, que se halla dos ó tres veces en el libro de los Hechos (IX, 29 y XI, 20), se refiere á los judíos ó á los adeptos del judaísmo que no sólo hablaban entre sí la lengua griega, pero leían la Escritura y tributaban á Jehová sus honores en este idioma. Su nombre venía de *ελληνίζειν*, *hablar el griego*, por oposición á los judíos palestinos, *Εβραίοι*, que leían la Escritura en hebreo y hablaban el siro-caldeo, ó arameo. En masa eran de raza judía, que habían nacido ó vivían en el extranjero. También se les llamaba hijos *de la dispersión*. Entre ellos podía también encontrarse *proselitos de la Puerta*, paganos convertidos al judaísmo.

(2) La palabra *viudas* designa aquí probablemente á las pobres mujeres que la muerte del jefe de familia había dejado sin apoyo, y que eran mantenidas á expensas de la comunidad. Si esta denominación quisierase aplicarla á las piadosas mujeres de las que más tarde se hablará (*I Tim.* V, 3), ocupadas en alimentar y cuidar á los pobres, el asunto habría tenido mayor alcance.

muy profundamente ahondada por el espíritu rigorista de los unos y la conducta liberal de los otros, debía seguirse, no solamente una diferencia en el reparto de las limosnas, pero aun todo un sistema de preferencias, de prerogativas, de clasificación, que pronto tendría algo de mortificante y también de antievangélico. Nada nos impide tampoco creer que, bajo de una recriminación accidental, se dibujase desde entonces por vez primera una cuestión importante, que pronto debía imponerse, cada vez más urgente y despiadada, hasta que fuese resuelta de un modo oficial. En el fondo, se trataba de saber si la religión nueva suprimía radicalmente toda la diferencia de origen, de lengua, de nacionalidad, todas las categorías inspiradas por antiguos recuerdos del judaísmo, toda prerogativa de hijo más ó menos directo de Israel y de Abraham.

Provisoriamente, á una dificultad de apariencia tan sólo material, se creyó suficiente responder con la institución de un oficio de orden análogo, nuevo en la Iglesia y capaz de atenuar los inconvenientes señalados. En realidad, la innovación llevóse mucho más lejos de lo que se pensaba, y los resultados, desde el punto de vista de la difusión de las ideas y de la emancipación de la Iglesia, no fueron sólo decisivos desde el punto de vista del orden interior y de la distribución de las limosnas. La asamblea general de los discípulos fué convocada por los Doce. Á ellos incumbía el perfeccionar la organización de la Iglesia y desarrollar sus medios de acción, para atender á sus necesidades eventuales. En un asunto que directamente afectaba á los intereses materiales de la sociedad, les pareció lógico conceder un papel efectivo á esta misma sociedad, si bien reservándose el derecho de determinar las condiciones. No le podía desagradar á la Iglesia ver al pueblo participar en su gobierno, con tal que la autoridad jerárquica dirigiera y sancionara los acuerdos del sufragio universal. Esto entraba en la nota democrática del Evangelio. «No es justo—dijeron los Apóstoles,—que nosotros descuidemos la palabra de Dios, para tener cuidado de las

mesas. Por tanto, hermanos, nombrad de entre vosotros siete sujetos de buena fama, llenos del Espíritu Santo y de inteligencia, á los cuales encarguemos este ministerio. Y con esto podremos nosotros emplearnos enteramente en la oración y en la predicación de la divina palabra.» Así, los Apóstoles no desconocieron la legitimidad del murmullo que habían oído. La autoridad más alta se honra en admitir que ha podido ella ser menos vigilante. Ve su deber y piensa en cumplirlo. Aquí, sin acritud contra los que recriminan y con perfecta humildad, los Apóstoles piden que se los releve del cuidado de repartir las limosnas. Si en un principio lo aceptaron, fué porque los fieles habían encontrado natural depositar á sus pies las ofrendas de su caridad. Ahora la Iglesia es demasiado numerosa y las ocasiones de predicar el Evangelio demasiado frecuentes, para que ellos puedan con provecho atender á dos oficios tan distintos. De otra parte, la centralización no es un bien para una sociedad que quiere aumentar. De dos ministerios, sacrifican el que les viene de los hombres: el cuidado de presidir las distribuciones de las limosnas, conservando el que les viene de Dios: la misión de anunciar el Evangelio. Escoja, pues, la comunidad inmediatamente á sus administradores. Sus atribuciones dicen cuáles deberán ser sus virtudes. Guardianes y distribuidores del tesoro público, conviene exigirles desde luego una probidad irreprochable; instrumentos de caridad para todos, es de desear que el Espíritu Santo los penetre y les conceda el don de difundir en torno suyo á Dios y su gracia, mejor aún que las limosnas; providencia de los pobres, necesitarán de tacto y prudencia para contentar á todos y evitar nuevas reclamaciones. Siete elegidos bastarán para desempeñar el nuevo ministerio, quizá porque la Iglesia cristiana de Jerusalén está dividida en siete distritos, ó también porque la semana tiene siete días y para la distribución de cada día se comisionará á uno de los elegidos, por turno (1).

(1) Por otra parte, el número 7 estaba lleno de grandes recuerdos. Noé

Sea como fuese, la proposición de los Apóstoles fué del agrado de todos, y se procedió á la elección. Los siete nombres proclamados parecen indicar que la reacción fué viva, ó que hubo empeño en complacer á los palestinos, pues todos los elegidos tienen una fisonomía absolutamente griega. Es muy cierto que buen número de judíos propiamente dichos llevaban nombres griegos; por ejemplo, Andrés y Felipe entre los Apóstoles. Pero no se puede negar que, habiendo dado la mayoría sus votos á un simple prosélito de Antioquía, la elección se hiciera sobre todo con intención de contentar al partido helenista y bajo una inspiración muy diferente del exclusivismo jerosolimitano que había provocado la legítima protesta. La lista de los elegidos fué adoptada en la forma siguiente: Esteban, Felipe, Procoro, Nicanor, Simón, Parmenas y Nicolás. Del primero de ellos se dice que estaba lleno de fe y del Espíritu Santo. Pronto veremos la prueba. El segundo, Felipe, desempeñará también un papel glorioso, y mostrará que no era menos apto en distribuir el pan de la palabra que el de la caridad. De los cuatro siguientes nada sabemos, porque el interés por las individualidades era muy poca en aquellós días en que la personalidad divina de Jesucristo lo absorbía todo. Nicolás, el séptimo, era un prosélito de Antioquía, pagano de origen, el cual, antes de ser cristiano, habíase incorporado al judaísmo sometién dose á la circuncisión. La tradición está dividida acerca de su papel en la Iglesia naciente. Por desgracia, las explicaciones caritativas de Clemente de Alejandría no han destruído las terribles acusaciones contra él formuladas por San Ireneo, Tertuliano, San Epifanio y San Jerónimo (1). Según

introdujo de 7 en 7 los animales puros y las aves del cielo en el arca; para apoderarse de Jericó, fué preciso dar la vuelta á la ciudad 7 días, y en el 7.º, al ruido de 7 trompetas, tocadas por 7 sacerdotes, se desplomaron las murallas. El candelabro de oro tenía 7 brazos, la semana 7 días, etc., etc. También á cada instante encontramos este número en el Apocalipsis: 7 iglesias, 7 sellos, 7 trompetas, 7 copas, 7 ángeles, 7 espíritus ante el trono, 7 cuernos, 7 ojos de cordero, etc.

(1) He aquí, en resumen, el estado de la cuestión. Desde el fin del siglo

ellos, el desgraciado diácono, incapaz de cumplir los propósitos de castidad que había formado, habría llegado á ser el autor de la secta impura de los nicolaítas, que el Apocalipsis denuncia á la abominación de los primeros cristianos.

Los siete elegidos fueron presentados á los Apóstoles,

segundo, San Ireneo (*Cont. haer.*, I, 26) afirma que los nicolaítas, los cuales consideraban como actos indiferentes el adulterio y el uso de carnes inmoldadas á los ídolos, reivindicaban para sí, como autor, al diácono Nicolás. Tertuliano (*de Praescr.*, c. 47), San Hilario (*in Math.*, XXV) apoyan este sentimiento. San Epifanio (*Adv. haeres.*, I, 25) da también de la defección del diácono Nicolás importantes detalles. Teniendo una mujer muy hermosa, la dejó para vivir continente y mostrarse más digno de su alta vocación; pero no pudo sostener su resolución heroica. Excitada su pasión por el diablo, buscó pretextos para volver á su primer estado, «como un perro á su propio vómito». Inventóse unos principios á fin de justificar á sus propios ojos y á los ojos de los demás su flaqueza y los abominables excesos á que se entregó. El autor del libro *Philosophoumena*, VII, 36, añadió su testimonio al de San Epifanio agravándolo.

Sin embargo, Clemente de Alejandría (*Strom.*, III, 4) cuenta de otra manera la historia de Nicolás, mostrando tenerlo en estima, llamándole *hombre apostólico*. Teodoreto (*Haeret. Fab.*, III, 1) y San Agustín se prevalen de la autoridad de aquél, más seria y más antigua que la de San Epifanio, para establecer que los nicolaítas no tenían ningún derecho á remontar su origen hasta el diácono de Antioquía. Según Clemente de Alejandría, Nicolás, reprendido por los Apóstoles á causa de mostrarse celoso de su mujer, la hizo presentarse á la asamblea y declaró que quien quisiese casarse con ella podía tomarla. Su pensamiento era probar que la acusación de celos no tenía fundamento y que él estaba muy por encima de las miserias de la carne. Una frase que pronunció: «pues precisa *παραχρησασθαι* la carne», para significar que debía de ella abusarse, esto es, *mortificarla, anonadarla*, fué interpretada en el sentido contrario, y más tarde algunos hombres mal intencionados les hicieron decir que los apetitos carnales deben satisfacerse. Pero Nicolás, según Clemente de Alejandría, nunca dejó de llevar una vida muy casta; sus hijos y sus hijas siguieron su ejemplo y guardaron virginidad. Por tanto, sería injusto hacerle jefe de esta secta abominable.

La crítica moderna supone que los nicolaítas no tomaron del todo su nombre del diácono Nicolás, sino de la funesta acción que ejercían sobre la moral pública y el sentimiento religioso del pueblo cristiano. Nicolaítas y Balaamitas serían un mismo nombre simbólico: el uno derivado de *νικάν, sujetar*, y de *λαός, pueblo*; el otro, del hebreo *baláj, devorar*, y de *jam, pueblo*, usados simultáneamente como dos sinónimos, para designar una misma categoría de enemigos del cristianismo. El cotejo de los versículos 14 y 15 del cap. II del *Apocalipsis* apoya esta manera de sentir en lugar de combatirla, como algunos han creído. De suerte que esos miserables corruptores del cristianismo, á los cuales Pedro, *II Ep.*, II, 15, y Judas, 11, nos los presentan andando por los caminos de Balaam, serían los mismos que esos nicolaítas cuyas doctrinas estigmatiza el *Apocalipsis* (II, 6, 15).

los cuales, después de orar, les impusieron las manos. Así, el pueblo, consultado por ellos sobre la elección de los nuevos ministros, les dejaba, después de haber dado su respuesta, el cuidado de consagrarlos. Una cosa es la designación de los sujetos más dignos, y otra la colación del carácter jerárquico. Ésta sólo pertenece á los Apóstoles y á sus sucesores. Por lo demás, no proceden á introducir nuevos miembros en la jerarquía instituída por Jesús sin antes haber acudido á la oración, por ínfimo que sea el grado al cual quieren promover á los elegidos de la asamblea. Comprenden que solamente á Dios ó á Jesucristo pertenece el derecho de desarrollar la organización de la Iglesia, de la que es jefe y único señor. Sólo Él puede conceder el poder de asociar á recién llegados al privilegio de representarle en el gobierno de la Iglesia y la distribución de la gracia. Los diáconos aquí instituídos no tuvieron solamente la misión de servir á las mesas: los veremos predicar valientemente la palabra de Dios, y con sus éxitos probar que la mano de los Apóstoles no en vano se había extendido sobre su cabeza. El Espíritu Santo, inflamando con efusión especial sus corazones, les había comunicado una fuerza moral á la que nada podía resistir.

Que sea necesario reconocer, en este incidente de la historia apostólica, la institución de un ministerio, no transitorio, sino definitivo para la Iglesia, y relacionado con el presbiterado cuyas cargas debía aligerar, co-

En el fondo, no siendo dudoso que, desde el siglo II, una secta llamada de los nicolaítas pretendió tener por autor al diácono Nicolás, convendría quizá preguntarse si el nombre Balaam era una traducción del nombre Nicolás, evocando así un recuerdo odioso, á la manera que el de Babilonia había sido imaginado por Juan para significar á Roma. Esta hipótesis podría estar más cerca de la verdad que la otra; y en este caso, la memoria de Nicolás no quedaría limpia de una mancha que la antigüedad atestiguó y que la exégesis moderna no podría lavar con una habilidad de lingüística. (*)

(*) A esta interesante nota del autor añadiremos que la explicación de Clemente de Alejandría no pasa de ser más ó menos ingeniosa. La frase que que atribuye á Nicolás se toma comúnmente en mal sentido; y si el diácono quería hablar de la necesidad de *mortificar* la carne, podía servirse de otros verbos que no se prestan á ambigüedades, por ejemplo, de *θανάτω, νεκρώ*, etc., usados repetidas veces en el Nuevo Testamento.— N. del T.

mo éste se relaciona con el episcopado, parece que no puede ponerse en duda. La más antigua tradición está de acuerdo en reconocerlo así, y, en memoria de esta primera institución, la mayor parte de las iglesias, comenzando por la de Roma ⁽¹⁾, no tuvieron al principio más que siete diáconos, procurándose en cambio gran número de sacerdotes. Además, la misma solemnidad con que los Siete fueron escogidos y consagrados da á entender que no fueron nombrados por algún tiempo y con funciones transitorias, sino que debían ser una institución definitiva. ¿De dónde procederían, por otra parte, los que les sucedieron, y cuyo ideal, al lado del del Obispo, bosquejó perfectamente San Pablo ⁽²⁾? Si es preciso relacionarlos con algo, ¿por qué no con la presente elección? Que las funciones del diácono hayan debido modificarse con el tiempo y según las necesidades de la Iglesia, esto es muy natural; no por ello es menos evidente que en el fondo han seguido siendo los servidores titulares de la asamblea cristiana y los auxiliares oficiales del sacerdocio, presidiendo la distribución de las agapes y el orden de la asamblea, administrando la Santa Eucaristía y sobre todo llevándola á los hermanos ausentes; leyendo públicamente el Evangelio y también predicándolo ⁽³⁾; asistiendo al Pontífice en el Santo Sacrificio; en una palabra, estando unidos al altar y á la jerarquía eclesiástica de derecho divino, por una comunicación primera y particular del Espíritu Santo y de la gracia, bajo un signo sensible y permanente, la imposición de las manos, lo que constituye una parte del sacramento del Orden.

En cuanto al resultado, la promoción de los siete candidatos á la nueva dignidad, excedió, según dijimos, todas las previsiones. Aunque en situación humilde y subalterna respecto de los demás dignatarios eclesiásticos, al menos dos de ellos fueron los grandes abogados de las ideas

(1) Eusebio, *H. E.*, VI, 43.

(2) *I Tim.*, III, 8-10.

(3) Felipe es llamado *evangelista*, *Hech.*, XXI, 8.

universalistas, que iban de repente á señalar las nuevas vías de la Iglesia.

Sea porque los Apóstoles, libres de todo cuidado material, pudieron trabajar más enérgicamente en la difusión de la verdad, sea también porque los diáconos, desplegando un celo particular en el ejercicio de sus funciones, aprovecharon, mezclándose con el pueblo en la distribución de las limosnas, todas las ocasiones de sembrar hábilmente en las almas la buena semilla, de nuevo en este momento recrecieron las conversiones. El mismo partido jerárquico judío fué descantillado, y gran número de levitas y de sacerdotes hicieron á los pies de los Apóstoles su profesión de fe en Jesucristo ⁽¹⁾.

¿Vieron en la Iglesia algo más que una forma más perfecta del judaísmo? ¿Renunciaron francamente á anteponer la ley de Moisés á la de Jesucristo? Después de haber renunciado á ello, ¿no abandonaron en seguida este prudente acuerdo, y, apegados al servicio del Templo, no fueron de nuevo insensiblemente inducidos á creer que el Templo, y no la cruz, debía ser el centro del movimiento religioso al que se habían adherido? Podría temerse, y todo nos lleva á creer que, de entre estos sacerdotes y levitas convertidos, se reclutaron pronto los porfiados y audaces celadores de la Ley, conocidos con el nombre de *judaizantes* ó partidarios de la circuncisión ⁽²⁾. Mal apartados de las prácticas mosaicas, hombres que habían nacido y vivían en el Templo, legistas inconsolables por tener que renunciar á su casuística penosamente aprendida, fundaron el temible partido que persiguió á Pablo y sus

(1) El hecho de la conversión de un gran número de sacerdotes, *πολλοὶ ἑ-
χλος*, ha parecido extraño á muchos comentaristas; pero todas las modifica-
ciones del texto que se han propuesto son tan inaceptables como gratuitas.
En lugar de torturar lo que está escrito, es más prudente buscar en él una de
las indicaciones más importantes que nos da, sin parecer sospecharlo, el au-
tor de los Hechos. Entre estos convertidos extraordinarios es donde hay que
buscar los elementos de la secta de los judaizantes.

(2) Parece bastante natural identificar á los «algunos de la secta de los
fariseos que habían abrazado la fe», *Hechos*, XV, 5, con los sacerdotes y le-
vitas de cuya conversión aquí se habla. Querían que las circuncisión y la
observancia de la ley fuesen impuestas á los paganos.

doctrinas universalistas con odio implacable doquiera predicó, y se hizo temer de Pedro en Antioquía y se prevaleció de la influencia de Santiago en Jerusalén. Sin razón se ha supuesto que se apoyó seriamente en la autoridad de algunos Apóstoles. Más tarde veremos que no hubo nada de esto; que, mientras vivió al lado del círculo apostólico, éste jamás participó de su error. Su doctrina se sostuvo por el crédito poderoso de los hombres de ciencia y de virtud que propendían á que prevaleciera, y también porque halagaba un instinto de raza, de viejos prejuicios nacionales, el respeto innato á la Ley. En realidad, sus representantes no tuvieron jamás procuración apostólica, en Galacia no más que en Antioquía ⁽¹⁾. Alguna vez, aunque injustamente, quisieron atribuírsela ⁽¹⁾. Todos los Apóstoles, sin excepción, repudiaron sus miras, Santiago tanto como los demás. Á pesar de esto, la secta de los judaizantes tuvo en jaque, durante largo tiempo y un poco en todas partes, al movimiento de emancipación que el Espíritu de Dios imprimía á su Iglesia. Acabó por zozobrar en el ebionismo. Es muy digno de notarse que, si realmente encontró á sus primeros representantes entre los sacerdotes judíos cuya conversión hemos consignado poco ha, nació precisamente en la hora en que, con los helenistas, iba á comenzar la evolución universalista de la cual debía ser irreconciliable adversario.

(1) *Hechos*, XV, 24.

(2) Esto podría quizá deducirse de la frase *πρὸ τοῦ ἐλθεῖν ἀπὸ Ἰακώβου* (*Galat.* II, 12), que se ha traducido muy fuera de propósito por: *antes de la venida de unos emisarios de Santiago*, y que significa solamente: «antes de la venida de algunos que vivían en compañía de Santiago, recomendándose en él, amparándose con su nombre.» (*Comp. II Cor.* XI, 5; XII, 11).

CAPITULO II

Tentativa de Esteban para emancipar del judaísmo la Iglesia. Es apedreado

Elocuentes polémicas del diácono Esteban en las sinagogas.—Su amplitud de miras: es el precursor de Pablo.—Su acusación ante el Sanedrín.—Apología del joven diácono.—Idea general y desarrollo de su discurso.—Fin tumultuoso del proceso.—Esteban ve al *Hijo del Hombre*.—Muere inspirándose en su ejemplo.—Uno de sus verdugos hará revivir su idea. (*Hechos*, VI, 8-15; VII, 1-60).

El diácono Esteban se señaló sobre todo por su celo para propagar el Evangelio en el medio helenista de donde él mismo procedía. De natural ardiente y fuertemente templado, al que nada podía impedir de comunicar á otros la luz que inundaba su alma, debió ir á buscar á los oyentes allí donde estaba seguro de no encontrar sino adversarios. Con él, la joven Iglesia salía de su actitud reservada, para tomar la ofensiva contra la Sinagoga. Por lo demás, Dios le alentaba en su apostolado concediéndole el don de establecer la legitimidad de su predicación por medio de brillantes milagros, de tal suerte que pareció rivalizar en poder con los mismos Apóstoles. El pueblo admiraba sus obras. Nadie podía resistir á la sabiduría de sus discursos.

Las sinagogas habían ofrecido al Maestro oyentes muy bien dispuestos, y un medio escogido para sembrar la Buena Nueva. Esteban juzgó que un tan alto ejemplo debía seguirse, y se le vió presentarse resueltamente en las asambleas piadosas de la capital para provocar en ellas discusiones públicas. Si la innovación era atrevida, por no haberse todavía ensayado los Apóstoles ante tales reuniones, no por esto dejaba de prometer ser fecunda en

felices resultados. En vez de entretenerse en sitiar al partido jerosolimitano, Esteban atacó al judaísmo helenista, más dispuesto á disgregarse y menos extranjero, por el medio mismo en que vivía, al soplo universalista del Evangelio. De entre las cuatrocientas ochenta sinagogas que contaba la Ciudad Santa, según los rabinos ⁽¹⁾, procuró iniciar sus polémicas en aquellas que eran frecuentadas por los judíos de la dispersión, ó los griegos judaizantes. Así parece haberse dirigido, por turno, á los judíos de Roma en su sinagoga llamada de los libertos ⁽²⁾, á los judíos de Africa en las sinagogas de los cirneos y de los alejandrinos ⁽³⁾, á los asiáticos en la sinagoga de Cilicia y del Asia proconsular ⁽⁴⁾. Si en ellas hacía conquistas, también levantaba violentas oposiciones. El joven Saulo de Tarso que, de derecho, pertenecía á la sinagoga de Cilicia, no debió ser uno de los menos ardientes en escuchar y en combatir al elocuente predicador. Le consideraba como el adversario de la Ley y el enemigo de su pueblo. Su odio llegó hasta votar su muerte. Mas en vano se erguía contra la verdad triunfante; á pesar suyo, sin que él lo advirtiese, la palabra viva y enteramente nueva del diácono le penetraba. Ella trabajaba su corazón como un aguijón despiadado, has-

(1) *Mejilla*, fol. 73.

(2) Esta es la traducción más natural de la palabra *Αἰβερτινων*, que, como otras muchas, pasó, sin modificación esencial, del latín al griego de aquel tiempo. Se llamaba *libertinos* á los judíos que Pompeyo había transportado á Roma como esclavos y que después habían sido manumitidos. Filón los llama *οἱ ἀπελευθερωθέντες* (*Legat ad Caium*), y Tácito (*Ann.* II, 85) dice de sus descendientes expulsados de Italia, y muchos de los cuales debieron volver á Jerusalén, que eran *libertini generis*.

(3) Los judíos establecidos en Cirene por Tolomeo Lago formaban, según Josefo (*Antig.*, XIV, 7, 2) un cuarto de la población de esta gran ciudad. Eran más numerosos todavía en Alejandría, donde ocupaban dos de los cinco barrios, y alcanzaban la cifra de cien mil.

(4) Dada la construcción de la frase, muchos intérpretes han supuesto que todos estos judíos helenistas formaban parte de una sola y misma sinagoga. Pero estos edificios, muy numerosos en Jerusalén, no eran grandes, y uno sólo no habría podido contener á tanta gente. Otros quieren que los libertos, los cirneos y los alejandrinos formaban un grupo, y otro los judíos de Cilicia y de Asia. Es más probable que cada país tenía su sinagoga particular, como en nuestras capitales cada nacionalidad procura tener su capilla, ya que no su iglesia.

ta la hora en que caería vencido, declarándose conquista y representante determinado de las ideas y de la fe de aquel á quien antes anatematizara. Por más que los mantenedores del judaísmo se habían unido, no podían resistir el sopro potente de esta nueva predicación. La ciencia de Esteban destruía sus dificultades y el Espíritu de lo alto, hablando por su boca, arrastraba los corazones.

Juzgóse, pues, más prudente renunciar á discusiones regulares, donde sin cesar eran batidos, para recurrir á medios menos honestos, pero que con su ayuda podía esperarse salir vencedor. La calumnia, por poco que las circunstancias se presten, es un arma formidable. Así sucedió en esta ocasión. En realidad, Esteban, con la amplitud de ideas que le caracterizaba y las miras clarísimas que tenía sobre el porvenir de la Iglesia, era el primero que levantaba su mano contra la vetusta muralla del judaísmo. El oficio era peligroso. Los Apóstoles habían preferido someterse á observar toda la Ley, antes que permitir que se sospechara de sus sentimientos con respecto al mosaísmo. Por esto los fariseos, y con ellos el pueblo, los habían tolerado como una secta, nueva sin duda, pero siempre apegada al regazo de la Sinagoga. Esteban, por el contrario, creía llegada la hora de separarse de él, y su intrépida palabra lo trastornaba todo para ensanchar los horizontes. Un innovador está siempre expuesto á acusaciones malévolas, sea porque los unos no lo comprenden bastante, ó porque los otros le comprenden demasiado. Se sobornó á unos testigos, que pretendieron haber oído á Esteban blasfemar contra Moisés y contra Dios. En esta acusación, á pesar de ser enteramente falsa, es donde hay que buscar una apariencia de realidad, y encontrar la última palabra del proceso. Si San Lucas hubiese entrevisto, como suponen ciertos críticos, un antagonismo real entre las doctrinas de Pedro y las de Pablo, esta era la ocasión de insistir sobre el carácter especial de la predicación de Esteban, que, en verdad, preludió inmediatamente las teorías del Apóstol de los gentiles. Mas el autor de los He-

chos estaba muy lejos de los fantásticos desvaríos de la escuela de Tubinga, y lo que hay de más evidente, leyendo entre líneas, es que no parece haberse dado cuenta, en este proceso de Esteban, del fondo mismo de la cuestión.

Todo blasfemo merecía la muerte ⁽¹⁾. No habiendo obstáculo de parte de la autoridad romana, se juzgó que podía sin temor intentarse una acción capital. El pueblo, los ancianos y los escribas se entendieron muy pronto para promover un motín. Corriendo en tropel, se apoderaron del joven diácono y lo arrastraron á la barra del Sanedrín. Esto era, en cierto sentido, repetir, á propósito del discípulo, los procedimientos por los cuales se había suprimido al Maestro. Presentaron, en efecto, algunos testimonios falsos que repitieron más explícitamente aún las primeras acusaciones. «Este hombre—dijeron—no cesa de proferir palabras contra este lugar santo y contra la Ley; pues nosotros le hemos oído decir que Jesús, el Nazareno ese ⁽²⁾, ha de destruir este lugar y mudar las tradiciones que nos dejó ordenadas Moisés.» En realidad, Esteban podía haber dicho todo esto sin blasfemar. Pretender que los ritos mosaicos no serían eternos, no era destruir á Moisés, que había anunciado, para el porvenir, á un profeta más grande que él. Declarar que el Templo no bastaba ya á la humanidad, toda entera llamada en lo sucesivo á adorar al verdadero Dios, no era blasfemar contra la grandeza ó la santidad de este Dios. Si así había hablado Esteban, no había hecho más que continuar y desarrollar, con particular energía, las enseñanzas de Jesús á la Samaritana. Después de haberlo dicho el Maestro, ¿estaba prohibido repetir que había sonado la hora en que Dios debía ser adorado, no ya sobre tal montaña ó en tal edificio, sino en el universo entero, en espíritu y en verdad, con un culto del todo interior, de suerte que, llevando cada adorador en su alma el más hermoso de los templos, resultaría superfluo el de Jerusalén? ¿No podía, siguiendo también al Maestro,

(1) *Deuter.*, XIII, 6-10.

(2) La expresión de desprecio es evidente en la palabra *óvros*.

hacer resaltar todo lo que había de transitorio en la antigua Alianza, mostrando cómo los ritos simbólicos del mosaísmo habían tenido su realización y su término en el establecimiento definitivo del reino de Dios? Todo esto era correcto, ortodoxo, aunque muy opuesto á los viejos prejuicios del judaísmo. Esto es lo que Pablo más tarde predicará. Se le calificó de intolerante, subversivo, criminal. Al que pide la estación de los frutos después de la estación de las flores, se le dice: «Tú quieres la muerte del árbol.» La verdad, considerada sólo al vislumbre, puede parecer una blasfemia. A espíritus encarcelados en la rutina formalista, todo progreso debía parecerles una criminal revolución.

Esteban fué, pues, acusado de querer destruir á Dios, cuando precisamente trabajaba, mejor que todos, en extender su reino. Convencido de la verdad de su tesis y de las puras intenciones de su corazón, se presentó ante los jueces con actitud tan majestuosa, con mirada tan brillante y fisonomía tan dulce, que, al verlo, parecióles ver á un ángel. El Espíritu divino, del que estaba lleno, lo rodeaba como de una gloria celeste. Ninguna de las calumnias con que se le abrumaba turbó la serenidad de su alma. Se comprendía que estaba impaciente, no por defenderse, sino por probar su violento amor de Dios. Para atajar el movimiento de simpática admiración que poco á poco se apoderaba de la asamblea entera, el presidente del Sanedrín se apresuró á interpelar vivamente al acusado. «¿Es esto así?»—gritó.—«Hermanos míos y padres—respondió Esteban,—escuchadme.»

Estando su ánimo en plena posesión de la causa que defende, teme ser difuso y sobre todo incisivo. Por esto pide ser oído con benévola atención. Se le acusa de impiedad; él dirá su *Credo*. Este *Credo* es la historia bíblica del pueblo de Dios; la contará para probar que la admite toda entera. Sí, él cree en la acción divina y permanente de Jehová sobre su pueblo. Cree en la misión de Moisés, de quien hace un panegírico brillante. Cree en la santidad

del Templo. Pero cree no menos en el desarrollo progresivo del reino de Dios en el mundo. ¿Por ventura la historia de Israel no le muestra que las revelaciones divinas han dejado de ser individualistas para convertirse en nacionales, y que la verdadera religión, circunscrita primeramente al corazón de un hombre, ha de resultar la religión de todo un pueblo? ¿Con qué derecho se querría prohibirle creer en la superioridad del Mesías sobre Moisés, supuesto que este Mesías fué anunciado, con su trascendental realce, por Moisés y por los profetas, ó en el carácter transitorio de un Templo que no ha existido siempre y que no podría ser siempre suficiente? Lo que encuentra de más inmutable, al reflexionar en esta historia de lo pasado, es la infidelidad de Israel y su obstinada resistencia á la gracia de Dios. Con amargura la subrayará, desde el día en que en ella vió á José maltratado por sus hermanos, á Moisés renegado por los suyos, á los falsos dioses adorados, á los profetas perseguidos, hasta la hora en que el Justo, el Mesías mismo fué muerto. Entonces, no pudiendo contener por más tiempo su emoción, atacará directamente á los eternos adversarios de la verdad, que quieren cerrarle la boca, como habían intentado cerrarla á otros enviados de Dios, y así atraerá sobre su cabeza una sentencia de muerte. Tales son las grandes líneas de este discurso, que, por una serie de relatos bastante parecidos á digresiones, está sin duda fuera de las reglas de nuestra retórica, pero que conserva enteramente el sabor del judaísmo antiguo⁽¹⁾. Además, la aparente indecisión de estos medios apologeticos debe ser, á los ojos de la crítica, el signo irrefragable de su autenticidad⁽²⁾.

(1) *Salmo* LXXVII, CIV y CV; *Ezeq.*, XX; *Nehem.*, IX; *Judit*, V, etc. Lo sorprendente es que el autor del libro de los Hechos no lo haya abreviado. Seguramente lo encontró hecho y, con su exactitud escrupulosa, no quiso cambiar nada, aunque encontrara algo inútil en su desarrollo y pudiese también descubrir en él algunas inexactitudes cronológicas.

(2) Un autor que hubiese imaginado por entero el discurso de Esteban, habría clasificado y acentuado de otra suerte sus respuestas á las imputacio-

«El Dios de gloria—dijo Esteban, valiéndose de esta frase para probar que no blasfemaba del Dios de Israel,—se apareció á nuestro padre Abraham, cuando estaba en Mesopotamia, primero que habitase en Harán ⁽¹⁾, y le dijo: Sal de tu patria y de tu parentela, y ven al país que yo te mostraré.» Entonces salió de Caldea, y vino á habitar en Harán. De allí, muerto su padre ⁽²⁾, le hizo pasar Dios á

nes de los falsos testigos. La tradición, fijando temprano, quizá por boca de Pablo ó de Felipe, que debieron oírlo, esta apología con mayor desarrollo que de ordinario, la impuso íntegra al redactor del libro de los Hechos.

(1) El libro del Génesis habla, en efecto, de esta vocación de Abraham, cap. XII, 1, y dice que tuvo lugar, no en Mesopotamia, sino en Harán. Quizá Esteban seguía, en su exposición histórica, las tradiciones de la Sinagoga (Véase Filón, *Abraham*, § 15) que completan el relato de Moisés. De hecho, no es imposible que Abraham hubiese sido invitado primeramente á salir de Ur en Caldea y después á salir de Harán. Los pasajes del Génesis, XV, 7, y del libro segundo de Esdras, IX, 7, autorizan esta suposición. Josefo (*Ant.*, I, 7, 1) sólo menciona la vocación de Abraham en Caldea y pasa en silencio su estancia en Harán. Sabido es que Harán, Charrán ó Charres, célebre por la derrota de Craso, era una ciudad antiquísima de la alta Mesopotamia, situada en punto muy frecuentado por las caravanas. Se ven sus ruinas al sudeste de Edesa.

(2) También aquí Esteban parece haber seguido la tradición rabínica—mejor que el texto de la Escritura. Se ha supuesto que, como judío helenista, debía estar sobre todo familiarizado con la enseñanza especial recibida en las sinagogas extranjeras, y más particularmente en la de Alejandría. Uno vez más (V. la nota precedente) está de acuerdo con Filón (*de Migr. Abrah.*, XXX); para suponer que Abraham no salió de la ciudad de Harán hasta después de la muerte de su padre. Sin embargo, una suposición muy sencilla, hecha con las mismas cifras del Génesis, parecería establecer que Taré aún vivía cuando Abraham partió de Harán. En efecto, se dice que Abraham en este momento tenía *setenta y cinco años* (*Gén.*, XII, 4); ahora bien, Taré, cumplidos los *setenta* de su edad, engendró á tres hijos, Abraham, Nacor y Harán (*Gén.*, XI, 26), lo que da un total de *ciento cuarenta y cinco años*. Pero Taré, según el Génesis, XI, 32, vivió *doscientos cinco años*. Por tanto, no había muerto cuando Abraham abandonó el país, y debió vivir todavía *sesenta años*. Se han multiplicado las hipótesis para resolver esta dificultad. Algunos prefieren á la lección del Pentateuco judío la del samaritano, que limita la vida de Taré á ciento cuarenta y cinco años; otros han pretendido que el verbo ἀποθαρῆν, debe entenderse, no de la muerte real de Taré, sino de su apostasía. La suposición más comúnmente admitida es que Taré comenzó á tener hijos á los setenta años, pero con un intervalo de sesenta entre el primero y el tercero, y que el tercero habría sido Abraham, aunque figura como primero en la enumeración de la familia, no á causa de su edad, sino de su celebridad. Así, en la enumeración de los hijos de Noé, figuran Sem y Cam antes de Jafet (*Gén.*, VI, 10), y, sin embargo, es muy cierto que Cam (*Gén.*, IX, 24), y muy probable que Sem (*Gén.*, X, 21), eran más jóvenes que él. En *I Paralip.*, I, 28, está bien dicho: «Filii autem Abraham, Isaac et Ismael,» aunque Ismael fué el primogénito.

esta tierra, en donde ahora moráis vosotros. Y no le dió de ella en propiedad un palmo tan solamente⁽¹⁾; prometióle, sí, darle la posesión de dicha tierra, y que después de él la poseerían sus descendientes; y eso que á la sazón Abraham no tenía hijos. Predijole también Dios que sus descendientes morarían en tierra extraña, y serían esclavizados, y muy maltratados por espacio de cuatrocientos años⁽²⁾; si bien, dijo el Señor, yo tomaré venganza de la nación, á la cual servirán como esclavos; y al cabo saldrán libres, y me servirán á mí en este lugar. Hizo después con él la alianza de la circuncisión⁽³⁾; y así Abraham habiendo engendrado á Isaac, le circuncidó á los ocho días, é Isaac á Jacob, y Jacob á los doce patriarcas.»

He aquí la alianza de Dios con la raza de los creyentes sallada en la carne de tres generaciones. Con todo, ella no impedirá que la malicia haga su obra, y Dios tendrá que sacar bien del mal para constituir su pueblo.

(1) La compra del terreno en Hebrón (*Gén.*, XXIII, 20) no contradice esta afirmación; pues, de una parte, Esteban habla de la primera estancia de Abraham en Palestina antes de la institución de la circuncisión, y de otra parte, casi no podría decirse que un lugar para sepultura fuese una dote ó una herencia. En todo caso, Abraham lo *compró*, y Dios no se lo había *dado*.

(2) Esteban cita aún aquí el Génesis, XV, 13, 14, según los Setenta. Fija en cuatrocientos años la duración de la estancia en Egipto. Esto es para hablar en números redondos. Sabido es, por el *Exodo*, XII, 40, y *Galatas*, III, 17, que hay que entender cuatrocientos treinta años, comenzando muy probablemente por la vocación de Abraham y acabando en la salida de Egipto. Este número está dividido, en dos partes iguales por el establecimiento de Jacob y de sus hijos en Egipto. El cálculo es fácil de hacer, puesto que, de la vocación de Abraham al nacimiento de Isaac, van veinticinco años; del nacimiento de Isaac al de Jacob, sesenta; del nacimiento de Jacob á su instalación en Egipto, ciento treinta; total doscientos quince años. Del establecimiento de Jacob en Egipto hasta la muerte de José, setenta y un años; de la muerte de José al nacimiento de Moisés, sesenta y cuatro años; del nacimiento de Moisés á la salida de Egipto, ochenta; total otros doscientos quince años. (*)

(3) Hubo verdadera alianza; porque si Abraham quedaba obligado á introducir el rito de la circuncisión, Dios por su parte se comprometía á hacerle padre de una innumerable posteridad (*Gén.*, XVII, 10, y *Rom.*, IV, 11).

(*) Para que nadie se engañe por los tres párrafos primeros de la nota precedente, conviene advertir que la cifra *cuatrocientos años* en números redondos no es solamente la de los Setenta, pero también la del original hebreo. — N. del T.

«Los Patriarcas—prosigue Esteban,—movidos de envidia, vendieron á José para ser llevado á Egipto. Pero Dios estaba con él, y le libró de todas sus tribulaciones; y habiéndole llenado de sabiduría, le hizo grato á Faraón, rey de Egipto, el cual le constituyó gobernador de Egipto y de todo su palacio. Vino después el hambre general en todo el Egipto y en la tierra de Canaán, y la miseria fué extrema: de suerte que nuestros padres no hallaban de qué alimentarse. Pero habiendo sabido Jacob que en Egipto había trigo, envió alla á nuestros padres por primera vez; y en la segunda José se dió á conocer á sus hermanos, y fué descubierto su linaje á Faraón. Entonces José envió por su padre Jacob y por toda su parentela, que era de setenta y cinco personas ⁽¹⁾. Bajó, pues, Jacob á Egipto, donde vino á morir él, y también nuestros padres. Y fueron trasladados á Siquem, y colocados en el sepulcro que Abraham había comprado de los hijos de Hemor, padre de Siquem ⁽²⁾, por cierta suma de dinero ⁽³⁾. Pero acercán-

(1) El diácono helenista sigue también aquí la tradición alejandrina; que lleva setenta y cinco donde el hebreo pone setenta. (*Gén.*, XLVI, 27; *Ex.*, I, 5). Josefo (*Ant.*, II, 7, 4; VI, 5, 6) sigue al hebreo. Generalmente se supone que los Setenta formaron la cifra setenta y cinco añadiendo á la enumeración de la familia de Israel á los hijos de Efraim y de Manasés.

(2) El autor sigue la letra del Génesis XXXIII, 19, que dice: «Emitte... á filiis Hemor *patris* Sichem», prefiriendo esta lectura á la de los Hechos, VII, 16, que dicen: «quod emit... á filiis Hemor, *filiis* Sichem.»—Nota del Traductor.

(3) Para que esté conforme á los relatos de Moisés, esta frase debe ser considerablemente modificada. En primer lugar debe entenderse que sólo los hijos de Jacob, y no Jacob, fueron transportados á Siquem; porque se sabe que Jacob, según su deseo (*Gén.*, XLIX, 29 y sig.), fué enterrado en la cueva doble del campo de Efrón el Heteo. En segundo lugar, es muy incierto que, á excepción de José (*Josué*, XXIV, 32), los hijos de Jacob hubiesen sido sepultados en Siquem. La escritura nada nos dice y Josefo (*Ant.*, II, 8, 2) declara que fueron enterrados en Hebrón. En tercer lugar, debe leerse Jacob en lugar de Abraham, porque sabido es que fué Jacob (*Gén.*, XXXIII, 19) quien compró el campo de Siquem á los hijos de Hemor. El error es evidente, y todas las explicaciones que quieren suprimirlo no hacen sino más fuertemente acusarlo. ¡Es debido á Esteban? Esto sería sorprendente por dos razones: la primera es que, aun en un hombre menos lleno que él del Espíritu Santo, la equivocación sería grosera; la segunda es que el Sacerdote no lo habría tolerado sin protesta. ¡Debe atribuirse al redactor que conservó el discurso de Esteban? Parece que, en este supuesto, San Lucas, al acoger este documento, habría rectificado la inexactitud. ¡Acaso la teoría

dose ya el tiempo de cumplir la promesa que con juramento había hecho Dios á Abraham, el pueblo de Israel fué creciendo y multiplicándose en Egipto, hasta que reinó allí otro soberano que no sabía nada de José ⁽¹⁾. Este príncipe usando de una artificiosa malicia contra nuestra nación, persiguió á nuestros padres, hasta obligarlos á abandonar á sus niños recién nacidos á fin de que no se propagasen. Por este mismo tiempo nació Moisés, que fué grato á Dios, y el cual por tres meses fué criado en casa de su padre. Al fin, habiendo sido abandonado, le recogió la hija de Faraón, y le crió como hijo suyo. Se le instruyó en todas las ciencias de los egipcios ⁽²⁾, y llegó á ser varón poderoso, tanto en palabras como en obras.»

De este modo Dios prepara, á través de todos los obstáculos, la salud de su pueblo, porque no olvidaba su promesa. Las mayores dificultades desde entonces, como en el decurso de las edades, debían venir de la mala voluntad de este mismo pueblo.

«Llegado á la edad de cuarenta años ⁽³⁾.—prosiguó Es-

ordinaria de la inspiración no permite una revisión de los materiales históricos empleados por el autor? O hay que aceptar una definición más ancha de la inspiración, ó hay que admitir resueltamente que el nombre de Abraham, escrito dos líneas más abajo (vers. 17), fué, desde el principio, de mala manera introducido en este pasaje (vers. 16) y puesto en lugar del de Jacob, que figura dos líneas más arriba (vers. 15), y que, aun sin necesidad de repetirlo, sería el sujeto de *ἀνήγατο*, *había comprado*. Solamente que no hay ni un solo manuscrito que autorice esta suposición.)

(1) El relato del Éxodo supone al menos tres faraones. El del cap. I, de quien aquí se trata, habría sido Setí I; aquel cuya hija hizo educar á Moisés sería Ramsés II; en fin, aquel en cuyo reinado los Hebreos salieron de Egipto, sería Meneftah I. (Véase Rawlinson, *Egypt. and Babilon* 265, y sobre todo la obra notabilísima de nuestro amigo Vigouroux, *La Bible et les découvertes modernes*, vol. II, p. 234 y sig., 5.^a edición.)

(2) Una vez más Esteban no se inspira en los Libros Santos, que no dicen una palabra de esta iniciación de Moisés en la ciencia de los egipcios, sino en la tradición alejandrina consignada en Filón (*De Vita Mos.*), según la cual Moisés habría sido instruido por sabios no solamente egipcios, pero griegos, asirios y caldeos.

(3) Esta indicación no la hace la Escritura. Dice solamente que Moisés vivió ciento veinte años (*Deut.*, XXXIV, 7); que la estancia en el desierto duró cuarenta (*Exodo*, XVI, 35); y que tenía ochenta cuando se presentó á Faraón (*Ex.*, VII, 7). La tradición rabínica está conforme con la aserción de Esteban: «Moses in palatio Pharaonis XL annos degit, in Madiam XL

teban,—le vino deseo (á Moisés) de ir á visitar á sus hermanos los hijos de Israel. Y habiendo visto que uno de ellos era injuriado, se puso de su parte, y le vengó, mandando al egipcio que le injuriaba. El pensaba que sus hermanos conocerían que por su medio les había de dar Dios libertad; mas ellos no lo entendieron. Al día siguiente se metió entre unos que reñían, y exhortábalos á la paz, diciendo: «Hombres, vosotros sois hermanos, ¿por qué, pues, os maltratáis uno al otro?» Mas aquel que hacía el agravio á su prójimo, le rempujó diciendo: ¿Quién te ha puesto por príncipe y juez sobre nosotros? ¿Quieres tú por ventura matarme á mí como mataste ayer al egipcio?—Al oír esto Moisés se ausentó, y retiróse á vivir como extranjero en el país de Madián, donde tuvo dos hijos.»

Israel jamás tuvo el instinto de reconocer á sus verdaderos amigos, á aquellos por quienes debía venirle la salud. A primera vista los desairó y rechazó. Felizmente Dios insiste, aun cuando ve que él no acepta sus ofrecimientos, buscando por todos los medios vencer su funesta obstinación.

«Cuarenta años después, en el desierto del monte Sináí ⁽¹⁾, se le apareció un ángel ⁽²⁾ entre las llamas de una zarza que ardía. Maravillóse Moisés al ver aquel espectáculo; y acercándose á contemplarlo, oyó la voz del Señor, que le decía: «Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.» Despavo-

annos, et XL annos Israeli ministravit.» (V. *Beresch. rabb.*, f. 115, 3; *Schemath rabb.*, f. 118, 3).

(1) El Sináí y el Horeb son dos cumbres de una misma montaña. El Antiguo Testamento nombra indistintamente la una y la otra para indicar el lugar donde Dios habló á Moisés.

(2) Es muy notable que Esteban, lo mismo que el autor de la Epístola á los Hebreos, II, 2, haga regularmente intervenir un ángel allí donde las santas Escrituras introducen á Dios directamente en escena. Esta modificación del texto caracteriza la escuela rabínica de Alejandría. Para ella, el ángel que interviene no era otro que la Schechina, el Logos ó Verbo de Dios. Muchos Padres han participado de este sentimiento y han reconocido en él al Ángel que hablaba absolutamente como Dios, al Verbo divino preludiando el gran misterio de la encarnación (V. Ginoulhiac, *Hist. du Dogme cath.*, vol. II, p. 293 y sig.; vol. III, p. 149 y sig).

rído entonces Moisés, no osaba mirar. Pero el Señor le dijo: «Quítate de los pies el calzado, porque el lugar en que estás, es una tierra santa. Yo he visto y considerado la aflicción de mi pueblo, que habita en Egipto, y he oído sus gemidos, y he descendido á librarle. Ahora, pues, ven tú, y te enviaré á Egipto.» Así que á este Moisés, á quien desecharon, diciendo: «¿Quién te ha constituido príncipe y juez?,» á éste mismo envió Dios para ser el caudillo y libertador de ellos, bajo la dirección del ángel, que se le apareció en la zarza. Este mismo los libertó haciendo prodigios y milagros en la tierra de Egipto, y en el mar Rojo, y en el desierto por espacio de cuarenta años. Este es aquel Moisés que dijo á los hijos de Israel: «Dios os suscitará de entre vuestros hermanos un Profeta, como yo; á éste debéis obedecer.» Moisés es quien, mientras el pueblo estaba congregado en el desierto, estuvo tratando con el ángel que le hablaba en el monte Sinaí, el que estuvo con nuestros padres, y recibió las palabras de vida para comunicárnoslas. Pero nuestros padres no le quisieron obedecer, antes bien le desecharon, y con su corazón se volvieron á Egipto, diciendo á Aaron: «Haznos dioses que nos guien, ya que no sabemos qué se ha hecho de ese Moisés, que nos sacó de la tierra de Egipto.» Y fabricaron entonces un becerro, y ofrecieron sacrificios á este ídolo, y hacían regocijo ante la hechura de sus manos ⁽¹⁾. Entonces Dios les volvió las espaldas y los abandonó á la idolatría de la milicia del cielo ⁽²⁾, según se halla escrito en el libro de los Profetas ⁽³⁾: ¡Oh casa de Israel! ¿por ventura me has ofre-

(1) No es probable que los israelitas quisieran, bajo este emblema del buey, adorar á un Dios distinto de Jehová; porque (*Exodo*, XXXII, 5) Aaron hizo anunciar la adoración de la estatua en estos términos: «Mañana es la gran fiesta del Señor.» Su crimen fué el querer representar á su Dios bajo una forma sensible «trocando su gloria en la figura de un becerro que come heno», como dice el Salmista, CV, 20. Evidentemente la idea era del todo egipcia, y el ídolo representaba, ó al buey Apis adorado en Memfis, ó más probablemente, según las danzas y los cantos de que habla el Exodo, al buey Mnevis, adorando en Heliópolis.

(2) El sol, la luna y las estrellas eran los dioses del sabeísmo.

(3) La cita está tomada del profeta Amós, V, 25-27, según la versión alejandrina, con exactitud poco escrupulosa.

cido víctimas y sacrificios los cuarenta años del desierto? Habéis conducido el Tabernáculo de Moloc, y el astro de vuestro dios Remfan ⁽¹⁾, figuras que fabricasteis para adorarlas. Pues yo os trasportaré más allá de Babilonia ⁽²⁾.»

He aquí el endurecimiento, la infidelidad, la locura de lo pasado. Lo presente no es mejor, y aquellos que desconocieron á Moisés han desconocido también al Mesías. ¡Si á lo menos, después de haberse engañado, matándolo, consintiesen en dejar que su obra crezca, y su espíritu se difunda y su reino se instituya! Pero no, están unidos al pasado por tales prejuicios, que ni para Dios ni para el hombre aceptan otro porvenir. Para ellos su Templo es toda su religión, y á ésta no la comprenden fuera del recinto en donde la han murado; ahí está su crimen. ¡Qué abran por fin los ojos! Los nuevos creyentes, á quienes acusan de blasfemar contra Moisés y contra el Templo, respetan á Moisés y al Templo; pero entienden que ni Moisés ni el Templo deben poner obstáculos á la gran manifestación de Dios en Jesucristo. Esteban alabará el Tabernáculo de la Alianza y el Templo de Dios, como ha alabado á Moisés y á los Patriarcas; sólo que el uno y el otro, siendo transitorios, deben tener quien los sustituya.

(1) Moloc era el dios protector de los amonitas (*III Reyes*, XI, 7). Se le representaba (V. Jarchi, *in Jerem.*, VII, 31) con cabeza de buey, las manos extendidas y levantadas. Entre sus brazos enrojecidos, se exponía á pobres criaturas cuyos desgarradores gritos eran ahogados por los tamboriles de los sacerdotes. Creen algunos que las victimas morían en este suplicio; según otros, eran simplemente purificadas en la chamusquina. Si bien esta descripción del dios Moloc se parece absolutamente á la que Diódoro de Sicilia (XX, 14) nos da del Kronos ó Saturno cartaginés, créese más comúnmente que Moloc era el Sol, y Remfán, Saturno. Remfán ó Refan, era el nombre copto correspondiente al Kiyun de los Hebreos y al Saturno de los Griegos. En el relato de Moisés no se ve que los israelitas se entregaran al culto de estos falsos dioses en el desierto. Sin embargo los pasajes del *Levit.*, XVII, 7; XVIII, 21; XX, 2, autorizan esta suposición. Esteban siguió la versión de los Setenta. Los hebraisantes modernos traducen todo el pasaje de Amós suprimiendo en él á Moloc y Remfán, que pueden muy bien no ser más que dos sustantivos comunes significando respectivamente *rey* y *plataforma*. «Habéis conducido el tabernáculo de vuestro rey y el pedestal de vuestras imágenes, la estrella de vuestra divinidad que os forjaste.» (V. Gesenius, *Thesaurus*, II, p. 669).

(2) Los Setenta, como el hebreo, dicen Damasco en lugar de Babilonia.

«Tuvieron nuestros padres en el desierto el Tabernáculo del testimonio, según se lo ordenó Dios á Moisés, diciéndole que lo fabricase según el modelo que había visto. Y habiéndole recibido nuestros padres, lo condujeron bajo la dirección de Josué á la posesión de las naciones, que fué Dios expeliendo delante de ellos, hasta el tiempo de David. Este fué acepto á los ojos de Dios, y pidió poder fabricar un Templo al Dios de Jacob. Pero el Templo quien lo edificó fué Salomón.»

Aquí termina la larga exposición de las misericordias de este Dios, que definitivamente ha establecido su casa en medio de su pueblo. Por un extraño egoísmo, este pueblo ha encontrado el medio de encerrar de tal suerte á Jehová en esta casa, que el Templo, mal comprendido, en vez de favorecer la glorificación de Dios, sólo ha servido para paralizar su manifestación en la humanidad. El lugar santo ha sido cerrado á los gentiles que buscan á Jehová, á la vez que se ha pretendido que no era posible alcanzar al verdadero Dios fuera de este santuario. He aquí adonde ha conducido el espíritu estrecho del judaísmo. Afortunadamente «el Altísimo no habita en moradas hechas de mano de los hombres, como dice el Profeta: El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies. ¿Qué especie de casa me habéis de edificar vosotros? dice el Señor, ó ¿cuál podrá ser el lugar de mi descanso? ¿Por ventura no hizo mi mano todas estas cosas?» Así, con suficiente lentitud para dar á sus jueces tiempo de reflexionar y de pesar lo que hay de cruelmente verdadero en la historia de la infidelidad de Israel, Esteban se dirige, implacable, á su objeto. El proceso que se le sigue es idéntico al que siglos ha se sigue al mismo Dios. Asimila su causa á la de Moisés y de los profetas, como lo hizo el Maestro en circunstancias análogas. Siempre el mismo antagonismo: de una parte, la verdad luminosa, de otra, la asquerosa obstinación; la misericordia chocando con la infidelidad; blasfemos acusando de blasfemia á los enviados de Dios; Jesucristo citado de nuevo como un malvado, en la persona de su

predicador; los viñadores matando, en vez de acoger, al hijo del dueño, para apoderarse de su herencia.

Todos estos recuerdos dolorosos se agolpan en el alma de Esteban, por lo que, dejando estallar su indignación, exclama: «Hombres de dura cervíz, y de corazón y oído incircuncisos, vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como fueron vuestros padres, así sois vosotros. ¿A qué Profeta no persiguieron vuestros padres? Ellos son los que mataron á los que prenuunciaban la venida del Justo, que vosotros acabáis de entregar, y del cual habéis sido homicidas; vosotros que recibisteis la Ley por ministerio de ángeles, y no la habéis guardado.» De este modo el acusado se ha transformado súbitamente en acusador. Sus palabras ardientes caían sobre los asistentes como otros tantos dardos agudos que les atravesaban el alma, y debían provocar la tempestad más terrible. Hasta entonces se habían contenido, aunque sus dientes rechinaban. De pronto su furor explotó, con tal violencia que, dada la rapidez del relato, no es posible adivinar dónde acaba la participación legal del Sanedrín en el nuevo crimen de Israel y dónde comienza la de la multitud amotinada.

Entre tanto Esteban permanecía impassible en medio del tumulto que había levantado. Perteneía por completo al Espíritu Santo que llenaba su alma. Sus ojos, que no veían ya la tierra, contemplaban en el cielo un espectáculo que le tenía extasiado. De repente su voz domina el ruido de la muchedumbre, y, con el entusiasmo del vencedor que saluda ya su triunfo y se va á la gloria. «Veo—exclama,—los cielos abiertos y al HIJO DEL HOMBRE ⁽¹⁾ de pie á la diestra de Dios.» Contempla el cielo á través de la muer-

(1) Jesús se había con mucha frecuencia designado á sí mismo con este título de *Hijo del Hombre*. Sin embargo, no vemos que los Apóstoles lo hubieran empleado nunca. Esteban se sirve de él, sea para afirmar el carácter mesiánico de Jesús, según Daniel, VII, 13, como en otra parte hemos explicado, sea para hacer entender que ve á Jesús en su forma humana y tal como había sufrido. Podría ser también que, en esta frase, hubiese solamente una aproximación intentada por el acusado entre su situación y la de Cristo diciendo á Caifás, y á sus asesores: «Veréis al Hijo del Hombre, etc.» (*Mat.*, XXVI, 64).

te, y, en consecuencia, es el martirio lo que generosamente acepta. Sabe que va á morir por haber hablado; pero ¿qué le importa, puesto que la muerte debe conducirle á la verdadera vida? Ya el Hijo del Hombre se ha levantado ⁽¹⁾, á la derecha de su Padre, para dispensar á su testigo un recibimiento glorioso. Esteban se estremece de alegría saludando, en las profundidades de los cielos, esta realización de la promesa divina, y quiere que su grito de esperanza aliente á los mártires de los tiempos venideros.

Su exclamación victoriosa pareció á sus enemigos el colmo de la blasfemia. Tapáronse los oídos, clamando con gran gritería. Entonces una escena de lo más brutal se produce á vista del mismo Sanedrín, que no puede ó no quiere evitarla. No se aguarda la sentencia, nadie se inquieta por saber si el Gran Consejo puede condenar á muerte. El fanatismo suprime toda consideración política ó legal. La turba, interpretando la Ley en actos y aplicándola por sus propias manos, se echa sobre el animoso diácono y lo arrastra fuera de la ciudad ⁽²⁾ para matarlo.

(1) En todos los demás pasajes del Nuevo Testamento, el Hijo del Hombre está representado *sentado* á la derecha del Padre. Aquí está *de pie*, como si se hubiese levantado, sea para sostener á su valiente campeón, sea para salir á su encuentro y rendirle el glorioso testimonio prometido á sus mártires. (*Mat.*, X, 32).

(2) Según el *Levítico* (XXIV, 14), el blasfemo debía ser apedreado fuera del campamento, y la Glosa (*Babyl. Sanhedr.*) dice: «Toda ciudad rodeada de murallas está en las mismas condiciones que el campamento. Los culpables deben ser apedreados fuera de las murallas.» La tradición más antigua consignada en una carta del sacerdote Luciano, *de Inventione sancti Stephani*, hacia el año 415, fija el lugar del martirio en el lado de la puerta del norte, en el camino de Cedar. La tribu de los Beni-Cedar ocupaba la parte septentrional de la Arabia, y á ella se llegaba yendo hacia el lago de Genesaret, torciendo luego al Oriente. Por tanto, Esteban fué apedreado cerca del camino que conduce á Jerusalén por la puerta septentrional. Conformándose sin duda con esta indicación de Luciano, y con la tradición precisa de la época, la emperatriz Eudoxia, esposa de Teodosio el Joven, encargó, algunos años más tarde, á Juvenal, obispo de Jerusalén, la construcción de una iglesia en el mismo sitio en que Esteban había sido apedreado. Allí debían ser conducidas las reliquias del glorioso mártir, encontradas en Cafar-Gamala. Esta iglesia, construída, según los historiadores eclesiásticos, sobre un montecillo al norte de Jerusalén y visitado por los peregrinos de la Edad Media, es el mismo cuyas ruinas acaban de descubrir los PP. Dominicos en su cercado. (Véase *Voyage aux Pays Bibliques*, vol. I, p. 315 y sig.) Las últimas excavaciones no permiten dudas en esta materia.

Sólo pleble era la que iba á teñir sus manos en la sangre del hombre de Dios. Al llegar al sitio del suplicio, los testigos, que debían dar la señal de la lapidación, quitaron los mantos, cuya guarda confiaron á un joven instruídísimo, versado en la teología judía, influyente, muy apreciado del partido fariseo y feliz por este acto de violencia: Saulo de Tarso.

Sabido es como se practicaba el suplicio de la lapidación. Los que habían testificado contra el criminal estaban obligados á ser los primeros en herir ⁽¹⁾. La prueba era dura para el que había cometido un falso testimonio, y demostraba claramente que calumniar y matar son una misma cosa. De ordinario, se tiraba la primera piedra á los riñones del condenado, el cual caía boca arriba; la segunda debía darle en el corazón ⁽²⁾. Aquí todo sucedió en el tumulto y el desorden de un motín, cada uno rivalizando en ardor para dar los primeros golpes. Esteban, impassible, estaba absorto en el ideal divino que llenaba su corazón y que sus ojos acababan de entrever en las profundidades de los cielos. Si había sido testigo del crimen del Calvario, cuatro años antes, debía naturalmente comparar su situación con la del Maestro. Rodeado de una turba de furiosos, que, contra toda justicia, le abrumaba sin piedad con una lluvia de piedras homicidas, saboreaba con santa alegría la dicha de seguir las huellas del Salvador, al que invocaba diciendo: «¡Señor Jesús, recibe mi espíritu! ⁽³⁾» Después, bajo un golpe más violento, se acuerda de la súplica del Maestro ⁽⁴⁾, y á su vez tiene el heroísmo de formular-

(1) *Deut.*, XIII, 9.

(2) V. Lighthfoot, *Hor. hebr.*, p. 66, 354, 385, 718 (*).

(3) Es indudable que Esteban invoca aquí á Jesús, absolutamente como Jesús, en la cruz, había invocado á su Padre, para encomendar su espíritu en sus manos (*Luc.*, XXIII, 46). Es también á El á quien pide gracia para sus verdugos.

(4) *Luc.*, XXIII, 34.

(*) He aquí un texto citado por este autor: «Unus testium projicit in lumbos suos. Si in pectus suum se volvet, revolvunt in lumbos. Si sic moriatur, bene. Si non, testis alter tollit lapidem, atque cordi ejus imponit. Si ita moriatur, bene. Si non, lapidatur per omnem Israellem.»—N. del T.

la: «¡Señor,—exclama en un supremo esfuerzo para hacer llegar á todos este testimonio de su caridad,—no les hagas cargo de este pecado!» Y habiendo manifestado así su amor á Dios y á los hombres, pasó de las manos sanguinarias de éstos á la dulce justicia de Aquél ⁽¹⁾.

El cadáver de los apedreados era de ordinario suspendido de un madero hasta la puesta de sol, para que el espectáculo del castigo sirviese de escarmiento saludable á todo el pueblo. Una tradición muy antigua ⁽²⁾ refiere que el cuerpo de Esteban fué sometido á esta suprema ignominia. Lo que hay de cierto es que algunos hombres piadosos cuidaron de sepultarlo, y que la Iglesia, á pesar de estar vivamente impresionada por tan criminal atentado, mostróse sumamente orgullosa por tan gran mártir, haciendo gran duelo en sus exequias, sin que la Sinagoga se atreviese á protestar. No es raro ver, al día siguiente del motín, reinar una calma siniestra. Entonces, mientras los culpables se asombran de su audacia, las víctimas son sepultadas, cuando no rehabilitadas gloriosamente. Sobre la tumba del valeroso diácono pudo escribirse: *Primer mártir*. Había muerto por las grandes ideas que iban á conquistar el mundo.

(1) La expresión *ἐκοιμήθη*, se durmió, es notable tratándose de una muerte tan violenta, é indica la calma perfecta del mártir y su confianza en su tránsito á una vida mejor. Esteban cierra sus ojos á los dolores del tiempo, para abrirlos á las santas alegrías de la eternidad.

(2) En su *Relation sur l'invention du corps de saint Etienne*, Luciano, sacerdote de la Iglesia de Jerusalén y cura-párroco de Cafar-Gamala, en el siglo V, refiere (cap. V, p. 631) que el cadáver del animoso diácono estuvo expuesto un día entero sin que las fieras ni las aves de rapiña se atreviesen á tocarlo. Gamaliei invitó á los que sabía que eran los más piadosos de entre los cristianos á levantarlo, lo puso en su carro, y se lo llevó á una de sus posesiones, á Cafar-Gamala, *aldea de Gamaliei*, á ocho leguas de Jerusalén. Allí fué encontrado, unos cuatrocientos años más tarde, por el mismo Luciano, avisado por el cielo. Este sacerdote, en una relación dirigida á toda la Iglesia y cuya autenticidad es incontestable, cuenta largamente los detalles de este suceso, al que San Agustín alude más de una vez (Véase tomo VII, edic. de los Benedictinos, p. 3-4, in *Joh. tract. XX*). El cuerpo del mártir estaba reducido á polvo, exceptuando los huesos, los cuales, completamente conservados, se mantenían todavía en su disposición natural. En una piedra encerrada en el sepulcro, léianse los nombres *Scheliel*, que es la traducción hebrea del griego *Stephanos*, Esteban; *Nasum* ó Nicodemo;

CAPÍTULO III

La persecución de Pablo obliga á la Iglesia cristiana á salir de Jerusalén

La irritación de los fariseos encuentra un instrumento terrible en Saulo de Tarso.—Formación intelectual y moral de este joven.—Su familia.—El título de ciudadano romano.—Su doble nombre.—El joven discípulo de Gamaliel en lo moral y en lo físico.—No estaba casado y no había visto á Jesús.—Lo que hacía contra los cristianos.—Primeros resultados de su persecución. (*Hechos*, VIII, 1-4; XXII, 4; *Gálatas*, I, 13).

Es evidente que las ideas que Esteban acababa de sostener determinaban una nueva etapa en el desarrollo de la Iglesia. El espíritu cristiano, según él, había manifestado tendencias á suprimir todo formalismo inútil, substituyéndolo por la adoración en espíritu y en verdad, que Jesucristo había dado como el signo característico de su religión. El elocuente diácono no veía inconveniente en invitar á todas las naciones al reino de Dios. En este sentido se le había reprochado hablar contra la Ley. Nada más á propósito para irritar al partido fariseo que un ataque tan directo contra las doctrinas que le eran tan queridas. Hasta entonces este partido había guardado una actitud casi benévola, pero desde aquel momento entregóse á la más violenta hostilidad. Por lo demás, estaba seguro de que su situación era la mejor. Nada le era más fácil que explotar el viejo orgullo de la nación, denunciando como enemigo de Israel á cualquiera que intentase suprimir sus privilegios, su Templo, Moisés y la misma Alianza. En todas partes, es imprudencia grave apelar al fanatismo del pueblo; en Jerusalén, era promulgar la ley de los sospechosos, divi-

Gamaliel y el de su hijo *Abibas*, que según la misma tradición, habían querido ser enterrados al lado del glorioso diácono.

dir las familias y autorizar los atentados más criminales.

Uno de los promotores más exaltados de la persecución fué Saulo, aquel joven de quien ya hemos hablado y que había tomado parte en el homicidio de Esteban. Tendría entonces treinta años ⁽¹⁾; he aquí su historia. Nacido en un centro helenista, en Tarso de Cilicia ⁽²⁾, pero de familia judía por sus cuatro costados, la cual jamás había entroncado con paganos, Saulo estaba afiliado al partido fariseo, no porque su espíritu, en busca de la verdad, hubiese hallado por sí mismo su ideal religioso en el ritualismo exagerado de esta secta, sino porque, hijo de fariseo ⁽³⁾, había conocido, escuchado y admirado desde niño á hombres eminentes por su carácter, su ciencia y su virtud, que defendían con energía aquellos principios. En razón de sus raras facultades intelectuales y del ardor místico de su alma, su familia había soñado hacer de él un rabino. La Ciudad Santa era la gran escuela en que debía formarse todo verdadero doctor de la Ley. Se le envió allá joven todavía, pues le veremos más tarde gloriarse, ante sus correligionarios convertidos en enemigos, de haber sido allí educado y criado ⁽⁴⁾. Gamaliel fué su maestro. Esta *Gloria de la Ley*, como se le llamaba, enseñó al joven discípulo á respetar las viejas tradiciones ra-

(1) Si bien calificado de *joven*, *νεαριος*, por el historiador sagrado, le vemos, treinta años después, llamarse á sí mismo *viejo*, *πρεσβύτης*. (*Filemón*, 9). Los antiguos suponían que la juventud dura hasta los cuarenta años; viene en seguida la edad madura, que, á los sesenta, es seguida de la vejez. Díon Casio (lib. XXXVI) llama *joven*, *νεον*, á César que tenía ya cuarenta años. Cicerón (*Filip.* II, 21) califica también de *joven* á Antonio, á los treinta; y Josefo (*Ant.* VII, 9, 2) llama *jovencito*, *νεαρισκος*, á David que también tenía treinta años cuando peleó contra Goliat.

(2) Pablo dice de sí mismo (*Hech.*, XXII, 3): «Nacido en Tarso.» Según esto, hay que preguntarse cómo San Jerónimo (*de Scriptor. eccles.*, cap. V) pudo decir: «Paulus de tribu Benjamin et oppido Judaeae Gischalis fuit, quo a Romanis capto, cum parentibus suis Tarsum Ciliciae commigravit.» El gran doctor sufrió aquí una sorprendente distracción, pues Giscala fué tomada en 67 de J. C., después de todas las otras plazas fuertes de Galilea. (*B. J.*, IV, 2, 1-5).

(3) *Hech.*, XXIII, 6; XXVI, 5.

(4) La expresión *αναθεραμμένος* (*Hech.*, XXII, 3) se entiende á la vez de la manutención corporal y de la formación intelectual.

bínicas, dándole al propio tiempo el ejemplo de las virtudes más austeras, no logrando, sin embargo, con toda su moderación, reprimir los fanáticos ardores de aquel que, á sus pies, se estremecía de rabia contra la Iglesia naciente. ¿Hay que creer, como parece indicarlo el Talmud (1), que Gamaliel fué menos hostil que los otros doctores de Israel á la literatura de los gentiles? Es posible; mas esto no bastaría á explicar la cultura literaria que Pablo deja entrever en sus escritos. No solamente cita á los poetas griegos (2), pero algunas veces parece tomar de Aristóteles el vigor de su dialéctica (3). En todo caso, su argumentación concisa y potente se separa en absoluto de los procedimientos de la Sinagoga. La misma lengua griega, bien que no la escribe en su elegancia clásica, le es familiar con sus variados recursos de figuras de dicción y de pensamiento (4), de precauciones oratorias (5), de finura y de aticismo (6), aunque se ve que sólo piensa en servirse de ella para transmitir su pensamiento. Trata como dueño esta hermosa lengua de los griegos, imponiéndole los giros de que su espíritu necesita, para arrojarlas, todas á un tiempo, em-

(1) *Babab Kama*, fol. 83, I (V. Etheridge *Hebr. lit.*, p. 45).

(2) El hemistiquio «porque linaje de éste también somos», que Pablo cita delante del Areopago (*Hech.*, XVII, 28) se encuentra simultáneamente en los *Phenómena* del poeta Arato de Soles, en Cilicia, ó quizá también de Tarsos, hacia el 272 antes de J. C.; en el himno del estoico Cleanto á Júpiter, y en la *Nemea VI* de Píndaro. Pablo señala, pues, muy exactamente lo que se lee en muchos poetas griegos. Esto es erudición helénica, si la hubo. En *I Cor.*, XV, 33, reproduce de la *Tais* de Menandro, ó quizá de una pieza perdida de Eurípides, la sentencia: «Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres.» Finalmente, escribiendo á Tito, I, 12, recuerda el verso de Epiménides sobre los cretenses:

«Los cretenses siempre mentirosos, malas bestias, vientres perezosos.»

(3) Sobre todo en las Epístolas á los romanos y á los gálatas. Se sospecha que conocía por lo menos la *Moral á Nicomaco* (*Comp. Rom.*, V, 12-21, con *Eth. Nicom.*, V, 10). La expresión *δικαιωμα*, justificación, está tomada en esta carta en el mismo sentido que en Aristóteles. La Epístola á los gálatas, IV, 3, 9, recuerda el lenguaje de los filósofos estoicos. (*)

(4) Farrar, en su *Vie de Saint Paul*, vol. I, p. 626 y sigs., ha hecho de ello un extracto minucioso é interesante.

(5) El discurso ante el Areópago lo demuestra.

(6) Véase las Epístolas á Filemón y á los filipenses.

(*) Quizá puede decirse lo mismo de *ἀπεισιπάρως*, *I Cor.*, VII, 35.—
N. del T.

pujándose, chocando, entremezclándose, las grandes y sólidas ideas que le obsesionan. Cuando no existe la palabra que desea, la crea. Si hubiese buscado los efectos literarios, los hubiera encontrado fácilmente ⁽¹⁾, y quizá tenía razón Baur al asegurar que existe una analogía real entre su estilo y el de Tucídides. Todas estas reminiscencias poéticas, el uso de la literatura griega, el dominio pleno de la lengua, se explican por el ambiente que rodeara la infancia de Pablo, y en el que de nuevo se encontró más tarde, en sus diversas estancias en Tarso, á saber, la influencia de los retóricos y filósofos griegos, que habían convertido aquella ciudad en la primera universidad del imperio romano ⁽²⁾. No sería posible admitir que con un natural tan felizmente dotado, tan ávido de verdad y de ciencia, no se hubiese interesado en las grandes cuestiones de filosofía y de literatura que en torno suyo promovía el genio griego. Su familia, por muy judía que fuese de origen y de principios, debía disfrutar de una posición preeminente en la

(1) Es muy digno de notarse que más de una vez, é involuntariamente sin duda, su prosa se transforma en exámetros bien acentuados: *I Cor.*, XV, 25, τοὺς ἐχθροὺς ὑπὸ τοὺς πόδας αὐτοῦ ἔσχατος ἐχθρός. *II Tesal.*, III, 6; *I Cor.*, IX, 2; *II Tim.*, II, 12, etc.

(2) Estrabón, nacido el año 50 antes de J. C., coloca á Tarso (*Geogr.*, libro XIV, 5) por encima de Atenas y Alejandría, como ciudad del saber. (V. Josefo, *Ant.*, I, 6, 1; Jenofonte, *Anab.*, I, 2, 23, etc.) De Tarso habían salido Atenodoro, el preceptor de Augusto, y Nestor, el preceptor de Tiberio. Situada en el punto de partida de las grandes vías que penetraban en el corazón del Asia, en las orillas del Cidno, de aguas impetuosas, donde Alejandro estuvo á punto de perecer, y que la ponía en comunicación con el mar, Tarso era un centro comercial y militar muy populoso. El bienestar, las circunstancias y algunos hombres eminentes hicieron de ella un centro intelectual. De la antigua ciudad, sólo subsisten hoy algunas columnas transformadas comúnmente en guardacantones y en paredones de las terrazas. En ellas desciframos inscripciones interesantes. Sólo una muy pequeña parte de la antigua ciudad está ocupada por una ciudad nueva. Algunas excavaciones darían importantes resultados, pues basta con arañar el suelo para descubrir mármoles espléndidos. Nada se sabe de probable de la casa en que Pablo nació. En Tarso nadie se ha cuidado jamás de resucitar los gloriosos recuerdos cristianos. Es desesperante la indiferencia ó la incuria de los sacerdotes que allí viven. Quizás la tierra se habrá mostrado más celosa de ofrecer un abrigo contra la barbarie del demoleedor de importantes reliquias. Cuando estábamos allí, era esperado un grupo de exploradores ingleses que debía hacer investigaciones científicas. Para la descripción del sitio, véase *Voyage aux Pays bibliques*, vol. III, p. 91 y sigs., 112 y sigs.

gran ciudad comercial, y no es posible descartar la hipótesis de que, por la fuerza de las circunstancias, Pablo se encontró más de una vez en contacto con los representantes más célebres de la alta cultura de aquellos tiempos.

Sabemos que su padre era ciudadano romano. Este título, con las prerogativas que consigo llevaba, lo había adquirido, bien á precio de servicios prestados á los que se disputaban entonces el imperio romano,—era suficiente haber podido fletar un navío y ponerlo á disposición de los beligerantes ⁽¹⁾;—bien á precio de oro,—sabido es que Marco Antonio, en particular, había admitido que los ricos negociantes compraran el útil diploma de ciudadano romano;—bien por la esclavitud sufrida en Roma y terminada por la manumisión que, dentro de las formas legales, conducía al derecho de ciudad ⁽²⁾. Esta última hipótesis resulta probable por el solo hecho de que, en la lucha entre Octavio y Antonio contra Bruto y Casio, Tarso, que se había puesto de parte de los primeros, se vió obligada á capitular ante Casio. En consecuencia, gran número de sus habitantes fueron vendidos como esclavos, para pagar el impuesto de guerra con que fué gravada la ciudad. Á decir verdad, los que llegaron á Roma no tardaron en recobrar la libertad; porque cambió súbitamente el aspecto de las cosas, con la victoria de Filipos que destruyó á los conjurados. Un edicto general reparó el mal que habían tenido que sufrir los habitantes de Tarso, y, en consideración á sus desgracias, los que habían sido vendidos como esclavos regresaron á sus hogares con el título de ciudadanos romanos ⁽³⁾.

¿En el nombre de *Paulus*, que el joven Saulo llevó entre los gentiles, es posible encontrar un recuerdo de la ma-

(1) Quizás había proporcionado, con mucha oportunidad, abastos de tiendas militares á los ejércitos del imperio. En todo caso, es seguro que no se había alistado bajo los estandartes de Roma, porque la ley judía prohibía á todo israelita combatir en compañía de paganos.

(2) V. Fustel de Coulanges, *La Cité antique*, p. 464; Suetonio, *Neron*, XXIV; Ulpiano, III; Gayo, I, 16, 17.

(3) Apiano, *Bell. Civ.*, IV, 64; V, 7.

numisión de su padre por algún miembro de la ilustre familia de los *Paulus*? Esto estaría conforme con las costumbres romanas. De otra parte, no debe olvidarse que, si de ordinario los judíos helenistas tenían un nombre para el mundo israelita y otro para el mundo pagano ⁽¹⁾, era aún más natural que llevase un nombre romano el que gozaba del título de ciudadano de Roma. Casi siempre el segundo se formaba por analogía de sentido ó de consonancia con el nombre judío. De *Saulus*, muy extendido en la tribu de Benjamín, en recuerdo del primer rey de Israel (*Schaül*) que fué de esta tribu, formóse *Paulus*, nombre asimismo célebre en los fastos de Roma. *Saulus* significa *Deseado*, quizá porque el niño que lo llevaba había sido el heredero largo tiempo esperado de su familia; en efecto, no le conocemos sino una hermana ⁽²⁾. *Paulus* significa *Pequeño*, y este nombre podía muy bien provenir de la pequeña estatura del joven israelita ⁽³⁾, ó de su constitución endeble, si no es que más tarde lo escogió él mismo para expresar el íntimo convencimiento que tenía de su propia debilidad ⁽⁴⁾. En todo caso, es poco probable que el Apóstol, cuya modestia era tan grande, hubiese querido consagrar con este sobrenombre el recuerdo de la conversión de Sergio Paulo, procónsul de Chipre. Efectivamente, el autor de los Hechos dice: «Saulo ó Pablo,» de la misma

(1) Así, Juan llevaba también el de Marco, Hillel el de Polión, Cefas el de Pedro. Cuando el nombre arameo lo permitía, se le transformaba de muy buena gana en otro que se le acercaba más en la lengua griega ó latina. Así se transformó Eliacim en Alcimo, Jesús en Jasón, José en Hegesipo.

(2) *Hechos*, XXIII, 16. Muchos han creído que esta hermana, cuyo hijo fué muy útil á Pablo, habitaba en Jerusalén. Esto es muy poco probable, porque en el momento en que de ella se hace mención en el libro de los Hechos, Pablo no se dirigía á su casa, lo que habría sido muy natural, sino á la de Mnasón, que de Cesárea había ido á Jerusalén á esperarlo (*Hech.*, XXI, 16). El sobrino estaría en Jerusalén para su formación intelectual, ó más probablemente aún, para alguna ocupación comercial. Los numerosos parientes, *συγγενεῖς*, que podría parecer que Pablo se da en los saludos epistolares, no fueron probablemente sino compatriotas.

(3) San Juan Crisóstomo, el más entusiasta admirador de Pablo, le llama «el hombre de tres codos»: *ὁ τρίπηχυν ἄνθρωπος*. (*Serm. in Pet. et Paul.*)

(4) Sabemos con que energía se expresa sobre su indignidad personal, tratándose de «abortivo, el mínimo de los Apóstoles, indigno de ser llamado Apóstol», etc. (*I Cor.*, XV, 8, 9, etc.)

manera que acaba de decir: «Elimás ó el Mago ⁽¹⁾,» antes de contar la historia de dicha conversión; y claro está que el Apóstol no pudo llevar el nombre de su conquista antes de hacerla. Por otra parte, ¿no era el discípulo quien debía tomar el nombre del maestro, y no el maestro quien debía recibir el nombre del discípulo?

Parece que Saulo pasó su juventud en Jerusalén, á donde debió ir, como todo buen hijo de la ley, hacia la edad de doce años, á visitar el Templo. Mostróse allí correcto y estudioso ⁽²⁾. Su manera de citar la Escritura en las Epístolas, ora libremente, ora con la mayor exactitud, otras veces combinando los pasajes ó espigando acá y allá las palabras que pueden establecer su tesis, prueba hasta qué punto estaba familiarizado con los Libros Santos. Muy pronto adquirió esta ciencia, que algunas veces se alía con el método de interpretación alegórica ⁽³⁾ que la Sinagoga le había enseñado. Con todo, si ésta, minuciosamente ocupada, como se ha dicho, en suspender las montañas del dogma de los cabellos de algunos textos, intentó inculcarle sus caprichosos principios, más tarde su razón le dijo el caso que debía hacer de ellos. Pudo algunas veces servirse de ellos como de reminiscencias agradables, jamás en detrimento de la lógica más rigurosa, ni para prescindir de argumentos más serios. Tomó lo que había de verdadero en las figuras proféticas del Antiguo Testamento, dejando que el rabinismo se entretuviera con sus fantásticas lucubraciones.

Pablo se alaba de haber tenido en Gamaliel un buen maestro; más orgulloso debió estar éste de semejante discípulo. Aun prescindiendo de su conversión, el joven tar-sense estaba muy bien dotado para conquistarse un renombre: inteligencia pronta, sensibilidad exquisita, espíritu elevado, voluntad enérgica é inmenso amor á la verdad y á la virtud. Difícilmente se encontraría una naturaleza

(1) *Hech.*, XIII, 8, 9.

(2) *Hech.*, XXVI, 4.

(3) *Gal.*, IV, 22-24; *I Cor.*, X, 1-4.

mejor dotada que la suya. Juzgando que es mejor practicar la verdad que sólo conocerla, hacía lo que le enseñaban, y su juventud transcurrió persiguiendo el ideal de la justicia en el más escrupuloso cumplimiento de la Ley. Observaba las tradiciones de sus padres con un celo tan minucioso, que eclipsaba á todos sus contemporáneos por su regularidad. Este violento deseo del bien poníalo en peligro de ser arrastrado al fanatismo haciendo de él un perseguidor ⁽¹⁾. Sin embargo, en sus mismos excesos, sus intenciones debían conservarse rectas, y Dios no podía menos que apiadarse de su generoso extravío.

Para ser completo en su futuro papel de rabino, Saulo había aprendido un oficio. «No enseñar un oficio á su hijo —decía la Sinagoga,— es enseñarle á ser ladrón.» El ardiente celador de las doctrinas fariseas era demasiado orgulloso para aceptar la perspectiva de vivir jamás á expensas de otro. Sea que en su casa paterna hubiese visto fabricar tiendas de pieles de cabra, sea porque esta era la industria ordinaria de los habitantes de Tarso y de toda Cilicia, escogió este arte manual para asegurarse un recurso contra todas las dificultades del porvenir ⁽²⁾.

De otra parte, su salud era delicada, y quizás estaba comprometida por una enfermedad cuya naturaleza no puede fácilmente precisarse ⁽³⁾, y que él llama *una espina en la*

(1) *Hech.*, XXII, 4. *Comp. Gal.*, I, 14; *Filip.*, III, 6.

(2) La expresión *σκηνοποιός* se ha interpretado de diversas maneras; pero hay que considerar inadmisibles todas las explicaciones que no tengan nada de común con el arte de fabricar tiendas, y atenerse al dato cierto de que Pablo había aprendido á hacer, ora la tela que servía para las tiendas, ora solamente las mismas tiendas. Los cilicianos empleaban el pelo de las cabras que poblaban sus montañas en fabricar un tejido muy fuerte llamado *Cilicio*, y muy buscado para la fabricación de las tiendas. (V. Plinio *Hist. nat.*, VI, 28; Vegecio, *De re milit.*, IV, 6). Sin embargo, es poco probable que Pablo hiciera el tejido; este oficio le hubiese sido poco útil fuera de Cilicia. Por tanto, debió dedicarse á la fabricación de tiendas. San Crisóstomo, *in II Timot. II*, *Hom.* IV, 3; Teodoreto *in II Cor.* II, 6, dicen que era *σκηνοπόρφος*, que es la palabra consagrada para significar á aquel que se ocupa en coser la tela para las tiendas. (V. Eliano, *Hist. var.* II, 1).

(3) Los numerosos pasajes en que habla de su impotencia; de su humillante debilidad, de sus enfermedades (*II Cor.*, XII, 7-9; *Galat.*, IV, 13-15; *I Tesal.*, II, 18; *I Cor.*, II, 3; *II Cor.*, I, 8-9; IV, 10) no podrían, en efecto, sobre todo los dos primeros, entenderse ni de la insuficiencia de su palabra

carne. Todo lo que sabemos es que este mal, ó esta prueba permitida por Dios para humillarle, podía inspirar repugnancia, y que algunas veces la sufría durante muchísimo tiempo. A un acceso de esta enfermedad atribuye su larga permanencia entre los gálatas, cuando fundó ó confirmó sus Iglesias. Él mismo decía que su exterior estaba lejos de imponer, pues sólo respiraba flaqueza ⁽¹⁾. En cambio ¡qué energía en su alma, cómo sabía olvidarse de todas las dificultades físicas que la naturaleza y los hombres habían de suscitarle! Espanta la consideración del prodigioso trabajo de toda su vida, y en él hay que admirar lo que puede un alma de buen temple dentro del

desde el punto de vista humano, ni de las luchas interiores que sentía y de su indignidad moral. Hay, por tanto, desacuerdo sobre el sentido que debe darse á esta astilla, espina (*Oseas*, II, 6; *Ezeq.*, XXVIII, 24; *Núm.*, XXVIII, 55, en los Setenta) ó estaca (*σκόλοψ* significa también el palo empleado para los ajusticiados, V. *Herodoto*, I, CXXXVIII), que sentía en su carne y que le seguía por todas partes, como un sufrimiento que impedía el arrojito vigoroso de su alma. ¡Era el aguijón terrible de la concupiscencia! Lo que de sí mismo dice sobre esta materia (*I Cor.*, VII, 7) casi no autoriza esta suposición, á pesar de ser muy común entre nuestros autores ascéticos. Más tarde, estudiando este texto, veremos que la exégesis seria debe definitivamente renunciar á ella. ¡Las inquietudes del espíritu? ¡Las pruebas de la fe? ¡Los desalientos del alma? ¡El peso de este cuerpo de muerte que le esclavizaba y del que de buena gana quisiera verse libre? ¡La vecindad de ese hombre enemigo que él sentía en el fondo de su corazón? Muchos lo creen así; pero el mismo Señor designa su prueba como una enfermedad, *ἀσθένεια* una *enfermedad*: «*Virtus in infirmitate perficitur.*» Es muy cierto que Pablo no se queja sólo de miserias morales, sino que supone también las físicas, á las que declara más que suficientes para atraerle el desprecio de todos, é inspirar asco á los que le rodean (*Gal.*, IV, 13-15). Estas miserias están *en su carne*, según el texto, *ἐδόθη μοι σκόλοψ τῆ σαρκί* (*II Cor.*, XII, 7), y constituyen un estado enfermizo debajo del cual gime su cuerpo. Su enfermedad tenía algo de súbita, de violenta, como de bofetones reiterados, y se manifestaba probablemente en la cabeza. Algunos, como Tertuliano, San Jerónimo, San Crisóstomo, Teofilacto, etc., han pensado en congestiones, en neuralgias; otros, con más razón, en una inflamación periódica de los ojos, verdadera estigma que Jesús había dejado en su carne en recuerdo de la fulminante y saludable manifestación del camino de Damasco (V. *Hech.*, IX, 3, 17, 18; comp. con XXII, 13; XXIII, 3, 5; *Galat.*, IV, 15). También se ha creído que los bofetones de Satanás y el mal vergonzoso de que el Apóstol se queja, era la epilepsia. Finalmente, algunos han pensado en enfermedades más persistentes que las dichas, tales como cólicos nefríticos ó ciertas afecciones cutáneas muy dolorosas. En el terreno de las hipótesis, la imaginación tiene ancho campo donde explayarse.

(1) *II Cor.*, X, 10: «*praesentia corporis infirma*», y más arriba, en el vers. 1, había dicho: «*in facie humilis.*»

débil cuerpo al que anima. Su violenta, su única inquietud era la gloria de Dios. Según esto, ¿podrá sorprendernos que Pablo se hubiese desdeñado de obligarse con los lazos del matrimonio? Harto temprano se había apoderado de él la pasión religiosa para darle tiempo ni siquiera de pensar en contraer un enlace que fatalmente hubiera paralizado su celo. Más tarde le veremos considerar como un don del cielo el haber sido llamado á vivir sin esta sujeción, y escribirá á los primeros discípulos de Corinto deseándoles que estén, como él, libres de las exigencias de la vida conyugal ⁽¹⁾.

¿Se había estrenado ya Pablo como rabino predicador, ó misionero de la circuncisión, entre los judíos helenistas, cuando entró en Jerusalén para desempeñar un papel militante en el partido jerárquico? No sería imposible ⁽²⁾. Este período de vida activa lejos de Jerusalén correspondería bastante bien al tiempo del ministerio público de Jesús ⁽³⁾. Si, desde muy jovencito, hubiese vivido siempre en Jerusalén, difícilmente se comprendería que no hubiese visto y oído al Señor. Ahora bien, si le vió y le oyó, ¿cómo se explicaría que nada nos diga ⁽⁴⁾ de la indiferencia en que su persona le había dejado, y aun de los sentimientos hostiles que le había inspirado? Porque, teniendo en cuenta el odio que mostraba á los discípulos, es evidente que, si hu-

(1) Después del pasaje tan explícito de la Epístola á los Corintios (*I Cor.*, VII, 7-8), no se comprende que Clemente de Alejandría, en Eusebio (*H. E.*, III, 30), y en general los exégetas protestantes, hayan querido que Pablo fuese casado, ó por lo menos, viudo. Pero *δαγμος* significa uno que jamás estuvo atado con los lazos del matrimonio. La palabra griega que significa *viudo* es *χήρος*. Tocante á la expresión *οὐδὲν γε γήσασαι* (*Filip.*, IV, 3) que sirve de apoyo á la opinión de Clemente de Alejandría, en ningún caso puede entenderse de una esposa de Pablo.

(2) *Gal.*, V, 2, comp. con I, 14; *Hechos.*, XXII, 3; *Filip.*, III, 5, y la descripción que Jesús hacía del celo de los fariseos (*Mat.*, XXIII, 15).

(3) Fuera de esta hipótesis, sería preciso decir que Saulo no fué á Jerusalén para sus estudios teológicos sino hasta muy tarde después de la muerte del Salvador, lo que no concuerda fácilmente con su afirmación de que allí se había criado y educado (*Hech.*, XXII, 3).

(4) Es digno de notarse que, cuando Jesús se le manifestó en el camino de Damasco, Pablo no lo reconoció. En efecto, exclamó «¿Quién eres, Señor?» *Hech.* IX, 5.

biera conocido al Maestro, le hubiera detestado. Pero, si alguna vez había detestado á Jesús, si le había acusado, si había pedido su muerte, ¿podemos admitir que hubiese resistido á la necesidad de decirnos, en sus Epístolas, por lo menos una palabra de pena sobre su participación en el horrible deicidio? Si el cruel recuerdo de Esteban y otros mártires estaba constantemente en su memoria, ¿tan pronto se habría desvanecido en su alma el de Jesús, muriendo en la cruz, cubierto de sus sarcasmos y anatemas? No, y esta primera razón para afirmar que Pablo no había conocido á Jesús es ya concluyente. Se puede invocar una segunda, que no es menos decisiva. Si Pablo hubiese oído á Jesús, con toda certeza se hubiera hecho discípulo suyo. No podría, en efecto, negarse que entre su alma y la religión nueva había tal *armonía prestabilita*, que una palabra del Señor, una mirada, la evocación franca y poderosa del ideal cristiano habrían bastado á iluminarle, seducirle y transformarle. No se concibe la naturaleza recta y sensible del joven rabino de Tarso resistiendo á la influencia de Jesús. Al contrario, para comprender que fuese adversario de sus discípulos, es necesario suponer que, recién llegado á Jerusalén, se aconsejó únicamente de sus prejuicios farisaicos, y se arrojó, con toda la inconsideración y el ardor de su juventud, en las filas de los perseguidores. A consecuencia de circunstancias difíciles de precisar, pero que la lógica más elemental obliga á admitir, nada debió ver de los prodigios ocurridos en Pentecostés, en la Resurrección y en el Calvario. Los relatos que se le hicieron parecieron fábulas ridículas y odiosas invenciones á su espíritu prevenido. He aquí por qué se ofrece á aplastar á los impostores, y pondrá tanta energía en perseguirlos como en detestar la mentira y hacer prevalecer la verdad.

No hay nada más aflictivo que los detalles de lo que su celo imaginó contra los cristianos ⁽¹⁾. En ellos puede verse la prueba evidente de que el fanatismo teocrático había

(1) Además de las afirmaciones del historiador, *Hech.*, VIII, 3, y IX, 1, el mismo Pablo cuida de repetirlo en los cap. XXII, 4, 19 y XXVI, 9-11.

enteramente suplantado la autoridad de Roma, y que el procurador había recibido orden de dejar que el país marchase á su antojo. Saulo, en la descripción de su furor religioso, se compara á los ciervos y gamos que todo lo devastan ⁽¹⁾, y en los Hechos de los Apóstoles y en sus Epístolas, menciona y condena ocho veces el triste recuerdo de su fanatismo. Provisto de poderes suficientes por el Sanedrín, al que había ofrecido sus servicios, el fogoso fariseo se había convertido en el más implacable de los inquisidores. Veíasele ir de sinagoga en sinagoga, provocando discusiones para que los partidarios de las teorías de Esteban manifestasen su opinión. Cuando habían hablado, no discutía con ellos, los hacía prender, los llevaba ante los tribunales y los encarcelaba. Luego que Saulo ya no encontró sospechosos en las sinagogas, porque la suerte de los más animosos había hecho más prudentes á los demás, fué á buscarlos hasta en el santuario inviolable de la familia. Obligó á que el hermano denunciara al hermano, el hijo al padre, la esposa al esposo; y todos los acusados, hombres ó mujeres—éstas parecen haber desempeñado un papel importante en este primer movimiento universalista de la sociedad cristiana,—eran encarcelados. La sentencia de los jueces había sido pronunciada una vez por todas. Era necesario renegar de su fe ó morir. En aquella multitud de gentes honradas sometidas á la violencia hubo, como siempre, cobardes apóstatas y mártires generosos. Toda su vida se reprochó Saulo el haber tenido el triste valor de hacer blasfemar á los unos y morir á los otros ⁽²⁾. Se comprende que la turbación y el pavor fuesen grandes en el rebaño en que se agitaba el terrible león. Parece que los que menos se conmovieron fueron los Apóstoles, sea porque se sentían protegidos por el pueblo ⁽³⁾, sea porque

(1) *Hech.*, VIII, 3. En este sentido se emplea ordinariamente el verbo ελυμαίνετο. Véase Eliano (*H. V.*, IV, 5), á propósito del león; Diod. de Sicilia (*Bibliot. hist.* p. 22), hablando del hipopótamo, etc.

(2) *Hech.*, XXII, 4; XXVI, 11.

(3) *Hech.*, V, 13, 26.

la persecución no iba directamente contra ellos, en apariencia apegados al mosaísmo de un modo más visible que Esteban y sus partidarios. Quedáronse sosegadamente en Jerusalén, cuando los helenistas, á lo menos los más comprometidos, recordando el aviso del Maestro, que recomendaba la fuga siempre que el peligro apremiara, abandonaron en masa la Ciudad Santa para dispersarse en las campiñas.

Con ellos se ponían en marcha las nuevas ideas sobre la emancipación de la Iglesia frente á frente de la Sinagoga, y sobre la vocación de todos los hombres de buena voluntad, cualquiera fuese su origen, al reino de Dios. Donde quiera que se detenían, los perseguidos comenzaban por predicar estas doctrinas. Así, la consecuencia inmediata de la tempestad suscitada por Pablo fué propagar el divino incendio, que en lo sucesivo no fué posible circunscribir á Jerusalén. Poco tiempo después, en efecto, había cristianos en Damasco ⁽¹⁾, en Fenicia, en la isla de Chipre, en Antioquía ⁽²⁾ y aun en Roma, donde veremos á Andrónico y á Junia recibir más tarde saludos de Pablo, como hermanos valerosos que le habían precedido en la fe y á quienes había quizá perseguido ⁽³⁾. De esta suerte, cuando el huracán furioso se desencadena sobre nuestras campiñas, y le vemos desarraigar los árboles y segar las flores, diríase que su obra lo es sólo de muerte. Sin embargo, al contemplar la llanura, algunos días después, es fácil reconocer que Dios ha sabido servirse del propio devastador para sembrar y multiplicar la vida que parecía destruir. Del árbol y de la flor tronchados por el viento, ha recogido y transportado éste á lo lejos, sin darse cuenta de ello, elementos de germinación. Y allá á lo lejos los esperaba impaciente una tierra desierta que anhelaba también á su tiempo, adornarse con árboles, flores y frutos. Tal es el juego admirable de la Providencia explotando el mal para sacar el bien, la muerte para producir la vida.

(1) *Hech.*, IX, 10.

(2) *Hech.*, XI, 19.—(3) *Rom.*, XVI, 7.

CAPITULO IV

La Iglesia, salida de Jerusalén, ofrece, por la iniciativa del diácono Felipe, la salud á los samaritanos

Lo que determinó al diácono Felipe á ir á predicar en Samaria.—Si allí estaban dispuestos á proclamar á un Mesías.—Papel que allí desempeñaba Simón el Mago.—Su enseñanza gnóstica y pagana.—Efecto maravilloso de la predicación de Felipe.—Pedro y Juan van á consagrar lo que el diácono helenista ha emprendido tan bien.—Simón quiere comprar el derecho de comunicar el Espíritu Santo.—Respuesta indignada de Pedro.—Horror que el recuerdo del mago inspiró á la Iglesia primitiva. (*Hechos*, VIII, 4-25).

Era muy natural que los discípulos, huyendo de la persecución del Sanedrín, se refugiasen en Samaria, donde el despotismo jerárquico no los podía alcanzar. Mártires de una idea, debían esforzarse en que ésta prevaleciera. Uno de los emigrantes, Felipe, no el Apóstol, pues dejamos dicho que todo el grupo apostólico se había quedado en Jerusalén, sino el diácono ó el evangelista, marchó directamente á Sebaste, ciudad principal de los samaritanos ⁽¹⁾. Esta era la antigua Samaria, magníficamente reconstruída por Herodes, que la había recibido de Augusto, y á la que llamó Sebaste ó Augusta, en recuerdo del donador. Esta ciudad había suplantado provisionalmente á Siquem, mucho menos bien situada como plaza fuerte, pero más có-

(1) La verdadera lectura es muy incierta. Si se lee *eis tēn πόλιν Σαμαρείας*, es evidente que se trata de la capital Sebaste ó Samaria. Si se suprime el artículo, ¿se está autorizado para decir que el historiador no ha querido precisar ninguna ciudad samaritana, porque no tenía datos suficientes en sus notas? No, pues el artículo *τῆν* no era absolutamente necesario para designar la misma ciudad de Samaria. (Véase *Luc.*, II, 4, 11; *II Pedro*, II, 6, y, entre los autores profanos, Poppo, *ad Thucid.*, I, 10; Ellendt, *Lex. Soph.*, II, p. 137.) En cuanto al genitivo *Σαμαρείας* con el nombre *πόλιν*, en lugar del acusativo de aposición, no es inusitado en griego. (V. Ruhnck, *Epp. crit.*, p. 186).

moda como ciudad comercial. Las viejas ruinas de Sebaste, pintorescamente aislada en una altura cónica en medio de una llanura, merecen todavía ser visitadas. Encuéntrense acá y allá restos de construcciones herodianas. Innumerables columnas parduzcas, que yacen entre los trigos, ó levantan á través de míseros olivares sus fustes decoronados, dicen con qué magnificencia del todo oriental había restaurado el rey la gran ciudad. En ella Felipe se puso resueltamente á predicar la salud para todos. No podía dar respuesta mejor á las violencias del exclusivismo farisaico que le expulsaba de Jerusalén. Originario, ó á lo menos habitante de Cesárea, había vivido en un medio muy heterogéneo, como lo eran todas las ciudades del litoral mediterráneo. Su nombre y su admisión en el número de los siete diáconos bastan á indicar que era helenista, y el lugar que ocupaba entre aquéllos, inmediato al de Esteban, prueba la consideración de que disfrutaba en la comunidad cristiana. Todo nos lleva á creer que teniendo su casa y su familia en Cesárea ⁽¹⁾, mantenía relaciones constantes con Samaria. Cesárea, en efecto, era el puerto al cual los samaritanos iban con preferencia para tratar sus asuntos comerciales. De lo alto de la colina de Sebaste, á través de una escotadura de las montañas, hacia el O., puede verse su emplazamiento que baña el mar con sus olas azuladas.

Con frecuencia los hombres á quienes más fácilmente se conduce á la verdad religiosa son aquellos que viven de ella más separados. Extraños á la luz, se sienten tanto más atraídos, cuando ella se manifiesta, cuanto más la habían enérgicamente deseado. Esta es, aun en nuestros días, una de las causas de que la acción del cristianismo sea más poderosa sobre los idólatras que sobre los musulmanes ó también los judíos. En los comienzos del ministerio de Jesús, ya había podido comprobarse, por vez primera, que el pueblo de Samaria era más francamente accesi-

(1) *Hech.*, XXI, 8, nos lo presentan más tarde habitando en esta villa con sus cuatro hijas vírgenes y profetisas.

ble que el de Jerusalén á la Buena Nueva. Raza decaída y despreciada, suspiraba, sin embargo, por una rehabilitación moral. Mezcla de paganos y de judíos apóstatas, tenía la credulidad de los unos y algunas chispas de la Revelación que dirigía la vida religiosa de los otros. De suerte que admitía fácilmente la hipótesis de un Mesías Salvador—¿por ventura éste no había sido prometido por Moisés, cuyos libros leía?—y lo buscaba de buena voluntad en todo hombre que se atribuía una misión extraordinaria, sin que las decepciones más amargas hubiesen descorazonado su perseverante credulidad ⁽¹⁾.

En aquel tiempo, un hombre que hacía obras extraordinarias, y al que calificaban de mago, explotaba audazmente esta inclinación á dispensar buena acogida á cualquiera que se hacía pasar por enviado del cielo. Era Simón de Gitón, así llamado porque, según San Justino, había nacido en esa aldea samaritana ⁽²⁾, ó porque se había simplemente domiciliado en ella siendo en realidad oriundo de Chipre, como dice Josefo ⁽³⁾. Educado muy probablemente en Egipto ⁽⁴⁾, había adoptado las teorías gnósticas á que se inclinaba el judaísmo alejandrino. Mezclando estas teorías con algunas nociones generales, pero muy imperfectas, de la doctrina religiosa de Jesús, acabó por edi-

(1) Una prueba de esto iba á verse en la proyectada manifestación de estos infelices samaritanos en el monte Garizim para buscar, según las indicaciones de un impostor, los vasos sagrados de Moisés allí escondidos. Pilato hizo una matanza en aquellos obstinados, y á su vez fué castigado poco después, en Roma, por sus violencias. (*Ant.*, XVIII, 4, 1; Eusebio, *H. E.* II, 7.)

(2) *Apol.*, II: «Á un tal Simón samaritano, de la aldea de Gittón, Γιτθών κ. τ. λ., etc.» Se cree que esta localidad se encuentra en la actual Kuryet-Sit, cerca de Naplusa. (V. Robinson, *Bibl., Res.*, II, 308, nota.)

(3) El texto dice: «Por nombre Simón... judío, cipriota de nación (Κύπριον δὲ γένος),» *Antiq.*, XX, 7, 2. Algunos quieren explicar esta divergencia entre San Justino y Josefo, suponiendo que Simón era de Cicio, en la isla de Chipre, y que San Justino pudo creer que era de Gitta ó Gittón en Samaria, porque los autores lo calificaban de Γιτθιεύς ó Κιτιεύς. Pero Josefo no menciona á Cicio, y el testimonio de San Justino, cuando se trata de Samaria, es demasiado autorizado para que se le sacrifique. Mucho mejor se podría concordar á los dos autores, suponiendo que Simón era de una familia cipriota, pero que él se había domiciliado en Gitón, en Samaria.

(4) Homil. Clem., II, 22.

ficar un sistema teológico tan impío como incoherente que no formuló por completo hasta más tarde, suponiendo que no dejó á sus discípulos el cuidado de darle su consistencia definitiva. En efecto, no es seguro que el libro de la *Grande Exposición*, del cual los *Philosophoumena* ⁽¹⁾ nos han conservado curiosos fragmentos, sea obra del mismo Simón, sino más bien la síntesis de un sistema elaborado mejor por sus adeptos. Sea como fuere, y según lo que permiten juzgar los testimonios esparcidos de los autores eclesiásticos ⁽²⁾, Simón admitía, como principio de todas las cosas, un fuego invisible, virtual, que contenía en sí mismo la razón de todos los seres, y del cual el mundo era su eterna manifestación. Este principio era activo y pasivo, ó mejor, de él procedían, como de una sola y misma raíz, dos fuerzas: la una, macho, que crea, y la otra, hembra y madre universal, en la que todo es creado. Esta sabiduría ó pensamiento eterno, es la que sale de Dios para engendrar los espíritus. Los espíritus ó *eones*, divididos en seis clases, crean y conservan el mundo. Además, retienen cautivo el pensamiento de Dios, cuya obra son, y esta *Ennoia* divina sufre en la tierra los tratos más humillantes. Simón es el principio todopoderoso enviado al mundo para libertar la sabiduría cautiva. Llamárase de buen grado ó *Εσράς*, el Inmutable, ó también el *Suscitado* ⁽³⁾, el Verbo, la Belleza, el Paráclito, el Todo de Dios ⁽⁴⁾, persiguiendo sin descanso la *Ennoia* desterrada en este mundo, hasta que la encuentre en una desgraciada cortesana de Tiro, y la emancipe, devolviéndole, á su lado, el sitio de honor que merece.

Entretanto, y en el momento en que nos hallamos de

(1) *Philos.*, IV, 7; VI, 1; X, 4.

(2) Véase San Justino, mártir, *Apol.*, I, 26 y 56; *Hom. y Recogn. Pseudo-Clem.*; San Ireneo, *Haer.*, I, 23; Hipólito, II, 15; Tertuliano, *de An.*, 34; y, entre los críticos modernos, Lipsio, *Simón d. mag.*, en Schenkel, *Bibel Lexikon*, vol. V, p. 301-21.

(3) Quizá aludiendo á la frase del *Deuteron.*, XVIII, 15, 18: «Tu Señor Dios te suscitará (*ἀναστήσει*) un profeta.»

(4) San Jerónimo (*in Matth.* XXIV) le atribuye estas palabras: «Ego sum sermo Dei, ego sum Speciosus, ego Paraclitus, ego Omnipotens, ego Omnia Dei.»

su historia, Simón se hace pasar por un ser sobrenatural (1). Evidentemente, quería representar entre los samaritanos el papel del Cristo entre los judíos, y se presentaba á ellos como una encarnación de la Divinidad. En esto le había precedido otro falso Mesías, Dositeo, contemporáneo de Jesucristo, según Orígenes, que se hacía pasar por el Hijo de Dios (2). Para mantener sus pretensiones, Simón obraba prodigios, procurando de esta suerte imitar el poder de Jesús sobre los elementos, la enfermedad ó la misma muerte. Mejor hubiera hecho ejercitándose en reproducir la santidad de su vida. Ordinariamente la virtud del predicador es la garantía más natural de la doctrina que predica. Tratándose de milagros es preciso distinguir prudentemente entre los milagros verdaderos y los falsos, entre la obra de Dios y la del demonio (3); pero en cuestión de santidad moral no hay lugar á distinciones: Dios está allí donde se manifiesta. ¿Qué prodigios obraba Simón? Creía poder, á su arbitrio, hacerse visible é invisible, atravesar los montes y horadar las rocas como si fuesen de barro, precipitarse en el espacio sin peligro, romper las más fuertes ataduras y encadenar á sus adversarios, animar estatuas de madera ó de piedra, hacer que los árboles súbitamente germinasen, aventurarse impunemente en el fuego (4). Quizá también, con ayuda de supercherías que sus admiradores no sospechaban,—parece que en aquella época la magia tuvo éxitos incontestables (5),—llegó á hacer creer que realizaba, de vez en cuando, lo que había prometido. De aquí ese sentimiento general de admiración que, según las teorías teosóficas familiares á Simón, hacía exclamar á sus partidarios: «Éste es la llamada *gran fuerza*

(1) *Hech.*, VIII, 9: «diciendo que él era algún grande (τινα μέγα).»

(2) Orígenes (*in Jo.*, VIII, 28) dice, á propósito de este Dositeo: «Fingia ser el Cristo anunciado por los profetas;» y en otra parte, *Contra Celsum*, VI, 17: «y el mismo hijo de Dios.»

(3) Véase en la *Summa* de Santo Tomás, I P., Q. 114, a. 4, 2, 2; Q. 178 a. 1, ad 2, y a. 2.

(4) *Recogn. Clement.*, lib. II.

(5) Véase Eliano, *Hist. var.*, II, 18; IV, 20; Juvenal, *Sat.*, VI, 553, 557; Propertio, IV, 1.

(*δύναμις μεγάλη*) de Dios ⁽¹⁾.» Así, para los samaritanos, el hábil mágico fué desde luego como una encarnación de la primera de las energías divinas. No podían menos de recibirle bien, desde el momento en que intentaba remedar lo que sucedía en su celosísima enemiga, la nación judía. Samaria se dejaba voluntariamente llevar de la vanidad de oponer á los profetas de Israel otros enviados extraordinarios, como había opuesto un templo á su templo y una religión á su religión.

Al abrir, pues, la Iglesia cristiana sus brazos á los samaritanos malditos y deshonorados, éstos corrieron á ella como se corre hacia la realidad, dejando los fantasmas que entretienen porque la recuerdan, pero que irritan porque jamás la dan. Había, entre las teorías incomprensibles de Simón y la teología popular de Jesús, la diferencia que hay entre las palabras de un hombre que delira y las penetrantes efusiones de un padre ó de una madre que instruye á sus hijos. Cuando Felipe anunció á este pueblo, por mucho tiempo separado, y, por tanto, muy ávido de la verdad religiosa, la feliz nueva del reino de Dios fundado por Jesucristo y abierto á todos los hombres de buena voluntad, sin distinción de raza, de educación, de fortuna, exclamaron todos: «¡Esto es sencillo y amplio como la verdad!» Agradaba oír á los nuevos predicadores cuando decían que en el porvenir no habría parias, y que todos los hombres serían hermanos en la nueva sociedad.

Para mejor acentuar el resultado de estos discursos, que el corazón humano encontraba ya llenos de un incomparable sabor de verdad, Felipe hacía muchos milagros, y entre los suyos y los de Simón había tanta diferencia como entre la doctrina de los dos predicadores. Á su mandato, los demonios salían de los desdichados posesos, dando alaridos. Los paralíticos y los cojos eran súbitamente cura-

(1) Naturalmente, hay que relacionar esta expresión técnica de la fe de los admiradores con la teoría sostenida por Simón sobre la *gran fuerza de Dios*: la gran fuerza macho (*ἀρσεν*) y la gran fuerza ó sabiduría hembra (*ἐπίνοια μεγάλη*). (*Philosoph.* VI, I, 18). Filón había también llamado al Logos ó Verbo: «*Μετρόπολις* (*μητρόπολις*) de todas las fuerzas de Dios.»

dos. Las viejas columnatas que visitamos en Sebaste fueron, sin duda, testigos de estos prodigios. Felipe debió predicar no lejos de la era en que, más de nueve siglos antes, Miqueas había dado una lección á los falsos profetas de Samaria, en presencia de Acab y de Josafat ⁽¹⁾. Sus curaciones sorprendentes, llevadas á cabo sin pretensiones, con la bondad más encantadora y siempre con éxito igual, no podían ser obra del hombre. Los samaritanos lo reconocieron con rectitud, y, olvidando en seguida á Simón y sus sortilegios, aclamaron con el más alegre entusiasmo, al nuevo predicador. El movimiento religioso tomó vastas proporciones. Hombres y mujeres acudían en masa á pedir el bautismo, es decir, la iniciación en la vida nueva, en nombre de solo Aquel que había sido la real manifestación de Dios sobre la tierra, Jesús de Nazaret, muerto por la salud del mundo, y único rey de la humanidad. El mismo Simón no resistió este movimiento de general entusiasmo, y pidió también el bautismo, quizá con la intención de continuar, revestido con la piel de oveja, dentro del rebaño al que no desesperaba de poder más tarde reconquistar, quizá para conocer, en calidad de adepto, el secreto de la nueva religión y de los prodigios que en ella se obraban. El triunfo del Evangelio parecía completo.

Al saber los Apóstoles en Jerusalén que Samaria había recibido la palabra de Dios, se apresuraron á despachar á Pedro y á Juan para comprobar y consagrar este nuevo desenvolvimiento de la Iglesia. Esto fué un paso inmenso en el sentido de las ideas universalistas. Lo importante y significativo del suceso estaba, no en que algunos millares de samaritanos entrasen en el reino de Dios, sino en que estos dos emisarios, Pedro y Juan, los principales del Colegio Apostólico, se pusiesen en camino, á pesar de todos los prejuicios nacionales, para abrir por sí mismos la puerta á los malditos de otro tiempo y darles el abrazo fraternal. La dura corteza del judaísmo se entreabría, por fin, sin

(1) *III Reyes*, XXII. *Voyage aux Pays bibliques*, II, 171 y sig.

notables desgarros, para dejar salir el Evangelio, que no debía ya detenerse en tan hermoso camino.

Viendo la obra de Felipe en su viva realidad, los dos Apóstoles la aprobaron con la más santa alegría, y se dispusieron á terminar oficialmente lo que tan bien había sido comenzado. Es indudable que, en la nueva sociedad, puede un creyente alistarse en la milicia cristiana á cualquiera que lo solicite; pero este primer paso, que se da por el bautismo, debe ser regularmente *confirmado*, no ya solamente por el sacerdote, que es el padre de familia, sino por el obispo, que es el jefe de la tribu. Á él corresponde comunicar el Espíritu Santo en su plenitud y armar á los nuevos soldados de Jesucristo. Los dos Apóstoles, después de suplicar á Dios que hiciera brillar su poder sobre los prosélitos, comunicándoles, no ya tan sólo la gracia interior—la habían recibido ya por el bautismo,—pero aun los dones exteriores del Espíritu Santo, imponíanles las manos, y la virtud de lo alto se hacía visible sobre ellos por dones extraordinarios ⁽¹⁾.

Este espectáculo inaudito é inesperado causó en Simón profunda sorpresa. Si Felipe, obrando milagros, le había admirado, más debían admirarle Pedro y Juan dando á los bautizados el poder de hacerlos. El fondo vil de su naturaleza era la causa de que su alma egoísta é hipócrita estuviese privada de dilatados horizontes. En vez de preguntarse de dónde provenía semejante poder y qué es lo que él probaba, no consideró sino el provecho que más tarde le reportaría si llegaba á adquirirlo. No hay que decir que tales inquietudes habían debido arrojarle fuera del movimiento religioso al que desde el primer momento se había asociado. Parece, en efecto, que no asistió á la efusión del Espíritu Santo sino en calidad de simple espectador. Érale indiferente recibir para sí los dones sobrenaturales, mas habría un negocio considerable en poder comunicarlos á los otros. Estaba dispuesto á que se los

(1) Comp. *Hechos*, XIX, 6.

pagaran. Tomando, pues, una cantidad de dinero, fuese á pedir á los dos Apóstoles que le vendiesen el derecho de mandar al Espíritu Santo. «Dadme también á mí—dijo— esa potestad, para que reciba al Espíritu Santo cualquiera á quien imponga yo las manos.» Esto era de una ingenuidad cínica. Además, la proposición en su forma brutal delataba la más grosera ignorancia de las cosas de Dios. Simón confundía indignamente la religión con la hechicería, el apostolado con los fútiles triunfos ó las lucrativas industrias de un mago.

Su palabra cayó como una nota desagradablemente discordante en el concierto de piedad y de humilde fe que se elevaba del corazón de todos los prosélitos. Pedro se irritó, y, reconociendo que trataba con uno que no era de la Iglesia, exclamó: «Perezca contigo tu dinero; pues has juzgado que se alcanzaba por dinero el don de Dios. No puedes tú tener parte ni cabida en este ministerio, porque tu corazón no es recto á los ojos de Dios. Por tanto haz penitencia de esta perversidad tuya, y ruega de tal suerte á Dios que te sea perdonado ese desvarío de tu corazón, pues yo te veo lleno de amarguísima hiel, y arrastrando la cadena de la iniquidad.» Hablando de esta suerte, Pedro no quitaba toda esperanza al hombre que había creído poder comprar el poder de Dios y hacerlo servir para fines bastardos. Apiadóse de su ignorancia, y se contentó con profetizar el más triste porvenir al desgraciado. Su mirada había leído en las profundidades de esta alma que, hasta entonces, ignorante sobre todo y grosera, iba á convertirse desde aquel momento en mala contra todo lo que fuese cristiano, y dispuesta á los más sacrílegos intentos. Temblando, respondió Simón: «Rogad por mí vosotros al Señor, para que no venga sobre mí nada de lo que acabáis de decir:» ¿Hablabas así por una falsa humildad y para evitar los malos tratos de una multitud indignada? La imprecación de Pedro, amenazando á él y á su dinero con un fin miserable, ¿le había aterrado, y, en su pavor, buscaba un socorro allá donde sentía una fuerza sobrenatural?

Es posible. Lo cierto es que, á pesar de temer el castigo, no parece haber detestado el pecado, como debiera hacerlo, ante todo, para evitarse un mal fin.

Los dos Apóstoles, habiendo dado testimonio del Señor Jesús y predicado públicamente su doctrina, regresaron á Jerusalén, no sin detenerse en las aldeas samaritanas que atravesaban, y anunciar en ellas el Evangelio. El muro de separación entre los dos pueblos comenzaba á derrumbarse en las más felices condiciones. Los operarios del Señor, salidos de la Ciudad Santa para sembrar el campo del Padre de familias, los precedían, entreviendo, por fin, el día en que, según la palabra del Maestro, la Buena Nueva salvaría las fronteras de Samaria, y marcharía resueltamente á la conquista del mundo entero.

En cuanto al mago Simón, la historia, á través de algunas leyendas inciertas, nos enseña que no tardó en revelar toda la malicia de su alma. El papel de taumaturgo y de Mesías sentaba demasiado bien á su orgullo y á sus intereses para renunciarlo. Al paso que Josefo nos lo muestra ⁽¹⁾ sirviéndose de su influencia de mago para convencer á Drusila, la hija de Herodes Agripa I, á que abandonase á Aziz, rey de Emesa, su marido, y se entregase al procónsul romano Félix, perdidamente enamorado de ella, la tradición más antigua ⁽²⁾, con algunas variantes en los detalles, lo estigmatiza como el perpetuo é insolente adversario de Pedro y del cristianismo. Desarrollando poco

(1) *Ant.*, XX, 7, 2. Nada impide identificar al Simón que, en Josefo, se hacia pasar como obrador de prodigios, con el Simón del libro de los Hechos. El hecho de que vivió y conservó alguna influencia en Oriente hasta el tiempo del procurador Félix (año 54), concuerda perfectísimamente con toda la historia de nuestro personaje. Pudo también igualmente, según dijimos, ser judío, cipriota, y habitante de Samaria.

(2) Después del libro de los Hechos, el primero que habla de Simón el mago es Hegesipo en Eusebio (*H. E.*, IV, 22). San Justino es una fuente muy importante de documentos (*Apol.* I, 31 y 56; *Dial. cum Tryfon.*, CXX-CXXI). Véase también San Ireneo, *Adv. Haeres.*, I, 22-23; Eusebio, *H. E.*, II, 13, IV, 22; Tertuliano, *de Anima*, XXXIV; Clem. de Alej., *Strom.*, II, 11; VII, 17; pero sobre todo el autor de los *Philosophoum.*, VI, 7-20, que parece ser el más exacto. Las *Recog.* y las *Homil. Clem.* abundan en detalles fantásticos.

á poco sus extravagantes teorías, acabó por predicarse á sí mismo, dondequiera que se le quería escuchar, como la más alta manifestación en la tierra: Padre con respecto á los samaritanos, Hijo con respecto á los judíos, y Espíritu Santo con respecto á las otras naciones. Recurriendo á un simbolismo de sabor enteramente oriental para hacer más inteligible su sistema, y también porque en estos desórdenes del espíritu la carne reclama con frecuencia sus derechos, Simón se hacía seguir de una prostituta, Elena, recogida en Tiro, y representante de la verdad divina libertada de la humana servidumbre. Simón la llamaba el pensamiento eterno, ó la *Ennoia* encarnada, asociándola á sus obras de magia y de apostolado. Más de una vez parece haber querido dar un jaque á la doctrina y á las obras de Pedro, ora en la Cesárea marítima, ora en Antioquía, y sobre todo en Roma, según más tarde tendremos ocasión de decir. Siempre desenmascarado por la palabra del Apóstol y confundido por sus milagros, no dejó de seguir engañando á muchos. Clemente de Alejandría nos dice que de él y de Elena se conservaban estatuas, parecidas á las de Júpiter y de Minerva. Justino creía haber visto una en Roma, en una isla del Tiber, entre los dos puentes ⁽¹⁾. La

(1) Se encontró, en efecto, en 1574, bajo Gregorio XIII, en la isla de San Bartolomé, en el lugar mismo donde había habido un colegio de *Tridentales* en honor de Semón Sanco, una piedra con esta inscripción: *Semoni Sanco Deo Fidio sacrum Sext. Pompeius quinquennalis decus tridentalis donum dedit*. Si esta inscripción sirvió de fundamento á la afirmación de Justino—y así parece deducirse de su frase: *quae statua erecta est in insula Tiberiana inter duos pontes, habens hanc Romanam inscriptionem: Semoni deo Sancto (Apol. I, 26)*,—es evidente su singular equivocación. El cipo en cuestión estaba dedicado á Semón Sanco, el Hércules sabino, dios de la buena fe (Ovidio, *Fastos*, VI, 213). Se han encontrado otros, expuestos entre las antigüedades reunidas en el Museo del Vaticano. El último exhumado en 1879 en el Esquilino, representa al dios con un pájaro en su mano izquierda y un arco en su derecha. La inscripción es siempre la misma: *Semoni Sanco Deo Fidio sacrum*. ¿Formuló Justino su aserción según el dicho de testigos imprudentes, ó se engañó realmente por sí mismo? La primera hipótesis es la más probable, porque hay que reconocerle suficiente talento para entender una inscripción epigráfica; y le bastaba leer el final de la misma para comprender razonablemente que no la podía referir á Simón el Mago (*).

(*) Sobre el *Sanco* (ó *Sango*) de Ovidio, véase *P. Ovidius Naso*, edición

irritación de los primeros cristianos contra Simón prueba que éste había procurado hacerles mucho mal. Contra él se dirigieron toda suerte de acusaciones. Cualquiera que sea la tradición que se siga, se entrevé que pereció miserablemente. Según unos, se hizo encerrar vivo por sus discípulos en un sepulcro, asegurando que resucitaría al tercer día; «pero allí se quedó muerto—dice San Hipólito,—por que no era el Cristo.» Según otros, habiendo querido elevarse volando para probar su omnipotencia, cayó vergonzosamente, detenido por la oración de Pedro, y se rompió los huesos. Tan fatal experimento le descorazonó por siempre, y quizás terminó su vida por el suicidio⁽¹⁾. Algunos discípulos, de quienes Orígenes declara que los había todavía en su tiempo, continuaron enseñando después de él sus extravagantes doctrinas.

Lemaire, vol. VI, p. 404. Sobre la interpretación de San Justino, véase *D. Marani Praefatio*, Migne, *P. G.*, vol. VI, p. 139-144. En cuanto al Colegio de *Tridentales* de que habla nuestro autor, parece que debe decir Colegio de *Bidentales*; véase Forcellini, *Totius Latinitatis Lexicon*.—N. del T

(1) Arnobio, *Adv. Gent.*, II, 7.

CAPÍTULO V

Bajo la inspiración de lo alto, Felipe admite en la Iglesia á un eunuco pagano

Las últimas barreras legales.—Felipe y el eunuco etíope en el camino de Gaza.—La lectura del capítulo LIII de Isaías.—Felipe da su lección de exégesis.—El bautismo, signo y conclusión de la fe.—Felipe continúa su apostolado universalista. (*Hechos*, VIII, 26-40).

Cuando el Espíritu de Dios ha soplado sobre un hombre para dictarle santas innovaciones, le impulsa á llegar pronto á las últimas consecuencias, dejando, empero, que los demás entre tanto reflexionen, antes de obligarles á que le sigan. Para los celadores de la ley, había algo todavía más indigno que un samaritano respecto del reino de Dios; tal era un hombre de origen pagano, y, por añadidura, degradado por la vergonzosa mutilación que el despotismo oriental impone á los guardianes de las mujeres en el harén. Moisés había dicho: «El eunuco no entrará en la Iglesia de Dios ⁽¹⁾.» Los hijos de los gentiles tampoco debían penetrar en ella. Aun cuando ellos adoraban á Jehová, el judaísmo los acorralaba más allá de la barreira que, en el Templo, limitaba el recinto sagrado.

Pues bien, he aquí que el ángel de Dios dice á Felipe:

(1) *Deut.*, XXIII, 1. Comp. con *Levít.*, XXII, 24 (*).

(*) El sentido del original es que un eunuco no debía formar parte de la congregación, asamblea ó pueblo de Israel. Sin embargo, se comprende que estos infelices, una vez rechazados del pueblo, lo serían fácilmente del Templo, sobre todo teniendo en cuenta que los rabinos no hallarian gran dificultad en relacionar el texto del Deuteronomio con el pasaje del Levítico, al que alude nuestro autor, en que se prohibía ofrecer á Dios una víctima mutilada: *Omne animal, quod vel contritis, vel tuisis, vel sectis ablatisque testiculis est, non offeretis Domino.*—N. del T.

«Levántate, y ve hacia el mediodía, por la vía que lleva de Jerusalén á Gaza, la cual está desierta.» Había dos caminos que iban de Jerusalén á Gaza. El uno pasaba por las montañas y Eleuteropolis (Beit Djibrin), á donde se llegaba por Netofah (Beit Nettif), ó, dirigiéndose más al sur, por Hebrón y Aduram. Difícilmente se le podía llamar desierto, porque el país montañoso que atravesaba estaba cubierto de ciudades importantes. El otro camino iba de Jerusalén á Lidda; de allí torcía súbitamente hacia el sur, y, uniéndose con el de las caravanas que venía de Siquem, llegaba á través de la llanura de Sefela, por Azot y Ascalón, á Gaza. Este es probablemente el camino que el ángel designaba á Felipe. Ambas vías eran llamadas rutas de Jerusalén á Gaza; pero la segunda era la más naturalmente indicada, si, como todo induce á creerlo, el diácono predicaba todavía en Samaria cuando recibió del cielo la orden de ponerse en marcha. Este camino es llamado desierto ⁽¹⁾, porque apenas era frecuenta-

(1) Algunos exégetas han creído que la frase: *haec est deserta*, se refería á la misma ciudad de Gaza. Pero ¿qué interés había en hacer observar á Felipe que esta ciudad estaba arruinada ó desmantelada? Lo que convenía describir, no era la ciudad, sino el camino que debía tomarse, ya que, de Jerusalén á Gaza, por lo menos había dos. Á esta observación decisiva añádesse que la historia, á pesar del texto de Estrabón (*Geograf.*, XVI, 2, 30), no nos muestra en manera alguna á Gaza como desierta en el tiempo en que sucedió lo que aquí se cuenta. Tomada y en parte destruída por Alejandro, la vieja capital de los filisteos tuvo aún algunos días de prosperidad. Fué completamente saqueada por Janneo (95 a. de J. C.), y, treinta años más tarde, levantada de sus ruinas por el proconsul Gabinio (*V. Antiq.*, XIII, 13, 3; XIV, 5, 3). Dada á Herodes el Grande por Augusto, acabó por ser anexionada á la provincia de Siria. Su situación estratégica era de las más importantes. Pomponio Mela, hacia el año 50 de J. C., escribía que Gaza era *cingens urbs et munita admodum*. Los judíos no la destruyeron hasta el año 69. De aquí el que muchos han creído, pero sin razones suficientes, que la frase en cuestión podía ser sencillamente una nota del autor del libro de los Hechos, indicando el estado de la ciudad en el tiempo en que él escribía. La Gaza moderna, que visitamos en 1898, es una ciudad de quince mil habitantes. Construída toda con los fragmentos de los monumentos antiguos, bajo bosquetes de palmeras, en medio de frescos jardines, se extiende entre dos cadenas de colinas, á cuatro kilómetros del mar. La antigua ciudad de los filisteos, más al oeste, ha sido invadida por sus arenas. Las excavaciones emprendidas han dado algunos resultados; pero quedan aún verdaderos tesoros arqueológicos que exhumar. Gaza, en la frontera de Egipto y á la entrada del desierto, sigue siendo muy frecuentada por las caravanas. Sus

do más que por viajeros que podían defenderse. En Oriente, los países llanos son los más expuestos al pillaje, porque los ladrones procuran sobre todo ver venir de lejos á aquellos á quienes quieren desbalijar, cayendo sobre ellos como un rayo, antes de que puedan encontrar un asilo protector. Estos asilos, ciudades ó aldeas, están de ordinario situados en las alturas, donde es más fácil sostener los asaltos del enemigo. Sólo se aventurarían á seguir el camino que va á Gaza, á través de la llanura arenosa y cubierta de altas hierbas, las caravanas armadas ó los viajeros que van de prisa y capaces de evitar un golpe de mano.

Andando Felipe por esta ruta de la llanura, vió venir un carro. Por su forma y su ornamentación particular, pudo juzgar que tendría que tratar con un personaje de consideración, de nacionalidad extranjera y probablemente egipcio. Los grandes señores de las orillas del Nilo afectaban distinguirse por la belleza de sus equipajes. Ordinariamente sus carros, incrustados de marfil, de plata y de oro, eran arrastrados por caballos de diverso color⁽¹⁾, en que, además del cochero, podían tomar asiento dos viajeros. En el que rodaba por la llanura de Sefela estaba sentado uno solo, y se ocupaba en leer. Por el color, no menos que por su traje, Felipe pudo reconocer á un etíope⁽²⁾.

Era un oficial superior, eunuco⁽³⁾ de la Candace⁽⁴⁾, que reinaba entonces en Etiopía, en el país de Meroe, y en las

bazares están bastante bien provistos. Sus moradores, astutos y bribones, son amigos y aliados naturales de los beduinos, con quienes viven en contacto diario.

(1) Wilkinson, *Anc. Egypt.*, I, p. 368, 386; II, 75, 76 (2.^a edición).

(2) Después de las categóricas palabras del vers. 27, *vir Æthiops*, no se comprende que haya podido suponerse que el viajero era de raza judía. El solo hecho de ser eunuco, debería ser suficiente para probar lo contrario.

(3) Los múltiples esfuerzos para demostrar que el calificativo de *eunuco* podía ser aquí sinónimo de *chambelán* ó *gran valido*, son inútiles por la indicación decisiva de que el personaje en cuestión estaba al servicio inmediato de una mujer. Además, se le llama *potens*, á la vez que *eunuchus*, lo que sería una repetición, si ya *eunuco* tuviese aquel significado.

(4) Aquel país fué largo tiempo gobernado por mujeres que llevaban el título de Candace, como los reyes de Egipto llevaron el de Faraón, y los emperadores romanos, el de César. (V. Plinio, *His. nat.*, VI, 35, y Eusebio, *H. E.*, II, 1).

tierras altas que hoy llamamos Nubia, Sudán egipcio y Abisinia. Por más que era tesorero general de la reina ⁽¹⁾, inquietudes más elevadas que las de aquí bajo llenaban su alma. Los problemas de economía social ó doméstica le quitaban menos el sueño que los de la verdadera religión que hay que seguir y las de la salvación que hay que alcanzar. Instruído quizá por algunos judíos—éstos eran numerosos en Etiopía, donde habían hecho muchos prosélitos,—iniciado en la ciencia de los Libros Santos, entonces muy divulgados en Egipto, había reconocido que el Dios de Israel era el solo Dios verdadero, y había ido á Jerusalén á rendirle homenaje en su Templo. De esto á concluir que fuese prosélito de la puerta en el verdadero sentido de la palabra, hay gran trecho. En razón de su mutilación y de su completa inexperiencia en la interpretación de las Sagradas Escrituras ⁽²⁾, puede creerse, con Eusebio, que en realidad no era sino un pagano bien dispuesto con respecto á la Antigua Alianza, y no todavía un neófito que hubiese aceptado el yugo de ésta ⁽³⁾.

En aquel momento leía al profeta Isaías. Los rabinos recomendaban leer la Ley, cuando se viajaba sin compañía ⁽⁴⁾. Quizá, durante su estancia en la Ciudad Santa, se había interesado en lo que allí se decía á propósito de Jesús de Nazaret y de sus discípulos. Se comprende que al día siguiente del homicidio de Esteban, la agitación religiosa fuese grande. Los ánimos debieron dirigirse á las graves cuestiones suscitadas por el predicador mártir, y debatidas en sentido inverso por los dos partidos. Lleno de los argumentos presentados por los unos y los otros, ¿buscaba quizá el eu-

(1) Los reyes de Oriente tenían palacios especiales donde encerraban toda suerte de riquezas, oro, plata, ornamentos preciosos, documentos importantes. El tesorero general era el intendente de estos palacios.

(2) Véase vers. 31.

(3) En este caso, hay que armonizar la suposición de que el eunuco fué el primer gentil bautizado y el hecho de que las primicias del gentilismo las recibió Pedro, en Cesárea, en casa de Cornelio. Las primeras líneas del presente capítulo, á esto se refieren.—N. del T.

(4) *Erubin*, LIV, 1; *Sota*, XLVI, 2: «Dixit R. Jehoschua filius Levi: Qui in itinere constitutos est, neque comitem habet, is studeat in lege.»

nuco, á todo evento, leyendo al profeta que más claramente había hablado del Mesías, un apoyo á la fe naciente que obraba en su alma? ¿Quería quizá sencillamente conservar en sí, por una edificante meditación, las dulces emociones que experimentara en la Casa de Jehová? Sea como fuese, estaba tan absorto en su lectura, que parece haber pasado por el lado de Felipe sin fijarse en él; de suerte que, cuando el Espíritu Santo indicó al valiente diácono que allí estaba el hombre que debía evangelizar, tuvo que echar á correr para alcanzar el carro. En Oriente es muy común ver á gentes que, jadeantes, siguen á los carruajes y asedian á los viajeros pidiéndoles dinero ú ofreciéndoles sus servicios. El eunuco y su cochero no hicieron ningún caso del hombre que á su lado corría. El etíope, según era costumbre ⁽¹⁾, leía en alta voz. Felipe oyó que la lectura versaba sobre uno de los pasajes más célebres de Isaías, y armándose de valor, preguntó con cierta familiaridad: «¿Te parece á ti que entiendes lo que vas leyendo ⁽²⁾?» El eunuco, sin ofenderse por la pregunta, respondió con la humildad que convenía al estado religioso de su alma: «¿Cómo lo he de entender, si alguno no me lo explica?» Esto equivalía á aceptar el ofrecimiento que parecía hacerle Felipe; y ya que Dios abría así el corazón del eunuco, el Evangelista aprovechó al instante la ocasión de echar en él la buena semilla. El viajero había parado su carro para invitar á que subiese su interlocutor. Felipe tomó asiento á su lado. El pasaje de la Escritura, que el eunuco leía en la versión de los Setenta ⁽³⁾, era el famoso oráculo de Isaías:

(1) Hoy todavía los orientales leen casi siempre en voz alta, aun cuando están solos.

(2) Debíó hablarle en griego, probablemente porque le oyó leer en esta lengua. El juego de palabras ó la paranomasia que emplea, y que no puede reproducirse en lengua romance, γινώσκεις ἢ ἀναγινώσκεις, no estaba mal buscada para hacer aceptable lo que la pregunta parecía tener de indiscreto (*).

(*) El latín ha conservado el juego: *intel-ligis quae legis!*—N. del T.

(3) El texto de los LXX, que difiere algún tanto del hebreo, está aquí muy exactamente citado, á excepción de dos insignificantes palabras: *αβρού* añadido delante de *ταπεινώσει* y *δέ* delante de *γενεά*. Es muy natural que un hombre educado en el contacto de la civilización egipcia, leyese corriente-

«Como oveja fué llevado al matadero; y como cordero mu- do delante del que le trasquila, así él no abrió su boca. En su humillación, su juicio fué quitado. ¡Su generación quién la contará, porqué quitada será su vida de la tierra (1)?» El etiope dirigiéndose á Felipe, añadió: «Ruégote ¡de quién dijo esto el profeta, de sí mismo, ó de algún otro?» Al verle suponer que, en este pasaje, podría tratarse del mismo profeta ó de otra persona totalmente distinta del Mesías, se estaría autorizado para creer que se hacía eco de las objeciones recogidas en Jerusalén y que le inquietaban á propósito de Jesús. Pero quizá su pregunta no es sino la expresión cándida de una ignorancia por otra parte muy excusable en un extranjero. Felipe, tomando entonces la palabra, comenzó por explicar el pasaje que embarazaba al eunuco, y no le fué difícil establecer que Jesús había sido el punto de vista de todas las profecías y la llave de la bóveda del Antiguo Testamento. Nada se prestaba mejor á una evangelización de este género que el capítulo LIII de Isaías, sobre el cual gastaba el viajero

mente el texto alejandrino. Pero una cosa es comprender la palabras, y otra penetrar el pensamiento en su sentido profético (*).

(*) Entre el texto de *Isaías* (LIII, 7-8) y la cita en los *Hechos* (VIII, 32-33) hay otras dos diferencias insignificantes: *avros* añadido detrás de *κελ-pavros* y de *σάρκα*. De las dos que el autor anota, la primera debe probablemente decir: «añadido *detrás*,» en vez de «añadido *delante*» (ajonté devant). — N. del T.

(1) En todo tiempo se ha experimentado la gran dificultad de determinar el sentido de estas dos últimas frases. No se sabe exactamente lo que debe entenderse por este *juicio*, esta *sentencia*, *κρίσις*, que ha sido *quitada* ó *consumida*, *ἡρῆν*; menos aún se está de acuerdo sobre el sentido de la palabra *γενεά*, que, para unos significa *la generación eterna del Hijo*; para otros, *la generación contemporánea y deicida*; para muchos, *la descendencia espiritual del Mesías*. Pero esta dificultad no impide ver la sublime significación de la profecía en su conjunto (*).

(*) En el vol. II, p. 200, anotamos que parece cierto que la frase «*generationem ejus quis enarrabit?*» no se refiere ni á la generación eterna ni á la temporal del Mesías. Vigouroux dice terminantemente: «*l' hébreu a un autre sens*» (Polyglotte, t. V., p. 451). La palabra hebrea *dor* nunca significa generación en el sentido de engendramiento. Cierto que muchos padres han comentado el texto en este sentido; pero hay que decir con Knabenbauer: «*Quod in sensum vocis originalis quam Isaías adhibuit non inquisierunt, dolendum quidem est, at sane ista omissio non potest esse ratio pro nobis, ut voci hebraicae alienam obtrudamus significationem.*» — N. del T.

su esfuerzo intelectual sin comprenderlo. En efecto, aquel pasaje se puede aplicar solamente á Jesús; y, después de haber querido entenderlo de Ezequías, de Isaías, de Jeremías, ó del pueblo de Israel, el judaísmo posterior á Jesucristo acabó por reconocer ⁽¹⁾ que no es sostenible semejante explicación, y que esta profecía debía aplicarse necesariamente al propio Mesías, como lo había hecho la antigua Sinagoga, antes que las preocupaciones de polémica con los cristianos le hubiesen impuesto otras interpretaciones. Hay que convenir, en efecto, que esta incomparable profecía es el Evangelio escrito antes del Evangelio ⁽²⁾. De tal suerte ella ha embarazado á la impiedad de todos los tiempos, que, no pudiendo suprimirla ni desconocer su realización en Jesús de Nazaret, ha llegado á suponer que Éste, en su pasión, dióse la satisfacción extraña de realizar, por una serie de circunstancias previstas y hábilmente preparadas, todo lo que el Profeta había anunciado del Mesías. Tan miserable subterfugio, por muy atentatorio que sea al honor del Maestro, contiene, mal de su grado, un homenaje tributado á la perfecta semejanza entre el Mesías profetizado por Isaías y el Mesías por nosotros adorado. Esto es lo esencial. El sentido moral hace justicia del resto, sin que la razón tenga que demostrar que ello es absurdo.

La lección magistral y concluyente de Felipe produjo un efecto decisivo en el ánimo del príncipe etiope. Para un alma recta que busca la verdad, nada hay más sorprendente que la exposición de la demostración evangélica en sus detalles y su síntesis armoniosa. Los antiguos quedaban sobremanera maravillados ante esta comparación luminosa que la primitiva apologética cuidó de establecer entre el Mesías profetizado y Jesús de Nazaret, el Mesías realizado. En aquella edad en que la Iglesia aca-

(1) V. Constant, el Emperador: *Isaci Abr. et R. Mosis Alschechi, comment. in Isaías proph.*, XXX, Lugd. Batav, 1631. El célebre rabino Salomón Jarchí ó Rashi, que vivía en el siglo XI, había también hecho esta leal confesión.

(2) «Ce discours a été appelé avec raison: *Passio Domini nostri Jesu Christi secundum Isaïam*,» dice Vigouroux, *Manuel Biblique*.—N. del T.

baba de nacer, no era posible apoyarse en el hecho, no menos milagroso, del Mesías perpetuado á través de los siglos. Predicábase entonces el *Christus heri et hodie*, predicamos hoy el *Ipse et in saecula*. Este argumento del reino mesiánico desenvolviéndose progresivamente á través de las edades, ha reemplazado, en parte, para nosotros al que había imperado en las primeras generaciones cristianas. Sin embargo, no es menos verdadero que mostrar el Nuevo Testamento en el Antiguo, ó el Antiguo en el Nuevo, será siempre poner muy felizmente la razón humana ante el gobierno providencial de Dios, y obligarla á proclamar la sabiduría del Señor, que todo lo dirige, y la solicitud del Padre, que nos salva á fuerza de amor.

Tal cual había sido visto y anunciado por los Profetas, el Mesías venía á salvar á la humanidad. Felipe debió explicar cómo la salud se obraba por la Redención; cómo la Redención se realizaba á su vez por la incorporación al Mesías; cómo esta incorporación se hacía por la fe; cómo la fe se afirmaba en el bautismo; cómo el bautismo producía la gracia santificante y realizaba la justificación. En aquel mismo instante pasaban por junto al lecho de un arroyo, ó por una de esas fuentes que, en Oriente, motivan casi siempre las paradas de los viajeros. «He aquí agua—dijo el eunuco,—¿qué impide que yo sea bautizado ⁽¹⁾?» Y Fe-

(1) El itinerario que hacemos seguir al eunuco rechaza las tradiciones más ó menos antiguas, pero todas poco fundadas, que colocan el lugar de su bautismo cerca de Betsur, en Ain-ed-Dirueh, en el camino de Jerusalén á Hebrón (V. San Jerónimo *de locis hebr.*, *Bethsur*), ó en Ain-Haniyeh, á ocho kilómetros sud-oeste de Jerusalén, como se supuso en tiempo de las cruzadas. El camino por la llanura de Sefela atravesaba bastantes arroyos para que pueda explicarse esta frase del etiope: «Aquí hay agua,» sobre todo si se considera que quizá esto sucedía en el mes de Abril, después de las fiestas de Pascua, á las que sin duda el extranjero acababa de asistir. Nosotros encontramos no sólo pequeños lagos en medio del pantano, á lo largo del camino, sino también una corriente de agua que atravesamos sobre un puente de tres arcos, antes de llegar á Jamnia, donde una fuente muy abundante alimenta la pequeña ciudad.

De otra parte, visitamos á Ain-ed-Dirueh, almorzando junto á su hermosa fuente (V. *Voyage aux Pays bibliques*, vol. II, p. 28). Es inexacto que la vía romana se bifurque allí en dirección á Betsur para ir á Gaza. Va directamente á Hebrón, y no se la podría calificar de camino de Gaza, porque haya uno muy malo que puede conducir de Hebrón á esta ciudad. Fuera del

lipo respondió: «Nada, si crees de todo corazón.»—«Sí—dijo el neófito,—creo que Jesucristo es el Hijo de Dios.» Mandó parar el carruaje, bajaron ambos al agua, y Felipe lo bautizó. El pagano, á pesar de ser eunuco y de raza negra, quedó así convertido en prosélito, incorporado á Jesucristo y recibido como miembro de la Iglesia. Contra todos los prejuicios del judaísmo, el Espíritu Santo había hecho su obra. En el mismo instante, y de un modo milagroso, arrebató al Evangelista, haciéndole invisible al eunuco admirado, para encaminarlo á nuevas conquistas. El sitio al que fué conducido Felipe con la misión de predicar el Evangelio fué Azot ó Asdod ⁽¹⁾, en cuyas cercanías se hallaba en aquel momento. No se sabe como acogió su palabra esta antigua ciudad filisteá; pero el historiador sagrado nos dice que el ilustre diácono continuó con

camino que atravesaba la llanura de Sefela, el único camino que unía entre sí Jerusalén y Gaza es el que partía de la llanura de Refaim, al sur de la Ciudad Santa, y pasaba por Beter, Netofa, Eleuterópolis y Eglón. Sólo que, á través de la interminable ondulación de las montañas, á pesar de ser el más directo, era de mucho el más largo para los carros. De éste no puede tratarse aquí, porque, lejos de ser un camino desierto, atravesaba un país muy habitado. En todo caso la fuente de la *Arcadia*, ó El-Haniyeh, que allí se muestra como si en ella hubiese sido bautizado el eunuco, dista sólo dos horas de Jerusalén. ¿Cómo el ángel habría podido decir á Felipe que debía juntarse al viajero en el camino desierto? Además, como la conferencia entre el Evangelista y el eunuco duró al menos una hora, se seguiría que Felipe habría alcanzado al viajero en las puertas mismas de Jerusalén, lo que es absolutamente inadmisibles. Por el contrario, el camino que, partiendo de Lidda, se dirigía hacia el sur, es hoy todavía muy solitario. Nosotros lo seguimos durante tres horas partiendo de Yasur sin encontrar un solo grupo de casas.

(1) Hoy Esdud. Allí había estado el Arca, en el templo de Dagón, durante las guerras con los filisteos (*I Reyes*, V, 1-9). Azot, tomada sucesivamente por Sargón, rey de Asiria, y después de un sitio de veintinueve años, por Psamético, rey de Egipto (Herodoto, *Hist.*, II, 157), fué arrasada durante las guerras de los Macabeos, reconstruida por Gabinio, regalada á Herodes y definitivamente ocupada por los romanos. Algunas ruinas, que salen á flor de tierra y entre las cuales las hay muy notables, dan testimonio del pasado esplendor de esta gran ciudad. Un fragmento de capitel, en hermoso mármol blanco, se ve sobre la colina donde estuvo probablemente el templo de Dagón. Otros restos han servido para construir la hermosa noria donde las mujeres van á llenar sus ánforas. Se ve todavía un sarcófago con uvas y aceitunas, en el camino en cuyas orillas crecen los cactus. Esdud es una ciudad enteramente moderna, y sus habitantes nos dispensaron buena acogida.

ardor su ministerio de predicador á través de las villas vecinas, hasta que, habiendo difundido la Buena Nueva un poco en todas partes, entró en Cesárea, donde probablemente habitaba su familia.

En cuanto al eunuco, convencido, por la súbita desaparición de Felipe, de que había sido instruído y bautizado por un enviado celestial, se puso de nuevo alegremente en camino, lleno de gracia y de luz interior. La tradición afirma, y parece muy natural que así sucediese, que llegado á Etiopía, predicó en ella el Evangelio y fundó una Iglesia floreciente. La misma reina habría sido una de sus primeras conquistas ⁽¹⁾. Pero no madura todo lo que nace. Acontecimientos, que nos son desconocidos, destruyeron pronto lo que había edificado el celo de este primogénito del paganismo, así llamado por Eusebio ⁽²⁾; pues en el siglo IV, bajo Constantino, San Frumencio tuvo que emprender de nuevo la evangelización de Etiopía.

(1) Nicéforo, *H. E.*, II, 6; Eusebio, *H. E.*, II, 2; San Jerónimo, *in Is.*, LIII.

(2) Πρωτος ἐξ ἐθνῶν. (*H. E.*, II, 1).

CAPÍTULO VI

La Conversión de Saulo

Saulo reclama plenos poderes contra los cristianos.—Lo que le esperaba en el camino de Damasco.—Victoria de Jesús de Nazaret.—Ciego y conducido por la mano, entra en la ciudad.—La casa de Judas en la calle Recta.—Ananías y su misión.—Saulo recobra la vista, recibe el bautismo y da testimonio á Jesucristo. (*Hechos*, IX, 1-22; XXII, 4-16; XXVI, 10-20).

Casi al mismo tiempo, tenía lugar otro acontecimiento cuyas consecuencias iban á ser incalculables en la historia del Cristianismo naciente. Aquel mismo Saulo, á quien vimos lleno de odio contra los discípulos de Jesús, acababa de pedir al Sanedrín autorización de dirigir, personalmente y con poderes plenos, la persecución fuera de Jerusalén. Comprendía que el Evangelio, salido de la Ciudad Santa con los helenistas perseguidos, se extendería á todas partes, si no se ensanchaba el círculo de la persecución para contener su desarrollo.

Damasco era una de las plazas más expuestas á verse invadidas desde luego por la nuevas doctrinas. Los judíos eran en ella numerosos. Josefo observa que casi todas las mujeres practicaban allí la religión mosaica ⁽¹⁾. De allí, como de un vasto foco, el Evangelio irradiaba hacia las grandes comunidades israelitas que se habían establecido, al E., en las orillas del Eufrates y del Tigris; al N. y al

(1) *B. J.*, II, 20, 2. Como esta afirmación se refiere al año 12 de Nerón (66 de J. C.), se tiene algún derecho á preguntarse si no califica de judías á muchas mujeres que eran cristianas. Pronto veremos, en efecto, que la misión de Pablo era encadenar en Damasco á hombres y mujeres discípulos del Evangelio. Pero esta confusión, quizá voluntaria, de Josefo no invalida en modo alguno el hecho esencial de que Damasco fué, en esta época, un centro judío de los más importantes.

O., en las provincias sirias y en el litoral del Mediterráneo. La hermosa y rica ciudad, edificada al pie de la vertiente oriental del Antilíbano, en una fértil y vasta llanura que riegan siete ramificaciones del Barada, era como el punto central donde convergían las grandes vías de Oriente. Más antigua que Abraham ⁽¹⁾, había sido convertida más tarde en capital de los reyes de Siria. Dos veces, bajo David y Jeroboam II, los israelitas la habían ocupado; pasó luego sucesivamente al poder de los asirios, los babilonios, los persas y los griegos, hasta que la conquistó Pompeyo en guerra contra Mitrídates ⁽²⁾. Quizá, en el momento en que Saulo allí se dirigía para organizar la persecución, pertenecía ya á Aretas, rey de Arabia, que, como los príncipes de la casa de Herodes en Palestina, la gobernaba bajo la alta protección de Roma ⁽³⁾. Sea como fuese, desde el tiempo de los Seleucidas, los judíos se habían establecido en ella en gran número, así como en la mayoría de otros importantes centros comerciales ⁽⁴⁾. En Damasco poseían muchas sinagogas ⁽⁵⁾. Desde esta gran ciudad, casi limítrofe de la madre patria, mantenían frecuentes relaciones con el partido jerárquico de Jerusalén, y, más directamente que las comunidades judías muy apartadas, estaban bajo la dirección espiritual del Sanedrín.

Saulo pidió, pues, al Sumo Sacerdote ⁽⁶⁾ cartas que debían acreditarle cerca de los jefes de la sinagoga y sostenerle en la campaña que iba á emprender en favor del viejo ju-

(1) *Gén.*, XV, 2.

(2) *Antiq.*, XIV, 2, 3; Apiano, *Bell. Mithrid.*; M. Choren., I, 14.

(3) *Antiq.*, XIV, 11, 9.

(4) *B. J.*, I, 2, 25, y II, 20, 2. Nerón hizo morir allí diez mil israelitas.

(5) *Hech.*, IX, 20.

(6) Podría determinarse quien era este sumo sacerdote, si la fecha de la conversión de San Pablo fuese cierta. Desgraciadamente no lo es. Los cronologistas se dividen entre los años que van del 31 al 40. Estos dos puntos extremos son igualmente improbables. La Epístola á los Gálatas parece imponernos el año 33, en razón del segundo viaje de Pablo á Jerusalén, viaje que hizo catorce años después de su conversión y que hay que hacer coincidir con el hambre del año 47 (*Hech.*, XI, 30; XII, 25). Si se admite esta cronología, el sumo sacerdote sería todavía Caifás, que no fué depuesto hasta el año 36 por Vitelio.

daísmo que peligraba. Tratábase nada menos que de buscar cuidadosamente á los partidarios de Jesús, prender á los que descubriera y llevarlos, hombres y mujeres, porque éstas tomaban parte muy activa en la difusión del Evangelio, encadenados á Jerusalén, donde serian solemnemente juzgados. Sabido es que las comunidades judías, bajo cualquier régimen que viviesen, en las tierras del imperio romano ó en centros independientes, conservaban el privilegio de regir á su arbitrio sus asuntos religiosos. El sumo sacerdote, ó mejor, el Sanedrín por su mediación ⁽¹⁾, dió á Saulo las cartas que pedía, y, provisto así de poderes excepcionales, el joven fanático se puso en camino.

Después de haber atravesado Samaria y Galilea, debió emprender su camino, bien hacia el oriente pasando por el puente de las hijas de Jacob, bien hacia el Norte, subiendo hasta Cesárea de Filipo, al pie del Hermón. De Jerusalén á Damasco no hay menos de 200 kilómetros y una semana larga de marcha. Por lo demás, muy probablemente, Pablo se detuvo y extremó su celo durante el camino. Tuvo suficiente tiempo para poder apreciar lo odioso de la misión que se había procurado, y que se gloriaba de proseguir á través de los extraños pensamientos que inquietaban su espíritu. El recuerdo de la muerte de Esteban, la paciencia y la fe enérgica de los nuevos mártires que él mismo hacía, la vergüenza que se siente de no ser sino el hombre de la violencia y de la fuerza brutal ante los representantes del derecho y de la libertad, la efusión de entusiasmo y de vida que caracterizaban la Iglesia naciente en faz de la fría casuística del fariseísmo estacionario y petrificado, los relatos que oía de la vida de Jesús, de su muerte, de su resurrección y de su exaltación en la gloria, ¿habían realmente cautivado su alma y comenzado á turbar su fanatismo durante las horas silenciosas de su

(1) Los versículos IX, 14 y XXVI, 10, dicen que tenía poderes de los *príncipes de los sacerdotes*, y XXII, 5 de *los ancianos del pueblo*, lo que designa claramente á todo el Sanedrín.

viaje? Algunos lo han supuesto, pero nada en el relato bíblico lo indica. Al contrario, todo nos lo representa rugiendo de cólera hasta el último momento y herido de súbito por un golpe violento que no había sido humamente preparado. El mismo Apóstol, tan atento en estudiarse y darse á conocer en las diversas fases de su vida religiosa, no ve en su conversión otra causa que la manifestación religiosa por la que fué derribado ⁽¹⁾. Pues bien, si jamás dice nada de este trabajo íntimo que habría preparado su repentina adhesión al cristianismo, es que, en sus recuerdos, nada encontraba. Dios solo lo hizo todo, y Pablo es lo que es, no por su cooperación individual, sino por una intervención directa, milagrosa é irresistible del Salvador: *Gratia Dei sum id quod sum* ⁽²⁾. Lobo devastador repentinamente convertido en cordero, proclamará él mismo, de un modo más admirable que cualquier otro discípulo del Evangelio, el súbito triunfo de la gracia y la derrota imprevista del hombre malo.

La pequeña caravana llegaba al término del viaje. Si bien era cerca de mediodía, no habían hecho alto. De ordinario el calor es sofocante en aquel caos de piedras basálticas que hay que atravesar antes de alcanzar el grande oasis en que se asienta Damasco. Pero la perspectiva de llegar cuanto antes no permitía una parada inútil ⁽³⁾. Ya

(1) Para convencerse de esto, basta leer los dos relatos que hace de su conversión (*Hechos*, XXII y XXVI. Comp. *Gálatas*, I, 13-14; *Filip.*, III, 12), y que hemos seguido paralelamente para no olvidar nada en una exposición tan interesante.

(2) *I Cor.*, XV, 10.

(3) La tradición ha variado singularmente sobre el lugar en que Saulo tuvo la celestial visión, habiéndose sucesivamente designado cuatro puntos, bastante separados unos de otros. Solamente dos parecen responder á las indicaciones del libro de los *Hechos*. El uno se encuentra en el cementerio cristiano, y, por consiguiente, á las puertas mismas de la ciudad. Está demasiado cerca. El otro, defendido por una tradición más antigua, está no lejos de la aldea de *Cocab* (la *Estrella*), á unos diez kilómetros al sud-oeste de Damasco. Desde allí se distingue la gran ciudad en medio de sus bosquecillos, y el viajero que llega de Jerusalén puede muy bien decir que está al término de la jornada. El nombre de Pablo ha sido dado á una colina cubierta de bloques de basalto que allá se encuentra, *Tell mar Bulos*. M. Guerin cree haber descubierto al borde del camino los vestigios de una iglesia que, desde la más remota antigüedad, habría consagrado el recuerdo de la conversión

la gran ciudad, en medio de su verde y pintoresco ceñidor de naranjos, granados y sicomoros, entrelazados de viñas, dejaba ver sus almenadas murallas, sus puertas coronadas de torres y sus palacios de cúpulas resplandecientes. Con razón puede decirse que, para el que sale del árido desierto, Damasco es una visión del paraíso ⁽¹⁾. Saulo debió sentir en aquella hora lo que en su alma siente el general en los lugares donde se va á librar la batalla. Bajo el sol ardiente que le abrasaba, todo en él debió exaltarse á porfía, el hombre, el judío y el sectario. El león saboreaba ya su presa. Entonces fué cuando plugo á Dios derribarle bajo el golpe de la más asombrosa misericordia. Á decir verdad, Saulo, como tantos otros fanáticos, creía obrar bien. En el fondo, su natural era recto. Sólo tenía una ambición: la de consagrar su vida al servicio de la verdad; pero desgraciadamente sus prejuicios farisaicos le impedían ver donde la verdad se hallaba. De aquí aquel odio violento contra los cristianos del que se reprochó tan amargamente hasta el término de su vida, como del criminal error que lo había manchado ⁽²⁾.

Según todas las apariencias, la caravana viajaba á pie; los judíos caminaban poco á caballo. En todo caso, no se alude, en el relato, á ninguna especie de cabalgadura, y leemos que Saulo fué conducido á Damasco por la mano. De súbito, y más brillante que la irradiación del rayo, pues, bajo aquel cielo tan puro de Oriente, eclipsó al sol en el zenit, una gran luz envolvió á los viajeros. Era el resplandor

de Pablo. El mismo nombre de la aldea, la *Estrella*, parece aludir á la manifestación sobrenatural con que el alma del perseguidor fué favorecida. (Véase *Notre Voyage aux Pays bibliques*, vol. II, p. 305 y sigs.)

(1) Nosotros llegamos de Bania á Damasco después de dieciseis horas de marcha, y, viendo, á la puesta del sol, los minaretes de la gran ciudad dominando el verde oasis, experimentamos aquella dulce alegría, aquel reposo del espíritu, aquella deliciosa tranquilidad del alma, que nada tienen de común con los estados febriles y violentos por los cuales algunos exégetas fantascadores han querido explicar la visión de Saulo. Verdad es que no llegamos bajo el sol del mediodía, pero lo habíamos sufrido cruelmente durante toda la jornada. (V. *Notre Voyage aux Pays bibliques*, vol. II, p. 294.)

(2) *I Cor.*, XV, 9; *Galat.*, I, 13; *Filip.*, III, 6. *Comp. Hechos*, XXIII, 1; XXIV, 16; *II Tim.*, I, 3.

mismo de la gloria celeste donde mora Jesús resucitado. Todos cayeron en tierra, asombrados y mudos ⁽¹⁾. En el mismo instante, Saulo oyó una voz que decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» Esta voz hablaba en hebreo, ó mejor, en arameo ⁽²⁾, para mostrarse más familiar y más persuasiva. En lugar de ser ruda y aterradora, tomaba el tono de la ternura entristecida y de la conciencia que quiere despertar el remordimiento. ¿Qué mal había hecho Jesús á Pablo para merecer su odio? Se encuentra en esta frase algo de la dulce piedad con que el Salvador había dicho al criado sacrílego: «¿Por qué me hieres?» y á Judas: «Amigo, ¿á qué vienes? ¿con un beso entregas al Hijo del hombre? ⁽³⁾» El aspecto del Maestro guardaría á través del resplandor de la majestad, ese aire de tristeza resignada que da una seducción irresistible al amor no correspondido, cuando formula sin amargura el más tierno de los reproches.

Saulo jamás había visto á Jesús; por esto no le reconoció. Cuando se había estado una vez en contacto con el Maestro, bajo la influencia de su palabra ó de su mirada, no se le olvidaba jamás. Magdalena y Simón-Pedro no hubiesen preguntado quién era el que de esta suerte hablaba. Saulo quedó desconcertado. Sin embargo, aquella voz, aquella visión, tenían algo de tan trastornador, que era absolutamente preciso saludar á un Maestro en quien de tal suerte se imponía. ¿Sospechó que aquel Maestro era su mismo adversario? Es posible. «¿Quién eres, Señor?»—dijo

(1) Parece que hay divergencia entre la actitud en que San Lucas supone á los compañeros de Pablo y la actitud en que los presenta el mismo Apóstol en el relato de este milagroso suceso. Según Lucas, diríase que *se quedaron de pie* (εἰστήκεισαν) *y sin voz*; según Pablo (*Hechos*, XXVI, 14), *cayeron en tierra*. Pero si se considera que dicho verbo griego no significa siempre *estar de pie*, sino con mucha frecuencia *permanecer en una actitud*, se comprenderá que puede traducirse: *se quedaron mudos*. Así se desvanece la contradicción aparente.

(2) Nos lo dice el propio Pablo (*Hechos*, XXVI, 14), pero puede encontrarse una indicación en el mismo relato de San Lucas. En su interpelación, Jesús emplea la forma aramea *Σαούλ*, en lugar de la forma griega *Σαῦλος* de que se sirve el historiador en su relato.

(3) *Juan*, XVIII, 23; *Mat.*, XXVI, 50; *Lucas*, XXII, 48.

temblando.—Y Jesús, con aquella autoridad que tiene siempre asiento en sus labios al lado de la soberana dulzura, respondióle: «Yo soy Jesús Nazareno, á quien tú persigues.» Así, el enemigo no huye, sale á su encuentro. Jesús ante Saulo, la verdad ante el error, la fuerza ante la debilidad, el amor ante el odio, la bondad ante la malicia, el Hijo de Dios ante el esbirro del Sanedrín, el Rey del cielo ante un revoltoso de la tierra, todas estas antítesis están incluídas en las pocas palabras que Jesús acaba de pronunciar ⁽¹⁾. Afortunadamente para Saulo, están impregnadas de un sentimiento de misericordia infinita. En realidad, en lugar de aplastarle con su omnipotencia, el Señor le dirige el reproche más amistoso y la más benévola proposición de paz. No quiere ni por un momento más dejarle la posibilidad de ser impío y malvado; pues, mediante su gracia, levanta en su corazón como una tempestad de remordimiento ⁽²⁾ que hará nacer en él, á viva fuerza, el más sincero arrepentimiento. La temible bestia hubiese querido obstinarse en la mala senda donde había entrado; pero una mano poderosa la detiene y la empuja hacia otro camino. ¿De qué le serviría resistir por más tiempo á la gracia y extenuarse dolorosamente en una lucha desigual y sacrílega? Lo más prudente es capitular: «Es cosa dura para ti—añade Jesús,—dar coces contra el aguijón.»

Saulo conviene en ello, y á través de indecibles dolores solamente conocidos de las almas ardientes condenadas á volver repentinamente atrás, para buscar el ideal que perseguían en el extremo opuesto, se declara vencido. El que se había puesto en camino para perseguir á Jesús no puede soportar, un momento más, que este Jesús le persiga con tanto amor: «Señor, ¿qué quieres que haga?» Entre-

(1) En el texto griego, *ἐγώ* y *σύ*, *yo* y *tú*, están visiblemente en oposición: «Yo soy Jesús el Nazareno, á quien *tú* (Saulo) persigues.»

(2) Para mejor despertar estos remordimientos, Jesús, tanto en su pregunta como en su respuesta, le recuerda á Pablo su triste oficio de perseguidor: «¿quid me persequeris?» (vers. 4) y en el versículo siguiente: «quem tu persequeris». Esta repetición es intencionada.

gándose así atado de pies y manos, dispuesto á todo lo que se quiera, proclama que realmente es el vencido, el siervo, el esclavo de Aquel que le ha detenido en la mitad de sus locos furoros. El Maestro le responde: «Levántate y entra en la ciudad, donde se te dirá lo que debes hacer.»

Los compañeros de Saulo habían oído un ruido de una voz coincidiendo con la manifestación celestial ⁽¹⁾, pero sin distinguir las palabras cambiadas, y, por consiguiente, sin comprender la irresistible intimación de rendirse, dirigida á su caudillo. Habían visto la luz que Jesús difundía, sin ver á Jesús mismo. No es esta la primera vez que los Libros santos nos muestran á Dios otorgando sus comunicaciones, ora á las disposiciones íntimas de los que son testigos de ellas, ora por razón de la misericordia y la justicia que les dispensa ⁽²⁾. En cuanto á Saulo, no olvidará ja-

(1) Esta es quizá la diferencia que hay que hacer entre *ἀκούειν*, construido con el genitivo *τῆς φωνῆς*, que indicaría *la percepción de un ruido inarticulado*, y *ἀκούειν*, construido con el acusativo *τὴν φωνήν*, que significaría *oír las mismas palabras*. No es de suponer que el autor del libro de los *Hechos* diga aquí que los compañeros de Saulo *oyeron lo que Jesús decía*, siendo así que más lejos, en este mismo libro (XXII, 9), hará declarar al mismo Saulo que *no lo oyeron*. Sin embargo, una vez más, nótese la poca precaución que los autores sagrados tomaban para evitar aparentes contradicciones. (*)

(2) Véase el hecho análogo que se produjo en torno de Jesús, *Juan*, XII, 28, 29.

(*) Es muy cierto que las frases «audientes quidem vocem» (*H.*, IX, 7) y «vocem autem non audierunt» (*H.*, XXII, 9) han de significar «audiebant vocem solam, non vocem cum verbis»; porque, aun prescindiendo de razones de un orden más elevado, no es creíble que un mismo autor, á pocos capítulos de distancia de un mismo libro, y tratando de un mismo asunto, abiertamente se contradiga. Pero sobrada razón tiene monseñor Le Camus al manifestar poca confianza en que la armonía de aquellos textos deba fundarse en la susodicha regla de régimen gramatical. En efecto, si admitimos que *ἀκούειν* con genitivo significa «sonitum quemdam esse perceptum vocis, non ipsa loquentis verba», y aplicamos esta regla á *ἤκουσα φωνῆς λεγομένης μοι* (*H.*, XXII, 7), entonces se hace preciso concordar esta frase con *H.*, XXVI, 14: *audivi vocem, φωνῆν*, loquentem mihi) y con *H.*, IX, 4: «Saulus audivit vocem, φωνήν, dicentem sibi». Es mejor prescindir del régimen y decir con Glaire que *ἀκούειν* significa á la vez *percibir un ruido* y *entender lo que se oye*, determinándolo el contexto. El último párrafo de la nota del autor equivale al siguiente de Baczec: «S. Luc. *ne s'inquiète ni de l'étrangeté de certains recits, ni des préventions qu'on peut avoir, ni des imputations d'erreur ou de contradiction auxquelles il peut donner lieu. Assuré de la vérité de ce qu'il rapporte, i tient pour certain qu'il obtiendra confiance, et il s'énonce avec l'autorité et la sécurité d'un homme qui se sent au-dessus de toute réclamation.*»—Nota del T.

más ni la dulce visión de Jesús de Nazaret, ni la voz celestial que ha transformado súbitamente su vida, ni la gracia irresistible que lo ha convertido en Apóstol. Á quien quiera saberlo, le repetirá que su fe descansa en lo que ha visto y oído. Cree en la resurrección porque ha visto á Jesús resucitado. Le ha visto, no en un éxtasis ⁽¹⁾, sino físicamente, como Cefas, como Santiago, como los demás Apóstoles le habían visto ⁽²⁾. Si cree que su misión está al lado de los gentiles, si afirma el carácter auténtico y divino de aquélla, es porque la ha recibido de labios del mismo Jesús. ¿Quién se atrevería á disputarle el título de Apóstol? ¿Por ventura no ha visto realmente y con sus propios ojos al Maestro? ⁽³⁾ Como favorecido con esta aparición, la última de todas en la historia evangélica, es presentado por Bernabé á los Apóstoles de Jerusalén ⁽⁴⁾. De ella se prevaldrá delante de los judíos ⁽⁵⁾ y delante de Agripa, en Cesárea ⁽⁶⁾, excluyendo por la claridad de sus declaraciones, en una y otra circunstancia, toda explicación que quisiera suprimir el milagro, y echando el ridículo sobre cualquiera interpretación que en aquélla quisiera solamente ver un mito. Para él, de allí han salido su vida religiosa, su obra apostólica y su influjo en la Iglesia.

(1) Pablo distingue muy bien sus arrobamientos en espíritu de esta aparición exterior de Jesús. Las revelaciones que ha tenido, no las cuenta (II *Cor.*, XII, 1 9). Su humildad se resiste á citarlas, y si alguna vez entra en este terreno, se detiene en seguida y sólo habla de lo que le humilla. Por el contrario, repite con complacencia la aparición que lo ha convertido, porque ella recuerda su infidelidad. Por ella ha sido puesto al mismo nivel de los demás Apóstoles. Ella, y no las revelaciones ó los éxtasis con que ha sido favorecido, ha cerrado el ciclo de las apariciones personales, visibles, exteriores de Jesús en la tierra (I *Cor.*, XV, 8). Cuando (*Galat.*, I, 12, 16) dice que Dios *ha revelado á su Hijo en él* y que de allí proceden su conversión y su apostolado, no suprime la aparición *fuera de sí*, sino que la supone. El fenómeno interior que se produce en el éxtasis es la consecuencia de la fe. El que tiene lugar en el camino de Damasco motiva la de Saulo. En cuanto á *la revelación del Hijo en Pablo* hay que entenderla del trabajo interior que está unido á la aparición exterior.

(2) I *Cor.*, XV, 8.

(3) I *Cor.*, IX, 1.

(4) *Hech.*, IX, 27.

(5) *Hech.*, XXII.

(6) *Hech.*, XXVI.

Quando Saulo se levantó para obedecer la orden recibida, estaba ciego. En vano intentó abrir los ojos, que había cerrado al caer en tierra ante la gran visión: la luz del sol no penetraba en ellos, como si rehusasen ver nada más después de haber contemplado al Rey glorioso. Fué un espectáculo muy inesperado é inquietante para sus compañeros verle, no ya, como poco antes, impetuoso en precipitar su marcha, cuando quizás ellos mismos pedían interrumpirla bajo un sol intolerable, sino, vacilante y como herido por un golpe mortal, levantarse, extender sus brazos para buscar su camino, y declarar en medio de una emoción profunda que había perdido la vista.

Fué preciso tomarle de la mano, para conducirlo á la ciudad. Allí recibió hospitalidad en casa de un judío llamado Judas, quizá uno de sus amigos, ó mejor, el dueño de alguna posada frecuentada por los judíos que iban á Damasco. En una de las casas de la calle entonces llamada Recta, hoy la calle de Es-Sultani ⁽¹⁾, fué donde el ardiente fariseo, trabajado por la gracia, presa de sobrecogimiento indecible, hasta el punto de olvidar todas las exigencias de la vida física, pasó tres días sin beber ni comer. ¿Qué emociones agitaron su alma? No sería fácil decirlo. Con todo, dado el rigor lógico de este espíritu poderoso, puede creerse que constituyó rápidamente toda la teoría religiosa del Evangelio, tal como debía más tarde predicarla á los gentiles. Había visto á Jesús, le había oído; por

(1) La calle actual, aunque conservando poco más ó menos el emplazamiento de la antigua, dista mucho de ser recta, debido á los estrechamientos que ha sufrido. A juzgar por los zócalos de columnas que se encuentran todavía en el subsuelo, y que recuerdan las columnatas de Palmira, la calle antigua debía medir treinta metros de ancho por mil ochocientos de largo. Se penetraba en ella por dos grandes puertas, la una al oriente, la otra al occidente. La puerta oriental, Bab-el-Charki, es todavía la más hermosa de la ciudad. Tenía tres arcos de bóveda, de los cuales uno solo, el del norte, está abierto. El del medio, en pleno punto, mide siete metros de ancho por ocho de alto debajo del dintel. La otra entrada, Bab-el-Djabyah, al occidente, tuvo también tres aberturas de las cuales sólo subsiste todavía una. Á pesar de la tradición contraria, y únicamente porque es más natural, cuando se llega de Jerusalén, entrar en la calle Recta por occidente, me inclino á creer que Saulo penetró en Damasco por la puerta Djabyah, y no por la de Charki (V. *Notre Voyage aux Pays bibliques*, vol II, p. 304 y 308).

tanto, Jesús vivía, por tanto, había resucitado. El estado de gloria en que se había mostrado lo probaba de un modo irrefragable. Ahora bien, si había resucitado, era ciertamente de Dios; porque nadie se resucita á sí mismo, ni podría decirse que Dios resucita á un impostor. En consecuencia, su enseñanza era divina. La salud del hombre por la cruz era una realidad, y alcanzar esta salud ó apropiársela por la fe era el grande objetivo de la vida humana. El pecado, la justificación, la gracia, eran otros tantos problemas fáciles de resolver, á la luz de la visión que acababa de transformarlo.

Que su alma pasara por terribles trances, considerando la responsabilidad que sobre ella pesaba por lo pasado, esto era muy propio del carácter de aquel que, después de haber evangelizado al mundo, temía más tarde no ser sino un réprobo miserable. Estos tres días de aislamiento, los pasó en oración; esto es lo que de él sabemos ⁽¹⁾. Esta oración, sucesivamente dictada por el arrepentimiento, la acción de gracias, la fe, el temor, terminaba sin duda en el éxtasis. Mientras rodaban los carros, llevando á los hombres con sus locas inquietudes, ó pasaban las caravanas, cubiertas de polvo y de fatiga; mientras la muchedumbre se apretaba bajo la doble columnata coronada de estatuas á lo largo de la calle Recta; mientras que, en sus bazares tumultuosos, los judíos, sus compatriotas, vendían y compraban los productos de las ricas industrias de Oriente, él entreveía el cielo y concebía el enérgico deseo de mostrarlo á la tierra. ¿Por qué no nos ha sido dado conocer con certeza el lugar donde el Apóstol preparó, en tres días, la conquista del mundo? Después de Belén, Nazaret y el huerto de Getsemaní, no habría quizás otro más venerable para la humanidad ⁽²⁾.

(1) *Hechos*, IX, 11.

(2) Vimos, hacia el extremo occidental de la calle Es-Sultany (y esto respondería bastante bien á nuestra suposición de que Saulo entró en la ciudad por la puerta de occidente y no por la de oriente), una pequeña y asquerosa mezquita que, según la tradición, indicaría la casa de Judas. Está de-

Después que Dios hubo dejado á su nueva conquista recobrar poco á poco la posesión de sí mismo, juzgó que era tiempo de consagrarla por el bautismo. Jonás había pasado tres días en el aislamiento y el terror en el fondo de los abismos; el Hijo del hombre había permanecido tres días en el silencio y la humillación del sepulcro; la prueba ó la angustia de Pablo no duró más. Había en Damasco un discípulo del Evangelio llamado Ananías. Judío de origen, como su nombre lo indica ⁽¹⁾, era un fiel observante de la ley, y todos sus compatriotas daban testimonio de su alta virtud ⁽²⁾. No se ve, sin embargo, que ocupase oficialmente un puesto en la jerarquía eclesiástica, y, como el historiador sagrado nada más nos dice de él, no se puede menos de llegar naturalmente, con San Juan Crisóstomo, á la observación de que si Dios se complació en no emplear ni á Pedro, ni á Juan, ni á ninguno de los Apóstoles, corifeos de la religión nueva, sino á un simple discípulo recién nacido á la fe, para introducir en la Iglesia á aquel que debía ser el campeón más valiente, fué para mejor demostrar que Pablo había recibido su misión directamente de Jesús mismo, y que, como los Doce, era verdaderamente apóstol, escogido por el mismo Señor, teniendo su Evangelio de parte de Dios, no de parte del hombre.

Estando Ananías piadosamente recogido en su morada, —el alma está sobre todo dispuesta á recibir las manifestaciones del mundo superior, cuando ha cerrado la puerta á las cavilaciones del mundo de abajo,—el Señor le dijo: «¡Ananías!» Y él respondió: «Maestro, aquí me tenéis.» En aquellos días benditos, el corazón de todo discípulo, bajo la influencia del Espíritu Santo, vivía en perpetua y familiar conversación con el cielo, oyendo, sin esfuerzo, las voces de lo alto, y respondiendo con la sencillez de un niño. «Levántate—prosiguió el Señor—y vete

bajo del nivel actual de la calle, y su destino religioso permite creer que antes fué un santuario cristiano usurpado por el islamismo.

(1) *Jananyáh* es un nombre absolutamente israelita y muy común en la historia sagrada (*Jerem.*, XXVIII, 1; *Dan.*, I, 6; *I Esdras*, X, 28).

(2) *Hech.*, XXII, 12.

á la calle llamada Recta ⁽¹⁾. Busca en casa de Judas á un hombre de Tarso, llamado Saulo ⁽²⁾. Está orando. Ha visto en una visión á un varón llamado Ananías que entraba y le imponía las manos para que recobrase la vista.» El que hablaba á Ananías había, pues, hablado también á Saulo, y, por una doble manifestación preparaba el encuentro de estos dos hombres, como algunos días después, preparará la de Pedro y del centurión Cornelio. Ananías no pudo evitar un movimiento de pavor. Saulo tenía una horrorosa reputación entre los judíos que se habían convertido al Evangelio. El discípulo supuso que se trataba de ir á la muerte. Sin embargo, el Maestro, instruyendo á sus discípulos, jamás dijo que la oveja debía ir á ofrecerse á la rabia voraz de los lobos. «Señor—exclamó con inocente sencillez—he oído decir á muchos que este hombre ha causado grandes daños á tus santos en Jerusalén ⁽³⁾, y también que ha venido acá con poderes plenos de los príncipes de los sacerdotes para prender á todos los que invocan tu nombre.» Y el Señor, tranquilizando con una palabra al bueno del discípulo ⁽⁴⁾, añadió: «Vete á encontrarlo, que ese mismo es un vaso que he escogido para llevar mi nombre á los gentiles, á los reyes y á los hijos de Israel. Y le haré ver cuantos trabajos tendrá que padecer por mi nombre.» El más violento de los perseguidores es-

(1) El sitio tradicional de la casa de Ananías se encuentra un poco al norte de la calle Recta, hacia la puerta del oriente. Una capilla católica á tres metros bajo el suelo, indica el lugar. (V. *Notre Voyage aux Pays bibliques*, vol. II, p. 303).

(2) Es evidente, por la manera misma de dar las indicaciones, aquí y más abajo, que Ananías y Saulo en modo alguno se conocían, y que es superfluo tratar de explicar, por relaciones antecedentes, la aproximación que sólo un elemento sobrenatural motivó entre estos dos personajes.

(3) Esta es la primera vez que encontramos á discípulos del Crucificado honrados con el título de *santos*. Hasta el presente habían sido llamados *discípulos, creyentes, hermanos*. La nueva calificación quiere dar á entender que los cristianos, por la fe que tienen en el Salvador y las influencias de la gracia recibida en su justificación, están separados del mundo corrompido y participan de la santidad de Jesús que los cubre con su sangre. (*Rom.*, I, 7; *I Cor.*, I, 2; *Efes.*, I, 4).

(4) También Moisés (*Ex.*, III, 11) y Jeremías (*Jerem.*, I, 6) habían mostrado ingenuamente su espanto al oír la misión que les confiaba Jehová.

tá, pues, destinado á ser el más resignado y compungido de los perseguidos. Ananías encontrará, no un león rugiente de rabia, sino un cordero dispuesto á dejarse llevar á la muerte. Su mano, por muy tímida que sea, podrá fácilmente atarlo y afianzarlo al servicio de Jesucristo.

Levantándose al punto, el discípulo fué á la casa que el Señor le indicaba. Encontró á Saulo, con el corazón despedazado por el arrepentimiento, el cuerpo abatido por el ayuno y la emoción moral, el alma entregada totalmente á la oración. «Saulo, hermano mío—le dijo con el acento de la más delicada caridad,—el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías ⁽¹⁾, me ha enviado para que recobres la vista y quedes lleno del Espíritu Santo.» Al mismo tiempo el hombre de Dios había impuesto sus manos sobre la cabeza ardiente del joven convertido. Éste sintió caer de sus ojos unas como escamas ⁽²⁾, y, mirando á su bienhechor, reconoció en él al hombre que el cielo en el éxtasis le había mostrado. Se hallaba más que nunca en pleno mundo sobrenatural, creciendo simultáneamente, y con extrañas proporciones en su alma, la fe, la esperanza y el amor. «El Dios de nuestros padres—prosiguió Ananías,—te ha predestinado para que conocieses su voluntad, y vieses al Justo, y oyese la voz de su boca, porque has de ser testigo delante de todos los hombres, de las cosas que has visto y oído.» Así, á medida que el enviado de Dios habla, lo por venir se desarrolla á los ojos de Pablo, con sus trabajos, sus tristezas y sus glorias. Dios señala hoy el destino de su neófito, como en otro tiempo había señalado el de sus profetas. Puesto que el celo abrasador del joven rabino necesita una misión, la

(1) De aquí se deduce que Jesús había dado á Ananías detalles más completos que los mencionados poco ha por el autor del libro de los Hechos.

(2) Lo que el autor compara aquí con escamas, no es otra cosa que la cristalización de los humores obstruyendo el ojo en la oftalmia ó inflamación aguda. Hay que relacionar la expresión *ὡσεὶ λεπίδες* con la frase (*Tobías*, XI, 13) *καὶ ἐλεπίσθη*. Muchos han supuesto que el Apóstol guardó toda su vida restos de esta inflamación. Así se explica que debiese servirse de secretarios para escribir sus Epístolas, y que por sí mismo escribiese rara vez y con muy grandes caracteres (*Gal.*, VI, 11).

tendrá; pero no la de aplastar á Jesús, como él había soñado, sino la de predicarle sin desfallecimientos y establecer su reino en el universo entero; no la de ahogar la naciente Iglesia, sino la de ser su Apóstol más decidido y su soldado más dichoso.

Pablo parece anonadado bajo el peso glorioso con que se le abruma. Permanece prosternado y mudo ante las divinas proposiciones: «Ahora, pues—prosigue Ananías, cuya voz toma poco á poco algo de la majestad de un consagrante,—¿por qué te detienes? Levántate, recibe el bautismo y lava tus pecados, invocando el nombre del Señor.» El neófito no podía resistir á tan solemne invitación. En Damasco, regada por las aguas frescas del Barada, nunca hubo, ni ayer ni hoy, una casa de importancia sin esas piscinas graciosas donde, en un patio interior, á la sombra de los mirtos y de los naranjos, bajo rosales y jazmines en flor, el hombre de Oriente va á buscar, en abluciones frecuentes, un remedio contra el sol que le abrasa. Pablo se levantó y se hizo bautizar. Este sacramento del bautismo, que él comparará más tarde con el sepulcro donde el hombre viejo se encierra con Jesucristo para salir transformado en hombre nuevo, fué el signo exterior que selló su conversión. Después de haberlo recibido, consintió en tomar algún alimento. El gran obrero del Evangelio entre las naciones quedaba alistado en la bandera del Nazareno, no tardando en dejar entrever que será un valiente luchador.

Durante algunos días que pasó en Damasco, instruyéndose con los discípulos é iniciándose en las prácticas de la vida cristiana, se le vió glorificar á Aquel que le había tan misericordiosamente vencido. Si se presentaba en las sinagogas, era para publicar, con todo el entusiasmo de un convertido, que Jesús era el Hijo de Dios y el Mesías de Israel ⁽¹⁾. No intentaba demostrar su tesis; afirmaba la impre-

(1) Así, la profesión de fe de Saulo era la misma que la de Natanael (*Juan*, I, 49) y la de Pedro (*Mat.*, XVI, 16). En la Iglesia de Jesucristo, los últimos y los primeros inscritos tienen el mismo *Credo*, y sus voces se encuentran siempre para formular el mismo Símbolo.

sión íntima de su alma, conclusión lógica de lo que había visto y sentido. Este testimonio no podía menos de parecer extraño en sus labios. Todos conocían su pasado, y como se ignoraba el milagro que había intervenido, no podían menos de mostrarse asombrados de un cambio tan repentino. «¿No es éste—decían,—aquel mismo que perseguía en Jerusalén á los que invocaban este nombre, y que vino acá de propósito para conducirlos presos á los príncipes de los sacerdotes?» Pero Saulo no se dejaba conmover por las legítimas prevenciones que en todos encontraba, mostrándose cada vez más enérgico en su testimonio, confundiendo así, por la expresión de su fe, á los judíos de Damasco, irritados por encontrar en él, no un perseguidor, sino un auxiliar de la Iglesia naciente.

Sin embargo, aquella naturaleza rica y poderosa no se contentaba con ser solamente testigo, necesitaba ser activo y conquistador. Ardor, lo tenía; quería adquirir la ciencia. Los rumores de que era objeto, tanto quizá como el sentimiento de su insuficiencia, determináronle á aislarse por algún tiempo. Dirigióse al desierto á sosegar su alma de las punzantes emociones que le habían destrozado, y á fortalecer su espíritu con las iluminaciones del éxtasis, en la escuela del nuevo Maestro que había escogido ⁽¹⁾.

(1) Esta es la mejor manera de intercalar en el relato, muy conciso, de San Lucas, el retiro en Arabia indicado por el mismo Pablo, y del que hablaremos en el capítulo siguiente. Admitiendo así, no una primera predicación, sino un simple testimonio preliminar de Saulo en las sinagogas de Damasco, se comprende los «algunos días», *ἡμέρας τινάς*, que, según *Hech.*, IX, 19, pasó desde un principio en aquella ciudad, y los razonamientos de los que, esperándole como perseguidor, le oyeron declararse prosélito. Puede en seguida abrirse una laguna suficiente, sea antes del vers. 22, sea en el versículo 23: *cum autem implerentur dies multi*, puesto que esta última locución indica ordinariamente un espacio de tiempo bastante largo. En *III Reyes*, II, 38-39, una forma análoga equivale, como aquí, á tres años.

CAPÍTULO VII

Pablo se retira á Arabia

Época probable en que hay que colocar su permanencia en Arabia.—Razones exegéticas.—Argumento moral, necesidad del silencio al siguiente día de las grandes crisis de la vida.—¿Prescindió Pablo del Cristo de la historia para no conocer sino el de la conciencia?—Cómo se obró su formación religiosa y teológica.—Lugar donde se retiró. (*Gálatas*, I, 13-18.)

Hay en el libro de los Hechos ciertas lagunas que deben atribuirse, sea al objeto exclusivo perseguido por el historiador, sea á su ignorancia de detalles ó de hechos que habrían felizmente completado su obra, si los hubiese conocido. Esto podrán solamente extrañarlo los que confunden la inspiración con la ciencia completa. Así, en el punto en que nos hallamos del libro de los Hechos, y á juzgar por el relato muy seguido de San Lucas, parecería que Pablo, al día siguiente de su conversión, se puso á evangelizar con tanto celo como elocuencia las sinagogas de Damasco, hasta el momento en que, perseguido por sus antiguos correligionarios, debió abandonar esta ciudad para volver á Jerusalén. Pues bien, se engañaría el que relatase así su historia. Entre su conversión y su huida de Damasco hay que colocar un hecho de la más alta importancia, puesto que él explica, mejor que todo, la independencia de su apostolado y el origen directamente divino de su misión, según él mismo nos lo advierte.

Escribiendo á los gálatas, les dice que llamado por la gracia á ver distintamente, con los ojos del alma, al Hijo de Dios y anunciarlo á los gentiles, no se cuidó desde luego ni de la carne ni de la sangre, es decir, de ningún hombre, pariente, amigo, doctor, discípulo del Evangelio, ni

tampoco de los Apóstoles que antes de él habían sido escogidos é instituídos. En lugar de ir á encontrarlos en Jerusalén para instruirse y pedirles que consagrasen su apostolado, se retiró á Arabia ⁽¹⁾, y, desde allí regresó á Damasco. Solamente tres años después de su conversión, se presentó en Jerusalén, para ver á Pedro, y comprobar, sin duda, cerca del jefe del grupo apostólico que, si bien no había sido instruído por él, poseía, empero, su misma doctrina, habiendo tenido por preceptor al mismo Maestro, Jesucristo. Estamos, por tanto, autorizados para decir que el tiempo del retiro de Pablo en alguna soledad de Arabia, fué el mismo en que Jesús se complació en formarlo é instruirlo. El lugar y la importancia que el Apóstol da á este incidente, para probar la independencia de su Evangelio, apoya nuestra suposición. De otra parte, es natural que se impusiera á su alma al día siguiente de su bautismo un deseo inmenso de soledad y de recogimiento. Las grandes crisis de la vida moral reclaman, después de la violenta sacudida que provocan, un tiempo de reposo, de silencio, de aislamiento, en que la quebrantada naturaleza se recobra poco á poco y se reconstituye con nuevas fuerzas y aspiraciones. Cuanto más poderosa y elevada es una naturaleza, mayor necesidad tiene de esta tregua para orientarse de nuevo y buscar su ideal en los antípodas del punto donde en un principio lo había colocado. Que un hombre superficial y sin convicciones quemase súbitamente lo que había adorado y adore lo que había quemado, eso es lo ordinario. El hombre serio, herido por el golpe de la gracia, se detiene: ya no obra lo malo, pero tiene necesidad de recogerse para saber cómo hará lo bueno. Debe razonar sus ideas nuevas, organizar sus fuerzas para un objeto nuevo, y hacerse, si no con otra naturaleza, á lo menos con

(1) Hay que notar, sin embargo, y esto es quizás un medio de explicar el silencio de San Lucas sobre este incidente, que el Apóstol, analizando por sí mismo en dos de sus discursos este período de su vida, no habla de su retiro en Arabia. Véase *Hechos*, XXII, 16-17, y XXVI, 20, donde dice que su primera predicación tuvo lugar en Damasco, y la segunda en Jerusalén y en toda Judea.

otra manera de vivir. Pues bien, todo esto pide reflexión, para que el alma se pese á sí misma; silencio, para que las voces de lo alto se hagan oír, y humilde anonadamiento, que atraiga el socorro de Dios. Moisés, Elías, el mismo Maestro se habían preparado á su gran misión en el retiro. Pablo siguió su ejemplo.

Puede, por tanto, creerse que el retiro en Arabia fué como el noviciado del futuro Apóstol ⁽¹⁾. En la escuela de Jesús, y bajo las continuas inspiraciones del Espíritu Santo, se formó, no sólo en las virtudes cristianas, sino también en la ciencia que debía convertirlo en el gran teólogo de la nueva religión. En el momento en que de él se apoderó la gracia, es evidente que, de Jesús y el Evangelio, no sabía otra cosa que las odiosas calumnias que circulaban entre sus correligionarios. Su más vivo deseo debió ser aprender toda la verdad que había entrevisto en su sublime conjunto, pero cuyos detalles prometían á su corazón, ya lleno de Cristo, los más dulces consuelos. En algunos días, ó también en algunas horas, Ananías y los otros discípulos de Damasco no habían podido instruirle más que sumariamente. Como nada le aseguraba que iba á ser directamente iluminado por revelaciones divinas, procuró ayudarse de los medios humanos que pudieran satisfacer su piadosa curiosidad y secundar su necesidad de conocer más á fondo á Jesús. Muy probablemente existían desde aquella época, bajo la forma de hojas volantes, redacciones escritas, en que la fe de los primeros discípulos se ejercitaba en consignar los relatos del Evangelio oral. El que quería predicar á Jesucristo y no le había oído durante su vida mortal, ponía por escrito lo que referían los Apóstoles en la asamblea cristiana, ó copiaba con cuidado lo que otros redactaban. Parece bastante natural suponer que Pablo, al retirarse al desierto, llevóse consigo los do-

(1) Los que suponen que Pablo empleó su estancia en Arabia en predicar el Evangelio nada pueden invocar para apoyar su extraña opinión. El mismo Apóstol (*Hechos*, XXVI, 20) dice que primeramente predicó á los habitantes de Damasco, después en Jerusalén y en Judea. Nada dice de los árabes.

cumentos que los discípulos de Damasco conservaban sobre la vida pública de Jesús.

No hay, en efecto, el derecho de creer, con la escuela de Tubingia, que el gran Apóstol no conociera más que el Cristo de la conciencia y que prescindiese del Cristo de la historia. Esto sería olvidar singularmente todo lo que había de positivo y de lógico en su naturaleza, llena de súbitas percepciones, es cierto, pero no menos inclinada á razonarlo todo y principalmente su fe. En él el *νοῦς*, ó la razón, marcha á la par con el *πνεῦμα*, ó la inspiración; él no sacrifica los derechos de la una á los arranques de la otra. Es segurísimo que Pablo quiso saber sobre Jesús todo lo que se sabía en la comunidad cristiana, y el Cristo espiritual resultó tanto más vivo en su alma, cuanto que, por relatos autorizados, le era más familiar el Cristo histórico. Sin duda que en sus Epístolas, apenas cita ni las palabras ni los hechos del Maestro; pero Pedro, Juan, Santiago, Judas, no los citan mucho más, y, sin embargo, sabían muy bien lo que el Maestro había hecho y había dicho. Lo que en realidad hay es que los hombres de aquella edad estaban de tal manera llenos de Jesús viviente en su corazón, que apenas pensaban en citar á Aquel de quien se creían perpetuos y fieles portavoces.

Á menos de sufrir la más extraña de las prevenciones, debe admitirse que Pablo conoció en todos sus detalles la vida de Jesús. Cada vez que su argumentación se presta, con una palabra deja ver que no ignora nada. Si su predilección por el misterio de la Cruz le lleva á profundizar el sangriento y saludable sacrificio, precisa que el Maestro fué condenado por los jefes del pueblo, que fué traicionado de noche, que sufrió cruelmente en su pasión, que los clavos atravesaron sus miembros, que murió en las fiestas pascuales, y que, en fin, resucitó al tercer día ⁽¹⁾. Si trata la cuestión del celibato ⁽²⁾, señala exactamente lo que

(1) *I Cor.*, II, 8; XV, 1-9, 16-20; V, 7; *II Cor.*, XIII, 4, *Rom.*, XV, 3; *Colos.*, II, 14 *et passim*.

(2) *I Cor.*, VII, 10, etc.

el Maestro enseñó sobre este punto, y distingue el precepto del Señor del consejo que él da por sí mismo. Si quiere establecer el derecho de los predicadores del Evangelio ⁽¹⁾, por encima del argumento tomado del derecho natural y del derecho mosaico, apela á la misma orden dada por Jesús. Por lo demás, nunca se juzgará mejor de la exactitud con que se había asimilado los relatos orales ó escritos del Evangelio, que abriendo la página de la Epístola á los corintios en que repite la institución de la sagrada Eucaristía ⁽²⁾. Este fragmento, que tiene un parentesco visible con los pasajes correspondientes de San Marcos y de San Mateo, es absolutamente idéntico con San Lucas. Pablo, tan bien como nuestros Sinópticos, conocía el Evangelio oral. ¿Cómo, además, los paganos á quienes evangelizaba habrían comprendido su predicación, si hubiese sido puramente teológica como sus Epístolas? Ante todo era preciso referir á sus auditorios extraños á la Buena Nueva la vida misma de Jesús, y sólo después de haberlos así nutrido con esta leche de la doctrina era posible ofrecerles un alimento más sustancial. Ahora bien, preciso era que conociera lo que contaba á los demás.

Suponer que Pablo se contentó con el sentimiento íntimo que tenía de Jesús para edificar su propia religión, es no tener la menor idea del hombre que, razonando siempre su acto de fe, era más incapaz que ningún otro de sacrificar su razón á las emociones de un idealismo más ó menos vaporoso. Para él, el Cristo interior no podía ser otro que el Cristo exterior, conocido por la fe y saboreado por la conciencia; y cuando declara que hay que olvidar al Cristo según la carne, no quiere en modo alguno hablar del Cristo visible y tangible, sino del Cristo, rey conquistador, del Cristo, Mesías terrestre, del Cristo que trae los bienes de la vida presente, tal como el judaísmo carnal lo esperaba.

Sin embargo, de que Pablo no descuidara ninguno de los medios humanos que encontró en torno suyo para ins-

(1) *I Cor.*, IX, 14.

(2) *I Cor.*, XI, 23 y sig.

truirse en el Evangelio, no se sigue que su principal maestro no hubiese sido Jesucristo: Esto sería negar lo que él mismo afirma; pues, según lo que nos dice en sus Epístolas, es evidente que entre el Maestro y el discípulo se estableció un estado de unión íntima, en el cual, á través de comunicaciones incesantes, Aquél respondía con iluminaciones sucesivas á las cuestiones múltiples que éste proponía con fe ardiente.

Uno de los puntos que debieron sobre todo cautivar al hijo de la Sinagoga, fué, sin duda, el objeto de la Antigua Alianza frente á la Nueva. En lo más íntimo de sus entrañas, Pablo era judío. Repudiar la revelación comunicada á Moisés, porque él tenía en sí mismo la revelación de Jesucristo, debió parecerle irracional. Plugo á Dios hacerle ver desde el primer momento cómo lo pasado se armonizaba con lo presente, aquél siendo la figura y éste la realización, el uno la promesa, el otro el cumplimiento; y cómo Jesús, rey de los siglos venideros, había sido también, bajo símbolos proféticos, el verdadero rey de los siglos pasados. Desde entonces ¡qué irradiaciones en la inteligencia de Pablo! Á la luz del Nuevo Testamento explora el Antiguo, y su ciencia de discípulo de Gamaliel le servirá para hacer toda justicia á Jesucristo. Su teología sale, como de un tirón, de la relación que su espíritu y su fe establecen entre el Evangelio y la Ley. Se ha hablado de la preparación de Jesús á la vida pública cuando pasó cuarenta días en el desierto, con mayor razón debería darse una importancia capital á la preparación apostólica de Pablo en Arabia. Allí fué sobre todo donde el Maestro trabajó el corazón y el espíritu del nuevo discípulo, y adornó el vaso de elección destinado á los gentiles. Cuando, en el fondo del desierto silencioso, el alma se remonta, en alas de la fe y del amor, hasta las esferas superiores más allá de las cuales comienza el mundo divino, Dios le deja entrever horizontes infinitos y oír el lenguaje revelador que explica los misterios. La historia de la Iglesia cuenta la transformación prodigiosa de algu-

nos santos en la soledad; mas ¡cuán lejos estuvo todo eso de lo que Dios reservaba al hombre asombroso llamado á ser el más valiente campeón del Evangelio frente al mundo pagano!

¿En qué lugar de Arabia buscó Pablo un asilo? No es fácil decirlo. Muchos han supuesto ⁽¹⁾ que el hijo de la Ley fué á recogerse al pie mismo de aquellas rocas sinaíticas, donde la Ley había sido promulgada; como si, antes de romper con el mosaísmo, hubiese querido contemplar el teatro mismo de la antigua revelación y recibir la nueva contraseña de Dios á la humanidad, allí mismo donde este Dios había antiguamente hablado á Israel detrás de una cortina de rayos. ¿No fué en aquellas cavernas del Horeb donde había ido á recogerse el más grande de los profetas, Elías, huyendo de la cólera de Jezabel? ⁽²⁾ Y allá vió á Dios. Estos viejos recuerdos conservaban algo que seducía al nuevo discípulo del Evangelio. Puede, por tanto, encontrarse natural que, tomando el camino del desierto y huyendo de la sociedad de los hombres, Pablo hubiese ido á ocultar las emociones de su corazón al pie de aquellas cimas sagradas donde todo hablaba de Dios, de su poder y de su misericordia frente á la humana fragilidad. Nada más á propósito para sumir al alma en un sobrecogimiento piadoso que la majestad silenciosa de aquellas gargantas sombrías y abruptas. Allá, y desde muchos siglos antes que el Cristianismo levantase sus monasterios y sus oratorios, la mano del hombre había cavado asilos profundos, á través de las rocas de gneis y de granito que habían visto pasar á Moisés, Aarón y al pueblo de Israel. Á los grandes servidores de Dios les gustaba de esconderse en ellos ⁽³⁾.

(1) Desde el punto de vista escriturario, se fundan en que, si bien el nombre de Arabia tenía para los historiadores y los geógrafos de otro tiempo un sentido más amplio (Herodoto *Hist.*, II, 12; Jenofonte, *Anab.*, I, 5; XVI, 1, 3); Plinio, *Hist. nat.*, VI, 5), para los judíos significaba más precisamente la península sinaítica. Se puede ver la prueba en la misma Epístola á los Gálatas (IV, 25), donde Pablo parece indicar lo que él entiende por Arabia. (V. Lightfoot, *Galat.*, I, 17).

(2) *III Reyes*, XIX, 8.

(3) En uno de ellos se retiró Elías (*III Reyes*, XIX, 9).

¡Cuántos pensamientos germinaron allí, cuántas súplicas resonaron, cuántas lágrimas corrieron! Cuanto más se piensa en ello, menor sorprendente parece que uno de ellos sirviera de asilo á Pablo recibiendo, á través de los transportes de su arrepentimiento y de su amor, el evangelio de Dios y la orden de ir á predicarlo á la humanidad entera. Aquellas intermitencias de clara luz y de sombrías tinieblas, por entre las altas montañas que se yerguen á pico por encima de los profundos barrancos; aquellas nubes que de pronto suceden á las irradiaciones del cielo más puro sobre las crestas rojizas del Djebel-Muçá, del Deir y del Serbal, donde algunas veces parece centellear aún la huella de los pies de Jehová, están en completa armonía con las impresiones del alma, ora arrebatada en éxtasis ante el amor de Dios, ora triste en el hastío de sí misma. En el mundo hay pocos sitios más imponentes que aquél. El corazón del hombre siente allí el escalofrío religioso de un terror santo. Apenas si el silencio de aquella naturaleza salvaje, y por tanto hermosa en sus horrores, es interrumpido por el canto monótono de algún peregrino, que hace rodar, bajo los pies de su dromedario, los guijarros que cubren el camino y cuyos colores variados recuerdan los caprichosos tapices de Oriente. El Dios que por allí pasó, dejó vestigios, no solamente de su rayo en los picos desnudos, pero sobre todo de su silenciosa majestad.

Sin duda que en la hipótesis de que Pablo hubiese ido á ocultarse al pie del Sinaí, puede parecer extraño verle, al término de su retiro, subir directamente hasta Damasco, para bajar de nuevo desde allí á Jerusalén, que había dejado en su camino. Pero ¿quién sabe si el Señor no le había mandado inaugurar, en la misma Damasco, su apostolado, diciéndole como á Elías: «Vete, vuélvete por tu camino, á través del desierto, hasta Damasco ⁽¹⁾?» ¿Este camino del desierto no era el más directo, el más frecuentado, para subir hacia Damasco? ¿No había inconveniente en

(1) *III Reyes* XIX, 15.

presentarse en Jerusalén antes de haberse estrenado en en otros puntos?

Si hay que buscar el lugar de su aislamiento, no al sur de Palestina, sino al norte ó al este de Damasco, podría entenderse que el nuevo convertido se dirigió hacia las tierras tan tristemente desiertas que, más abajo de Palmira y más allá del Haurán, se extienden hacia el Eufrates, sin oasis, sin abrigo, sin recuerdos, sin vida, dejando en el alma la impresión del abandono completo, á fin de mejor abrirla á las influencias de la gracia. Allá, en medio de los nómadas de la Arabia desierta, habría podido muy fácilmente proveer á su subsistencia ejerciendo su oficio de constructor de tiendas. Sabido es que los pastores del desierto acampan todo el año, con sus rebaños, bajo abrigos móviles, hechos con tejidos de Cilicia ⁽¹⁾. En este caso, aquellos representantes de la antigua vida patriarcal fueron el primer medio donde el nuevo convertido ejerció su celo apostólico. De otra parte, leemos en los geógrafos antiguos que la Auranítida, con Bostra, su capital, y la Traconítida formaban parte de Arabia ⁽²⁾. Ahora bien, estas dos provincias eran limítrofes de Damasco. Quizás á ellas se refería Pablo. Allá se habría encontrado en un retiro menos aislado, porque en las llanuras del Haurán y las montañas de Ledja había más de una ciudad importante; si bien es cierto que no faltan grutas salvas bajo los enormes bloques de basalto.

Sea como fuese, para Pablo, el desierto con Jesús no fué el desierto, y, encontrándose allí á solas con Aquel á quien amaba, realizó prontamente aquella transformación radical de su ser, que le autorizaba para decir: «Vivo aún, ó mejor no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí ⁽³⁾.»

(1) Plinio, *H. N.*, VI, 32.

(2) Estrabón, XVI, 2, 16; Tolomeo, V, 15, 26; Dión Casio, LIX, 12; Josefo, *B. J.*, I, 4, 3; *Ant.*, XII, 4, 11; y Eusebio, *Onomas.*, en la palabra *Ἰσπιδάρις*.

(3) *Galat.*, II, 20.

CAPÍTULO VIII

Pablo convertido predica en Damasco y en Jerusalén

Pensamiento dominante de Pablo después de su permanencia en Arabia, y lo que él llama *su Evangelio*.—Su predicación convencida y triunfante en las sinagogas de Damasco.—Peligro que corre de parte de los judíos.—Su evasión y su partida para Jerusalén.—Impresiones probables del viaje.—Es sospechoso á todos en la Ciudad Santa.—Bernabé lo presenta á los Apóstoles.—La conferencia con Pedro.—Predicación á los helenistas.—Persecución.—Partida para Cesárea y Tarso (*Hechos*, IX, 22-30; *II Cor.*, XI, 32-33; *Galat.*, I, 18-19; *Hech.*, XXII, 17-21).

De su retiro en Arabia, que parece haber durado cerca de tres años, desde el fin del año 33 hasta el otoño del año 36, volvió Pablo, totalmente lleno de Dios y de las inspiraciones que había recibido. Éstas constituyen *su Evangelio*, es decir, sus miras sobre la religión y más particularmente sobre la admisión de los gentiles en la Iglesia.

Para los otros Apóstoles, el mundo debía hacerse primeramente judío y después cristiano. La salud no era sino para los hijos de Abraham y los circuncisos. Á Pablo, Jesús le ha revelado desde luego que no es útil conducir el mundo pagano á la Sinagoga para hacerlo llegar á la Iglesia, ó darle la circuncisión para disponerlo al Bautismo ⁽¹⁾. El Redentor ha venido á salvar, no á los hijos de Abraham, sino á los hijos de Adán, y ofrece la salud, no á través de la ley de Moisés, sino á través de la Cruz. De tal suerte que, si la Ley ha sido buena para conducir á Jesucristo, después de Él resulta inútil, y se puede sin ella alcanzar la

(1) *Galat.*, I, 16; *Hech.*, IX, 15; XXII, 21; XXVI, 17-18.

salud. He aquí por qué, según el Evangelio de Pablo, no es ella lo que hay que predicar, sino la gracia, gracia que sale de Dios Padre, el cual, por un decreto eterno, escoge á sus elegidos; gracia que se personifica en el Hijo, el cual nace de la mujer para pagar el rescate de los culpables, y clava en su cruz, completamente desgarrado, en testimonio de nuestra libertad reconquistada, el acta vergonzosamente suscrita de nuestra servidumbre; gracia que se posesiona enteramente del hombre, y lo eleva, por el acto de fe y la perfecta caridad, hasta la vida misma de Jesucristo, para hacerlo coheredero de su gloria ⁽¹⁾.

Todo esto constituía un conjunto armonioso y una síntesis tan vasta como poderosa, muy capaz de sublevar de entusiasmo el alma del nuevo predicador. Por esto debió dirigirse á Damasco, no menos impaciente de llevar allá la verdad y la salud, que lo había estado en otro tiempo de sembrar la persecución y la violencia. Su corazón estaba trabajado por el deseo de hacer conocer á Jesús. El silencio del desierto no había hecho más que excitar ese deseo ardiente de hablar en nombre del agradecimiento y de la verdad. Reapareció, pues, en las sinagogas de Damasco, pero esta vez ampliamente instruido de Dios, maduro por la meditación, poderoso por la plena posesión de la luz y de la caridad. Era el propio Esteban devuelto á la Iglesia. Ya no se contenta con afirmar, desenvuelve su enseñanza, lucha cuerpo á cuerpo con sus contradictores y los vence ⁽²⁾. El fondo de su tesis era exactamente el mismo de los primeros días de su conversión; pero el desenvolvimiento debía ser más abundante y mejor variado. «Jesús es el Cristo»—decía—y la lucha se entabla en torno de esta afirmación. Como su sentimiento personal de esta

(1) *Epístolas* passim.

(2) Esta diferencia de actitud está señalada por los dos verbos *ἐκήρυσσε* y *συμβιβάζων συνέχυνε*. En el primer caso, al día siguiente de su conversión, pública entusiasmado lo que siente; en el segundo, al regreso de su largo retiro, razona lo que él se ha demostrado lógicamente á sí mismo; establece sus argumentos y los agrupa en un haz, *συμβιβάζων*; así confunde á sus contradictores, *συνέχυνε*.

verdad sólo tenía, en el fondo, valor indiscutible para él mismo, en lugar de contentarse, como antes, con entusiasmas declaraciones, le convenía apelar á argumentos tomados de la Escritura, y mostrar, por orden sucesivo, la ley instituída únicamente para conducir á Jesucristo, la economía antigua convirgiendo toda entera hacia Él, á los profetas anunciándole de edad en edad, y los últimos acontecimientos realizados en Jerusalén estableciendo de la manera más irresistible que Él había venido. Desgraciadamente, un argumento bien fundado no asegura siempre su triunfo. El hombre guarda siempre el poder de resistir á la verdad, y con frecuencia le asalta la tentación, como dice San Juan Crisóstomo, de responder á los mejores silogismos con el más detestable de los argumentos, el de la violencia. Á Pablo algo se le alcanzaba de eso, pues otras veces se había servido de él para con los de Jerusalén. Hacía tres años que duraba la predicación ⁽¹⁾, y en este largo espacio de tiempo, el novel evangelista había causado la más viva impresión en el pueblo. Los judíos de Damasco, exasperados por su tesis: Jesús es el Cristo Hijo de Dios, conspiraron para apoderarse de Él y matarlo. Poseyendo el poder del número y la influencia de la fortuna, se convinieron con el gobernador de la ciudad ⁽²⁾, un lugarteniente de Aretas ⁽³⁾, rey de Arabia, que se prestó gus-

(1) *Gal.*, I, 18: *Hech.*, IX, 23, dice: ἡμέραι ἰκοναί.

(2) Algunos han supuesto que este gobernador era uno de los etnarcas encargados de gobernar á los judíos en las ciudades en que eran muy numerosos (*Ant.*, XVI, 7, 2; XIX, 5, 2, etc.) Aquí, esta suposición no tiene fundamento, porque el gobernador de quien se trata mandaba la guarnición (*II Cor.*, XI, 32).

(3) Se ha preguntado cómo Damasco podía estar bajo la jurisdicción de Aretas, rey de Petra, en Arabia, cuando está probado que la Siria damasceña había sido conquistada mucho tiempo antes por Pompeyo, á continuación de las guerras contra Mitridates. Muchos han supuesto que el rey árabe la había ocupado á viva fuerza, en ocasión de su guerra con Antipas. Es más probable que Calígula, recordando que en otro tiempo los emires de Petra habían sido los dueños, la había puesto de gracia bajo su dominación. Se sabe, en efecto, que este emperador puso empeño en tratar como enemigos suyos á los amigos de Tiberio, reservando, en cambio, todos sus favores para los que habían sido enemigos de su predecesor. Ahora bien, Tiberio había muerto en el momento mismo en que mandaba á Vitelio, gobernador

tosos á sus deseos. Puso guardas en las puertas para detener al joven tarsense, si, de día ó de noche, trataba de escapar; y al propio tiempo, y por toda suerte de astucias, se procuraba saber dónde se ocultaba y atraerlo á una emboscada. Pero la fidelidad de la pequeña comunidad damascena le defendía victoriosamente contra todos. Cuando se vió que estaba estrechado de cerca y corría peligro de ser cogido, imaginaron bajarlo con ayuda de un serón hasta el pie de las murallas, por la ventana ⁽¹⁾ de una casa que dominaba el recinto fortificado, ó que se abría en el mismo muro. ⁽²⁾ Se ve todavía en Damasco

de Siria, marchar contra Aretas, que había destrozado el ejército de Herodes, y enviar á Roma al rey encadenado ó su cabeza, si era preciso matarlo. Herodes había cometido toda suerte de injusticias contra Aretas, pues, según vimos, se había permitido repudiar á su hija para casarse con Herodías, mujer de Filipo. Cuanto más Tiberio le había sostenido, tanto más severamente le trató Calígula. Privóle de su tetrarquía y le desterró á Lión, en las Galias. (*Ant.*, XVII, 4, 5). Es, por tanto, posible que hubiese querido manifestar sus buenas disposiciones para con Aretas, dándole jurisdicción sobre Damasco, ciudad limítrofe del reino de Arabia. Esto entraba en su manera de obrar. (V. Dion Casio, LIX, 12). De su parte, Aretas, habría venido á ser aliado de Roma y habría prometido vivir en adelante en paz con los pueblos vasallos del imperio. En todo caso, está comprobado que apenas elevado al imperio, Calígula se ocupó en modificar muchos principados de Oriente. Dió Iturea á Sohem, otro emir árabe, y la pequeña Armenia, con algunos distritos de Arabia, á Cotis, que cedió la Tracia á Bemetalces, su primo. Por eso Tito encontró más tarde, entre los árabes, auxiliares para hacer la guerra á los judíos. (Tácito, *Hist.*, V, 1). Lo que hay de cierto es que todavía no se ha encontrado moneda de Damasco acuñada con la efigie de Calígula ó de Claudio, mientras la hay con la efigie de Tiberio, de Nerón y de otros emperadores. Por lo contrario, Mionnet (*Descript. de médailles antiques*, V, 285) menciona una medalla de Damasco, con el nombre de Aretas, que es posterior al año 37 y anterior al 41. Es del 101 de la era pompeyana, que comienza en el 690 de Roma. Otras dos que están en el British Museum llevan de un lado la inscripción: Βασίλειος Ἀρέτου φιλέλληρος y del otro, la efigie del príncipe. El sobrenombre Fileleno, *amigo de los griegos*, indica que son de un Aretas anterior á la conquista de Damasco por los romanos; porque según Josefo (*Ant.*, XIII, 13, 3; *B. J.*, I, 6, 2), Damasco había pertenecido á una serie de reyes Nabateos que llevaban este nombre.

(1) La idea de esta evasión pudo estar inspirada por otras evasiones citadas en el Antiguo Testamento. La cortesana Rahab había hecho escapar á los dos espías israelitas, con ayuda de una cuerda, por una ventana que se abría en el muro de Jericó (*Josué*, II, 15). Micol arrebató á su esposo David al furor de su padre, Saul, haciéndole bajar también por una ventana. (*I Reyes*, XIX, 12).

(2) En la segunda Epístola á los Corintios (XI, 32-33), Pablo cuenta este incidente de la misma manera, con esta sola diferencia, no inútil á la com-

aberturas que podrían servir á una evasión semejante ⁽¹⁾. Para Pablo, arrebatado así á las manos de sus enemigos, comenzaba la serie de persecuciones que en lo sucesivo le acompañarían durante su vida, y que con tanta elocuencia describió en su segunda carta á los corintios ⁽²⁾.

Solo, en medio de la noche, á un paso de sus enemigos, perdido si era sorprendido, comenzó á sentir que el apostolado era una obra, no solamente de entusiasmo, sino sobre todo de paciencia y de valor, un martirio como el del primer predicador del Evangelio, Jesucristo. La tradición muestra todavía, no lejos del cementerio cristiano, cerca de la vieja vía romana, un antiguo bloque de hormigón cavado en forma de bóveda, donde Pablo se habría ocultado en el momento de su evasión. Es un resto de una antigua iglesia, á la que, de otra parte, pudo vincularse algún importante recuerdo. Pablo no tuvo que reflexionar mucho para determinarse á tomar en seguida el camino de Jerusalén. Allí estaba la silla del apostolado primero y oficial, allí debía pedir y obtener la consagración de su apostolado extraordinario. Comprendía que, para hacer algo útil y duradero, debía ver á Pedro y conferenciar con él. Partió, pues, para la Ciudad Santa, sin detenerse en evangeli-

pleta inteligencia del relato de los *Hechos*: que el ejecutor del complot fué el gobernador de la ciudad. En efecto, no parecería admisible que los judíos, con su autoridad privada, hubiesen guardado las puertas de la ciudad. De otra parte, tampoco se comprendería que un prefecto árabe, por sí mismo y sin ser incitado, se hubiese declarado en contra de un predicador judío que debía serle muy indiferente, al paso que todo se explica combinando los dos relatos. Los judíos habían inducido al gobernador á proceder contra Pablo; los unos urdieron el complot, el otro lo ejecutó.

(1) Una tradición más ó menos fundada mostraba, hace medio siglo, en el viejo muro meridional de Damasco, hacia la puerta Bad-Kisán, la abertura por la que Pablo fué descolgado. El fanatismo musulmán la destruyó hace algunos años. No lejos de allí, un pequeño oratorio, rodeado de una verja, recuerda á un soldado llamado Jorge, el cual, secretamente adicto á la religión nueva, habría favorecido, estando de guardia en la puerta del sur, la evasión de Pablo. Se le honra como santo, porque se supone que pagó con su vida el servicio prestado á la causa de Jesucristo. Nosotros vimos muchas lámparas encendidas alrededor de su sarcófago. (*Notre Voy. aux Pays Bibliq.*, vol. II, 305 y sig).

(2) *II Cor.*, XI, 23-27.

zar los lugares por donde pasaba ⁽¹⁾. Su pensamiento era no emprender nada antes de ponerse de acuerdo con el Colegio Apostólico.

¡Qué emociones debieron embargar su alma, al pasar de nuevo por el mismo camino que había seguido, cinco años antes, pero con muy diferentes disposiciones! En su ruta se hallaba el lugar donde Jesús le había aterrado y transformado, dejándole ver un rayo de su gloria, aquel Sinaí, donde le había impuesto el yugo de la nueva ley. ¡Con qué efusión debió en aquellos parajes orar y ofrecer su acción de gracias! ¡Con cuánta pena y cuantas lágrimas debió expiar los pensamientos de odio, las amenazas fanáticas, las maldiciones que hasta entonces había multiplicado! Después, cuando se acercó á Jerusalén, ¡qué paralelo debió su alma establecer entre el Templo y el Calvario! Allá abajo, á la izquierda, el inmenso y majestuoso edificio, víctimas en lo sucesivo superfluas, un sacerdocio decaído, símbolos que ya no tenían razón de ser; más cerca y á su derecha, sobre la roca del Gólgota, la cruz de Jesucristo, invisible para el ojo del judaísmo, pero terrible y gloriosa, sangrienta y saludable, única viviente y de pie por los siglos de los siglos, luminosa y adorable delante de su alma creyente; la vieja Sión desvaneciéndose en la sombra, la nueva levantándose en la luz, y él, por la gracia del Crucificado, tráfuga de aquélla y campeón de ésta! No se necesitaba más para mantenerlo en éxtasis ante la extraña visión. Al pasar cerca del campo donde Esteban ha sido apedreado ⁽²⁾, dedicó sin duda un piadoso recuerdo á aquel en cuya muerte había consentido. Nos parece verlo mirando ora el sitio desde el cual, sentado, había animado el fanatismo de los asesinos, ora el lugar donde había caído el noble mártir. Oyó, más conmovedora que nunca, la sú-

(1) *Gal.*, I, 22. No hay contradicción entre este pasaje de la Epístola y el discurso á Agripa. (*Hech.*, XXVI, 20). Según *Gal.*, I, 22, Pablo no evangelizó á Judea al principio de su ministerio. Esto fué quizá, cuando volviendo de Corinto, pasó por Jerusalén para ir á Antioquía.

(2) El sitio probable está junto al camino por el cual entró en Jerusalén. (V. más arriba, p. 147).

plica heroica de la víctima en favor de sus verdugos. A ella, quizás, debía su transformación religiosa. Con efusión, besó la tierra donde gritaba todavía la sangre del justo. De allí salía una palabra de paz y de perdón. Cuando se levantó, quebrantado de amargura y de santas emociones, debió decir á Dios, puesta la mano sobre su corazón: «Yo le maté, pero siento aquí algo con que hacerlo revivir.»

En efecto, entró en Jerusalén, dispuesto á sufrirlo todo y á atreverse á todo por la gloria de Jesucristo. En sí misma, su situación tenía algo de falsa. Los amigos de antes no podían ahora ser sus amigos: había defraudado sus esperanzas. En cuanto á los cristianos, ¿iban á creer en seguida en la sinceridad de su conversión y abrir sin desconfianza sus brazos á aquel que había sido el más cruel de sus adversarios? La Historia Sagrada no nombra la casa en que recibió hospitalidad. Seguramente no fué ninguna de los miembros del Sanedrín, que lo habían enviado á Damasco en calidad de terrible inquisidor, y á quienes habría llevado, como resultado de su misión, la nueva de que él mismo se había hecho cristiano.

Sea lo que fuese, desde los primeros días, vióse que Pablo no era el mismo hombre. Buscaba la sociedad de los discípulos, y quería formar parte de sus ambleas. A ello tenía perfecto derecho; porque si antes había sido el adversario de Jesús, encontraba ahora, en el fondo de su alma, los más poderosos motivos para señalar su sitio entre sus más sinceros amigos. Desgraciadamente, en Jerusalén, apenas se había sabido nada de su visión en el camino de Damasco, y, en todo caso, más de cinco años habían transcurrido sin que él hubiese dado otras pruebas públicas de su conversión. Sus recientes predicaciones y el peligro que había corrido en Damasco eran cosas ignoradas todavía en la Ciudad Santa. Se vacilaba en demostrarle alguna confianza. Por tanto, su alma tenía necesidad de consolarse con alguien, pues debía sufrir cruelmente por su rompimiento con todos sus maestros y

amigos de otro tiempo. De ordinario no se pesa bastante lo que hubo de heroico y de humanamente inexplicable en la conversión de Pablo. Un filósofo inglés escribió un libro para demostrar que en ella hay un argumento decisivo en favor de la divinidad del cristianismo ⁽¹⁾. Su tesis es irrefutable. Pablo, pasando á la nueva religión, sacrifica con sus más íntimos afectos, sus prejuicios, sus ideas más arraigadas, la gloria á que tenía derecho entre los hijos de la Sinagoga, en una palabra los triunfos más ciertos. A los treinta años, era el hombre de confianza de su partido, y obtenía del Sanedrín credenciales para la más grave de las empresas. Renunciando á todo esto ⁽²⁾, se obstina en adherirse á la joven Iglesia, modesto rebaño sin consideración pública, sin fortuna, y, humanamente hablando, sin porvenir. Por añadidura, esta Iglesia, desconfiada, lo rechaza. ¡Qué extraña tenacidad la de querer entrar de todos modos en ella, para vivir pobre, perseguido, maldito, si no hubiese sido arrastrado por un móvil sobrenatural é irresistible como la verdad! Se dirá que, para ciertas almas exaltadas, los extremos se tocan, y que, sin motivo, con frecuencia por casualidad ó por capricho, pasan de uno á otro con el ardor del iluminismo, y precipitan sus contradicciones sucesivas con toda la violencia de la ceguera y lo imprevisto de la sinrazón. Pero Pablo, á pesar del fuego sagrado que arde en su corazón, no es en modo al-

(1) Lyttleton *Observations on the conversion and apostleship of St. Paul*. London, 1727. Este trabajo muy concienzudo ha sido reimpresso muchas veces.

(2) El poderoso argumento sacado de la conversión de Pablo al cristianismo ha embarazado en todo tiempo la incredulidad, y sabido es, según San Epifanio (*Adv. Haer.*, XXX, 16 y 25), que los ebionistas de los primeros siglos inventaron, para deshacerse de él, la más indigna y la más absurda de las explicaciones. Según ellos, Pablo habría sido un joven pagano perdidamente enamorado de la hija del sumo sacerdote. Para obtener su mano, habria dirigido después de circuncidado, la persecución contra los cristianos con el celo más exagerado. Defraudado en sus esperanzas y para vengarse del sumo sacerdote, se habría convertido en el más ardiente defensor de la nueva religión. Nada de todo esto guarda la menor relación con lo que Pablo dice en sus discursos y en sus cartas á personas que conocían su origen su juventud y toda su vida.

guno un iluminado; razona su fe, desenvuelve sus doctrinas, edifica su teología con una lógica tan rigurosa, que desde el solo punto de vista humano, aventaja infinitamente las más grandes y las más sólidas concepciones de todos los filósofos. Ni el hombre ni la obra se comprenderían, si se quisiese suprimir á Jesucristo, que es el único que transformó á aquél y sostiene á ésta.

En el mismo momento en que la prueba era más aguda para el joven prosélito, Dios envió á un hombre que le había conocido quizás en Tarso,—la isla de Chipre no distaba mucho,—quizás en Damasco, quizás en fin en las sinagogas helenistas de Jerusalén, en la época de las grandes luchas de Esteban. Este hombre era el levita cipriota Bernabé, verdadero *hijo de Consolación ó de Persuasión*, como lo indicaba su nombre, y á quien hemos visto entregar generosamente sus bienes en la comunidad cristiana. Primeramente amigo de juventud y confidente ahora en la angustia, Bernabé mostró para con Pablo una caridad verdaderamente cristiana. Le tomó por la mano y lo presentó personalmente á los Apóstoles. En realidad, según la Epístola á los Gálatas ⁽¹⁾, que aquí hay que tener á la vista para completar el relato, Pablo no conferenció más que con dos de ellos, Pedro y Santiago, no el hijo del Zebedeo, sino el pariente del Señor. Esto no quiere decir que en aquella fecha los otros hubiesen definitivamente abandonado la Ciudad Santa. Sin duda, se los podría suponer dispersos en Palestina, donde se fundaban entonces numerosas iglesias, pero más probablemente se encontraban aún todos en Jerusalén ⁽²⁾. Bernabé refirió que el Señor se había aparecido al perseguidor en el camino de Damasco y lo que le había dicho. Afirmó que, por esta manifestación muy cierta y realmente divina, Saulo había

(1) *Gal.*, 1, 18-19.

(2) Creemos que el verdadero sentido de la frase «*No vi á otro alguno de los Apóstoles,*» en la Epístola á los Gálatas, es que trató la cuestión religiosa solamente con Pedro y Santiago. Que vió á los otros, y que ellos, por consiguiente, estaban en Jerusalén, parece decirlo el libro de los *Hechos*: «Bernabé, tomándole consigo, le llevó á los Apóstoles.»

sido por completo transformado. Añadió también que sus animosas predicaciones en Damasco, donde había públicamente glorificado el nombre de Jesús, no dejaban ninguna duda sobre la sinceridad de su fe. Ahora bien, el que así servía de introductor á Pablo gozaba de gran influencia en la comunidad cristiana, debida más aún á la elevación de su carácter y á su elocuencia, que á sus recientes generosidades para con los fieles. El afecto que á Pablo profesaba hacía particularmente persuasivo su lenguaje, y acabó por triunfar de todas las resistencias. Pedro se hospedaba probablemente en casa de María, madre de Juan Marcos. Ahora bien, Marcos era pariente de Bernabé ⁽¹⁾. Por tanto, á éste le fué fácil hacer admitir á su protegido en la familia misma que era como el núcleo de la joven Iglesia. ¿Qué pudieron decirse Pedro y Pablo en su primera entrevista, dos almas tan bien dispuestas para entenderse, y de las cuales la crítica más ciega quiso hacer más tarde dos adversarios ⁽²⁾; el uno tan ávido de aprender, el otro tan autorizado para relatar? Pedro sabía lo que le había enseñado el Cristo de la tierra; Pablo lo que acababa de decirle, en la soledad, el Cristo del cielo. Aquél exponía los grandes hechos de la Historia Evangélica, éste las grandes doctrinas que de ellos resultaban, y uno y otro estaban de acuerdo para deducir de las obras de Jesús, de su muerte dolorosa, de su resurrección, la gran idea que constituye el dogma católico.

Todo induce á creer que Pablo insistió mucho sobre la voluntad expresa de Jesús, á propósito de la admisión directa de los gentiles al bautismo. Esta era la misión á la cual debía él consagrarse. Su primer deseo debió ser exponerlo lealmente al jefe de la Iglesia. En esta frase de la Epístola de los Gálatas: «De los demás Apóstoles no vi sino á Santiago», mientras que declara «haber conferencia-

(1) *Colos.*, IV, 10.

(2) Esperamos demostrar claramente que todas las teorías que ven en Pedro y Pablo á dos jefes de partidos opuestos son el ataque más atrevido á la verdad histórica y á la evidencia.

do con Pedro durante quince días», ¿hay que sospechar un indicio del escaso eco que sus proposiciones relativas á los gentiles encontraron en el pariente del Señor, judío rigorista y totalmente consagrado al mosaísmo? No es probable. Pablo había querido ver y oír sobre todo al jefe; los otros hablaban todos por su boca y le interesaban menos. Vivió, por tanto, muy fraternalmente con toda la comunidad cristiana, y, para probar la sinceridad de su conversión, se presentó en las sinagogas de los helenistas y predicó animosamente á Jesucristo. ¿Quería reemplazar allí aquella voz elocuente de Esteban, que él había contribuído tan cruelmente en apagar? ¿Prefería exponer ante un auditorio menos judío teorías que parecían minar al judaísmo? Todo es posible.

Sea como fuese, la fuerza de sus argumentos y el ardor de su palabra suscitaron pronto en Jerusalén una tempestad no menos terrible que en Damasco. Sea por odio contra el que debían calificar de renegado, sea por despecho de ver á sus doctores rebatidos por aquel tráfuga de la Sinagoga, los helenistas resolvieron tratarlo como se había hecho con Esteban. Ni siquiera se tomaron el trabajo de ocultar sus propios proyectos. En aquel tiempo, hacia el fin del año 38, cuanto más el despotismo insensato de Calígula se acentuaba en Roma, tanto más los procuradores se mostraban tolerantes en provincias; de suerte que, en Jerusalén, el partido religioso creía que todo le era permitido. Los discípulos, convencidos de que el fanatismo judío era capaz de llegar á las últimas violencias, quisieron determinar á Pablo á alejarse en seguida; pero él no era de los que retroceden fácilmente ante el peligro, y si había consentido en huir de Damasco para ir á ver á Pedro, no era de parecer, después de haberlo visto, de abandonar á Jerusalén.

Fué preciso que el mismo Jesús se pusiese de parte de aquellos⁽¹⁾. «Estando en oración en el Templo—dice el

(1) *Hech.*, XXII, 17-21.

Apóstol,—fui arrebatado en éxtasis, y le vi que me decía: Date prisa, y sal luego de Jerusalén, porque estos no recibirán el testimonio que les dieres de Mí.» ¿Se creía Pablo obligado á reparar el mal allí mismo donde lo había hecho? ¿Suponía que su testimonio, tanto más decisivo cuanto daba el más penoso mentís á todo su pasado, acabaría por triunfar de los que pensaban todavía como él mismo había en otro tiempo pensado? La respuesta que dió á Jesús puede tener uno y otro sentido. «Señor, dije yo, ellos saben que yo era el que andaba por las sinagogas, metiendo en la cárcel, y maltratando á los que creían en Ti. Y mientras se derramaba la sangre de tu testigo Esteban, yo me hallaba presente, consintiendo en su muerte y guardando la ropa de los que le mataban.» El Maestro reservaba otro destino al discípulo. Pablo tenía que hacer algo mejor que dejarse matar en Jerusalén: ser testigo de Jesús entre los gentiles y el gran Apóstol del mundo pagano. El Señor añadió: «Anda, que yo te quiero enviar lejos de aquí hacia los gentiles.»

El ardiente discípulo acató esta orden, y conducido por hermanos benévolos y abnegados, llegó hasta la Cesárea marítima ⁽¹⁾, donde había una comunidad naciente, de la

(1) Sin razón han supuesto algunos que aquí podía tratarse de la Cesárea de Filipo, porque Pablo (*Galat.*, I, 21), deja comprender que, partiendo de Jerusalén, evangelizó á Siria y Cilicia. Mas no se deduce de este texto que no hubiese emprendido esta evangelización después de haber ido á Tarso. En todo caso podía muy bien haberse embarcado en Cesárea de Palestina para Tarso y haberse detenido en Sidón, en Tiro ó en Seleucia, el puerto de Antioquía. El verbo *κατήγαγον*, por otra parte, se entiende mejor de viajeros que *hayan* hacia el mar que no de gentes que habrían subido hacia la Galilea superior, del mismo modo que *ἐξασπείσειαν* indica más exactamente la acción de los que *expiden* á alguno por un medio de transporte. Por lo demás, el nombre Cesárea, sin otra indicación, indica siempre en nuestros Libros Santos la Cesárea marítima (*).

(*) Los intérpretes convienen en que aquí se trata realmente de Cesárea, capital romana de Palestina. En cuanto á *ἐξασπείσειαν*, el autor no entiende significar que este verbo exprese mejor, por sí solo, la idea de enviar por medio de un transporte, particularmente de una embarcación. Su pensamiento es que si Pablo sale de la Cesárea del litoral del Mediterráneo, para Tarso, deteniéndose en las ciudades *marítimas* de Sidón, Tiro y Seleucia (*Hech.*, IX, 30; *Gal.*, I, 21), lo más probable es que hizo por mar este viaje.
—N. del T.

que dijimos algunas palabras á propósito del diácono Felipe, que allá se había casado. El nuevo Apóstol, arrancado de esta suerte al peligro, fué probablemente confiado á un navío que partía para Siria y Cilicia. En aquellas comarcas debía encontrar un medio menos trabajado por el fanatismo de los fariseos y auditorios más tolerantes.

TERCERA PARTE

EMANCIPACION DE LA IGLESIA EN ANTIOQUÍA Ó LA IGLESIA DE LOS CRISTIANOS

CAPÍTULO PRIMERO

Una visita pastoral de Pedro

Idea que Pablo dejaba á Pedro al abandonar á Jerusalén.—Paz general y desarrollo de la joven Iglesia.—Causa religiosa y sobre todo política.—Calígula quiere ser adorado de los judíos.—Pedro visitando las comunidades cristianas.—En Lidida cura al paralítico Eneas.—En Joppe resucita á la caritativa dama Tabita.—Permanencia en casa del curtidor Simón. (*Hechos*, IX, 31-43.)

Todo nos mueve á creer que el gran objetivo del viaje de Pablo á Jerusalén había sido el de proponer á Pedro la cuestión de la evangelización de los gentiles. El nuevo convertido se sentía deputado para este ministerio, pero no le convenía abordar de frente todas las repugnancias y encargarse de la dirección de la Iglesia, á la que acababa de ser admitido. Se le ha atribuído á Pablo el obstinado carácter de revolucionario, á lo menos de reformador violento. No hay nada de esto, y el solo hecho de haber contado como un importante suceso su amonestación á Cefas ⁽¹⁾, en una circunstancia en que todos los derechos estaban de su parte, prueba suficientemente el respeto que le tenía. Los pasa-

(1) *Gal.*, II, 11.

jes de sus Epístolas, en los que se supone que alude á una lucha sorda entre él y el jefe de los Apóstoles, han sido muy mal comprendidos, y no hay ningún motivo serio para confundir á Pedro con los partidarios de la circuncisión. En una institución absolutamente autoritaria tal como, según su constitución divina, debe ser la Iglesia, los más prudentes y los más fuertes son, no aquellos que quieren traer por sí mismos, por su iniciativa privada, las grandes reformas, sino los humildes y los moderados que procuran hacer aceptar sus ideas por la autoridad jerárquica, dejando para quien tiene derecho á ello el cuidado de señalar el tiempo, el lugar y los medios de ponerlas oficialmente en práctica. Nada es más admirable que el poder de asimilación rápida, de preparación prudente, de ejecución enérgica que ha caracterizado á los sucesores de Pedro, siempre que se ha tratado de llevar á cabo una gran reforma en la sociedad cristiana. Pablo, á pesar del ardor de su temperamento y de la certeza de tener razón, se guardó de provocar una revolución. Había hablado á Pedro en particular; los sucesos producirían el conveniente resultado. Por su parte, llegado á Tarso⁽¹⁾, comenzó á ejercitar su celo sin ruido, pero no sin fruto. Con esta fase de su vida hay que relacionar la fundación de las Iglesias de Cilicia, de las cuales hablaremos más tarde⁽²⁾.

Su salida de Palestina permitió á la comunidad cristiana recobrar la saludable paz de que desde algún tiempo gozaba. Según toda probabilidad, esta tolerancia para la nueva religión se remontaba á la conversión misma del joven perseguidor. Pero hay que encontrarle otra causa, que, por otra parte, la historia nos indica. El judaísmo experimentaba entonces mayores inquietudes. En efecto, para él, una secta salida de su seno y del que no se había todavía visiblemente desprendido, pues los discípulos de Jesús continuaban, á pesar de sus predicaciones en apariencia poco ortodoxas, observando la Ley y honrando el Templo, no era

(1) *Hech.*, IX, 30.

(2) *Hech.*, XV, 23, 41.

más que un peligro menor, en presencia de dos legiones romanas y de todo un cuerpo de auxiliares, reunidos en Tolemaida, bajo las órdenes de Petronio, gobernador de Siria, para ejecutar un sacrílego capricho del loco en cuyas manos estaba entonces la suerte del mundo.

Corría el año 40 de nuestra Era. El sucesor de Tiberio, Cayo Calígula, hijo de Germánico, después de haber perdido en una enfermedad, á consecuencia de sus disoluciones, enfermedad que hubiera debido costarle la vida, la escasa razón de que estaba provista su cabeza de epiléptico y de alucinado⁽¹⁾, se ejercitaba en asombrar á Roma y al universo entero con la extravagancia de sus deseos y la multiplicidad de sus crímenes. Si el poder absoluto, aun disfrutado durante largo tiempo, produce vértigos á los hombres mejor equilibrados, ¿á qué criminales locuras no debía exponer al triste personaje que, debilitado ya por algunos años de disimulo y de perpetuo temor, pasó súbitamente de la vida humillada á la extraordinaria categoría de señor del imperio romano? Calígula, salido de la oscuridad en que se había encerrado para vivir, y viendo de un golpe el universo entero bajo su cetro, imaginó que se había convertido en dios, y quiso serlo. «Los que conducen los bueyes, las ovejas y las cabras—decía,—no son ni toros, ni carneros, ni machos cabríos; son seres de una naturaleza superior, son hombres. Así, el que conduce á todos los hombres no podría ser un hombre, sino un dios.» Y se le vió disfrazarse de Mercurio, de Neptuno, de Apolo. Tuvo su templo, sus sacerdotes, su estatua de oro. Desgraciadamente, la idea de ser dios no le inspiraba la idea de ser bueno. Su divinidad se ejercitaba en soñar y en cometer las más abominables crueldades. Por celos de historiador, de retórico, de cochero, derramaba torrentes de sangre. Por codicia, multiplicaba las proscripciones, y, sin motivo alguno, hacía morir á aquellos cuya herencia esperaba. Jugaba cruelmente con la virtud, el honor, las dig-

(1) Suetonio, *C. Calígula*, L.

nidades públicas, el genio, y se reía de sus sanguinarios triunfos. Sabido es que el miserable había llegado á deplorar que el pueblo romano no tuviese más que una cabeza para derribarla de un solo tajo ⁽¹⁾. Todo lo que era monstruoso sentaba bien á aquella naturaleza enferma, y pasaba el tiempo en soñarlo y en querer realizarlo. Edificar una ciudad, ora en medio del mar, ora en un pico de los Alpes; echar una vía romana sobre las olas, desde Bayas hasta Puzolo, y recorrerla á caballo como triunfador; elevar los profundos valles, suprimir las altas montañas, en una palabra, lo imposible bajo todas las formas, le parecía el único entretenimiento digno de los dioses, y en él se ejercitaba para probar su divinidad.

Ahora bien, un día se le dijo á este loco peligroso que, si todos los pueblos de la tierra reconocían su naturaleza superior y se arrodillaban ante sus estatuas, había uno, el pueblo judío, que se negaba y se obstinaba en no jurar por el nombre de César. La delación llegaba de Alejandría, donde habían estallado disentimientos violentos entre la población greco-egipcia y los israelitas, é iba directamente al blanco. En efecto, el furor de Calígula fué extremo. Dos bufones, Apeles el escalonita y Helicón el egipcio, cuidaron, por otra parte, de atizarlo. Al punto se dió orden á Petronio de ir á erigir, en el Templo mismo de Jerusalén, la estatua del emperador y de hacerla adorar en lugar de Jehová. La nación judía debía perecer hasta el último de sus representantes, si la orden del señor no se cumplía. Nada más abominable podía ser anunciado á los hijos de Israel, y se comprende que en aquel momento olvidaran todo lo que separaba á los celadores de Moisés de los discípulos de Jesucristo. Por lo demás, hay que convenir en que su actitud fué heroica, y no se puede menos de admirar la energía de este pueblo extraordinario, siempre que su religión era amenazada. Josefo y Fi-

(1) Séneca, *De Ira*, III, 19; Suetonio, *C. Calíg.*, XXX; Dion Casio, LIX.

lón ⁽¹⁾ nos lo presentan corriendo en masa ante Petronio, ora en Tolemaida, ora en Tiberíades, en grupos de hombres y mujeres, divididos según sus edades, y haciendo resonar el aire con sus lamentos. Tenían cubierta de ceniza la cabeza, y las manos atadas á la espalda, como unos miserables condenados. En vano quería Petronio vencerlos de la locura de resistir al señor del mundo. A todas estas exhortaciones, respondían: «No queremos combatir, pero queremos morir antes de ver violada la ley de nuestros padres.» Cuarenta días permanecieron en actitud suplicante, echados en tierra, presentando el cuello á la espada de los soldados romanos, negándose á sembrar sus tierras, y no queriendo otra perspectiva que la muerte, si el Templo debía sufrir realmente una profanación tan odiosa. Petronio no resistió á esta demostración de una fe que un escéptico podía no comprender, pero que un verdadero romano tenía que admirar. Procuró primeramente ganar tiempo encargando á los artistas de Sidón que fabricaban la estatua del nuevo dios, que nada descuidasen para entregarle una obra maestra. Después, acabó por determinarse á escribir al emperador los obstáculos que le detenían, el hambre inminente, porque el pueblo se negaba á sembrar, el levantamiento general del país, la muerte de toda una nación á la que era preciso, no combatirla, sino degollarla. A riesgo de perder su propia vida, pidió nuevas órdenes. Al mismo tiempo, una diputación de judíos de Alejandría llegaba á Roma, para suplicar, de su parte, al dios Calígula que renunciase á hacerse adorar en las sinagogas de Egipto. Filón, más que octogenario, y uno de los hombres más distinguidos de aquel tiempo, figuraba en el número de los embajadores. Él nos ha legado un relato conmovedor de esta dolorosa entrevista, en la que unos emisarios absolutamente respetables por sus convicciones y sus virtudes, tuvieron que humillarse á los pies de un loco y contar con su omnipotencia. Después de haberlos hecho correr de

(1) *Ant.*, XVIII, 2 y sig.; *Legat. ad Caicum*, XIII-XVII.

Roma á Campania y de Campania á Roma, dignóse por fin Calígula recibirlos en la casa de Mecenas, que acababa de unir á la de Lamia, cuyas nuevas magnificencias en aquel día visitaba.

Ante aquel personaje estrambótico que se llamaba el emperador, de alta estatura, pero mal proporcionada, de tez pálida, de ojos hundidos y feroces, que ora se ejercitaba como un actor en tomar aires terribles, ora quería echárselas de dios, vestido de un manto pintado y esmaltado de piedras preciosas, arrastrando un largo vestido de seda, llevando brazaletes y calzado de mujer, y con frecuencia una barba de oro, agitando en sus manos febriles el caduceo de Mercurio ó el rayo de Júpiter ⁽¹⁾, se postraron temblando. Desde las primeras palabras, Calígula los interrumpió reprochándoles brutalmente el no querer adorarle. Después de las chanzas más groseras, haciéndolos correr jadeantes detrás de él de sala en sala, escuchándolos un momento, alejándose al instante, los despidió en estos términos: «Pobres gentes, son más locos que malvados por no saber que yo soy dios.»

Era aquella una época extraña, en que el mundo entero obedecía á un monstruo semejante. Así se comprende la desesperación de los judíos cuando vieron que, á pesar de todas sus embajadas y súplicas, el horrible sacrilegio sería consumado. Por toda respuesta á las prudentes representaciones de Petronio, el emperador le hizo escribir la orden de suicidarse, si no quería ser degollado por el verdugo. Al mismo tiempo, el dios desatendido hacía vaciar en Roma su propia estatua, y se proponía, yendo á Egipto, llegar hasta Jerusalén para instalarla en el Santo de los Santos. En el frontispicio del edificio sagrado debía-se inscribir: «Templo del nuevo Júpiter, el ilustre Cayo.» Afortunadamente, como lo había dicho Filón, cuanto más la causa parecía estar perdida ante el emperador, tanto más debía esperarse ganarla ante Dios. El 24 de Enero

(1) *Ant.*, XIX, 1; Suetonio, *Calig.*, I, 52; Séneca, *de Constantia*, XVIII, *de Beneficiis*, II, 12.

del año 41, la espada de Quereas, hiriendo al miserable, vino de repente á salvar la vida del honrado Petronio y á devolver el ánimo al pueblo judío, librando á Roma del monstruo que la oprimía.

Pero este concurso de circunstancias, tan lleno de peligros y de sorpresas, no había contribuído poco á mantener la paz religiosa en Palestina. La Iglesia, no obstante compartir las angustias del judaísmo, trabajaba en desenvolverse y organizarse. Vemos que, desde esta época, contaba en Judea, en Galilea y en Samaria, con muchas comunidades distintas viviendo vida individual, pero formando una sola Iglesia ⁽¹⁾. La misma fe, la participación en los mismos bienes espirituales, la obediencia á la misma jerarquía, de la cual Pedro era el jefe, *el Obispo*, ó el Inspector principal, constituían desde entonces esta unidad poderosa que debía asegurar su vida. Para mejor afirmarla y mantenerla, aquel á quien Jesús había confiado el cuidado y el derecho de apacentar las ovejas y los corderos, aquel mismo Simón Pedro, que hemos visto siempre á la cabeza del Colegio Apostólico, salía de vez en cuando de la Ciudad Santa é iba á consagrar con su presencia y su autoridad los desenvolvimientos progresivos del Evangelio. Quería ver de cerca y bendecir el bien que habían hecho los otros Apóstoles ó Evangelistas. Su satisfacción debía ser grande al comprobar que en todas partes, «en Judea, en Galilea, en Samaria, iba estableciéndose, procediendo en el temor de Dios, y llena de los consuelos del Espíritu Santo», como dice el historiador sagrado.

En el curso de una de estas excursiones pastorales fué cuando visitó á los santos ó la comunidad de Lidda. Lidda, la antigua Lod de los hijos de Benjamín ⁽²⁾, y más tarde la Diospolis de los romanos, que la reedificaron después de haberla arruinado ⁽³⁾, era, al decir de Josefo ⁽⁴⁾, una ciudad

(1) La verdadera lección es *ἡ μὲν οὖν ἐκκλησία*, y se ve que, para el historiador sagrado, la Iglesia es *una*, conteniendo las diversas Iglesias diseminadas en las tres provincias de Palestina.

(2) *I Paralip.*, VIII, 12; *Esdras* II, 33, *Nehem.*, XI, 34.

(3) *B. J.*, II, 19, 1; IV, 8, 1.—(4) *Ant.*, XI, 6, 2.

bastante grande. Subsiste hoy todavía, aunque muy disminuída, en medio de una llanura agradablemente plantada de olivos y de higueras, á una jornada de Jerusalén, en uno de los caminos que van á Jafa, en el burgo de Lud, en el punto de donde partía la vía antigua que conducía á Cesárea. No sería imposible que hubiese sido, desde aquella época, el centro de cierta corriente intelectual. Sabemos, en efecto, por el testimonio de los rabinos, que, poco tiempo después, una escuela célebre se había establecido en ella y era dirigida, hacia el año 68, por Gamaliel, el segundo de este nombre ⁽¹⁾. El éxito de la Buena Nueva en un medio semejante se explicaría con facilidad, pues donde quiera que el espíritu humano se ocupaba en cosas serias, había sitio para el Evangelio.

La llegada de Pedro fué un acontecimiento considerable en la pequeña comunidad, y particularmente dichoso para un pobre enfermo llamado Eneas. ¿Era del número de los fieles, ó simplemente pariente de algún discípulo? Nada nos autoriza á zanjar esta cuestión. Su nombre griego hace tan sólo suponer que era, ó de origen pagano, ó por lo menos judío helenista. Hacía ocho años que este pobre hombre estaba postrado en cama, atacado de parálisis. La reputación de Pedro, como taumaturgo, había llegado á Lidda. Sin titubear, le fué presentado el enfermo. Pedro, comprendiendo que un milagro aprovecharía á la causa del Evangelio, preguntó á Jesús, en el fondo de su corazón, y el Maestro apoyó su parecer. «Eneas—dijo Pedro,—el Señor Jesucristo te cura; levántate, y hazte tú mismo la cama.» Al momento se levantó; había recobrado el uso de sus miembros. Todos los habitantes de Lidda y de la llanura de Saroná, que comprobaron el prodigio, concluyeron que Jesús, en cuyo nombre se obraban tales milagros, era realmente el Mesías, y creyeron en Él.

Esta vez se proponían, si no pedir la resurrección de un muerto, por lo menos esperarla. Así se explican las

(1) Lightfoot, *Chor. cent.*, XVI.

diligencias que hicieron cerca del jefe de los Apóstoles los fieles de una población vecina, Joppe, actualmente Jaffa. Una señora muy caritativa y muy apreciada de la comunidad cristiana acababa de morir. Nada sabemos, ni de su edad, ni de su estado. ¿Era viuda ó virgen, consagrada al servicio de los pobres? Nada lo indica; pero si su nombre Tabita, que significa gacela, respondiese á sus cualidades físicas, obligaría á concluir que en su continente ó en su mirada, tenía algo de la gracia nativa ó de la dulzura características de este amable animal ⁽¹⁾. Pero, prescindiendo de toda relación física, era costumbre dar á las jóvenes el nombre de las flores más bellas ó de los animales más encantadores. El de Dorcas, en particular, que es lo mismo que Tabita, era muy común entre los griegos y los judíos ⁽²⁾. Probablemente Tabita era de familia helenista. Joppe, puerto de mar abierto á todos los extranjeros, era una ciudad muy heterogénea. Por esto el historiador nota que Tabita se llamaba también Dorcas, según que se pronunciara su nombre en siro-caldeo ó en griego. La excelente señora llevaba una vida enteramente consagrada á obras buenas y limosnas. Sin temor de engañarnos, y con respetuosa admiración, podemos saludar en ella la primera manifestación histórica de la Hermana de la Caridad. Pero todas sus generosidades no habían doblegado la cruel muerte, y la iglesia de Joppe lloraba amargamente á la infatigable bienhechora que acababa de perder. El dolor era tan general que había sido necesario, contra todos los usos, transformar en una especie de capilla ardiente la sala superior de la casa, y exponer en una camilla el cadáver lavado y perfumado de la madre de los pobres ⁽³⁾. Los

(1) *Cant.*, II, 9, 17; IV, 5; VII, 3.

(2) *B. J.*, IV, 3, 5. *Vayyikra Rabba*, sec. 19: «Tabitha ancilla Gamalietis.» (V. Lightfoot, *Chorograph. ad Matth.*, XVIII. Lucrecio, IV, verso 1154, etc. Eliano, *Hist. ant.*, XIV, 14).

(3) La sala superior ó cenáculo, según dijimos, servía de oratorio, y esta innovación de transformarla en una especie de santuario donde cada uno iba á rezar en torno del cadáver de Tabita, revela el camino inmenso que los discípulos habían hecho fuera del judaísmo. Nosotros visitamos en Jafa, uno de los sitios tradicionales á los que va unido el recuerdo de esta santa

recuerdos de bondad generosa, de amable dulzura, de tierna caridad, dan, aun á la severa fisonomía de los muertos, algo así como una seductora aureola que cada uno se complacía en ir á contemplar.

Sea que algunos hubiesen deseado sencillamente ver á Pedro presidir un duelo tan grande y moderar el dolor general, sea que otros hubiesen concebido la vaga esperanza de un milagro, enviaron á dos hombres para decir al jefe de los Apóstoles: «Ven, sin perder un momento.» Pedro, conmovido por tan triste nueva, siguió á los dos emisarios. Llegado á Joppe, á la casa de la difunta, se le hizo subir á la sala superior, esta vez, sin la menor duda, con la segunda intención de invitarle á dar una prueba manifiesta de su valimiento cerca de Dios. Encontróse allí en presencia del más conmovedor espectáculo. Todas las pobres viudas socorridas por Tabita se habían reunido en torno del lecho fúnebre, como para dar un asalto decisivo á su corazón. Cuando entró, comenzaron, entre lamentos y con aquellos gestos que caracterizan toda escena patética en Oriente, á mostrarle los vestidos, túnicas ó mantos que llevaban y que les había hecho Dorcas, la Gacela, cuando vivía. Hay que haber visto un duelo fúnebre en aquel país, para comprender los ruidosos panegíricos que cada pobre debió pronunciar á la gloria de su bienhechora. Sin hacerse de rogar, algunos improvisadores toman por turno la palabra, y el coro de las lloronas no tarda en inventar un estribillo. Ante el elocuente testimonio tributado á la caridad de la difunta y del dolor universal de los fieles,

mujer. Á través de los sicomoros y algarrobos, se llega á una pequeña necrópolis judía costeano un montecillo poco elevado. Después de nuestro primer viaje se ha excavado en ella el sepulcro llamado de Tabita, y hemos tenido la satisfacción de encontrarlo enlosado y provisto de una escalera para bajar á él. Según otra tradición, la venerable sepultura debería buscarse más seguramente, á diez minutos de allí, en dirección al sur, detrás de un bosquecillo de pinos. Allí los propietarios entierran sus propios difuntos. Sea lo que fuese del sepulcro, interesa visitar, en la misma casa del propietario, un cuarto superior sin duda parecido al que sirvió para exponer el cadáver de la excelente señora. (*N. Voyage aux Pays bibliques*, vol. I, página 173).

Pedro no se mantuvo insensible, y resolvió pedir á Dios el milagro que, sin atreverse á decirlo, cada uno deseaba.

Habiendo despedido á la multitud, en recuerdo sin duda de lo que había visto hacer al Maestro ⁽¹⁾, se quedó solo con la difunta, y cayendo de rodillas, oró. La oración debió ser fervorosa. Las lágrimas ardientes de los que lloraban á su caritativa bienhechora eran razones poderosas que podía alegar para defender, delante del Señor, la causa de tantos desgraciados. El Maestro le atendió. Pedro tuvo conciencia de ello, y, lleno de santo entusiasmo, miró el cadáver exclamando: «Tabita, levántate.» Y la muerta abrió los ojos. Y, al ver á Pedro, se incorporó en el lecho, como para rendirlé homenaje. Este le tendió la mano, y ella se levantó. Pedro, llamando entonces á los fieles y á las viudas, les entregó viva á aquella á quien tanto habían llorado.

Semejante prodigio tuvo una resonancia inmensa en Joppe, y el número de los que creyeron en Jesús fué considerable. La ciudad era además importante. Una tradición antigua la suponía construída antes del diluvio. Jafet la habría más tarde reedificado, dándole su nombre. Su puerto, aunque muy expuesto á los vientos del sudoeste y en parte obstruído por las arenas, había seguido siendo largo tiempo el único puerto de Palestina. Allá habian sido desembarcados los materiales destinados para construir el antiguo y el nuevo Templo ⁽²⁾. De allí partían los navíos que iban á cambiar con Occidente las riquezas de Oriente, y á uno de ellos subió Jonás ⁽³⁾ para evitar ir á Nínive á cumplir la misión que Dios le había impuesto. Más de una vez saqueada y reconstruída, Joppe había pasado sucesivamente de manos de los judíos á las de los sirios; después había sido conquistada por los romanos, y ora concedida, ora quitada á los judíos, según el capricho de los señores de Roma. En aquel momento histórico y des-

(1) *Marc.*, V, 40.

(2) *II Paralip.*, II, 16; *Esdras*, III, 7.

(3) *Jonás*, I, 3.

pués de la deposición de Arquelao, había sido anexionada á la provincia romana de Siria. La reciente construcción por Herodes el Grande del puerto de Cesárea no había impedido que siguiese siendo uno de los centros comerciales de la costa. La mezcla de todas las naciones hacía de ella un medio poco menos que independiente en presencia del judaísmo jerárquico. Pedro juzgó que, entre esta población de marinos, de obreros, de pequeños mercaderes, era posible hacer conquistas para el Evangelio, y quedóse allí algún tiempo. Sea que los ricos judíos hubiesen hecho poco caso de él y de su predicación, sea que hubiese querido mostrarse sobre todo el hombre de los pequeños y de los humildes, albergóse en casa de un modesto obrero, Simón el curtidor. Quizá también, siendo la profesión de Simón reputada impura por el judaísmo más correcto ⁽¹⁾, Pedro había querido mostrar que los discípulos del Evangelio debían libertarse de escrúpulos que no son ni el fruto ni el principio de la verdadera piedad. Los curtidores vivían ordinariamente relegados á un mismo barrio. Tuvieron el honor de tener entre ellos al jefe de los Apóstoles, que, quizá durante muchos meses ⁽²⁾, ejerció allí su ministerio. Todavía se enseña en Jaffa, no lejos del faro, una casa que ocupa el sitio tradicional de aquella en que habría recibido hospitalidad. Es una pequeña mezquita, construída sobre una antigua iglesia. En los muros muy gruesos se ven vetustas piedras, y el adoquinado, así como las dos hiladas inferiores del edificio, se remontan á una fecha no menos lejana. El manantial que se encuentra en el interior pudo ser antiguamente utilizado para una instalación del zurrador, y el sitio mismo, no lejos del mar, responde bastante bien á las indicaciones del libro de los Hechos ⁽³⁾. No

(1) Así, sabemos, según, *Ketubboth*, fol. 77, 1, que si un curtidor se casaba ocultando su profesión á su mujer, ésta tenía derecho al divorcio. Y en el tratado *Kiddushin*, fol. 82, 2, se dice: «El mundo no puede vivir sin curtidores, pero desgraciado del curtidor!»

(2) Aquí San Lucas emplea la misma fórmula de que se sirvió para indicar la duración de las predicaciones de Pablo en Damasco: *ἡμέρας ἰκαρῆς*

(3) *N. Voy. aux pays bibliq.*, vol. I, p. 170.

se sube sin emoción, por una escalera deteriorada, á la pequeña azotea de Djamat-el Thabieh. Este techo, en forma de bóveda aplastada, no es ciertamente el mismo en que Dios significó á Pedro sus deberes para con los gentiles, pero hay derecho para decir que la escena debió pasar en una casa del todo parecida, y esto le basta al alma del peregrino.

CAPÍTULO II

Pedro y el centurión Cornelio

Cómo Pedro y los otros comprendían la admisión de los paganos en la Iglesia.—Cornelio, centurión de la cohorte Italiana en Cesárea.—La visión que tuvo en su plegaria.—Sus emisarios á Joppe.—El éxtasis de Pedro sobre la casa del curtidor.—Lo que Dios ha purificado no es impuro.—Pedro en casa de Cornelio.—La Pascua de Pentecostés de los gentiles. (*Hechos*, X, 1-48.)

Según hemos indicado ya, se engañaría el que atribuyese á Pedro y á los demás Apóstoles, aun á los más adictos al mosaísmo, el pensamiento de excluir para siempre á los gentiles de la predicación del Evangelio, y, por consiguiente, de la salvación. ¿Acaso no habían recibido la orden de instruir todas las naciones y de bautizarlas? ¿No había prometido el Señor atraer á sí, una vez levantado de la tierra, el mundo entero? ¿No eran evidentes los oráculos de los antiguos profetas sobre la transformación definitiva y religiosa de la humanidad? Todos los pueblos de la tierra y sus reyes ¿no debían dirigirse á la luz levantada en Jerusalén, inclinarse ante el verdadero Dios y tomar parte en su culto? Sí, seguramente, y el triunfo final y universal del Evangelio era un punto muy sólido de su fe. Pero esta fe se acomodaba con un error inmenso y, sin embargo, muy general, según el cual estas predicciones no debían cumplirse antes de que los hijos de Israel hubiesen entrado en masa en el reino de Dios. Entre tanto, era preciso ser ó hacerse israelita para poder ser cristiano, como si la Sinagoga fuese el vestíbulo obligado de la Iglesia, y el judaísmo, con todos sus ritos, la sola puerta del reino celeste. A decir verdad, la misión de Moisés ha-

bía sido divina, y, como tal, aprobada altamente por Jesús. Por tanto, á la buena fe de algunos y á los prejuicios nacionales de todos podía parecer difícil admitir que su obra no fuese más que una superfetación. Puesto que Dios había dicho que todo incircunciso debía ser excluído de su pueblo en la Antigua Alianza, ¿cómo era posible ser admitido, sin la circuncisión, á formar parte de la Iglesia, en la Nueva Alianza, más perfecta que la otra? Si el Evangelio pretendía ser como el coronamiento de la Ley, ¿no era por la Ley por donde debía irse al Evangelio?

Y á pesar de las tentativas animosas de Esteban y de Felipe, á pesar de las miras expuestas por Pablo en nombre del Señor, se insistía en este argumento de que, siendo divina la obra de Moisés, á Dios sólo correspondía decir claramente si era necesario sacrificarla ⁽¹⁾. De hecho, Dios se encargó de resolver por sí mismo todas las objeciones.

Había, en la Cesárea del litoral, un hombre llamado Cornelio, centurión de la cohorte dicha *la Italiana*. Si su nombre no le ligaba directamente á la antigua *gens Cornelia*, prueba á lo menos que era romano y que había sido criado en el seno del paganismo. Sin embargo, su alma, trabajada, como otras muchas, en aquella época, por la necesidad de una religión, habíase elevado á la concepción de un Dios único y de deberes personales para con Dios. «Era—dice el historiador sagrado,—hombre religioso, y temeroso de Dios con toda su familia.» No hay pruebas de que hubiese sido atado al judaísmo con algún signo exterior. Al contrario, veremos que Pedro le califica de extranjero (*ἀλλόφυλος*), lo cual, sin eufemismo, quería decir gentil. Monoteísta por principios y piadoso por instinto, tenía una consideración particular por esta religión judía que, predicando al Dios único, honrábale con un culto tan filial y tan respetuoso. Además extendía gustoso á la misma nación israelita el secreto afecto que sentía por el mosaísmo.

(1) Por donde se ve que la efusión del Espíritu Santo en Pentecostés no había dado á los Apóstoles la plena luz sobre todas las cosas.

Las numerosas limosnas que distribuía entre los judíos menos afortunados le conquistaban la estimación de todos los demás, pues no se estaba habituado á encontrar tales simpatías en el extranjero opresor, y las de éste eran tanto más apreciables cuanto Cornelio, en calidad de comandante de la cohorte Italiana, era, en realidad, el primer soldado de Roma en tierras de Palestina.

En toda legión, la cohorte Italiana ⁽¹⁾ era aquella que se componía de voluntarios italianos, mientras que las otras nueve estaban formadas de soldados que se reclutaban de ordinario en los respectivos países de su residencia ⁽²⁾. En caso de motín, se contaba con ella, siendo la manera de constituirla la mejor garantía de su fidelidad. Servía, pues, como de guarda pretoriana á los representantes de la autoridad de Roma. Á fines del año 40, aún había un procurador en Palestina ⁽³⁾, Marcelo, el cual debía pronto ser reemplazado por Agripa, un rey de la elección del emperador Claudio. Como sus predecesores, Marcelo residía habitualmente en Cesárea, la capital política de Palestina ⁽⁴⁾. Después de medio siglo, esta ciudad, construída con magnificencia extrema por Herodes el Grande en el sitio de la antigua torre de Estratón, había adquirido considerable importancia. Su puerto, perfectamente cerrado á los vientos impetuosos del mediodía por una ancha escollera que detenía las arenas y donde se estrellaban las olas de aquella costa peligrosísima ⁽⁵⁾, era un refugio muy solicitado de

(1) Algunos se han engañado entendiendo por esta cohorte la décima parte de la *Legio italica*, mencionada en Tácito, *Hist.*, I, 59, 64. No han observado que el historiador romano habla de ella sólo en tiempo del emperador Otón. Bajo Calígula y Claudio no existía. Dión Casio (LX, 24) y Suetonio (*Nero.*, XIX) nos dicen que fué instituída en tiempo de Nerón. La cohorte Italiana de que aquí se trata es sin duda la de voluntarios italianos, mencionada en una inscripción descubierta por Gruter (*Inscrip.*, p. 431, I).

(2) *Ant.*, XIV, 10.

(3) La presencia de la cohorte Italiana en Cesárea autoriza á creer, como lo hemos hecho, que la visión de Pedro tuvo lugar antes del año 41, fecha del nombramiento de Agripa como rey de Judea.

(4) Tácito (*Hist.*, II., 29) la llama *Caput Judæae*.

(5) Sabido es que, hoy todavía, los buques deben con frecuencia capear en alta mar para evitar catástrofes en las costas de Siria. En nuestro pri-

los buques que frecuentaban aquellos parajes. Docks espaciosos, muelles sombreados sirviendo de paseos, palacios espléndidos, un teatro, un estadio, un foro, un anfiteatro, un conjunto de fortificaciones bien dispuestas, habían asegurado la preponderancia política á una ciudad que, por su situación junto al mar, era particularmente apreciada de los romanos. La población era muy heterogénea, constituida en su mayor parte por griegos, fenicios y sirios de toda clase. El paganismo tenía allá su asiento oficial. Josefo nos cuenta que en la entrada del puerto, el edificio más visible por su situación y su magnificencia era el *Sebasteum*, templo de Augusto y de Roma, donde el emperador y la ciudad estaban representados por estatuas colosales que recordaban el famoso Júpiter de Olimpia y la Juno de Argos. Por tanto, es de creer que, en los últimos tiempos, se había fundado una comunidad cristiana en este medio extraño, donde la idolatría y el judaísmo corrían parejas. Vimos que el diácono Felipe vivía en aquella ciudad, y su familia debió de haber sido un núcleo alrededor del cual se habían agrupado otros prosélitos. ¿Quién sabe si las circunstancias no habían puesto en contacto á Cornelio con alguno de los discípulos del Evangelio? Veremos á Pedro hablarle de Jesús y de su obra, como si nada de esto fuese nuevo para él. ¿Quién podría asimismo decir si, habiendo ya entrevisto las armonías del Cristianismo, el Centurión, con su alma ávida de verdad y de justicia, no había llegado á desear un poco más de luz para abrazar definitivamente la nueva religión de que se le había hablado? Este santo deseo debía traducirse por ardientes súplicas, y esto es quizá lo que insinúa el historiador sagrado, cuando termina el retrato moral del honrado soldado diciendo que no cesaba de invocar al Dios verdadero, á cuyo conocimiento había llegado á elevarse.

Un día, sobre las tres de la tarde—era el momento de la oración para los judíos, y Cornelio seguía sin duda sus

mer viaje á Oriente, vimos los paquebotes no poder desembarcar á los pasajeros en Jaffa y dos navíos encallar el mismo día en la costa de Seleucia.

usos—el piadoso Centurión tuvo una visión. Un ángel se le presentó, y, llamándolo por su nombre, le dijo: «Cornelio.» El soldado romano, por muy incapaz que fuese de temblar ante los hombres, no pudo librarse de un vivo pavor ante el mensajero celestial. Pero mirándole con más atención, respondióle: «¿Qué quieres de mí, Señor?» Y dijo el ángel: «Tus oraciones y tus limosnas han subido hasta arriba en el acatamiento de Dios, haciendo memoria de ti.» Las buenas obras de Cornelio no han precedido su fe, sino que la han seguido, realizándolas porque creía, no en el Mesías venido, pero en el Mesías prometido. «Despacha pronto emisarios á Joppe—prosiguió el ángel—en busca de un tal Simón, por sobrenombre Pedro, el cual se hospeda en casa de otro Simón, curtidor, cerca del mar; éste te dirá lo que te conviene hacer.» Del diácono Felipe, que debía hallarse en Cesárea, y del resto de los Apóstoles, que estaban en Jerusalén, no se habla. El ángel hace que Cornelio se dirija al jefe oficial del Colegio Apostólico, como si solamente el llavero de la Iglesia tuviese el derecho, por una invitación solemne, de abrir oficialmente la puerta á los paganos. Habiendo hablado de esta suerte, el mensajero celestial desapareció. Sin perder un instante, Cornelio llamó á dos de sus criados y á uno de sus soldados, cuyas disposiciones religiosas conocía; contóles lo sucedido y los envió á Joppe.

De Cesárea á Joppe, atravesando ora los altos acantilados y las arenas del mar, ora grandes pantanos cubiertos de cañas, nosotros empleamos poco más de quince horas ⁽¹⁾. Los emisarios no pudieron hacer este camino de una tirada. Suponiendo que la pequeña caravana hubiese partido aquella misma tarde, á eso de las cuatro, debió acampar cerca del Nahr Abu Zaburah, torrente que parte de las montañas de Efraím, para emprender de nuevo la

(1) Salidos de Jaffa á las 6 de la mañana, llegamos á El-Kakón, en medio de marismas, hacia las 9 de la noche, sin haber podido servirnos de un carruaje de tres caballos que nos precedía con los equipajes. Allá pasamos la noche, á cielo descubierto, para llegar, después de muchas peripecias, á las dos del día siguiente, junto á las ruinas de Cesárea.

marcha el día siguiente y llegar á Joppe hacia mediodía.

Era aquella la hora misma en que Dios, en un éxtasis enviado al jefe de los Apóstoles, iba á completar lo que había tan felizmente preparado la visión de Cornelio. Pedro acababa de subir á la plataforma de la casa en que se albergaba, para ponerse en oración. Era la hora de sexta, y todo fiel sabía cual era el homenaje debido á Dios antes de la comida. En Oriente y sobre todo en los países en que la lluvia no escasea, como en Jaffa, en Jerusalén, en Naplusa, las azoteas están ligeramente convexas para mejor rechazar la humedad. En el lenguaje común, se les asimila á una bóveda, y cuando el historiador sagrado nos dice que Pedro estaba *sobre la doma* ⁽¹⁾, entiende indicar que oraba al aire libre y no en el departamento superior de la casa ⁽²⁾. Los orientales apenas temen al sol del mediodía, sobre todo cuando se trata de entregarse á la oración oficial. Desde la azotea del curtidor, Pedro podía contemplar el ancho mar—el espectáculo de las grandes fuerzas de la naturaleza eleva al hombre á Dios—ó, según su devoción, orar vuelto el rostro hacia Jerusalén ⁽³⁾. Pero el transporte religioso del alma no suprime las necesidades del cuerpo. El Apóstol estaba, sin duda, en ayunas y extenuado de fatiga. Sintió hambre muy viva. Pues bien, mientras preparaban la comida, sobrevínole un éxtasis. Semejante estado moral supone el alma libertada momentáneamente de la envoltura terrestre y viviendo fuera de las impresiones del mundo material. Tiene fija la mirada en el mundo de las cosas invisibles y se halla plenamente dispuesta á recibir las divinas manifestaciones. Sobre su cabeza, Pedro vió los cielos rasgados hasta sus profundidades. De ellos bajaba algo, á manera de

(1) Traducimos literalmente la frase *sur le dôme*, que se ajusta con exactitud á *ἐπὶ τὸ δῶμα*.—N. del T.

(2) Sin razón San Jerónimo, y otros con él, han creído que aquí se trataba de la sala superior *ὑπερφῶν*, donde se reunían también para rezar. La distinción entre el *ὑπερφῶν* y el *δῶμα* está perfectamente señalada en los Libros Santos (*IV Reyes*, XXIII, 12; *Mat.*, X, 27; *Luc.*, XII, 3, etc.).

(3) *Daniel*, VI, 10.

un gran lienzo atado por los cuatro cabos, que una mano invisible descolgaba hacia la tierra. Ahora bien, en aquel mantel, así levantado en forma de vaso cuadrangular, se hallaban todos los cuadrúpedos y los reptiles que viven en la tierra y las aves que vuelan por los cielos. Una voz dijo entonces: «Pedro, levántate, mata y come.» Pedro exclamó: «No haré tal, Señor, pues jamás he comido cosa profana é inmundada.» Pero la voz añadió: «Lo que Dios ha purificado, no lo llames tú profano.» Esto se repitió por tres veces, y el vaso se remontó al cielo, donde desapareció.

Pedro se preguntó al instante el significado de semejante visión. Había tenido hambre, y quizá su repugnancia en comer alimentos profanos le había llevado á un estado de inanición que habíale producido el desfallecimiento y el éxtasis. Dios le decía, pues, que había sido suprimida, en lo sucesivo, toda clasificación entre animales puros é impuros, y que esta parte de la Ley mosaica debía desvanecerse ante la luz vivificadora del Evangelio y al sople más refrigerante de la nueva Ley. Pero la visión tenía un alcance más elevado. El alma del Apóstol sentía un hambre mucho más violenta que la del cuerpo. Llamaba con todas sus fuerzas el desenvolvimiento del reino de Dios aquí bajo, y la visión respondía sobre todo á este grito de la naturaleza superior. La cruz ha suprimido lo puro y lo impuro entre las razas humanas, mejor aún que entre los animales, y todos los hombres, unidas las manos en un apretón fraternal, pueden proclamar su perfecta igualdad en el Calvario. Pedro no lo comprende todavía, pero los acontecimientos se lo harán palpar muy pronto.

En efecto, en tanto que discurría entre sí sobre el sentido real de la celeste manifestación, los emisarios de Cornelio, después de mucho buscar, llegaban á la puerta del curtidor Simón, y preguntaban, en alta voz, en la calle, si se alojaba allí otro Simón, por sobrenombre Pedro. Desde lo alto de la casa, el Apóstol podía oírlos; pero, absorto en sus meditaciones, parece, según el relato sagrado, que no

oyó realmente sino la voz interior del Espíritu Santo, que le decía: «Mira, ahí están tres hombres que te buscan. Levántate, baja y vete con ellos sin el menor reparo, porque yo soy el que los ha enviado.» Pedro, postrado hasta entonces en actitud de orar, se levantó y presentóse á los que preguntaban por él. «Vedme aquí—les dijo—yo soy aquel á quien buscáis; ¿cuál es el motivo de vuestro viaje?» Los emisarios le respondieron: «El centurión Cornelio, varón justo y temeroso de Dios, estimado y tenido por tal de toda la nación judía, recibió aviso del cielo, por mediación de un santo ángel, para que te enviara á llamar y escuchase lo que tú le digas.» Esta categórica invitación que, en otras circunstancias habría desconcertado por completo á Pedro, parecióle muy natural. Estaba relacionada de un modo harto visible con lo que acababa de suceder en la azotea para no responder á ella favorablemente. Para poner desde luego en práctica lo que Dios acababa de revelar, Pedro, sin pensar ya en que sus interlocutores eran gentiles, los introdujo, á pesar de ser totalmente impuros á los ojos del judaísmo, en la casa donde se alojaba, para que compartiesen con él la hospitalidad que le había sido concedida.

Al día siguiente, partió con ellos para Cesárea, acompañándole algunos de los hermanos que estaban en Joppe. Deseaban vivamente escoltarle y quizá también ver lo que sucedería. El trayecto se dividió, como la primera vez, en dos partes, y Cornelio no vió realizarse en él y en los suyos la misericordia de lo alto, sino hasta después de cuatro días de espera. El ardiente neófito había calculado de antemano la hora en que llegaría el visitante extraordinario á quien esperaba, y, tanto para honrarlo como para que su visita fuese útil también á otros, había reunido en su morada á sus parientes y á sus amigos. Conocida es la solemne etiqueta que se guarda en Oriente en las reuniones á que asiste un personaje distinguido, y nuestra vivacidad meridional se admira singularmente del silencio y de la inmovilidad que transforma en otras tantas estatuas á una

veintena de hombres sentados en su diván. Tan pronto como á través de las puertas abiertas del departamento de honor, Cornelio vió que Pedro penetraba en el patio de su casa, corrió á su encuentro, y, postrándose á sus pies, con el rostro pegado al suelo, pareció, no sólo cumplir con un deber de cortesía, sino rendirle, una especie de homenaje reservado á la divinidad. Mas Pedro le levantó diciendo: «Álzate, que yo no soy más que un hombre como tú.» Y, hablando familiarmente con él, entró en la sala de recepción. A pesar de ser numerosa la concurrencia, Pedro no se sintió cohibido, sino que, dirigiéndose á todos, les habló en los siguientes términos: «Vosotros sabéis que á un judío su religión ⁽¹⁾ le prohíbe juntarse ó allegarse á un extranjero. Pero Dios me 'ha mostrado, también á mí ⁽²⁾, que á ningún hombre he de considerar como común ó inmundo. Por lo que, luego que he sido llamado, he venido sin dificultad. Ahora os pregunto, ¿por qué me habéis llamado?» Pedro no ignoraba la aparición del ángel á Cornelio, pues se había enterado de ella por los emisarios del Centurión; pero, tanto para la edificación de la asamblea como para la satisfacción personal de su huésped, quería hacerle re-

(1) La palabra *ἀθέμιτον* parecería suponer que había en la Ley de Moisés una prohibición categórica sobre este punto. No era así; solamente las prescripciones rabínicas, que habían acabado por tener fuerza de ley, denunciaban como abominables ciertas relaciones entre judíos y paganos, tales como dormir bajo el mismo techo, comer en la misma mesa. ¿Acaso los judíos de Jerusalén no se habían abstenido de entrar en el pretorio de Pilato por temor de contaminarse? (*Juan*, XVIII, 28.) Los autores profanos nos enseñan con que escrupulo se conformaban los de la dispersión á estas prescripciones. ¿Quién ignora el pasaje de Tácito (*Hist.*, V, 5): «Adversus omnes alios hostile odium, separati epulis, discreti cubilibus...» ó los versos de Juvenal (*Sat.*, XIV, 103):

Non monstrare vias, eadem nisi sacra colenti,
Quaesitum ad fontem solos deducere verpos.

De que algunos hicieran caso omiso de semejante prescripción, no se deduce que no fuese universalmente admitida. El ejemplo del mercader Ananías en la corte de Izates, rey de Adiabena (*Ant.*, XX, 2, 4), nada prueba, porque no está probado que aquel no fuese cristiano.

(2) La expresión *καμολ* alude visiblemente á las revelaciones concedidas á Pablo sobre la vocación de los gentiles, y de las cuales Pedro había sido advertido sin provecho. En lo sucesivo ya no duda.

petir públicamente la manifestación celestial que había tenido lugar en su casa.

«Cuatro días hace hoy—respondió el Centurión—que yo estaba orando en mi casa, á la hora nona, cuando he aquí que un varón⁽¹⁾, vestido de blanco, se me puso delante, y me dijo: Cornelio, tu oración ha sido oída, y se ha hecho mención de tus limosnas en la presencia de Dios. Envía, pues, á Joppe, y haz venir á Simón, por sobrenombre Pedro, el cual está alojado en casa de otro Simón, el curtidor, cerca del mar, el cual venido te hablará. Al punto, pues, envié por ti, y tú me has hecho la gracia de venir. Ahora, pues, henos aquí, delante de Dios, para escuchar cuanto el Señor te haya mandado decirnos.» Muéstrase aquí Cornelio realmente soldado, en la claridad, la decisión y la lealtad que son la nota característica del lenguaje militar. Tomando entonces Pedro la palabra, dijo en tono solemne que revelaba la emoción de su alma: «Sí, acabo verdaderamente de conocer que Dios no hace aceptación de personas, sino que en cualquiera nación, el que le teme y obra bien, merece su agrado.» Mucho ha tardado el Apóstol en desechar sus prejuicios israelitas y penetrarse de esta verdad; pero hoy, ante la doble manifestación celestial y las piadosas disposiciones de su auditorio, desvanecidas sus últimas dificultades, proclama categóricamente que todo hombre virtuoso, sea cual fuese su raza, puede entrar en la Iglesia, y que la salud está á la disposición de quien desea obtenerla.

De otra parte, en esta teoría nada hay que favorezca el indiferentismo religioso. Afirma Pedro la indiferencia de la nacionalidad y no la de la religión, la del nacimiento y no la de la fe. Por lo demás, no predica sino aquello que recuerda haber oído predicar á Jesús, sintiendo no haberlo entonces comprendido suficientemente. La vocación de

(1) Aquí, como en *Mat.*, XXVIII, 2-3, los ángeles toman forma humana, sin que se hable de las alas que el simbolismo les ha atribuido (*).

(*) De otra parte, este simbolismo encontró algún fundamento en los *querubines* del Propiciatorio (*Éxodo*, XXV, 20) y en los *serafines* asistentes al trono de Jehová (*Isaías*, VI, 6).—N. del T.

todos los pueblos á la luz divina constituye el fondo mismo del Evangelio. «Todo esto—añade Pedro—está conforme con la palabra que Dios ha enviado á los hijos de Israel, anunciándoles la buena nueva de la paz por Jesucristo.» En efecto, Dios no había dejado á los judíos en la ignorancia de que el mundo entero sería llamado á conocer la verdad y recibir su gracia. Las profecías sobre Jafet refugiándose en las tiendas de Sem ⁽¹⁾, sobre los pueblos sentándose al pie del monte Sión, sobre el Pastor universal, ¿qué significaban sino la fusión de las razas rehabilitadas por el más fecundo de los sacrificios, y la paz de la salud ofrecida á todos los hombres de buena voluntad por Aquel que quita los pecados del mundo, Jesucristo? «Este—exclama Pedro—es el Señor de todos.» Ciertamente, Él ha sido constituido jefe de la familia humana y rey universal de los pueblos. Todos los hombres, puestos sobre el mismo pie de igualdad, le están igualmente subordinados, y pueden hacer valer idénticos derechos para ser contados en el número de los vasallos felices de su reino.

«Vosotros no ignoráis como se han realizado las promesas divinas, comenzando por Galilea, después del bautismo de Juan, hasta la Judea entera. Vosotros sabéis como Jesús de Nazaret, ungido por Dios con el Espíritu Santo y su virtud, pasó haciendo bien y curando á todos los que estaban bajo la opresión del demonio.» Acontecimientos tan sorprendentes habían tenido alguna resonancia en todo el país, y Pedro podía suponer que sus oyentes no los ignoraban por completo. El hecho mismo de que, por orden de Dios, enviasen á buscar á uno de los que habían andado mezclados directamente en ellos, ¿no probaba el interés que sentían? Deseaban, pues, de labios autorizados la confirmación de aquellos relatos. Pedro la ofrece, porque ha visto con sus ojos y oído con sus oídos. Ha sido testigo de la vida, testigo de la muerte, testigo de la resurrección de Jesucristo. Esto da un alcance irresistible á sus pala-

(1) Véase vol. II, p. 392, nota.—N. del T.

bras. Las medirá, sin embargo, según el alcance religioso de sus oyentes, que poco antes eran politeístas, y á quienes no conviene precipitar de nuevo en sus viejos errores. En Jesús mostrará sobre todo la humanidad como envuelta por Dios y elevada á un grado de santidad y de poder extraordinarios. De la divinidad, no ha dicho sino una palabra, escapada como un grito á su ardiente fe: «¡Jesús es el señor de todo y de todos!» Y con habilidad y prudencia, deja al instante este orden de ideas, pasando á bosquejar á grandes rasgos la historia de la actividad mesiánica.

«Sí—prosigue,—Dios estaba con Él; y nosotros somos testigos de todas las cosas que hizo en el país de Judea y en Jerusalén. Quitáronle la vida, colgándole en una cruz; pero Dios le resucitó al tercer día, y dispuso que se dejase ver, no de todo el pueblo, sino de los predestinados por Dios para testigos, de nosotros que hemos comido y bebido con Él, después que resucitó de entre los muertos. Pues bien, mandónos que predicásemos y testificásemos al pueblo, que Él es el que está por Dios constituido juez de vivos y de muertos. Del mismo testifican los Profetas, que cualquiera que cree en Él, recibe en virtud de su nombre la remisión de los pecados.» La religión nueva consiste, pues, en creer en un Mediador que quita el pecado de sus fieles. Este Mediador es juez soberano, el único que puede reconocer á los suyos para recompensarlos. Nada más cierto que su mediación. Habíanla predicho los Profetas, y Él mismo la ha afirmado, mandando á todos sus Apóstoles que hicieran de ella el punto capital de su enseñanza. Ahora bien, no podía engañarse ni engañar á los demás, porque el fondo de su naturaleza era la bondad, la sabiduría, la santidad. Basta, para convencerse de ello, seguirle en los diversos períodos de su vida pública. ¿No tenía, por otra parte, en su mano el poder de Dios, al obrar sus milagros? ¿Podía Dios apoyar á un falsario? ¿Podía, sobre todo, sancionar su vida y su doctrina, si ellas no eran conformes á la justicia y á la verdad, permitiendo el mayor de sus milagros, su resurrección? Pues bien, Dios

lo resucitó al tercer día, bastante tarde para que su muerte constase con toda certeza, bastante pronto para que no se desesperase de sus promesas. En seguida mostróle vivo á los fieles. La multitud no merecía este favor, pero los predestinados, los verdaderos amigos, lo obtuvieron, y entraron con el Resucitado en aquellas reiteradas relaciones de la vida común y de la intimidad que habían tenido con Él antes de su muerte. El mismo que está hablando podría decir que, entre estos testigos, él obtuvo un sitio de honor. En el acento de su alma, puede juzgarse de su convencimiento.

Todo hace suponer, en efecto, que Pedro se pueo á desenvolver, con su acostumbrado calor, la magnífica tesis convertida en Evangelio oral, y de la que había comenzado por hacer un suscito resumen. El auditorio estaba subyugado por su palabra de fuego, y los corazones, preparados desde largo tiempo por humanas virtudes, abríanse por sí mismos á la gracia divina. El cielo no resistió á los ardientes deseos de los que querían entrar en el nuevo reino. Tomando de repente la iniciativa, indicó á Pedro que no faltaba sino consumir la obra de misericordia y dar á los paganos el abrazo fraternal. En efecto, mientras el Apóstol hablaba, descendió el Espíritu Santo sobre la piadosa asamblea. Aquello fué un nuevo Pentecostés, el de los gentiles. Al decir de Pedro, los fenómenos sobrenaturales que la caracterizaron fueron los mismos que se habían producido en otro tiempo en Jerusalén ⁽¹⁾. Los fieles de la circuncisión, que habían llegado con el Apóstol, quedaron asombrados ante aquel espectáculo. ¡Luego ya no eran perros aquellos gentiles sobre los cuales el Espíritu Santo se dignaba bajar y permanecer! Realmente, los incircuncisos se habían puesto á hablar en lenguas nuevas, alabando á Dios con palabras desconocidas é inusitados acentos. No era ya posible disputarles el derecho de entrar en el

(1) Parece concluyente la frase que va á emplear en seguida: *Spiritum Sanctum acceperunt sicut et nos*. Comp. cap. XI, 17, todavía más categórico.

Reino, después de ver que en él se instalaban con todas las prerrogativas de los obreros de la hora primera. Entonces Pedro exclamó: «¿Quién puede negar el agua del bautismo á los que, como nosotros, han recibido también el Espíritu Santo?» ¿Acaso el bautismo del Espíritu no era superior al bautismo del agua? Y, supuesto que el cielo había concedido aquél, ¿podía éste ser denegado por los hombres? Dios, forzaba, pues, la mano á Pedro, asegurándole, según el hermoso pensamiento de San Juan Crisóstomo, con el milagro verificado entre aquellos gentiles, un argumento sin réplica ante los judíos de Jerusalén. ¿Qué podía temer en lo sucesivo, toda vez que la plena justificación de su conducta había sido escrita por la mano divina? Pedro ordenó bautizar á los nuevos discípulos en nombre del Señor Jesucristo.

No los bautizó él mismo, quizá para obligar á los circuncisos llegados de Joppe á dar la mano á la grande y decisiva innovación. De otra parte, el bautismo que entonces fué administrado no debía producir ni la ablución del pecado ni la gracia, pues seguía á la infusión del Espíritu Santo; todo lo más podía ser el símbolo de la transformación que exteriormente ⁽¹⁾ iba á sufrir la vida de Cornelio y de todos los suyos. Aquellos generosos neófitos se sumergieron en el agua lustral para hacer entender que habían muerto completamente para el mundo y que estaban dispuestos á no vivir en adelante sino para Jesucristo.

Grande era la dicha de todos. Los nuevos hermanos suplicaron al Apóstol que no los affigiese con una marcha precipitada. Cedió Pedro á sus deseos y quedóse algunos días en casa de Cornelio ⁽²⁾. Así, el Nazareno extendía su mano sobre los hijos de Roma para tomar posesión de ellos, y los vencedores del mundo comenzaban á arrodillarse ante el Crucificado. Por primer discípulo entre ellos,

(1) Claro está que el bautismo de agua imprimió carácter y produjo un aumento de gracia y virtudes. Sobre este pasaje véase Santo Tomás, *Summa Theol.*, 3.^a, q. 69, 4, ad 2; q. 72, 6, ad 3. — N. del T.

(2) *Hechos*, X, 48.

no escogió Jesús ni á un filósofo, ni á un orador, ni á un político, sino á un soldado. La lealtad, la generosidad, la fuerza de carácter exigida por la profesión de las armas, son virtudes preparatorias del heroísmo de la vida cristiana. De los cuatro centuriones mencionados en nuestros Evangelios ó en el libro de los Hechos, no se dice nada que no sea honroso y consolador ⁽¹⁾. El de Cesárea parece haber sido el tipo del hombre honrado. A juzgar por el repetido dictamen que San Lucas diseña de sus virtudes, podemos decir que era digno de mandar el batallón de gentiles que subía al asalto de la Ciudad de Dios y se preparaba á forzar piadosamente las puertas de la Iglesia. No fué solamente de noble raza, pues pertenecía al primer pueblo del mundo y quizás á la familia más ilustre de este pueblo: fué sobre todo un gran corazón. No se ha notado bastante el ánimo y la buena intención con que reunió en torno suyo á sus parientes y á sus amigos para que fuesen testigos de su acto de fe en el Evangelio, y asociárselos, si posible fuese. Este hombre había apetecido la luz para los suyos tanto como para sí mismo, y la obtuvo según sus deseos. Lo que no había tal vez previsto era que, detrás de sí, estaba toda la gentilidad, en espera de que, para ir á la Iglesia, le abriese una brecha en el judaísmo legal, por la que, en su seguimiento, tanto en Oriente como en Occidente, se precipitó entusiasta y generosa. Poco tiempo después de estos sucesos, Jesús tenía discípulos, no sólo entre los paganos de Antioquía, sino también entre los de Roma y en el palacio mismo de los Césares.

(1) En efecto, el de Cafarnaúm había estado admirable al pedir á Jesús la curación de su criado (*Mat.*, VIII, 5). El del Calvario se golpeó el pecho gritando que el crucificado era verdaderamente el Hijo de Dios (*Mat.*, XXVII, 54). Cornelio es aquí un justo entre los paganos. Finalmente, el que acompañará á Pablo á Roma se mostrará lleno de benevolencia para con el prisionero á quien conduce (*Hech.*, XXVII, 3, 43).

CAPITULO III

Pedro, de regreso á Jerusalén, justifica su conducta

Sentimientos que debió experimentar viviendo con gentiles.—Cómo se apreció su conducta en Jerusalén.—*Los de la circuncisión.*—Pedro se defiende.—Todo lo que se ha hecho, Dios lo ha hecho.—Su respuesta impone silencio á unos y llena de entusiasmo á otros. (*Hechos*, XI, 1-18).

Difícil es darse cuenta de las impresiones, ó mejor, de las sorpresas que un judío tal como el Apóstol Pedro debió experimentar durante el tiempo que vivió en compañía de una familia de origen pagano. Ideas, costumbres, lenguaje, prácticas, todo era nuevo, si no extraño, para él. Verdad es que la gracia de lo alto irradiable en las almas y, que por este lazo superior, el predicador se sentía de la misma familia que los convertidos; pero la gracia no destruye la naturaleza. Fuera de la luz común á los hijos del Evangelio, ¡cuán diferente era todo entre ellos y él! Pedro, con su buen sentido y su rectitud de aldeano galileo, debió de apreciar los elementos buenos y malos que había en aquellas razas fuertes y generosas de la gentilidad, las cuales, á pesar de no haber recibido la revelación divina, llevaban en el corazón nobles cualidades y reales virtudes. El pagano era sensual, pero generoso; lleno de supersticiones, pero deseoso de hallar la verdad; violento y dulce; hombre y niño; antítesis completa del judío, que, correcto según la Ley, mostrábase por todas partes egoísta, orgulloso, sin misericordia, sin corazón. Por más que sufriese interiormente, el Apóstol no pudo abstenerse de hacer entre los suyos y los gentiles un paralelo en el cual correspondía á éstos el mayor número de méritos. Entonces Pedro recordó muchas frases del Maestro, las cuales, como sepul-

tadas en el olvido, en el fondo de su alma, subían de nuevo á la superficie, imponiéndose con su evidencia, y en las que Jesús había mostrado su preferencia para con los publicanos, los pecadores y los paganos. Cuanto más de cerca lo estudiaba todo, tanto más comprobaba que la reprobación de unos y la elección de otros serían la última palabra de lo por venir y la gran lección preparada al mundo por la justicia de Dios. Lo cierto es que los lazos que unieron á Pedro con la familia de Cornelio fueron una feliz preparación de su apostolado entre los gentiles y le proporcionaron quizá relaciones en Roma, donde ácontecimientos imprevistos debían pronto procurarle ocasión de ejercer su ministerio.

Entre tanto la nueva de lo que acababa de suceder en Cesárea se había rápidamente extendido en Jerusalén. Los Apóstoles y los hermanos anunciábanse mutuamente, con sentimientos diversos, que los paganos habían acogido la palabra de Dios. Buen número de ellos, sobre todo entre los helenistas, debieron alegrarse. En la obra de Pedro, veían la obra de Esteban, el universalismo evangélico que acababa de triunfar. Veían además el mundo abierto á la actividad apostólica, y gustosos, en la perspectiva de semejante conquista, sacrificaban sus últimos prejuicios judaicos. Otros, que el historiador sagrado llama *los de la circuncisión*, y que, más adictos á Moisés que á Jesucristo, constituyeron uno de los graves peligros de la Iglesia primitiva, estaban descontentos. En otra parte dijimos cuál era su origen y cuáles sus tendencias ⁽¹⁾. En esta flagrante violación de la Ley, denunciaban un sacrilegio. ¿Acaso no había distinguido el mismo Dios, en el mundo manchado por el pecado, lo puro de lo impuro, al hijo de Abraham de los hijos de las naciones? Entrar en relaciones familiares, íntimas y sobre todo religiosas, con aquellos que no eran de Dios, ¿no era pisotear la religión de Moisés y hacerse criminal? Por esto, en su tenaz cegue-

(1) Véase pág. 130.

dad, mostrábanse dispuestos á hacer ó dejar que se hiciera el proceso del jefe mismo de los Apóstoles. De estos falsos hermanos, que encontraremos siempre, exclusivistas, porfiados y violentos, camarilla temible, irradiando desde Jerusalén á Galacia, en Corinto, en Roma, y doquiera el elemento judío apoyará sus pretensiones, puede muy bien decirse que eran, sólo en apariencia, miembros de la joven Iglesia. Lo que caracteriza al verdadero fiel, no es ni el nombre, ni las prácticas exteriores, ni la invocación: «Señor, Señor ⁽¹⁾,» sino la conformidad del corazón con el Evangelio. La mayor parte de aquellos sacerdotes que, después de la elección de los diáconos, habían aceptado el Evangelio ⁽²⁾, sin renunciar quizás á sus funciones en el Templo, debieron ser el alma de este partido, desde entonces tan extrañamente obstinado en defender los caducados derechos del ritualismo judío. Quería el Evangelio en la Ley, y, para mantenerlo en ello, á todo se atrevía, aunque se opusiese á las prescripciones más explícitas de Jesús. No hay que asociarle ni con Juan, ni con Pedro, ni con Santiago, ni con otro alguno de los Apóstoles. Su autoridad le venía de sí mismo. Sus miembros se recomendaban por su condición, su ciencia, quizá su fortuna, pero sobre todo por su celo por la Ley. Es posible que alguien, entre los fieles, quizá también entre los Apóstoles, hubiese sufrido alguna vez su influencia; pero suponer que este partido hubiese jamás dominado la Iglesia, sería un error y una injusticia. Causó un verdadero daño, sin llegar á imponerse. No conocemos los nombres de sus jefes. La actitud que adoptan en esta ocasión prueba claramente que no tenían conciencia, ni de la humildad que convenía á los verdaderos fieles, ni de la importancia que debía darse á las prácticas de la nueva religión. Con alguna impertinente presunción piden al jefe de la Iglesia cuentas de su conducta en materia absolutamente religiosa, y, no sin acrimonia, le hacen cargos por haber entrado en casa de

(1) *Mat.*, VII, 21.

(2) *Hech.* VI, 7.

los paganos y haber recibido hospitalidad. Si no le reprochan el que haya administrado el bautismo y abierto las puertas de la Iglesia á los incircuncisos, es sin duda porque no conocen toda la importancia del hecho. Tal es el partido irreconciliable, que aparece aquí por vez primera, y al que será preciso dirigir más tarde las palabras enérgicas y severas de Pablo á los de la circuncisión. Entretanto, incapaz de tratar con miramiento á cualquiera que parezca romper con Moisés, levanta hoy la voz contra Pedro, exclamando: «¿Cómo has entrado en casa de personas incircuncisas, y has comido con ellos?» Una tradición muy antigua dice que Cerinto fué uno de los que con más ardor formuló esta recriminación.

Es de creer que, detrás de estos falsos discípulos del Evangelio, se agrupaban tímidamente, pero profundamente afligidos, algunos verdaderos creyentes sometidos á su influencia. No reclamaban públicamente, pero cuchicheaban preguntándose cómo Pedro legitimaría su conducta. Apiadóse éste de sus escrúpulos, y mostrando para con los débiles una deferencia que no deshonra jamás á los fuertes, comenzó, sin inmutarse, la narración ordenada de lo que había ocurrido en Cesárea.

«Estaba yo en la ciudad de Joppe en oración—dijo— y vi en éxtasis una visión de cierta cosa que iba descendiendo, á manera de gran lienzo descolgado del cielo por las cuatro puntas, que llegó junto á mí. Mirando con atención, me puse á contemplarle, y le vi lleno de animales cuadrúpedos terrestres, de fieras, de reptiles y de volátiles del cielo. Al mismo tiempo oí una voz que me decía: Pedro, levántate, mata y come. Yo respondí: De ningún modo, Señor, porque hasta ahora no ha entrado jamás en mi boca cosa profana ó inmunda. Mas la voz del cielo hablándome segunda vez, me replicó: Lo que Dios ha purificado, no lo lames tú impuro. Esto sucedió por tres veces, y luego todo aquel aparato fué recibido otra vez en el cielo.»

«Pues bien, he aquí que en aquel mismo punto llegaron á la casa en que estaba yo hospedado tres varones, que

eran enviados á mí de Cornelio. Y me dijo el Espíritu, que fuese con ellos sin escrúpulo alguno. Vinieron asimismo estos seis hermanos que me acompañan, y entramos en casa de aquel varón ⁽¹⁾, el cual nos contó como había visto en su casa ⁽²⁾ á un ángel, que se le había presentado diciendo: Envía á Joppe, y haz venir á Simón, por sobre nombre Pedro, quien te dirá las cosas necesarias para tu salvación y la de toda tu familia. Habiendo yo, pues, empezado á hablar, descendió el Espíritu Santo sobre ellos, como descendió al principio sobre nosotros. Entonces me acordé de lo que decía el Señor:—Juan á la verdad ha bautizado con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo.—Pues si Dios les dió á ellos la misma gracia, y del mismo modo que á nosotros, que hemos creído en nuestro Señor Jesucristo, ¿quién era yo para oponerme al designio de Dios?»

La argumentación era irresistible. En la distribución de sus dones, Dios no distingue entre judíos y paganos, y éstos han tenido como aquéllos su Pentecostés; ¿querrá el hombre arrogarse el derecho de ir contra los designios del cielo? El Señor ha pedido á los paganos, no la circuncisión, sino la fe, para darles el Espíritu Santo; ¿con qué título, Pedro hubiese sido más exigente para administrarles el bautismo de agua, que es inferior al bautismo en el Espíritu? Pues bien, si debió bautizar y admitir en la Iglesia á aquellos á quienes Dios acababa de aceptar por hijos, y que desde entonces eran sus propios hermanos, con mayor razón estaba autorizado para recibir entre ellos hospitalidad. Nada más lógico y más concluyente.

Por esto se nos dice que, después de haber hablado Pedro, todos se callaron. Podían haber negado los hechos alegados, pero allí estaban para mantenerlos los seis hombres que habían ido de Joppe á Cesárea y de Cesárea á

(1) Pedro no lo nombra; no hace resaltar ninguno de sus títulos, ninguno de sus virtudes. Todo esto sería inútil á su tesis, que debe apoyarse únicamente en lo que Dios ha hecho, no en el mérito de los hombres. Sin embargo, emplea, para designarle, el término de distinción *τοῦ ἀνδρός*.

(2) Esto hacía imposible toda superchería.

Jerusalén. En consecuencia, los partidarios exagerados de la Ley, prefirieron guardar silencio, esperando reanudar la discusión más adelante y en circunstancias menos desfavorables. Los otros, que, influídos por instigadores y sin conocer los detalles, habíanse turbado con sobrada ligereza, pasaron al punto de la desconfianza al entusiasmo. Se les abrían nuevos horizontes. Comenzaron, pues, á glorificar al Señor, que dirigía con tanta misericordia el desarrollo progresivo de su Iglesia, y decían: «¡Luego también á los gentiles les ha concedido Dios la penitencia para alcanzar la vida!»

CAPITULO IV

El mismo tema puesto en práctica en Antioquía

Predicación evangélica fuera de Jerusalén después de la muerte de Esteban.—En la costa fenicia.—En la isla de Chipre.—En Antioquía.—Al saber que Pedro ha bautizado á un centurión romano, predicán á los griegos.—Primicias de la gentilidad. (*Hechos*, XI, 19, 21).

Vimos que la persecución levantada después del martirio de Esteban había arrojado de Jerusalén á una parte de los predicadores del Evangelio, sin duda los más ardientes. Predicaron primeramente en Palestina, y cuando se vieron acosados más de cerca por el fanatismo judío, pasaron á Fenicia. Entre los dos países, las relaciones eran muy frecuentes, y aun hoy continúan por naves en la costa y por caravanas en el interior.

Fenicia ó *Pais de las palmeras* ⁽¹⁾ (*φοίνιξ* es la verdadera etimología de su nombre, y las monedas de sus principales ciudades, Sidón, Tiro, Arad, llevaban una palmera) había sido primeramente la tierra de Canaan ó de *Kenaj*, *la tierra baja*, por oposición á *Aram*, *la tierra alta*, como decían los hebreos al hablar de Siria. La lengua que allí se hablaba pertenecía, no sólo á la familia de las lenguas semíticas, sino que formaba con el hebreo de los Libros Santos un mismo idioma, en diferentes dialectos ⁽²⁾. Además de este parentesco, los dos pueblos habían estado unidos siempre por intereses comunes, y los centros comerciales de Fenicia habían visto llegar desde el principio

(1) Es la etimología comúnmente admitida. Sin embargo, Lenormant, *Manuel d'hist. anc. de l'orient*, vol. III, p. 15, escribe: «Le nom grec de Phéniciens, dont on ignore l'origine précise...»—N. del T.

(2) V. Renan, *Hist. gen des langues semit.*, p. 107 y 111.—N. del T.

á los judíos cosmopolitas cuyo genio mercantil no perdía ocasión de hacer fortuna. En las principales ciudades, Tiro, Sidón, Berita, Biblos, Arad, había sinagogas. Allí comenzaron á anunciar el Evangelio los predicadores expulsados de Jerusalén, siendo de suponer que no fué infructuosa su labor, pues Pablo saludará más tarde, por lo menos en Tiro y en Sidón ⁽¹⁾, florecientes comunidades cristianas.

En condiciones análogas se hallaba la isla de Chipre. Aunque separada del continente por un brazo de mar, no dejaba de mirar hacia la costa fenicia, por sus puertos más frecuentados, y de mostrarse unida á la madre patria por sus más caras tradiciones. Sabido es que, por su configuración, el norte de esta isla carecía de abrigo seguro para las embarcaciones. Prolongábanse allí las montañas en dunas muy altas y rojizas acantiladas hasta las orillas del mar. Por el contrario, al oriente y mediodía, sus numerosas bahías estaban pobladas de ciudades ricas y comerciales. Á Salamina, Cicio, Amatonta, Pafos, arribaban diariamente naves de la costa fenicia. Desde el tiempo de los macabeos, habíanse establecido allí numerosos judíos ⁽²⁾. Bajo Herodes, se desarrolló su influencia, y tomaron parte muy activa en la explotación de las minas de cobre emprendida por este rey, con permiso de Augusto ⁽³⁾. Sábese también que á principios del segundo siglo de nuestra era creyéronse bastante fuertes para levantarse contra los cipriotas; acaudillados por un tal Artemio, hicieron grandísima matanza, y Adriano se encargó de castigarlos. Pues bien, los portadores de la Buena Nueva predicaron en la isla, como habían predicado á lo largo de la costa fenicia.

Creciendo siempre su ardor, dirigieron sus miradas á la misma capital de Siria, Antioquía, á donde se llegaba fácilmente, ora desde Fenicia, ora desde Chipre, por el puer-

(1) *Hechos*, XXI, 3-4, y XXVII, 3.

(2) *I Mac.*, XV, 23.

(3) *Ant.*, XVI, 4, 5.

to entonces muy animado de Seleucia. La gran ciudad, edificada por Nicator al pie del monte Silpio y en las riberas del Orontas, era uno de los centros de Oriente en que había más judíos, los cuales disfrutaban de importantes privilegios desde los Seleucidas, que habían rivalizado con los Tolomeos de Egipto en atraerse, á fuerza de favores, á aquellos semitas, preciosos auxiliares de su política ⁽¹⁾. Los emperadores romanos habían sancionado y aumentado sus prerrogativas ⁽²⁾, de suerte que en Antioquía, lo mismo que en Alejandría, los judíos tenían un *alabar-co* ó magistrado, y, bajo la jurisdicción de un consejo de setenta ancianos, como recuerdo del Sanedrín, gobernábanse según sus propias leyes ⁽³⁾. Las investigaciones que hemos hecho en el emplazamiento de la antigua ciudad nos han inducido á creer que, como en Alejandría, también ocupaban la parte oriental de la ciudad, ó el cuartel edificado por Calinico. No lejos de allí, cerca de la puerta actual de San Pablo, había creado su protector Agripa un vasto arrabal para secundar sin duda su rápido desenvolvimiento. Cuenta Josefo que Herodes, deseoso de corresponder á la benevolencia de los antioqueños para con sus nacionales, había hecho construir, en esta misma dirección, la prolongación de un soberbio *corso*, empedrado de mármol blanco y adornado de pórticos en cada uno de sus lados. Esta hermosa calle atravesaba la ciudad de un extremo á otro ⁽⁴⁾. Vense todavía los restos, desde la puerta de San Pablo hasta la entrada de la moderna Antakieh. Protegidos así por todos, estaban los judíos en Antioquía como en su propia casa. Habíales sido devuelta y guardaban cuidadosamente una parte de los vasos sagrados, arrebatados en otro tiempo por Epifanes del Templo de Jerusalén ⁽⁵⁾. Dos querubines dorados, procedentes también de la Casa de Dios para adornar el triunfo de los opresores,

(1) *Ant.*, XII, 3, 1; *B. J.*, VII, 3, 3; *C. Apion.*, II, 4.

(2) *B. J.*, VII, 3, 3. *Comp.* VII, 5, 2.

(3) Filón, *in Flacc. S.*, X.

(4) *Ant.*, XVI, 5, 3.

(5) *B. J.*, VII, 3, 3.

habían dado su nombre á una de las puertas de la ciudad, En Antioquía había más de una sinagoga ⁽¹⁾. Era, por tanto, muy natural que se pensase en predicar allí la Buena Nueva.

Dondequiera que se hallase, tenía Israel el derecho de ser evangelizado el primero. Por esto dirigiéronse á él ante todo los predicadores. El vivo deseo que latía en el fondo de su alma los hubiese llevado á anunciar á todos la religión que era para todos; mas, por grande que fuese su celo, no habían recibido orden de inaugurar semejante apostolado, y el historiador sagrado precisa que en un principio hablaron del Evangelio solamente á los judíos. Un mismo sentimiento de obediencia al orden jerárquico instituido por el Maestro, fué el que, después de haber contenido á Pablo, impidió también el que éstos intentasen el paso decisivo y minasen, sin autorización explícita, el muro secular que había hecho de Israel un pueblo aparte. En vano comprendían que se les abrían los brazos y que subía á sus labios el grito de su corazón, para invitar á todas las criaturas al conocimiento de Jesucristo; el deber les exigía dominar los impulsos de su impaciencia y mantenerse quietos, esperando la señal de la madre Iglesia. Sólo después que Pedro hubo dado esta señal bautizando al Centurión, siguieron ellos las inspiraciones de su celo universalista. Este punto capital no ha sido observado suficientemente por la crítica moderna. Por vez primera y de un modo formal, son desmentidas aquí las teorías que pretenden mostrarnos, en la naciente Iglesia, dos corrientes opuestas, que habrían sido respectivamente personificadas por Pedro y Pablo. La correlación entre las ideas puestas en práctica por el jefe de los Apóstoles en Cesárea y la predicación de algunos discípulos á los griegos de Antioquía, aunque no esté explícitamente indicada en el libro de los Hechos, no por esto deja de ser menos evi-

(1) Dícese que en el año 39 de J.-C., en un conflicto entre dos facciones, fueron incendiadas las *sinagogas* de la ciudad. Véase Malala, libro X; y *Fasti sacri*, p. 263, n.º 1579.

dente ⁽¹⁾. Los precursores de Pablo no evangelizaron á los griegos hasta después que Pedro hubo evangelizado y bautizado á un romano y su familia. Jamás se ha invocado mejor el argumento: *post hoc, ergo propter hoc*.

Aquellos ardientes predicadores de ideas más amplias que las que dominaban en Jerusalén, pertenecían todos á la clase de los judíos helenistas. Habían vivido en perpetuo contacto con los paganos. A los hombres de prejuicios y de miras estrechas, nada puede serles más útil que hallarse mezclados á los más diversos pueblos, oír sostener todas las doctrinas y encontrar en su camino todos los errores. Al salir del estrecho círculo en que vivían en la eterna rutina de una vida estacionaria ó egoísta, aprenden á considerar libremente la verdad. Aquéllos, habiéndola por fin conocido y abrazado, querían generosamente difundirla. Procedían unos de esta isla de Chipre que acabamos de describir, donde el humillante espectáculo de las pasiones viles de la humanidad debía inspirar á toda alma honesta el deseo de una rehabilitación universal. Llegaban otros de aquella costa de África, donde, entre Egipto y Cartago, había sido fundada Cirene, más de seis siglos antes de Jesucristo, por una colonia griega, en una fértil meseta que baja en terraplenes hasta el mar. Después de la muerte de Alejandro, había pasado Cirenaica al dominio de los reyes egipcios, que habían atraído á los judíos asegurándoles toda suerte de ventajas. Como Alejandro, suponían que esta raza inteligente, activa, religiosa, amiga de la autoridad y fiel á sus juramentos, sería un buen ejemplo entre gentes sin moralidad, turbulentas, de mala fe, y dispuestas siempre á conspirar. Por otra parte, es probable que, por dinero, se organizaban fácilmente los judíos en una especie de policía secreta ⁽²⁾. Los romanos habíanlos conservado con todas sus prerrogativas en Cirenaica, unida al gobierno de la isla de Creta. Al lado de estos cireneos y de estos cipriotas, debió de haber también sirios

(1) *Hechos*, XI, 19.

(2) *V. Josefo*, *C. Apion.*, II, 4; *Ant.*, XIV, 7, 2.

y asiáticos, frutos benditos de la predicación de Esteban ó de Pablo en las sinagogas de Jerusalén ⁽¹⁾. Deseaban todos ellos imitar el celo y hacer que prevaleciesen las ideas de los que los habían ganado para el Evangelio. No conocemos sus nombres. Todo lo que se puede conjeturar, es que Lucio, llamado el Cirineo, Manahén, hermano de leche de Herodes Antipas, y Simón el Negro, de quien hablaremos más tarde, fueron los principales de entre ellos. Bernabé estaba todavía en Jerusalén, y Pedro no podía hallarse entonces en Antioquía, por más que se ha sostenido lo contrario, según el testimonio mal comprendido de ciertos autores eclesiásticos ⁽²⁾. Si, al decir que fundó esta ilustrada Iglesia, se da á entender que la gobernó, ó también que jerárquicamente la organizó más tarde, nada tenemos que objetar; suponer que fué de los primeros en anunciar allí el Evangelio, es imposible de toda evidencia ⁽³⁾.

El auditorio al cual se dirigieron los predicadores, formábanlo, no los judíos helenistas ⁽⁴⁾—nada habría habido de sorprendente en esto, pues ellos mismos pertenecían á esta categoría de judíos,—sino los griegos, es decir, los paganos ó los gentiles. En medio de su población frívo-

(1) *Hechos*, II, 10; VI, 9; IX, 29.

(2) Eusebio, *Chron.*; S. Jerónimo, *Vir. ill.*, I; S. León el Grande, *Epistola* 96.

(3) No se ve, en efecto, en qué se apoya la opinión que pretende mezclar el nombre de Pedro con los orígenes de la Iglesia de Antioquía. Los hechos suscitan aquí las más insuperables dificultades. Si Pedro hubiese cooperado á la fundación de la primera Comunidad antioqueña, su nombre debería haber sido por lo menos pronunciado en estas circunstancias. Ahora bien, nada hay de esto. De otra parte, la misión confiada á Bernabé de ir á inspeccionar lo que ocurría en la capital de Siria prueba sobradamente que el Jefe de los Apóstoles no estaba allí. Que Pedro visitóla más tarde, esto es cierto. La creencia común, según veremos, es que la gobernó también por algún tiempo. Pero, en el momento de su fundación, el Apóstol, según todas las probabilidades, estaba en Palestina y en Jerusalén.

(4) No se comprende que todos los manuscritos, á excepción de dos (A. D.), lleven 'Ελλημιστάς en vez de 'Ελληνας. Esa lección es absolutamente condenada por el contexto. La antítesis entre el μέν del vers. 19 y el δέ del vers. 20 es evidente. Las versiones siriaca, árabe, copta, etíopica, como también la Vulgata, tradujeron como si el texto llevase 'Ελληνας. Eusebio (*H. E.*, II, 2), san Crisóstomo y Teofilacto hicieron otro tanto. La continuación del relato supone lógicamente que, sea cual fuese la verdadera lección, aquí se trata de los gentiles y no de los judíos helenistas.

la, turbulenta, voluptuosa, Antioquía contaba con algunas almas trabajadas por la inquietud y el deseo de la verdad. De aquí la sorprendente facilidad con que eran acogidos los innovadores, cualquiera que fuese su procedencia. Esta vez los recién llegados no eran altivos ni bulliciosos, sino modestos y buenos. En su alegría dulce y tranquila, en su mirada inspirada, en su misterioso lenguaje, dejaban adivinar el incomparable tesoro encerrado en su alma. Instóseles á que hablaran, se explicaran, enseñaran el secreto de su dicha, y ellos tuvieron la gran caridad de hacer lo que se les pedía. Habiendo hablado primeramente al oído, gritaron muy pronto desde los tejados. Así comenzó aquella predicación *á toda criatura*, que el Maestro había profetizado y descrito.

Estaba con ellos la mano del Señor. Removían las almas, turbábanlas santamente, y arrojando en todas partes la semilla, veían nacer frutos abundantes. Fué, en efecto, considerable el número de los que creyeron y se convirtieron. Saludemos en ellos las primicias de la gentilidad y la primera Iglesia, nacida fuera de la Sinagoga, en una tierra de libertad.

CAPÍTULO V

Bernabé, enviado á Antioquía, aprueba el movimiento universalista y va á buscar á Pablo á Tarso para asegurar el éxito

Diversas impresiones en Jerusalén.—Bernabé es escogido para ir á ver lo que sucede en Antioquía.—Sentido de esta elección.—Aprueba la predicación á los gentiles y se determina á generalizarla.—Su viaje á Tarso.—Entrevista con Pablo.—Vuelve de nuevo con él á Antioquía. (*Hechos*, XI, 22-25.)

La noticia de estas conversiones de gentiles causó en Jerusalén una impresión de gran sorpresa en unos y de vivo descontento en otros. Resultaba cada vez más evidente que la nueva religión, aceptada ó rechazada por Israel, había resuelto abrirse camino á través de las naciones, para marchar á la conquista del mundo entero. Por esto rompía con tanta audacia los viejos moldes del judaísmo y alistaba bajo su bandera á todos los hombres de buena voluntad, viniesen de donde viniesen y cualquiera fuese la sangre que por sus venas corría. El Templo, la Ciudad Santa, la Tierra prometida, iban, pues, á perder su razón de ser. Esto era duro para muchos judíos, ¿mas qué partido tomar? Sin embargo, tales eran el orden providencial y la significación evangélica. Debían desaparecer todos los lazos materiales y sensibles de pueblo ó de ciudad para dar lugar á lazos espirituales é invisibles, negación categórica del formalismo judío. El pueblo de Dios, señalado en adelante con un signo interior, estaba llamado á adorar en espíritu y en verdad, más bien en su alma que en un templo, y á formar un reino sin otras fronteras que las del mundo mismo, con el distintivo de una admirable

unión en una misma fe y una misma caridad, en la comunidad de unas mismas esperanzas.

Entre los discípulos, los mejor penetrados de las palabras del Maestro: «Instruid á todas las naciones ⁽¹⁾», saludaban con entusiasmo este glorioso porvenir, y ponían de buen grado á la Iglesia en estos caminos, anchos como la caridad del Padre celestial. Los judíos obstinados clamaban contra semejante escándalo. Estaban aferrados á su eterna tesis de que, por el pecado, todo fué manchado en el mundo, hombres, bestias y seres inanimados; que plugo á Dios escoger para sí una sola raza de la humanidad, algunas categorías entre las bestias, determinados días del año, una comarca en el mundo, y que esta elección les había comunicado una pureza inalienable. No tener en cuenta esta antigua fe de Israel, equivalía á rematar en hereje y apóstata. Entre los dos campos flotaban buen número de indecisos que temían la novedad, aunque fuertemente conmovidos por el éxito que Dios parecía asegurarles. Resolviéronse á estudiar más de cerca el asunto enviando al instante á un sujeto de confianza que lo examinara todo, y que diera después cuenta de su misión. Fué delegado Bernabé, uno de los corazones más animosos de la Iglesia primitiva.

Bernabé tenía ciertamente relaciones con los nuevos predicadores de Antioquía, pues era judío helenista como ellos y compatriota de los de Chipre. La elección era, por lo tanto, excelente, y del todo adecuada á la nueva dirección que imprimía Dios á su Iglesia. ¿No había sido Bernabé el protector de Pablo convertido, y quizás el partidario de sus ideas universalistas? Espíritu muy abierto, alma generosa, se reconocía en él bastante prudencia para no tolerar ninguna temeridad, y bastante dulzura y habilidad para no contristar á los antioqueños, chocando intempestivamente con ellos. Los Apóstoles querían evitar toda división entre la nueva comunidad de Antioquía y la

(1) *Mat.*, XXVIII, 19.

de Jerusalén. Bernabé, después de pesarlo todo bien, debía dar oficialmente á aquélla, si la creía digna, su título de filiación y, por decirlo así, su reconocimiento canónico, animándola en su rápido crecimiento. Recorrió todo el país hasta Antioquía, siguiendo sin duda paso á paso las huellas de los predicadores, si no por Chipre, por lo menos á lo largo de la costa fenicia, y comprobando en todas partes que aquéllos habían trabajado realmente por la gloria de Dios. Pero donde su obra le sorprendió más particularmente y le llenó de grandísimo consuelo, fué en la capital de Siria. Vió allí, brillante é irrecusable, la gracia de lo alto sobre la joven Iglesia. Los dones celestiales habían consagrado esta maravillosa conversión de los gentiles⁽¹⁾. Allí había pasado, sin duda, algo análogo á las divinas manifestaciones que habían revelado el dedo de Dios en el bautismo de Cornelio y de su familia en Cesárea. Puesto que el cielo continuaba manifestando tan claramente su voluntad, y abriendo las puertas de su reino á cualquiera que quería entrar, no había más que seguir el irresistible movimiento. Era la hora de instruir á todas las naciones y bautizarlas en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Con su naturaleza recta y su ardiente fe, comenzó Bernabé por manifestar públicamente su satisfacción por lo que se había hecho, y sobre todo su alegría por lo que Dios quería hacer. Exhortó á la joven comunidad á mantenerse, según sus resoluciones, unida al Señor con un corazón firme y estable. Este *hijo de consolación* ó *de exhortación*, como así era llamado⁽²⁾, tuvo buenas palabras para todos. Es propio de los varones de Dios completar, con el ejemplo de sus virtudes, la demostración de las verdades que anuncian. De esta suerte la joven comunidad vió acrecentarse rápidamente sus proporciones.

(1) Puede esto deducirse de las primeras palabras del vers. 23: *Qui... cum vidisset gratiam Dei, gavisus est.*

(2) Es natural relacionar el sobrenombre de Bernabé, *υιός παρακλήσεως*, dado al entusiasta levita de Chipre (*Hechos*, IV, 36), y el verbo *παρακάλει*, del que se sirve aquí el historiador para caracterizar su acción benévola y persuasiva sobre la joven comunidad de Antioquía.

Una vez entrado en los caminos que Dios le mostraba, Bernabé sólo pensó en desplegar toda la actividad de que era capaz. Con la modestia y la abnegación que formaban el fondo de su noble carácter, se consideró incapaz de dirigir por sí solo la gran campaña que, comenzando por un apostolado restringido, debía tener por resultado la evangelización del mundo entero. Pensó entonces en Pablo, á quien, recién convertido, había presentado á la Iglesia de Jerusalén, y que á la sazón vivía en Tarso con su familia, esperando con la más viva impaciencia ser oficialmente llamado á la misión que Dios le reservaba. No ignoraba todo lo que, en el alma de este joven, había de ardor para la gloria del Maestro, de caridad para con el mundo extraviado, y de elocuencia para hacer triunfar la causa que en él tendría su abogado. Ahora bien, la causa de los gentiles era la misma que la Providencia le reservara el día de su conversión. En sus confidencias de Jerusalén, Pablo había ciertamente revelado á su protector las miras del cielo sobre este particular.

De Antioquía á Tarso hay tres días de marcha. Bernabé determinóse á presentarse allí sin demora. Debió de seguir la vía romana, cuyos vestigios se ven aún. Pasando sucesivamente por Bagraz, el desfiladero de Betán y Alejandreta, rodeó la ribera oriental del golfo, siguiendo un camino que se confunde con la playa cuando no está abierto en la roca. Por Iso, Mopsuesta y Adana, llegó á la grande y hermosa ciudad de Tarso. ¿Entró por la vieja puerta romana que nosotros encontramos todavía en pie, si bien despojada de sus antiguos ornamentos? Es probable. Una hornacina que mira al mediodía, vacía hoy, encerraba entonces la divinidad tutelar de la ciudad. Aquel dios de piedra, como también el soldado romano que montaba la guardia bajo la bóveda arqueada que subsiste todavía, vieron pasar con mirada igualmente indiferente á aquel judío cipriota que llegaba á toda prisa, recogida la túnica, cubierto de polvo y bordón en mano. ¿Quién hubiese sospechado entonces la misión, hostil al viejo estado de cosas y

fatal al paganismo, que Bernabé iba á llenar? Todo induce á creer que el decidido discípulo encontró á Pablo en casa de su padre⁽¹⁾. Algunos han supuesto que en ella continuaba la misma vida de recogimiento y de meditación que había llevado en Arabia. Piensan otros que se ejercitaba en discurrir con los maestros de la ciencia pagana para mejor combatirlos, cuando la hora de la lucha llegara. Sobre este punto, no nos da ninguna indicación el historiador sagrado. Difícil es, sin embargo, representarse al ardiente convertido resignándose á vivir en la inacción, después de haber hecho resplandecer tan valientemente su celo en Damasco y en Jerusalén, sobre todo cuando se recuerda que su permanencia en Tarso duró quizás más de un año. Para aquella alma llena de Jesucristo, no era ya tiempo de ocuparse en bellas letras, ó en filosofía pagana. A semejantes trabajos, en adelante poco en armonía con sus santas preocupaciones, había debido entregarse en otra época de su vida, en su juventud. ¿Por qué no habría sido el apóstol de su país y el fundador de aquellas Iglesias de Cilicia, que visitó más tarde⁽²⁾, para confirmarlas en la fe y la obediencia á los preceptos de los Apóstoles y de los ancianos? Cuando las circunstancias ó la malicia humana condenan al reposo á las almas generosas, éstas se consue-
lan trabajando, con menos esplendor sin duda, pero casi

(1) Es muy lastimoso que la tradición no haya indicado con seguridad el lugar donde nació y vivió el gran Apóstol. En Tarso se nos mostró dos sitios, tan poco recomendables el uno como el otro por argumentos serios. El uno está en casa del agente consular de América, donde se ha hallado recientemente dentro de un pozo una lápida de mármol, con restos de una inscripción relativa á Pablo. No han sabido decirnos, ni siquiera aproximadamente, su contenido. Hace algunos años que este mármol fué robado al propietario. En el interior, la casa tiene todo el aspecto de un viejo convento. El pozo, que puede examinarse bajando á él una gran linterna, es notable por su hermosa y sólida construcción. En el otro sitio vimos una mezquita, que ocupa seguramente el asiento de una vetusta iglesia. En suma, no sólo no se encuentra en Tarso una reliquia autorizada de Pablo, ¡pero ni siquiera hemos visto allí una iglesia levantada en su honor! Esperamos que las excavaciones recientemente emprendidas darán algún satisfactorio resultado. Tarso fué en otro tiempo una ciudad harto floreciente para que no haya importantes ruinas enterradas.

(2) *Hechos*, XV, 41. *Comp. Galat.*, I, 21.

siempre con provecho efectivo, para el triunfo de la verdad. Sería muy duro tener que sacrificar, por los caprichos de los malos y de los enemigos de la luz, un año siquiera de vida, cuando se considera la obra que Dios espera de nosotros y el poco tiempo que nos concede para realizarla.

Los dos amigos debieron de alegrarse al encontrarse de nuevo. De buen grado nos los representamos, en la azotea de la casa de Pablo, conversando largamente sobre los graves sucesos acaecidos tanto en Antioquía como en Cesárea, y sobre el cambio que se obraba en las ideas de los discípulos en Jerusalén. Tiene un encanto indecible la conversación sobre las pintorescas plataformas de las casas de Tarso, cuando la brisa de la tarde las regala con los frescos perfumes de los rosales, de los jazmines y de los naranjos en flor. El panorama es espléndido, la luz dulce y la calma profunda. Al norte de la vasta llanura, y como inmenso terraplen que la resguarda, el Tauro yergue sus nevadas cumbres, blancas y rosadas bajo los resplandores del sol poniente, en tanto que, más abajo, sus sombrías estribaciones dibujan en el cielo azul una larga serie de caprichosas y profundas escotaduras, como escaleras cortadas á medida por gigantes. De una de ellas nace el Cidno, que precipita sus aguas glaciales en un lecho muy desigual, por entre fértiles campiñas, y, después de haber atravesado el asiento desierto de la vieja ciudad, va á perderse en las lagunas del *Regma*, estanque del antiguo puerto, que los aluviones han invadido. En todas partes crece espléndida la vegetación, y tan sólo algunos minaretes logran dominar el vasto y gracioso bosquecillo que oculta á Tarso en una cuna de verdor. Bajo aquel cielo puro, en medio de una atmósfera embriagadora, ante aquella hermosa naturaleza, bastan pocas palabras para lanzar al alma á esferas donde encuentra pronto á Dios y su luz. Bernabé, hombre poderoso en la persuasión, no necesitó hacer grandes esfuerzos para ganar á Pablo á una causa de la que había sido el primero y el más ardiente promovedor. Sus palabras caían como aceite sobre la llama para avivarla.

Al anuncio de tan felices nuevas, que llevaban muy naturalmente consigo la invitación, tan impacientemente esperada, de poner manos á la obra, parecenos ver la fisonomía del joven de Tarso, iluminarse, sus ojos levantarse al cielo, sus manos cruzarse sobre el pecho, en señal de acción de gracias. Era la hora de Dios y la suya. Levantóse diciendo: «Heme aquí, estoy dispuesto.»

Jesús había enviado á los Apóstoles y los discípulos, de dos en dos, á anunciar el reino de los cielos. De Tarso partieron también, dándose la mano, los dos predicadores, dirigiéndose á Antioquía. La brecha estaba abierta, y el joven ejército á cuyo esfuerzo era debida, reclamaba jefes autorizados para seguir adelante. Pues bien, los dos hombres que la Providencia les enviaba, se completaban mutuamente. Si Pablo era entonces de un ardor excesivo, Bernabé podía templarlo por una benévola longanimidad. Separados, podrían haber comprometido el éxito de tan peligrosa campaña. Sosteniéndose mutuamente, debían asegurar sin sacudidas muy violentas la emancipación definitiva de la Iglesia cristiana. No sin alguna impaciencia se les esperaba en Antioquía; no sin un santo entusiasmo llegaron los viajeros allá.

La mies del Padre de familia, madura en el campo de la humanidad por siglos de sufrimiento, de sequía, de estériles aspiraciones se les aparecía, no ya limitada á una ciudad ó una provincia, sino tan vasta como el mundo. Soplaba la gracia de Dios en sus almas un valor indomable y deseos de sacrificios no menos grandes que la miseria de la humanidad. Era el caso de repetir viéndolos aparecer: *¡Quam pulchri pedes evangelizantium bona!* ⁽¹⁾. Antioquía había visto llegar, después de un siglo sobre todo, triunfadores y señores sanguinarios; llegábanle, por fin, salvadores.

(1) *Isaías*, LII, 7.

CAPITULO VI

Antioquía evangelizada por Pablo y Bernabé

Antioquía en el siglo primero de nuestra era.—Topografía probable de otro tiempo.—Carácter de su población muy mezclada.—Llegada de Pablo á aquel medio.—Donde se formaban sus auditorios.—Resultado consolador de semejante apostolado. (*Hechos*, XI, 25 26).

La ciudad donde entraron Pablo y Bernabé era en aquel entonces una de las más hermosas y ricas del mundo. El vasto paralelogramo donde se asentó, encuéntrase todavía dibujado muy claramente entre el Silpio al sur y el Orontas al Norte. Su extensión era de cuatro kilómetros de largo por dos de ancho, sin contar la montaña. Viejos muros romanos, restaurados por Justiniano, señalan en un largo surco de ruinas su caprichoso perímetro. A partir de la puerta de San Pablo, elévanse en zigzag hacia la cresta del Estauro, descienden y remontan en cremallera á través del barranco de las Puertas de Hierro, enlazan la antigua ciudadela y corren á la cima del Silpio, hacia occidente, á una altura de trescientos metros hasta la extremidad del Orocasiades, de donde, por una súbita traspuesta, bajan de nuevo á la llanura. Restos de torres cuadradas señalan la sucesión de los principales puntos de defensa, espaciados en un ámbito de quince kilómetros, comprendiendo en él la parte destruída, pero fácil de volver á hallar, que costea el río. Este cordón fortificado, que á distancia produce el efecto de una frágil cinta de hilo, no medía menos de cinco metros de ancho por diecisiete de alto. Servía de escalera para subir á la acrópolis. El sitio donde fué la vieja Antioquía, si bien muy desolado, sigue siendo de los más grandiosos. En el pequeño

valle donde crece una vegetación exuberante, sin ayuda de la mano del hombre, tiende el Orontas sus rápidas aguas y derrama una frescura que la brisa, soplando regularmente en aquellas gargantas anchas y profundas, impide que sea insalubre. Bajo el cielo puro, la sombría montaña, surcada de líneas rojizas, se escalona en rocas calcáreas que el rayo parece haber quemado, y donde se abren, como en una inmensa colmena, algunas grutas, especie de tumbas, que, durante dieciocho siglos, algunos solitarios no han cesado de habitar. En días de borrasca, los torrentes que descienden de aquellas alturas en innumerables cascadas agrietan el suelo, y corriendo á través de los anchos y profundos canales que surcan las calles de Antioquía moderna, van á precipitarse al río, después de haber exhumado los tesoros escondidos de la ciudad antigua. Antioquía, desde que fué edificada por Seleuco Nicator, ha sufrido por lo menos dos temblores de tierra cada siglo. De esta suerte ha sido enterrada periódicamente bajo sus propias ruinas por capas vivientes. Nada más frecuente, ahondando en el suelo, que encontrar piedras preciosas, brazaletes, perlas, objetos de oro, obras de arte, en una palabra, toda clase de recuerdos de una rica y hermosa civilización ⁽¹⁾.

En medio de espaciosos jardines, algunos cipreses, nacidos en las ruinas, sobresalen entre grupos de almendros, de mirtos ó de laureles, y parecen velar sobre este sepulcro tantas veces abierto para tragar á los que se atreven á edificar allí sus moradas, y que, á pesar de los trastornos periódicos del suelo, florecerá de nuevo el día en que la barbarie musulmana le permita vivir.

Tres reyes habían construído la soberbia capital. El primero, Seleuco Nicator, que transportó allí la ciudad de Antioquia, echó desde luego sus fundamentos cerca

(1) En Antioquía sorprendiéonos una tempestad que no duró menos de veinticuatro horas. Los relámpagos, los truenos, una lluvia diluviana causaban estragos. Después, asistimos á la paciente rebusca de los habitantes de la ciudad en las arenas removidas por las aguas bajadas del monte con la abundancia furiosa y la devastadora rapidez de verdaderos torrentes.

del río, donde está la moderna Antioquía, y transformó la montaña en acrópolis, Iopolis, como segunda ciudad que debía proteger la primera. Creciendo siempre la población, edificó Calinico una nueva ciudad hacia oriente, que se juntó inmediatamente á las otras dos, siguiendo la montaña que le servía de poderosa defensa al mediodía, mientras que al norte era protegida por el río. Finalmente, Antioco III el Grande, ó quizás, Antioco IV Epifanes, quiso fundar una cuarta ciudad al lado de las otras tres, y formar así una Tetrápolis. Abrió en el Orontas un brazo artificial, indicado ya al Norte por una pequeña corriente de agua, el actual Nahr-el-Koassich; y en la isla así formada estableció la ciudad nueva con su palacio real. Nada más grandioso que este grupo de cuatro ciudades, conservando cada una sus primitivas defensas, y, sin embargo, encerradas juntas en un recinto general erizado de formidables fortificaciones. Había allí, armoniosamente utilizados, torrentes, el Onopnietas ó Firmino y el Toiba, picos abruptos, montes allanados, un río, una isla, inmensas avenidas adornadas de columnatas, como en Gerasa ó en Palmira, y más bellas que las de Samaria, palacios, templos, basílicas, arcos de triunfo, teatros, hipódromos, edificios públicos de toda suerte. Restos de estas espléndidas construcciones, sobre todo hacia oriente, cubren todavía el suelo de una inmensa sábana de mármoles blancos extrañamente mutilados, y donde, de vez en cuando, el Onopnietas y el Orontas, saliendo de madre, se complacen en exhumar columnas porfiroideas ó espléndidos sarcófagos.

En estas ruinas, que, por todas partes, emergen del suelo á significativas elevaciones, jamás se han emprendido excavaciones serias. Los turcos consumen su energía en hacer imposible estos trabajos; de suerte que para reconstituir la ciudad antigua, teatro importante de nuestros orígenes cristianos, queda tan sólo el recurso de pedir á la historia y á la imaginación lo que hace tiempo que debiera haber sacado á la luz del día con mayor certeza el azadón de los buscadores.

Sabido es que las ciudades griegas, construídas de ordinario al pie de una acrópolis, se parecen casi todas por la distribución regular de sus monumentos en el flanco de la montaña, en torno del foro y entre dos ó tres calles principales, que debían facilitar la circunvalación en sentidos diversos. Así fueron Atenas, Corinto, Esmirna, Éfeso. En la cima de la montaña fortificada, edificaban el templo del dios protector de la ciudad; en las pendientes, los santuarios de algunas divinidades privilegiadas: Pan, Venus, Esculapio, Marte y Baco; más abajo, los teatros, el anfiteatro; hacia el centro de la ciudad, el foro, las basílicas, los edificios públicos, los palacios. Así fué construída Antioquía, según los antiguos. El templo de Júpiter Cerauno coronaba las cumbres de la acrópolis hacia poniente, allí donde Seleuco había fundado á Iopolis. El águila que lleva el rayo es uno de los símbolos que se encuentra con más frecuencia en las medallas de Antioquía. En los flancos del Silpio, algunas ruinas indican aún que estaban allí agrupados los santuarios de otras divinidades tutelares. Todas tuvieron allí su sitio, incluso Caronte, el siniestro nauta de los Infiernos. Su gigantesca cabeza, esculpida en uno de los abruptos picos, dominaba por completo la ciudad. Era, según se creía, un talismán eficaz para ahuyentar la peste. El terrible barquero de la Estigia, debiendo alguna benevolencia á sus devotos, mostrábase menos apresurado en llamar á su barca á los que veneraban su horrorosa imagen.

En la parte baja del monte, encontramos los sitios probables del anfiteatro y del teatro que precedía al templo de Baco. Tiberio había colocado allí las colosales estatuas de los Dioscuros de caballos blancos, Amfión y Zeto, imitación del toro Farnesio, la obra colosal de Apolonio y de Taurisco de Tralles. Dos grandes calles paralelas atravesaban la ciudad de oriente á occidente. La una, llamada de Tiberio, era la menos hermosa, tocaba al teatro y al anfiteatro, extendiéndose casi á todo lo largo del pie de la montaña. La otra, con el nombre de Gran Avenida de los

Pórticos, había sido terminada por Herodes el Grande, según hemos dicho en otra parte. Era de mucho la más ancha y la más adornada de la ciudad, y medía cuatro kilómetros de largo. Era el sitio de reunión de los desocupados, de los paseantes, del gran mundo, el centro de una febril agitación. Por ella pasaban los carros que iban al circo, los soberbios caballos del desierto que piafaban sobre las losas de mármol, los esclavos llevando en literas á sus amos ahítos, y las mujeres exhibiéndose á la puesta del sol con todo el lujo y la coquetería de las hijas de Oriente. Una tercera calle, que bajaba del pie de la montaña por la puerta del Medio donde Tiberio había hecho instalar á Rómulo y Remo amamantados por la loba, cortaba las otras dos en ángulo recto, bajo arcos de triunfo de cuatro caras, cubiertos de esculturas y de estatuas. Atravesaba el ágora para terminar en el Ninfeo, en las orillas del río. Allí, bajo el edificio semicircular, en medio de flores y de aguas que caían en cascadas, ante las estatuas de las ninfas y de los dioses, recitaban versos algunos poetas. En el ágora, agitábanse los mercaderes y el bajo pueblo, tratando sus negocios en confusa mezcla de lenguas de Oriente y Occidente. En la basílica de César, administrábase justicia, en tanto que algunos retóricos enseñaban la elocuencia en el Museo reconstruído por Tiberio. Las agudezas con que esmaltaban sus lecciones hacían fortuna en aquella ciudad maliciosa y frívola. Veíase errantes, acá y allá, en las *exedras* ó salas de los baños, á algunos filósofos sin discípulos. Los orientales viven más de impresiones que de razonamiento. Aquella población voluptuosa y ruidosa prefería igualmente á todo, los teatros y los juegos públicos. En esto se encerraban sus grandes predilecciones. Apasionábase por un actor, un bestiaro, un cochero, y no vacilaba en amotinarse en honor suyo. Tenía necesidad de la religión, porque la religiosidad estaba en sus instintos de raza; y la había escogido según sus gustos, adoptando el culto del placer. Sus alegres heteras, conducidas por los más honorables habitantes de la ciudad, iban con frecuen-

cia á Dafne para venerar á Apolo y celebrar infames misterios bajo mirtos y laureles. Las fiestas de Baco y de Venus, ó de Maiuma, autorizaban las exhibiciones más indecentes, durando semanas enteras la orgía. Bajo un clima delicioso, la vida fácil lleva á la inmoralidad, y la mezcla de razas á la más escandalosa corrupción. Según nos dicen los historiadores y los satíricos griegos y latinos, Antioquía valía poco más ó menos lo que Corinto. Los extranjeros que iban allí no tardaban en sufrir la influencia de las costumbres sirias, y sabemos que la misma Roma se quejaba amargamente de que en ella se enervasen sus soldados.

Aliábase esta depravación de costumbres con un gusto universal por todas las supersticiones. Una cultura intelectual más brillante que seria, era insuficiente para preservar de una credulidad ciega y obstinada á la clase alta. Antioquía era la víctima ciega y voluntaria de todos los hechiceros. Sabido es que el mismo Germánico, en aquel extraño medio ambiente, no resistió á la sugestión general por los amuletos y los talismanes. Á la puerta de los templos, ante los altares de las encrucijadas, algunos magos, rodeados de numerosa multitud, cuchicheaban sus secretos, y algunos charlatanes caldeos vendían remedios infalibles para conjurar el viento aquilón, las fiebres, los mosquitos y los escorpiones. Junto á innumerables termas donde, con el lujo más refinado, la ciudad entera iba á buscar, según expresión de Apolonio de Tiana, en el abuso de los baños prolongados, la decrepitud de una vejez precoz, había histriones que daban representaciones grotestas y obscenas, tocadores de flauta que se entregaban á danzas lascivas, y cantores que, con numen siempre insolente, ya que no espiritual, recitaban las chocarrerías más groseras. A través de este mundo de ociosos, de charlatanes, de libertinos, de devotos, de presumidos, de curiosos, un hormiguero activo se ocupaba de negocios, de comercio, de transacciones de toda especie, y echaba en esta mezcla caprichosa de lisonja y de barbarie,

de espíritu malicioso y de tontería, de prodigalidad y de egoísmo, de lujo y de placer, la nota grave del trabajo y de la especulación, que acaba de pintarnos al vivo este medio tan extrañamente compuesto.

Era, en efecto, prodigioso el movimiento comercial en la vasta metrópoli de Siria. Por hermosas vías, del Norte, del Mediodía y sobre todo de las orillas del Eufrates, llegaban allí caravanas numerosas y ricamente cargadas. Un enjambre de ágiles embarcaciones, yendo y volviendo de Antioquía á Seleucia, cambiaba productos de Oriente y de Occidente, y transformaba la capital de Siria en vasto almacén. En este tráfico internacional, el elemento judío desempeñaba, como siempre, un papel muy importante. De buen grado se aceptaban sociedades comerciales con los hijos de Israel, para llevar á buen término las más difíciles transacciones. Los judíos habían acabado por tener en sus manos una parte de la fortuna pública, y era preciso contar con ellos. Aunque vivían en un barrio aparte, y su régimen era poco menos que autónomo, mezclábanse con la burguesía ó con la muchedumbre para explotarlos. Por lo tanto, es lógico suponer que los primeros predicadores del Evangelio, confundidos desde luego con ellos, pudieran muy fácilmente entrar en relaciones con la población antioqueña y anunciarle la palabra divina. Por grande que fuese el rebajamiento del nivel moral, aún había almas generosas que buscaban la verdad, llenas de admiración por la virtud. En el fondo de todo oriental, hay siempre aquella necesidad de religión de que hemos hablado, y que las prácticas supersticiosas sólo satisfacen incompletamente. Entre los mismos griegos, no era raro encontrar corazones disgustados del culto de la materia, que contenían aspiraciones más elevadas que el grosero politeísmo importado de la madre patria á las orillas del Orontas, donde no había ni poetas ni artistas que lo idealizaran. Solamente que unos y otros, absorbidos por el tumulto de la vida bulliciosa, arrastrados por el torbellino de los placeres más embriagadores, sin guía para buscar la luz del cielo,

vivían y morían perdidos entre la multitud. El fuego de Nehemías, mezclado con el barro, esperaba un rayo de sol para encenderse. Este rayo bendito le llegó al fin por el Evangelio.

Después de haber atravesado los largos arrabales de la ribera derecha y el puente sobre el Orontas, quizás el que subsiste todavía, Pablo entró en la capital de Siria, donde encontró ciertamente algo de Tarso su patria, con una mezcla de razas más considerable, una corriente intelectual menos desarrollada y la más cínica corrupción. Bernabé debió de conducir á su amigo al barrio judío. Habéndole presentado á la pequeña Iglesia de Antioquía, como en otro tiempo á la de Jerusalén, púsole al corriente de lo que se había hecho y de lo que se debía hacer. El nuevo soldado de Jesucristo no deseaba otra cosa que tomar parte al momento en la lucha empeñada.

¿Qué medios de acción escogieron los dos amigos, y cómo debémos representarnos esta primera evangelización de la gentilidad? ¿Dónde tuvo lugar y qué incidentes ofreció? Falta en el historiador sagrado la respuesta á estas preguntas. Sin duda los dos Apóstoles hablaron en las sinagogas; pero ¿concurrían á ellas solamente los judíos y los prosélitos, ó eran admitidos también los paganos? ¿Prefirieron mezclarse con la población comercial ó también con el pueblo bajo, é inaugurar modestamente su apostolado en la tienda del mercader ó en el taller del obrero, á través de las relaciones ordinarias del negocio y del trabajo? Es posible; pero la población de Antioquía parece haber sido muy tolerante en punto á doctrinas, y nada nos impide suponer que, después de haber estudiado el terreno algunos días, Pablo se arriesgase á mezclarse en las conversaciones del ágora, á disertar en las *exedras* de las termas, bajo la columnata de las basílicas y de la calle de los Pórticos, y en fin, á presentarse quizás hasta en la escuela de los retóricos. En todo caso, sabemos que así lo hizo en Éfeso y en Atenas. La tradición ha señalado una calle, llamada del Sangón, donde, no lejos del templo de todos los dioses,

predicó Pablo oficialmente el Evangelio ⁽¹⁾. Este es quizás el sitio en que fué edificada más tarde la iglesia llamada *παλαιά*, es decir, *antigua*. Así, al lado de los ídolos de los falsos dioses, en el centro mismo de la ciudad, abrió muy pronto el palenque donde llamó á los paganos para convenarlos y convertirlos. Por el contrario, el lugar donde reunía á los discípulos consagrados ya por el bautismo, era la gruta de que habla Teodoreto, y que puede verse todavía cerca de las ruinas del convento de San Pablo. Por largo tiempo, sobre todo en días de persecución, los fieles de Antioquía gustaron de reunirse en ella, siendo dicha gruta uno de los pocos recuerdos auténticos de una época tan gloriosa ⁽²⁾.

Bernabé, por su parte, prodigóse liberalmente en esta primera campaña, y su palabra, llena de unción y de poder, contribuyó á asegurar el buen éxito. Los dos amigos predicaron un año entero en medio de la joven Iglesia, y el número de los prosélitos que hicieron es calificado de *multitudo conveniente* (*ὄχλος ἱκανός*) ó *satisfactoria* por el historiador sagrado. No sabemos que se hubiese puesto trabas al ardor de su celo. Esta tolerancia de los antioqueños contrastaba singularmente con el fanatismo judío que acababa de levantar una nueva persecución en Jerusalén.

(1) Malala, libro X: «Praedicantem illic primùm verbum in vico dicto Singonis proximo Pantheonì.»

(2) V. *Notre Voyage aux pays bibliques*, vol. III, pág. 73 y sig.

CAPÍTULO VII

Persecución en Jerusalén

Herodes Agripa I.—Vicisitudes de su existencia.—Llega á ser rey de los judíos.—Su natural perverso.—Por política, quiere agradar á sus nuevos súbditos y se hace perseguidor.—Muerte de Santiago, hermano de Juan.—Prisión de Pedro.—Su milagrosa evasión.—En casa de María, madre de Juan Marcos.—Santiago, hermano del Señor.—Desdicha de Herodes. (*Hechos*, XII, 1-19).

Efectivamente, en Jerusalén, el poder civil acababa de declararse enemigo de la Iglesia, y la situación era grave. Sin duda que, desde el principio, los Apóstoles habían sufrido la hostilidad del Sanedrín; pero el pueblo estaba con ellos. Más tarde, éste hizo causa común con el Sanedrín y mató á Esteban. Sin embargo, la autoridad pública, representada desde el año 37 al año 41 por Marcelo y Marulo, procuradores de Samaria y de Judea, y sobre todo por Vitelio y Petronio, gobernadores generales de Siria, habíase mantenido ajena á sus violencias, hasta que llegó á Jerusalén un rey, nombrado por Claudio, y que, por tradición de familia, era menos indiferente que los romanos á las cuestiones religiosas, mostrando sobre todo un deseo más vivo de agradar á sus nuevos vasallos.

Este rey era el nieto de Herodes el Grande, conocido en la historia con el nombre de Herodes Agripa I. Su vida, de las más agitadas, parece algo novelesca y es un triste ejemplo del éxito que, en días turbulentos, pueden obtener los hombres más despreciables á fuerza de habilidad y audacia. Educado en Roma con Druso, hijo de Tiberio, disipó rápidamente en la crápula los bienes que su madre Berenice, le había transmitido de la herencia de Aristóbu-

lo, su padre. Cuando Druso murió, Tiberio atribuyó su fin prematuro á su libertinaje y echó de su corte á Agripa y á todos los que habían sido cómplices de sus excesos. Acosado por sus acreedores, el descendiente de Herodes fué á ocultarse en un pequeño castillo de Idumea, donde, desesperado, sin recursos, pensaba suicidarse, cuando Cipro, su mujer, hizo que se apiadase de su suerte Herodías, hermana del culpable disipador, unida incestuosamente á su tío Herodes Antipas. La familia de los Herodes daba, con repugnante cinismo, ejemplo de toda clase de inmoralidades. Los homicidios, el incesto y la traición llenan su historia.

Agripa, nombrado edil de Tiberíades, cerca de los suyos, no soportó largo tiempo esta situación desairada que, por otra parte, su tío tenía cuidado de hacerle sentir. El asesino de Juan Bautista no había perdido el hábito de beber con exceso y de llegar al insulto y también á la crueldad, cuando se extraviaba su razón, á la última hora del festín. Á consecuencia de un incidente sobrevenido en la mesa, Agripa partió súbitamente de Tiro, donde á la sazón se hallaba, y refugióse al lado de Flaco, uno de sus antiguos amigos de Roma, elevado á gobernador de Siria. Pero encontró allí un adversario en su propio hermano Aristóbulo que logró alejarlo.

Entre tanto Tiberio había comprendido que Druso no había muerto en la crápula, sino envenenado por Sejano, á quien abofeteara, habiéndose prestado Livia, la propia mujer de Druso, á ayudar al ofendido á satisfacer su rencor. Quizás el viejo emperador se mostraría menos hostil á los que le recordasen un hijo tiernamente querido y tan cruelmente arrebatado en la flor de su edad. Agripa, falto de recursos, consideró esta hipótesis como su última tabla de salvación. Tomó á préstamo, al interés del doce y medio por ciento, veinte mil dracmas de un antiguo liberto de su madre, y procuró embarcarse para Roma. Herennio Capito, gobernador de Jamnia, le hizo prender como deudor de trescientas mil dracmas que había arrebatado

del tesoro público, durante su permanencia en Roma, y no las había restituido aún. Agripa, con aquella pérfida flexibilidad que constituía el fondo de su carácter, pareció resignarse; pero, llegada la noche, escapóse y ganó Alejandría, donde el *alabarco* de los judíos, Alejandro, consintió en prestar, no á él, pues no le juzgaba digno de ninguna confianza, sino á su esposa Cipro, que le había encantado con sus dulces palabras, doscientas mil dracmas con la esperanza de reembolsar con creces esta suma importante en días mejores. Sin embargo, tanto desconfiaba de las locas prodigalidades del príncipe, que sólo entregó treinta mil al contado, prometiendo dar el resto cuando los fugitivos estuvieran en Italia.

Llegado á Puzolo, pidió Agripa una audiencia á Tiberio, quien, en la roca de Caprea, procuraba ahogar sus remordimientos en incalificables orgías. Habíale ya acogido con benevolencia el emperador, cuando una carta de Herennio cambió súbitamente sus buenas disposiciones. Tiberio, que, toda su vida, había sido el más severo de los administradores, no comprendía, ni aun en el momento de su muerte y en medio de todas sus maldades, que se pudiese defraudar el tesoro público y ganar el pleito contra la administración imperial. Exigió que Herodes pagase primeramente su deuda, después de lo cual consentiría en recibirle. Antonia, madre de Germanico y de Claudio, en recuerdo de Berenice, en otro tiempo su amiga íntima, adelantó entonces dinero suficiente al príncipe judío para regularizar su situación. Poco después, el samaritano Talo, liberto de Tiberio, creyendo en la estrella del nieto de Herodes, jugó sobre su porvenir y constituyóse en su acreedor único por un millón de dracmas, después de haber reembolsado á todos los otros prestamistas. Tiberio admitió definitivamente á Agripa en la corte; pero como el terrible viejo estaba al término de su odiosa carrera, Agripa se apresuró ante todo de obtener el favor de su probable sucesor, Calígula, pero con tan poca reserva, que un día su cochero Eutiques, acusado de haber robado unos vestidos

de su amo, no encontró mejor medio de venganza que revelar al emperador la imprudente impaciencia con que Herodes deseaba su muerte y el advenimiento de Calígula, en perjuicio de un nieto, que debía ser el sucesor natural del siniestro anciano. Acto continuo, Tiberio hizo encarcelar al que había sido torpe siquiera una vez en su vida.

Emperador seis meses después, trocó Calígula las ataduras de hierro de su amigo por cadenas de oro del mismo peso, y del prisionero hizo un rey, dándole por Estados la Iturea y la Traconítida de Filipo, el Líbano y la Abilena de Lisantias ⁽¹⁾. En vano su tío Antipas y su hermana experimentaron la más violenta envidia de una fortuna tan súbita y tan inesperada. Pero nada en lo sucesivo debía impedir sus éxitos. En tanto que el tetrarca partía para Roma con Herodías contando con hacer que se le concediera también el título de rey y destruir el crédito de su sobrino y cuñado, una carta de éste se le anticipó denunciándole como enemigo del imperio. Calígula, al recibirle, contentóse con preguntarle insidiosamente si tenía provisión de armas. Antipas respondió afirmativamente y se perdió así, creyendo recomendarse. Sin otra información, el emperador, convencido de que conspiraba contra el imperio con el parto Artabán, desterróle á las Galias, y dió á Agripa su tetrarquía de Galilea ⁽²⁾.

Cuando Calígula cayó bajo el puñal de Quereas, procuró Herodes, con su temperamento hipócrita y adulator, recomendarse á Claudio, desempeñando, entre él y el Senado, un papel en el que su carácter vil nos ha sido despiadadamente revelado por Josefo. Claudio, convencido de que le debía el imperio, colmóle de nuevos favores. Samaria y Judea fueron añadidas á sus Estados. Tuvo así un reino más vasto que el de su abuelo, con una renta anual de diez millones de dracmas. Talo, el especulador samaritano, había, pues, empleado bien su dinero. Es de

(1) *Ant.*, XVIII, 6, 10.

(2) *Ant.*, XVIII, 7, 2; *B. J.*, II, 9, 6.

crear, en efecto, que el rey de los judíos se ocupó entonces en pagar sus deudas. Á muchos les pareció que en su reinado el cielo se complacía en renovar sus favores al decaído Israel. El país, poco menos que recobrada su independencia, esperó encontrar de nuevo en sus reyes un reflejo de sus antiguas glorias, quizás también á su Mesías ⁽¹⁾. En realidad, Agripa nada descuidó para alimentar estas ilusiones y hacer olvidar su odioso pasado. Edificó palacios, anfiteatros, pórticos, baños. Jerusalén vió ensancharse sus murallas y se engrandeció con un barrio nuevo, que recibió el nombre de Bezeta. Tanto que la autoridad romana se inquietó, y Claudio creyó deber llamar al rey á la prudencia. Parecía que los judíos no habían tenido jamás un príncipe más simpático y más de su agrado que éste. Por todas partes se le veía observante celoso y protector oficial de la Ley ⁽²⁾. Tenía sus complacencias en la Ciudad Santa, mezclábase en las ceremonias, ofrecía sacrificios, colgaba como ex voto, en el *gazofilacio* del Templo, las cadenas de oro que le diera Calígula, cedía el paso á los entierros ó á las bodas que encontraba, y buscaba así, por todos los medios, afirmar sus sentimientos religiosos. Cuentan los rabinos que un día, durante la fiesta de los Tabernáculos, como leyese el Deuteronomio en alta voz y de pie en el atrio del Templo, habiendo llegado al pasaje que dice: «No podrás alzar por rey á hombre de otra nación que no es tu hermano ⁽³⁾,» paróse de pronto, y, recordando su origen idumeo, se deshizo en lágrimas. Quizás el hipócrita, formado en la escuela de Tiberio, quería con esta fingida emoción sondear los sentimientos de sus vasallos. La multitud, satisfecha de estos escrúpulos, comenzó á gritar: «No temas, Agripa, tú eres hermano nuestro ⁽⁴⁾.» En realidad, corría por sus venas sangre asmonea por su abuela Marianna, que, de parte de Hircano

(1) V. Tertuliano, *Adv. Haeres.*, cap. 1; Epifanio *Haeres*, XXI, 1.

(2) *Ant.*, XIX, 7, 3.

(3) *Deut.*, XVII, 15.

(4) *Mischna*, tratado *Sota*, VII, 8.

II, su abuelo, emparentaba con los Macabeos. Empero mostrábase sobre todo su hermano por su respeto á la Ley. Él, que había pasado su vida en el más desvergonzado libertinaje, alardeaba de excesivamente escrupuloso por cualquiera impureza legal. Ni una sola vez omitía el sacrificio cotidiano, cuidábase de buen grado de los menores detalles del culto llegando hasta pagar las ofrendas de los *nazires* demasiado pobres para cumplir sus votos ⁽¹⁾. En el fondo, y á pesar de estas hipócritas manifestaciones, en él no había muerto el viejo libertino, el escéptico sanguinario, el loco, que había inspirado, según se dice ⁽²⁾, á Calígula una parte de sus criminales extravagancias, y le veremos, después de haber perseguido la Iglesia para defender el mosaísmo, no resistir al placer de ultrajar el mosaísmo para hacerse adorar.

Con un pasado tan detestable, Agripa era el hombre á quien el partido religioso debía explotar. Á veces parece cómodo á los príncipes malvados hacerse absolver de sus crímenes poniendo su espada y su crédito al servicio de cualquiera empresa fanática. Aquí las circunstancias se prestaban maravillosamente á este acuerdo entre el brazo secular, que sólo deseaba obligar á la autoridad religiosa, y esta autoridad, que se estremecía de rabia viendo la actitud independiente de los partidarios de la nueva religión frente á la Ley. Los discípulos de Jesús no sólo perseveraban en sus pretensiones, sino que fraternizaban con los incircuncisos. ¿Podía imaginarse un reto más atrevido á las viejas creencias y á las santas prerrogativas de Israel? En vano algunos discípulos daban muestras de querer tener la barca de Pedro amarrada á la orilla, pues era evidente que izaba velas y procuraba hacerse á la mar en dirección á las naciones. El éxito universal que se atribuía á los predicadores de la nueva doctrina hacía esta perspectiva más desesperante para el viejo partido judío. Hablábase vivamente de esto. La

(1) *Ant.*, XIX, 6, 1; 7, 3.

(2) *Dión Casio*, LIX, 24.

sorda cólera del Sanedrín, las murmuraciones del pueblo, las públicas recriminaciones de los más violentos, acabaron por señalar al rey lo que debía hacer, si quería agradar á todos. Teniendo que tomar el partido de los lobos ó el de las ovejas, no desmintió sus instintos de raza, y se hizo perseguidor. En Roma, había visto cómo se organizaban la proscripción y el crimen. No era nuevo para él este juego terrible del despotismo pisoteando la justicia y la vida humana. Comenzó, por tanto, la persecución, y muchos fieles tuvieron que sufrir. Favorecer á los delatores, recompensar á los traidores, en una palabra hacer daño, debía ser un triunfo para el regio discípulo de Tiberio y el amigo de Calígula.

Queriendo dar un golpe de gran resonancia, comenzó por Santiago, hermano de Juan. Supuso quizás que el Hijo del Trueno era la cabeza de la comunidad disidente. Á lo menos se le debió señalar como uno de los más ardientes promovedores de la predicación á los gentiles. Hízole matar. Así, de los dos hijos de Zebedeo, el uno murió el primero de todos los Apóstoles, y el otro el último. Santiago desapareció en el momento en que el reino de Jesús iba á romper las trabas del judaísmo y á tomar, con su verdadera forma, su legítimo desenvolvimiento. El martirio de este Apóstol fué, sin duda, la respuesta del Maestro á la súplica de Salomé, deseando para su primogénito una primacía muy diferente. Juan, por el contrario, cerrando el siglo apostólico, vió la Iglesia extendida en todo el mundo romano y jerárquicamente organizada. Tuvo también su puesto de honor, pero desde otro punto de vista. En todo caso, los dos hermanos estaban á la altura del martirio. Sufriéronlo el uno y el otro, con la diferencia de que, si Juan salió sano y salvo del aceite hirviente, Santiago apuró la copa de que hablara el Maestro, y fué bautizado con el terrible bautismo de sangre, inaugurado por Jesucristo ⁽¹⁾. Fué decapitado. Agripa, que había visto cor-

(1) *Mat.*, XX, 23.

tar la cabeza de Quereas, de Lupo y de otros muchos, se complació en infligir este género de suplicio, en que los desgraciados no evitaban un prolongado sufrimiento sino á condición de mantener muy erguida é inmóvil la cabeza para que ésta fuese abatida de un solo tajo ⁽¹⁾. Según la ley judía, el suplicio de Santiago, condenado por un crimen religioso, debía ser la lapidación. Juan Bautista había sido decapitado porque Herodías había pedido en un plato su cabeza ensangrentada.

Causa admiración ver al historiador sagrado mencionar en dos palabras solamente ⁽²⁾ la muerte del primer Apóstol mártir, que, por otra parte, es el único cuyo trágico fin señala el libro de los *Hechos*. Del suplicio de Esteban nos había suministrado más detalles ⁽³⁾, y sin embargo, Santiago era, no solamente uno de los Doce, sino uno de los tres privilegiados que habían visto el poder del Maestro en la resurrección de la hija de Jairo, su gloria en la trasfiguración y su angustia en Getsemaní. En este sorprendente laconismo, no hay que buscar quizás sino una de las pruebas de escrupulosa fidelidad tan frecuentes en el mencionado libro. El historiador quiso solamente decirnos lo que encontraba en sus documentos auténticos, aunque le pareciese incompleto. Á fines del siglo II, Clemente de Alejandría recogió una conmovedora tradición, que da á la muerte de Santiago un rasgo de semejanza con la de Esteban rogando por sus verdugos ⁽⁴⁾. El infeliz que había arrastrado á Santiago al tribunal del juez, fué de tal manera trastornado, oyéndole rendir á Jesús el más valiente testimonio, que al punto se declaró prosélito de la nueva religión. Conducido al suplicio, pidió perdón al Apóstol. Éste reflexionó un momento; después, tendién-

(1) En el apócrifo de Abdías, *Hist. Apost.*, leemos á propósito de Santiago: «Cervicem spiculatori porrexit.»

(2) *Hechos* XII, 2: *occidit... gladio.*

(3) En la iglesia armenia cismática del monte Sión, venérase el lugar donde Santiago habría sido decapitado. Difícil sería precisar si este sitio corresponde á una cárcel antigua ó á una plaza pública.

(4) Eusebio transcribe en su *Hist. eccles.*, II, 9, este pasaje del séptimo libro de las *Hypotyposes* de Clemente de Alejandría.

dole los brazos, díjole: «La paz sea contigo,» y le dió el beso fraternal. Poco después el verdugo cortaba las dos cabezas, para demostrar á todos que se debía respetar la ley de Moisés y sobre todo temer á sus representantes.

El éxito obtenido por el rey Agripa ante el Sanedrín con estos actos de violencia, animóle á continuar. Costábale poco comprar con la sangre de algunos hombres inofensivos la popularidad que necesitaba su política. Por lo demás, la firme actitud de la joven Iglesia, que no se dejaba intimidar, era de todo punto á propósito para excitar su furor. Persuadiósele que en adelante debía herir la cabeza. Ahora bien, la cabeza no era Santiago, sino Pedro. El rey se apoderó de Pedro, y lo encarceló. Para impresionar más á la multitud, pues todo era calculado en casa de Herodes, quiso que esto fuese en el momento mismo de la Pascua del año 44 ⁽¹⁾. No sólo el pueblo de Jerusalén, sino todos los peregrinos llegados para la solemnidad fueron así testigos del celo desplegado por el rey en proteger la vieja religión de Israel contra los innovadores. A fin de indicar mejor la importancia de este golpe de mano, se decidió que el prisionero fuese entregado á la custodia de cuatro piquetes, de cuatro soldados cada uno. Debía estar bajo llave hasta después del séptimo día de las fiestas pascuales. El plazo concentraría naturalmente en el prisionero la atención de la ciudad entera y de los extranjeros. El solemne juicio que preparaba Herodes ⁽²⁾, y la ejecución del prisionero, acabarían de impresionar muy vivamente todo el país.

Relevándose los cuatro piquetes en cada una de las cuatro vigiliias de la noche, resultaba que uno solo estaba realmente en funciones, mientras los otros tres dormían en el cuerpo de guardia. De los cuatro hombres que velaban, dos se apostaban á la puerta del calabozo y dos al

(1) Era, según el historiador sagrado, durante *los días* en que comían el pan sin levadura, es decir, durante la semana pascual (*Deut.*, XVI, 8; *Exodo*, XII, 18; *Mat.*, XXVI, 17); pero no precisa qué día.

(2) Según el texto (*Hechos*, XII, 4), Herodes se proponía presidir el tribunal en presencia de todo el pueblo y juzgar á Pedro para condenarlo á muerte: *producere eum populo, ἀγαγεῖν αὐτὸν τῷ λαῷ*.

interior, al lado mismo del prisionero. No era raro que éste estuviese atado con sus cadenas á los soldados que lo custodiaban ⁽¹⁾, á fin de que resultase imposible todo conato de evasión. Mientras que Pedro estaba así vigilado en la cárcel, la Iglesia, consternada de ver á su jefe aherrojado y destinado á una muerte segura, no cesaba de dirigir al cielo sus más ardientes súplicas para conjurar aquel mal irreparable. Necesitábase un milagro, que era pedido con conmovedora insistencia, y que plugo á Dios conceder á última hora.

Era la noche misma que precedía al día fatal: Pedro, quitadas las sandalias, el manto y el ceñidor, había dejado caer á sus pies su larga túnica, y dormía plácidamente como si nada tuviese que temer para el día siguiente. Dos soldados, sentados el uno á su derecha y el otro á su izquierda, teníanlo ligado con una doble cadena. Probablemente dormían como él. De repente un ángel del Señor aparece en la cárcel y la llena de un vivo resplandor. Apoyando fuertemente la mano en el costado de Pedro, le despierta, diciendo: «Levántate presto.» Y cayéronse las cadenas de las manos del cautivo. «Ponte el ceñidor, y cálzate las sandalias,»—añade el ángel.—Pedro lo hace y el ángel agrega: «Toma tu capa, y sígueme.» Pedro le siguió, no creyendo en la realidad de su liberación por un ángel, sino suponiendo más bien que era juguete de un sueño. Entretanto, ni los guardias que estaban en el interior, ni los que permanecían en la puerta de la cárcel, y por entre los cuales fué preciso pasar, habían visto ni oído nada. Un poder superior cerraba sus ojos y sus oídos. El ángel y el prisionero tampoco fueron detenidos por la puerta de hierro que daba acceso á la ciudad, la cual se les abrió por sí misma. Salidos por ella, caminaron hasta el extremo de una calle, y el ángel desapareció. Cuando Pedro se halló solo y libre, en medio de la ciudad, comprendió el

(1) V. *Ant.*, XVIII, 6, 7, donde Herodes Agripa es atado á uno de sus guardias. Séneca (*Epist.* V) alude á esta costumbre: «Quemadmodum eadem catena et militem et custodiam copulat.» V. Plinio, (*Epist.* X, 65).

milagro que Dios acababa de obrar en su favor, y exclamó, como un hombre que recobra los sentidos: «¡Ahora sí que conozco que el Señor ha enviado verdaderamente su ángel, y librádome de las manos de Herodes y de la expectación de todo el pueblo judío! (1).» Su primer pensamiento fué ir á llamar á la casa de María, madre de Juan-Marcos, donde los fieles acostumbraban á reunirse para la oración en común, sobre todo en horas de angustia y de tribulación. Ora la cárcel de Pedro hubiese sido la fortaleza Antonia, ora más probablemente una de las torres del palacio de Herodes, es lo cierto que el ángel y el prisionero se dirigieron hacia el interior de la ciudad, llegando no lejos del punto, casi central, donde la tradición jacobita, tanto más seria cuanto que está representada por una secta más antigua, coloca la casa de María. Si bien es cierto que algunos de semejantes sitios han podido perderse en el decurso de las edades, no puede negarse que debieron ser conocidos muy exactamente en el origen y cuidadosamente preservados. Éste formó parte, sin duda, del patrimonio de la naciente Iglesia. María, tía, si no hermana de Bernabé (2), siguiendo el ejemplo de su generoso pariente, había puesto á disposición de la comunidad (3) su propia morada, y los discípulos estaban allí como en su casa. El título de *hijo* que Pedro da á Juan Marcos prueba la intimidad en que vivía con su familia.

Llegado, pues, á casa de Maíra, el Apóstol llamó á la gran puerta que daba á la galería interior del patio y á la calle (4). Una jovencita (5), de nombre Rodé (6), perso-

(1) Los hebraísmos que abundan en este relato: *apposuit ut apprehenderet*, vers. 3; *de omni expectatione*, vers. 11, etc., revelan el documento arameo de que Lucas se sirve aquí.

(2) En *Colos.*, IV, 10, Marcos es calificado de *primo hermano*, ἀνεψίος, ó también de sobrino de Bernabé.

(3) *Hech.*, IV, 34 y siguientes.

(4) Las casas importantes tenían la entrada debajo de un pórtico. El texto la indica con las palabras τὴν θύραν τοῦ πυλῶνος.

(5) Esta jovencita, παιδική, era probablemente la sirvienta de la casa. Com. *Mat.*, XXVI, 69; *Marc.*, XIV, 66, 69; *Luc.*, XXII, 56; *Juan*, XVIII, 17; *Gal.*, IV, 22.

(6) La verdadera forma del nombre, tomado de la lengua griega, es *Rho-*

nificación primera de aquel orden de porteros que desempeñó un papel tan importante en las catacumbas, acercóse callandito para saber quién llamaba á semejante hora. La comunidad cristiana, después de la muerte de Santiago y del arresto de Pedro, estaba bajo la impresión del más legítimo terror. Todo debía esperarlo de parte de los perseguidores. Por esto Rodé guárdase bien de abrir. Oye la voz del que llama. ¡Qué sorpresa! Es la de Pedro. ¡Cómo engañarse, puesto que Pedro frecuenta la casa, y le ha oído tantas veces hablar en la asamblea cristiana, con aquel acento galileo que tan fácilmente le descubriría⁽¹⁾? Su alegría es tan grande que, perdiendo la cabeza, en lugar de abrir, entra precipitadamente para anunciar que Pedro está allí. «Tú estás loca», exclaman todos. Mas como sostiene con energía que verdaderamente es él, dicen con miedo: «Sin duda será su ángel⁽²⁾.» Pedro seguía llamando á la puerta. Abren por fin, y, al verle, todos quedan asombrados. El Apóstol, temiendo con justo motivo la manifestación ruidosa de su alegría después del pri-

dé ó *Rhodéh*. Significa *rosal*, como Tamar (Thamar) significa *palmera*; Susana (Schuschanna) *lirio*; etc.

(1) *Mat.*, XXVI, 73.

(2) Creían comúnmente los antiguos que cada hombre tenía un genio tutelar que le seguía paso á paso. Censorino, gramático del siglo III, si bien era pagano, habla de este genio, como nosotros del ángel de la guarda: «Genius est deus, cujus in tutela ut quisque est, vivit» (*de Die natali*, cap. III), y más adelante: «Genius ita nobis assiduus observator appositus est, ut ne puncto quidem temporis longius abscedat, sed ab utero matris exceptos ad extremum vitæ diem comitetur.» Todos conocemos la historia del demonio de Sócrates y del mal genio de Bruto en Filipos. Los rabinos nos hablan de ángeles que toman la forma de los hombres á quienes protejen, ora de Moisés (*Debbarim Rabba*, fol. 290, 4), ora de Salomón (*Midras Cohelet*, fol. 87, 4). La fe en los ángeles protectores formaba parte de la dogmática judía (*Gén.*, XLVIII, 16; *Salmo*, XXXIII, 8; XC, 11; *Ecles.*, V, 6), y Jesús la confirma recordándonos que cada uno de nosotros, aun los niños, tiene su ángel que ve el rostro de Dios (*Mat.*, XVIII, 10. Comp. *Hebr.*, I, 11). Supónese, pues, que el ángel de Pedro ha tomado su forma y su voz para anunciar su muerte. Quizás también, en la turbación en que se hallaban, imaginaron que el espíritu del muerto, ó mejor, el fantasma de Pedro, muerto en la cárcel, había vuelto del otro mundo para anunciar su martirio. Esta última explicación, si bien estaría en armonía con la creencia popular que atribuía á los muertos el poder de manifestarse alguna vez tales cuales fueron en vida, no lo está con el texto, que lleva *ángel*, ἀγγελος, debiendo en tal caso decir πνεῦμα.

mer momento de muda sorpresa, hízoles señal de contenerse. Al mismo tiempo, se puso á contarles como Dios le había sacado de la cárcel. Cada uno pudo ver entonces que el Señor no quería que fuesen exterminados todos los suyos. Si era bueno que hubiese mártires para escribir en sangre el Evangelio, convenía que quedasen predicadores para anunciarlo. Si le plugo ver morir animosamente á unos, juzgó á propósito salvar á los demás. Tal era la armonía del plan providencial. La asamblea manifestaba el más vivo entusiasmo. «Haced saber esto á Santiago y á los hermanos,» añadió Pedro, y, saliendo al punto, alejóse de Jerusalén.

El Santiago de quien se trata aquí es el que figura en la lista de los Apóstoles como jefe del tercer grupo ⁽¹⁾, el cual, hijo de Cleofás y de María, hermana ó más bien cuñada de la Virgen Santísima, resultaba ser primo hermano de Jesús ⁽²⁾. A la muerte de su padre ó quizás de José,

(1) *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, vol. I, p. 456.

(2) Creemos haber establecido claramente en otra parte (*Vida de N. S. J.*, vol. I, p. 199) la filiación de este Santiago llamado *hermano del Señor*. Aunque piensen lo contrario Orígenes, Eusebio, Gregorio Nizeno, Cirilo de Alejandría, San Epifanio, San Hilario, San Ambrosio y muchos autores eclesiásticos, ni Santiago, ni los otros personajes llamados hermanos y hermanas de Jesús, parecen haber sido hijos de José, el cual, según los citados autores, era viudo cuando se casó con María, y los había tenido de su primera mujer, ó quizás también de la viuda de su hermano Cleofás, en virtud de la ley del levirato. Nada, en efecto, prueba esta filiación, y todo indica que ha de haber otra. Sin duda, la hipótesis pareció buena á aquellos apologistas para explicar la existencia de hermanos de Jesús, manteniendo la integridad virginal de María. En realidad, era tan inútil como gratuita. La ciencia imparcial está obligada, ante todo, á admitir que la opinión que atribuye á María otros hijos además de Jesús, hierde frente la creencia invariable y universal de la Iglesia. En Oriente como en Occidente, se ha glorificado siempre su perpetua virginidad. Además, para conservar á la palabra *hermanos* su riguroso sentido, hay que hacer caso omiso de una serie de argumentos que prohíben tomar á Santiago y á los otros por verdaderos hijos de María. Bastará reproducir uno que nos parece perentorio. Así, es evidente que cuando, en el presente vers. 17 del cap. XII, San Lucas nos habla de Santiago sin otra indicación, no puede tratarse sino de un personaje conocido ya del lector. Ahora bien, el lector de los *Hechos* no conocía más que dos hombres de este nombre, Apóstoles los dos: el uno, hermano de Juan, muerto ya por Herodes, y, por consiguiente, fuera de discusión, y el otro, hijo de Alfeo, de quien se trata aquí. Pero este último tenía por lo menos un hermano; porque, cuando, en la lista de los Apóstoles, San Lucas designa á Judas como hermano de Santiago, se refiere ciertamente al Apóstol de

parece que él, sus tres hermanos, sus hermanas y su madre formaron con María y Jesús una misma familia. De aquí el título de hermano del Señor con que fué honrado por la primitiva Iglesia. ¿Debió su elevado puesto en la comunidad de Jerusalén á este glorioso parentesco, ó á sus austeras virtudes, de que pronto hablaremos? Es probable. Su espíritu rigorista y su apego al judaísmo le recomendaban poco para la evangelización exterior. Pedro le encargó la dirección de la Iglesia de Jerusalén, deján-

este nombre, á quien ha nombrado en último lugar. Por tanto, Judas, lo mismo que Santiago, es hijo de Alfeo ó de Cleofás, doble forma que en griego tomaba indistintamente el nombre arameo Klopah. Ahora bien, la mujer de este Cleofás ó Alfeo tiene por nombre María. Se la llama hermana ó cuñada de la Virgen Santísima, *madre de Santiago el Menor* (*Mat.*, XXVII, 56; *Marcos*, XV, 40) y de José. En consecuencia, siendo Judas hermano de Santiago, debe ser también hijo de esta María y de Cleofás. Pues bien, precisamente á aquellos á quienes se llama hermanos de Jesús, se les da los nombres de Santiago, José, Simón y Judas (*Mat.*, XIII, 55). ¿Habría que admitir que Jesús tuvo cuatro hermanos y cuatro primos hermanos llevando exactamente los mismos nombres? Porque Simón, ó Simeón, fué también, según la tradición primitiva (*Eusebio*, *H. E.*, III, 11) primo hermano de Jesús y elegido, por este título, obispo de Jerusalén, á la muerte de su hermano Santiago. Hegesipo dice que su padre Cleofás era hermano de José. ¿Es admisible esta persistente y absoluta identidad de los mismos nombres entre los miembros de dos ramas colaterales de una misma familia? Seguramente que no. *Non sunt multiplicanda entia praeter necessitatem*, se dica en teología. Este es aquí el caso. Un solo grupo de cuatro hermanos basta plenamente para explicarlo todo, si el nombre de *hermanos* se extiende á los primos hermanos, lo que no es inusitado, siempre que las circunstancias contribuyen á estrechar los lazos de sangre y las relaciones de familia. Este grupo, por cada uno de sus miembros, comenzando por Santiago, y según textos precisos, se une directamente á Cleofás y á María, su esposa, como á sus autores naturales. De ninguno de ellos se dice que fuese hijo de José y de María; llamándolos sencillamente *hermanos de Jesús* (*Mat.*, XIII, 55; *Marcos*, VI, 3), lo que no es absolutamente lo mismo y puede parecer que constituye una diferencia intencionada. La solución más sencilla de una dificultad, que la verdadera ciencia renuncia á promover en lo sucesivo, está, por tanto, en suponer que María, mujer de Cleofás, tuvo de su marido y no de su cuñado José (porque el texto *Μαρία ἡ τοῦ Κλωπᾶ* parece indicar que si Cleofás no vivía ya, lo que nada lo prueba, había, empero, sido esposo de su mujer con suficiente realidad para dejarle su nombre), á Santiago, Judas, José, Simón, y probablemente tres hijas. Muerto José, y quizás también Cleofás, vivieron Jesús y su madre María con la familia de su tía; y como los niños se educaron juntos, fueron calificados de hermanos, no siendo en realidad más que primos (*).

(*) Véase Duran, *Les frères du Seigneur*, en la *Revue Biblique*, 1908, janvier.—N. del T.

dole quizás por consejero á Juan, quien, con su natural lleno de caridad, debía suavizar lo que había de excesivamente áspero en el alma toda judía del hijo de Cleofás. Según apreciación de Pablo, estos dos Apóstoles fueron juntamente con Pedro las columnas de la naciente Iglesia ⁽¹⁾. Veremos, en efecto, que, desde el principio, la influencia de Santiago fué muy considerable. La orden que da Pedro aquí de ir á comunicarle lo que acaba de suceder prueba que el primo del Señor era ya un personaje importante.

La milagrosa evasión debió tener lugar de madrugada; de otra suerte, la última guardia, al relevar la tercera, habría notado la desaparición del prisionero, y habría dado de noche el grito de alarma. Según el historiador sagrado, los soldados no advirtieron la evasión hasta que era ya de día. Entonces, consternados, desesperados, no comprendiendo nada, inquirieron en vano lo que se había hecho de Pedro. Herodes, furioso de no obtener ninguna aclaración sobre este inexplicable asunto, hizo dar tormento por lo menos á los cuatro que estaban de centinela en la última vigilia. En vano se los torturó, pues no podían decir lo que no sabían. El asunto terminó muy mal para ellos. Fueron enviados al suplicio. Así lo ordenaba la ley romana. Los guardias eran condenados á sufrir la pena de los detenidos que dejaban escapar. De aquí la desesperación de aquel carcelero que, en Filipos, quería darse la muerte, cuando Pablo y Silas fueron milagrosamente librados de la prisión ⁽²⁾. Por lo demás, no estaba en el carácter de Herodes el interesarse por unos pobres soldados ⁽³⁾. Amaba poco al ejército, el cual le pagaba con la misma moneda ⁽⁴⁾. Avergonzado de su fracaso y hastiado de su oficio de perseguidor, aprovechó la primera ocasión para dejar á Jerusalén marchándose á Cesárea.

(1) *Galat.*, II, 9.

(2) *Hechos*, XVI, 27.

(3) Véase lo que dice Filón de su crueldad (*Legat. ad Caium*, página 1034).

(4) *Ant.*, XIX, 9.

CAPÍTULO VIII

Herodes Agripa, el perseguidor, va á morir á Cesárea

Lo que determinó á Herodes Agripa á abandonar á Jerusalén.—Extravagancias de su carácter.—Sueña en su apoteosis.—Juegos en honor de Claudio y querella con los fenicios.—Extraña escena en el teatro.—Relato de Josefo y de San Lucas.—La mano de Dios.—Muerte del rey impío.—Se maldice su memoria. (*Hechos*, XII, 19-24).

¿Hay que ver además, en esta precipitada partida de Herodes, un signo de turbación personal y secreta que el rey habría experimentado á consecuencia de un acontecimiento tan extraordinario como la evasión de Pedro, atribuída, primeramente con reserva por los fieles, y después más ruidosamente por el rumor público, á una intervención sobrenatural? Es bastante probable. El alma de los perseguidores experimenta súbitos terrores que se apoderan de ellos, y los obligan á huir de los lugares y de los hombres que fueron testigos de sus criminales empresas. Estas punzantes angustias, fruto ordinario del remordimiento, no eran cosa nueva en la perversa familia de los Herodes. Agripa, en particular, había podido ser testigo de los sombríos desvaríos de su tío Antipas, avergonzado por el recuerdo de Juan Bautista decapitado. Sea como fuese, comprendió que el papel de perseguidor tenía sus inconvenientes. Para no continuar desempeñándolo, desertó del campo de batalla, y, dejando que los judíos de Jerusalén arreglaran sus querellas religiosas, se fué á vivir con los paganos de Cesárea, para pedir á una vida menos correcta distracciones más agradables.

Josefo da de este traslado una explicación que pudo servir al rey para disimular su despecho y ocultar su ver-

dadera derrota. Debíase, en aquellos días, celebrar juegos en Cesárea y dar fiestas públicas en honor de Claudio, que había vuelto sano y salvo de su expedición á Bretaña ⁽¹⁾. Eran esperados grandes personajes, y Agripa debía estar allí para recibirlos ⁽²⁾. Sin embargo, esta diligencia en ir á presidir unos regocijos paganos para organizar con ellos su propia apoteosis, al día siguiente de haber ofrecido su protección al fariseísmo haciéndose perseguidor, permite ver lo que había de inconsecuente en su alma criminal. Por lo demás, tenemos otras razones para creer que su celo religioso no era más que un cálculo hipócrita, al que daba tregua siempre y cuando convenía á su interés y á sus pasiones. Cuenta Josefo que en Jerusalén se murmuraba de la facilidad escéptica con que iba de los judíos á los paganos y del Templo al teatro. Uno de los más célebres rabinos de aquel tiempo, Simón, había tenido además el valor de denunciar esta extraña conducta ante el pueblo reunido, y de declarar que el rey, manchándose con el contacto de los gentiles, no debía ser admitido en el recinto del Templo reservado por Moisés á sólo los israelitas fieles. Herodes era demasiado hábil para ofenderse de un ataque violento en la forma, pero legítimo en cuanto al fondo. Contentóse con llamar á Cesárea á aquel doctor excesivamente celoso, y habiéndole hecho sentar, más muerto que vivo, muy cerca de él en el teatro, rogóle con mucha calma que le dijese si encontraba algo malo en la representación que se daba, y si semejantes distracciones se oponían á la ley de Moisés. Por miedo y por lisonja, sin duda, mejor que por convicción, el rigorista rabino exclamó que no había nada reprehensible y pidió perdón de su invectiva contra el rey, teniéndose por muy dichoso de salir tan bien

(1) Esta vuelta tuvo lugar hacia fines de Abril, en el año 44. (Véase Dión Casio, LX, 14-16, 21-23). Corresponde exactamente á la indicación de San Lucas, que parece colocar la muerte de Herodes poco después de Pascua. Otros han supuesto que Herodes murió durante los juegos quinquenales instituidos por su abuelo en honor de Augusto y restablecidos por él en honor de Claudio. Tenían lugar cada cinco años, el 1.º de Agosto.

(2) *Ant.*, XIX, 8, 2.

librado. El rey, por su parte, debió de reconocer que el doctor tenía algún mérito al poner de acuerdo, en el fondo de su conciencia, á Moisés con las exhibiciones inmorales del teatro ó las sangrientas luchas de la arena. Para demostrarle su agradecimiento, le hizo un rico regalo y le envió de nuevo á sus estudios de casuística ⁽¹⁾. Estas habilidades no impedían que Herodes sintiese vivamente y soportase con impaciencia que en Jerusalén se arrogasen el derecho de juzgar su conducta, y con sobresaltos, con humoradas, se complacía en desafiar orgullosamente tales pretensiones. Exasperado de haberse rebajado al papel de perseguidor para agradar al partido religioso, ahora se complacía, de repente, en vivir como un pagano, para mostrar á todos el poco caso que hacía de los unos y de los otros y su profundo desprecio de la humanidad.

En aquel momento, eran muy tirantes las relaciones con los fenicios de Tiro y de Sidón, ¿Por qué motivos? Lo ignoramos. El historiador sagrado nos dice que Herodes estaba muy irritado contra ellos. Si no podía hacerles la guerra, porque eran súbditos de Roma y parte integrante de Siria, le era fácil inquietar su comercio, que se alimentaba del trigo de Galilea, de Samaria, de Judea y de otros países, y se hacía por caravanas hasta la costa de Palestina ⁽²⁾. Por sí mismos, los territorios de Sidón y de Tiro eran insignificantes é incapaces de alimentar la población de las dos grandes ciudades por ellos rodeadas, y eran todavía más insuficientes para el inmenso tráfico que los fenicios hacían con las islas, el África y todo el Occidente. Prohibir la exportación de las cosechas desde el Líbano hasta Gaza, ó solamente cargar con excesivos derechos de entrada y de salida todo lo que llegaba á los puertos de Jafa y de Cesárea, era, para los comerciantes de Sidón y de Tiro, una medida desastrosa. Á fin de pre-

(1) *Ant.*, XIX, 7, 4.

(2) En todo tiempo, habían sido muy constantes las relaciones comerciales entre los dos pueblos (*III Reyes*, V, 9, 11; *Esdras*, III, 7; *Ezeq.*, XXVI, 17).

venirla ó hacer que cesara, resolvieron calmar al rey con un paso capaz de halagar su amor propio. Enviósele una embajada de paz. Herodes quiso aprovechar las fiestas que iban á celebrarse, para recibirla ante todo el pueblo. Era una ocasión de probar su alto poder y el triunfo de su política, que humillaba así á sus orgullosos vecinos. ¿Quién podría además decir todo lo que había soñado su cabeza, no menos accesible á las ideas más incoherentes que la de su amigo y maestro en punto á insania, el odioso Calígula? Cuando vemos á este escrupuloso observante de la Ley en Jerusalén soñar de pronto en ir, por la más pueril de las supercherías, á echárselas de dios en el teatro de Cesárea y hacerse allí adorar, nos preguntamos si los vicios de su juventud no habían dejado en su pobre cerebro alguna vena de locura.

Era el segundo día de los juegos públicos. Los fenicios habían ganado á su causa á Blasto, un criado que Agripa había probablemente llevado de Roma ⁽¹⁾, y le había hecho su chambelán ó su hombre de confianza. Blasto había logrado apaciguar el enojo del rey. Se convino en que la embajada sería recibida, y que la reconciliación oficial se haría en el teatro. Agripa hizo disponerlo todo en vista de la deslumbradora exhibición que su espíritu enfermo había soñado. Conociendo, mejor que nadie, el fondo de aquellos pueblos orientales, tan crédulos en su grosera idolatría y tan envilecidos por su servidumbre secular, contaba con imponerse á su admiración y también á su adoración. Un vestido blanco, cubierto de láminas de plata para reflejar los rayos del sol y hacer así pensar en los luminosos habitantes del Olimpo, una actitud solemne y digna de los antiguos héroes, un hermoso discurso perfectamente cadencioso y solemnemente declamado, parecíanle que debían asegurar el éxito de su apoteosis. En efecto,

(1) Su nombre por lo menos nos mueve á creerlo. (V. Wetstein, *ad loc*). Era muy común entre los romanos. Recientemente todavía, lo he notado en un cipo del museo Guimet en París. El *praefectus cubiculo* fué un personaje importante en la historia de la Roma imperial. (V. Suet., *Domit.*, XVI).

desde la mañana, presentóse en el teatro con su rico traje, y, para recibir la embajada fenicia en presencia de todo el pueblo, esperó allí que los rayos del sol, reflejados por su brillante vestido, formasen en torno suyo una especie de divina fulguración ó de nimbo celestial ⁽¹⁾.

La orientación del teatro, cuyas ruinas visitamos ⁽²⁾, á quinientos metros al sur de la Cesárea de las Cruzadas, detrás del antiguo puerto y cerca de las murallas de la Cesárea de Herodes, era de noreste á sudoeste. La gradería había sido cortada en las colinas que forman, en este sitio, un hemiciclo enteramente natural. Como la mayor parte de los teatros griegos, éste estaba dispuesto de tal suerte que permitía á los espectadores reposar sus miradas, más allá del escenario, en el movable y majestuoso espectáculo que ofrece en el horizonte el hermoso mar azul. Cuando se levantaba el *velarium*, á las primeras horas del día, el sol, sin incomodar á los asistentes, abrigados por el muro del recinto, iluminaba directamente con sus rayos el escenario. Herodes había hecho levantar allí su tribunal. La comedia estaba preparada con todos sus detalles. El rey había cuidado de rodearse de cortesanos muy al corriente de sus deseos y capaces de inspirar á la multitud el feliz pensamiento de proclamarle dios. Él mismo, en el discurso que dirigió á la embajada, nada descuidó, ni en el fondo ni en la forma, para sumir á la concurrencia en la más

(1) No se mostró, en efecto, en el palco real. El texto dice que se sentó en el *béma*, ó en la plataforma de lo alto, desde la que los gobernadores romanos y los generales administraban justicia. Así, Pilatos, juzgando á Jesús, se había sentado en el *Lithostrotos*. El *béma* había sido levantado en el escenario. Para comprender mejor este incidente, es necesario completar el relato de los Hechos con el de Josefo, *Ant.*, XIX, 8, 2.

(2) Después de las muchas dificultades que tuvimos que vencer para llegar á Cesárea, una de nuestras más vivas satisfacciones fué comprobar que el teatro estaba realmente orientado de tal manera que, á eso de las 9 de la mañana, el sol debía inundar el escenario. De tan vasta construcción no queda sino la *cavea*, abierta en la toba y obstruída por fragmentos de columnas de granito rosa. Subsisten también algunos fragmentos del muro del *proscenium*. En la parte alta del recinto se levantan algunos arcos abovedados. La vista del mar era de las más pintorescas, pero en días de tempestad, el ruido de las olas debía ahogar la voz de los actores. Véase nuestro artículo sobre Cesárea en el *Dict. Biblique* de Mr. Vigouroux.

entusiasta admiración y conseguir el efecto teatral que se había propuesto. Esperaba un éxito que debía hacer época en su vida. Después de lo cual, en lugar de escribir solamente en las monedas acuñadas con su efigie: EL GRAN REY AGRIPA, AMIGO DE CÉSAR ⁽¹⁾, habría grabado: EL DIVINO AGRIPA, y su orgullo habría quedado satisfecho. ¿Por ventura el imbécil Claudio, en cuyo honor estaba de fiesta el mundo romano, había merecido más que él ser elevado á la categoría de los dioses, y su paseo de quince días por la isla de los bretones había sido, en su género, una exhibición menos ridícula que la suya?

En tanto que él hablaba, el grupo de los aduladores se puso á impulsar á la multitud, manifestando por sus gestos y sus aplausos la más viva admiración. Gritábase: «¡No es un hombre, es un dios!» Josefo, de acuerdo con el historiador sagrado, añade que asustados por el resplandor fulgurante del vestido real, muchos en actitud suplicante decían: «¡Muéstrate benévolo! Si hasta hoy te hemos solamente respetado como hombre, en lo sucesivo te trataremos como un dios.» Y añade el historiador judío que el rey no los reprendió, sino que aceptó sus criminales homenajes.

El insensato daba así la medida de su valor moral. Dios detesta más aún la hipocresía orgullosa que la crueldad. Un ángel, quizás el mismo que había libertado á Pedro, hirió al punto al rey sacrílego, y le enseñó que no debía tratar de arrebatar al Señor la gloria de que sólo Él era digno. La mano de un ángel es tan terrible para ejercer la justicia como consoladora para producir misericordia. Éste hirió al culpable en el vientre ⁽²⁾. El falso dios murió roído por los gusanos ⁽³⁾. En la helmintiasis, los gusanos, ó ascá-

(1) Tenemos medallas suyas con la inscripción: ΒΑΣΙΛΕΥΣ ΜΕΓΑΣ ΑΓΡΙΠΠΑΣ ΦΙΛΟΚΑΙΣΑΡ. De muy buen grado se atribuía oficialmente el título de *grande*.

(2) Se ha observado que así mueren de ordinario los más crueles tiranos: Antioco Epifanes (*II Mac.*, IX, 5-9), Herodes el Grande (*Ant.*, XVII, 6, 5), el emperador Galerio (Eusebio, *H. E.*, VIII, 16), por no hablar de Sila y de otros muchos.

(3) Los autores se han perdido en hipótesis (Bartholinus, *de Morbis*

rides, pueden obstruir el intestino y, perforándolo, determinar una peritonitis. El enfermo experimenta entonces los dolores abdominales más agudos, como los de que habla Josefo describiendo el estado del rey. El menor contacto los exaspera. Pronto se contrae la fisonomía del paciente, sobrevienen vómitos muy dolorosos, la respiración se acelera, después, al quinto día, el mal parece ceder. Un sudor, bienhechor en apariencia, brota de todos los miembros: se tiene confianza. De repente el rostro se pone lívido, ha llegado la muerte.

Tal parece haber sido la suerte de Agripa, que llevaba sin duda en sus entrañas los tristes frutos de una juventud desenfrenada. Josefo no habla sino de dolores abdominales muy violentos. San Lucas, el historiador médico, determina la causa diciendo que los gusanos le royeron los intestinos ⁽¹⁾. Según Josefo, el rey habría hecho, antes de morir, tristes reflexiones sobre su loco orgullo. «¡Vuestro dios—decía á sus amigos,—se muere!» Y reconociendo en

bibl., cap. XXIII; Mead, *de Morb. bib.*, cap. XV) sobre la especie precisa de la enfermedad que se lo llevó. Según muchos, había muerto de phtiriasis, ó enfermedad pedicular (Plinio, *H. N.*, XXVI, 86). Pero una cosa es el *piojo*, *φθερ*, otra cosa el *gusano*, *σκώληξ*. De otra parte hay que pensar en una enfermedad que acarree más rápidamente la muerte, pues el rey expiró cinco días después.

(1) Por lo demás, es interesante comparar los relatos de estos dos autores, muy independientes el uno del otro y, sin embargo, visiblemente paralelos. Precisan, en efecto, de común acuerdo que Herodes murió en Cesárea, donde había llegado poco antes; que fué atacado de repente por un mal fulminante, en medio de una asamblea, que él presidía adornado con un espléndido vestido, y mientras era aclamado como si fuese un dios; en fin, que murió herido por la justicia celeste por no haber rechazado tan sacrílegos halagos. En cuanto á detalles, á pesar de su variedad, los dos historiadores no se contradicen. Los dolores abdominales de que habla Josefo no excluyen los gusanos de que habla San Lucas, y los cinco días de sufrimientos que él supone corresponden muy bien al tiempo que necesitaron los gusanos para determinar una peritonitis y la muerte. Josefo, mencionando la aparición de un buho sobre la cabeza del rey en medio de su loca apoteosis, indica, desde un punto de vista popular, lo que hubo de misterioso, ó mejor de providencial, en una muerte tan repentina. San Lucas, al decir que un ángel de Dios hirió al rey se propone hablar de una acción sobrenatural invisible. Por fin, Josefo cuenta que la asamblea en que el rey se exhibía con tanta extravagancia tenía lugar con ocasión de unos juegos en honor del emperador. San Lucas habla de una embajada de fenicios que pudo coincidir con estas fiestas públicas.

su mal la mano de la Providencia, parecía someterse con resignación. Pero Josefo, al final de su relato, ha sacrificado visiblemente la exactitud histórica al deseo de hacer filosofar á su héroe. Su testimonio resulta sospechoso.

Por lo demás, confiesa que el ejército no participó en modo alguno de su admiración por Agripa. La muchedumbre que, según él, lloraba y oraba con ceniza y cilicio antes de su muerte, llenó en seguida su memoria de ultrajes, como si el afecto que el pueblo le había demostrado no hubiese sido sino la forma engañosa de un temor servil. Los soldados entraron en palacio, y, robando las estatuas de sus hijas, expusieronlas en los lupanares de la ciudad, en los terrados de las casas, para mancharlas con impudencia sin ejemplo. Fueron organizados banquetes, en que se desbordó cínicamente la alegría pública; los convidados, con la cabeza perfumada y adornada de coronas, entregáronse á libaciones en honor de Caronte, el barquero de los infiernos, que acababa de recibir á tan ilustre pasajero. Aunque esta actitud insultante, al día siguiente de una apoteosis abortada, hubiese sido exclusiva de los soldados y de los paganos que vivían en Cesárea y en Sebaste, no demostraría menos que son muy discutibles las virtudes atribuídas á Agripa por Josefo. De ordinario la voz de la justicia se deja oír sobre la tumba de los reyes.

Este murió á la edad de cincuenta y cuatro años, después de haber reinado cuatro bajo Calígula y tres bajo Claudio. Dejaba tres hijas y un hijo de diecisiete años, que á Claudio le pareció demasiado joven para sentarlo en el trono. Por lo demás, la política romana debió comprender que andaba por malos caminos, al resucitar estas pequeñas pero peligrosas realezas de Oriente, y la ocasión pareció propicia para que ésta fuese suprimida. Judea quedó, por tanto, bajo la inmediata jurisdicción de Roma y fué de nuevo administrada por procuradores, salvo que, en lo espiritual, dependió de Herodes, rey de Calcida. Éste había, en efecto, pedido y obtenido de Claudio un poder omnímodo sobre el Templo y su tesoro, y al pro-

pio tiempo el derecho de nombrar á los sumos sacerdotes.

Esta separación de los dos poderes, aunque parecía razonable, no debía tener resultados más satisfactorios. Sin embargo, el nuevo jefe religioso, por hallarse lejos de Jerusalén, mezclóse mucho menos en las querellas de secta que parecían haber apasionado á su hermano Agripa, y, la Iglesia de Jerusalén, sacudida un momento por la tempestad, adquirió, en la calma relativa que siguió á la muerte del perseguidor, nueva fuerza de expansión y de desenvolvimiento. Herodes, rey de Calcida, usó de su derecho sobre el soberano sacrificador destituyendo al sumo sacerdote Elioneo y nombrando en su lugar á José, hijo de Cami, hombre más insignificante y más pacífico. Con respecto á los discípulos del Evangelio, parece no haberse mostrado hostil. El procurador, llegado de Roma, llamábase Cuspio Fado, y no carecía ni de habilidad ni de energía. Corría el año 44 de Jesucristo.

CAPÍTULO IX

Pedro, perseguido, lleva el Evangelio fuera de Palestina

Dónde fué Pedro al abandonar á Jerusalén.—El apostolado no es solamente el episcopado.—Pedro predica en Roma desde el año 45 al año 49.—Inducciones diversas.—No reaparece allí hasta más tarde.—Entre sus dos permanencias tienen lugar sus grandes misiones.—Esto basta á la tesis católica y responde mucho mejor á la idea que se forma de su celo de Apóstol. (*Hechos*, XII, 17).

Tal fué el miserable fin del perseguidor. ¿Qué había sido del perseguido? Pedro desaparece en adelante del escenario, donde había desempeñado, hasta entonces, el papel principal, y el autor del libro de los Hechos no lo conducirá de nuevo allí hasta seis años después, en tiempo del Concilio de Jerusalén; después de lo cual no se hablará más de él. ¿Qué hizo desde el año 44 al 50, en tanto que Pablo emprendía sus grandes misiones? Faltos de indicaciones precisas en San Lucas, debemos aquí entrar en el terreno de las hipótesis.

Las frases del libro de los Hechos: «Y partiendo de allí, se fué á otro lugar ⁽¹⁾,» no pueden significar sencillamente que Pedro fué á esconderse en casa de cualquier amigo en Jerusalén ó en sus contornos. Dicen algo más que esto. Suponen un traslado importante, un viaje, una larga ausencia. Dios no había librado milagrosamente al Apóstol de las manos de Herodes para dejarle el derecho de expo-

(1) El texto: «Et egressus abiit in alium locum», parece indicar un viaje importante. ¿Pero, acaso no es sorprendente que el historiador no señalase su término, siquiera con una palabra? Quizás en este silencio desesperante para nosotros, hay que ver otra prueba de su firme resolución de no decir sino lo que sabía, sin añadir nada á las fuentes que consulta.

nerse á caer de nuevo en ellas. Si salió de casa de la madre de Juan-Marcos, sin tomarse ni siquiera tiempo para ir personalmente á avisar á Santiago de su liberación, fué porque se marchaba á toda prisa, y por largo tiempo, de Jerusalén. Pablo y Bernabé no lo encontrarán en ella, cuando vayan á llevar sus limosnas á la comunidad cristiana. En el año 44, el último día de las fiestas pascuales, Pedro abandonó, por tanto, no sólo la Ciudad Santa, sino también los Estados del perseguidor.

Para sustraerse con seguridad á las pesquisas de sus enemigos, su camino más corto era ganar, ora el desierto, hacia Egipto ó Siria, ora el mar, por Joppe. Este último partido, en una época en que la policía no tenía los medios de acción y de información que en nuestros días posee, era de mucho el más pronto y el más prudente. Pedro tenía relaciones en esta ciudad, donde, recientemente aún, su apostolado no había sido infructuoso. Algunos amigos debieron apresurarse á ocultar allí su huída. Cada día barcos mercantes se hacían á la vela desde Joppe hacia Alejandría, la costa fenicia, las islas, Grecia é Italia. En cada uno de estos países, Pedro estaba seguro de encontrar importantes centros judíos. Partió, y sea que, por una casualidad providencial, el navío al que había subido se dirigiese á Roma, sea que, habiéndose puesto en camino sin destino fijo, hubiese recibido de lo alto la inspiración de ir á llevar á la capital del Occidente la Buena Nueva que otros predicaban con tanto fruto en Antioquía, la metrópoli del Oriente, llegó á Italia y á la misma Roma. Allí debió encontrar algunos discípulos que había bautizado en Jerusalén, si, lo cual no es imposible, no los tenía por compañeros de viaje. Sostenido por ellos, dedicó á la predicación del Evangelio los años de aparente inacción que separan su precipitada partida de Jerusalén y su aparición en la asamblea conciliar reunida en esta ciudad, hacia el año 51. Creemos, por tanto, que los antiguos autores eclesiásticos tenían derecho á hablar de un viaje de Pedro á Roma, más de veinte años antes de su muerte.

Solamente que lo anticiparon en demasía. Hasta la mitad del año 44, no se aleja Pedro de Palestina, y dirige personalmente la naciente Iglesia de Jerusalén. Se le encuentra siempre el primero en el sitio de peligro y de honor. Por otra parte, es dudoso que la evangelización en el extranjero, aun limitada á las sinagogas, hubiese entrado en sus miras antes de la predicación en Samaria y aun antes de la visión de Joppe. Pero si se sufrió una equivocación al anticipar demasiado un primer viaje de Pedro á Roma, no por esto había menos motivo para afirmar su realidad. Dos veces debió predicar el Apóstol en la capital del imperio, la primera, después de haber escapado de las manos de Herodes en Jerusalén, la segunda, antes de su martirio bajo Nerón. Entre estas dos idas de Pedro á Roma ó estas dos tomas de posesión de la Ciudad Eterna, transcurrieron cerca de veinte años durante los cuales prodigó en otra parte su actividad.

Sería, en efecto, tener una idea muy poco exacta de los tiempos apostólicos representarse, á partir de la hora presente en que el Evangelio inaugura la conquista del mundo, á Pedro estacionándose largo tiempo en Jerusalén, en Antioquía ó en Roma. No hay que confundir el apostolado con el episcopado. El obispo permanece entre su rebaño, en su sede, para apacentar y vigilar; el apóstol viaja, *posui vos ut eatis* ⁽¹⁾, y esparce por el mundo la palabra de Dios. He aquí por qué ningún Apóstol, ni siquiera Santiago, fué realmente obispo en el sentido actual de la palabra. Eran todos ellos algo más, pues Jesucristo los había instituído padres de los obispos, ó, si se quiere, obispos de la Iglesia universal. Cuando hubieron cumplido su misión, es decir, cuando se abrió el tercer período de la Iglesia primitiva, sus poderes extinguiéronse con ellos, menos en Roma, donde, siendo indispensables á la unidad y al gobierno de la Iglesia, se transmitieron y resumieron en una sola cabeza, la del sucesor de Pedro, jefe de los Apóstoles.

(1) *Juan*, XV, 16.

Este legítimo sucesor es el que quedó como vicario de Jesucristo. La sucesión de la primacía comenzó y fué recogida allí donde Pedro murió mártir. Para asegurar su legitimidad, importa poco que viviera allí más ó menos tiempo como obispo. Aunque no hubiese ido sino para tomar, á última hora, la dirección de la Iglesia romana, y dar el glorioso testimonio de su sangre, nada tendríamos que cambiar de nuestras afirmaciones sobre la indiscutible primacía de sus sucesores, á los cuales legó mucho menos el episcopado de Roma que el episcopado del mundo ⁽¹⁾. En otros términos, los que han recogido su herencia le han sucedido en el apostolado más necesariamente que en el episcopado. La sucesión en el apostolado era indispensable, en sí misma, para la vida de la Iglesia; la sucesión en la sede episcopal de Roma no lo era sino para dar testimonio de la legitimidad de la sucesión en el apostolado. Si, en estas difíciles cuestiones, ha habido divergencias de opinión, el concilio Vaticano las ha radicalmente suprimido. La sede episcopal de Roma no interviene más que como signo visible, que permite á todo fiel reconocer donde está el jefe de la Iglesia. Pero aunque Roma fuese tragada por un súbito cataclismo, la Iglesia, ora directamente, ora por delegados titulares, escogería un jefe para perpetuar, como en lo pasado, en Italia ó en otra parte, la sucesión de los Papas, y nada se habría cambiado en la admirable economía de su gobierno. Por consiguiente, la cuestión del larguísimo episcopado de Pedro en Roma no interesa en manera alguna al dogma católico. Es además dudoso que desde el punto de vista exegético pueda ser defendida, á menos de admitir que Pedro, habiendo fundado la Iglesia de Roma, constituyóse su Obispo, salvo no residir entre su rebaño sino hasta quince ó veinte años después. Pero, sin hablar de las dificultades de esta hipótesis ⁽²⁾, ¿no es

(1) San Crisóstomo dice con razón (*in Johan. hom. LXXXVII*) que Pedro no fué establecido obispo de Jerusalén, porque Jesucristo le había hecho obispo de toda la tierra.

(2) ¿Cómo comprender que Pablo, escribiendo á los romanos, no tenga ni una palabra para su Obispo, ni una alusión á su organización bajo un

esto preocuparse demasiado con el episcopado en detrimento del apostolado, y empequeñecer, encerrándolas en miras más bien escolásticas que escriturarias, las grandes figuras de los Apóstoles? Ni Pablo, ni Pedro, ni quizás ninguno de los Doce, á excepción de Santiago en Jerusalén, limitóse al gobierno exclusivo de una comunidad, y, por lo tanto, es más prudente buscar en todas partes las huellas de su apostolado que fijar muy temprano la sede de su episcopado.

Dejando de considerar la cuestión desde el punto de vista que se adoptó por tiempo quizás excesivo, bastará para gloria de Pedro establecer que, poco después del año 44, evangelizó á Roma, echando así los fundamentos de aquella ilustre Iglesia, cediendo en seguida á Pablo el honor de trabajar en ella á su vez, y no tomando él mismo hasta el último momento la dirección oficial, para vincularle, como perpetua herencia, todas las prerrogativas de su gloriosa primacía. De la segunda parte de esta tesis, que es la principal, hablaremos más adelante. Basta, para el desenvolvimiento regular de nuestra histórica exposición, indicar aquí en qué nos fundamos para decir que Pedro predicó en Roma hacia el cuarto año del reinado de Claudio.

Notemos ante todo, dándoles la importancia que se merecen, dos hechos poco menos que decisivos. El primero es que antes del año 58, fecha probable de la Epístola á los romanos, existía en la capital del imperio una importante congregación cristiana. El segundo consiste en que toda la antigüedad atribuye á Pedro la gloria de haber fundado con Pablo, la Iglesia de Roma, y, en el testimonio tributado á su apostolado colectivo, da invariablemente á Pedro una prioridad que no es tan sólo de honor, sino también de tiempo.

Que, desde mediados del siglo primero, hubo en la capital del imperio un grupo de discípulos iniciados en la

pastor, y que, más tarde, llegase á Roma sin visitar á Pedro, si estaba presente, ó sin rendir homenaje á sus derechos, si estaba ausente?

nueva religión, es evidente, pues Pablo les dirige la más hermosa de sus Epístolas, felicitándoles porque «su fe es conocida del mundo entero (1).» Este testimonio que el Apóstol tributa á su activo celo parece estar de acuerdo con algunas indicaciones de la historia profana. ¿Qué eran, en efecto, las quejas de Claudio contra el desenvolvimiento funesto de las *supersticiones extranjeras* (2), y las acusaciones de Casio, en pleno Senado, contra los esclavos que en masa se consagraban á los *cultos extranjeros*, ó, según añade, á cultos que *no son tales* (3), sino el grito de alarma del paganismo en presencia de los progresos del Evangelio? ¿Había algo que pudiese parecer más extraño y más *extranjero* á los politeístas romanos que la religión todo espiritualista de Jesús? Era también para ellos tan impalpable, tan invisible, tan incomprensible, que la confundían con el ateísmo, *externa sacra*, decían, *aut nulla*. Esta religión sin ídolos, sin dioses de madera ó de piedra, que, según las declaraciones de Casio, abrazaban en masa los esclavos, era el Cristianismo. Los pobres encontraban su consuelo en esta doctrina, que enseñaba la fraternidad humana y prometía á los humildes la rehabilitación y las alegrías de la vida futura.

Al lado del poder público, y más enérgicamente que él, ¿no protestaba también el judaísmo en sus sinagogas, contra innovadores que parecían salir de su seno, pero de cuyas tendencias y doctrinas renegaba? Los motines que suscitó, los gritos que dió, fueron harto alarmantes para que el apacible Claudio se inquietara por ello. Después de haber vacilado algún tiempo entre obrar con severidad contra tanta gente, y contentarse con prohibir las reuniones (4) de aquellos perturbadores del orden público, acabó por expulsar, bajo el nombre de judíos, sin distinción, á los

(1) «Fides vestra annuntiatur in universo mundo.» (*Rom.*, I, 8).

(2) «Quia externae superstitiones valescunt.» (Tácito, *Annal.* XI, 15).

(3) «Quibus diversi ritus, externa sacra aut nulla sunt.» (*Annal.* XIV, 44).

(4) Díón Casio, LX, 6.

defensores de la Ley y á los predicadores del Evangelio ⁽¹⁾. Tendremos la prueba de ello en Corinto ⁽²⁾. Aquila y Priscila eran, en efecto, cristianos, antes que Pablo los conociese, pues no se dice que tuviera que convertirlos. El mismo Pedro debió ser del número de los expulsados, y entonces volvió de nuevo á Palestina ⁽³⁾.

Y si el que provocó en Roma este rápido desarrollo de la joven Iglesia, tan amenazador para los paganos como odio-so á los judíos, no fué el Apóstol, ¿á quién se atribuirá este honor? ¿A algunos discípulos bautizados por él al día siguiente de Pentecostés, y vueltos á Roma de donde habían quizás salido ⁽⁴⁾, de suerte que, por ellos, si bien de una manera indirecta, Pedro sería siempre el fundador de la Iglesia romana? Pero entonces, ¿cómo se explica que la explosión del descontento de los judíos y de su odio no tuviera lugar sino hasta quince ó dieciséis años más tarde, coincidiendo exactamente con el tiempo en que Pedro no estaba ya en Jerusalén? El período de incubación habría sido muy largo y la explosión muy repentina. ¿No parece más natural suponer que había sobrevenido en Roma una acción nueva y particularmente poderosa; que se había producido una nueva efusión del Espíritu, con un predicador distinto de los conversos desconocidos en el primer momento; una evangelización generosa, emprendida en virtud de

(1) «Judaeos, impulsore Chresto, assidue tumultuantes, Roma expulit.» (Suetonio, *Claud.*, XXV). El motivo del tumulto está indicado á través de un error fácil de comprender en un pagano que, no viendo la posibilidad de que un muerto apasionase á los vivos, convirtió á Cristo en Cresto, porque este nombre le era más familiar.

(2) *Hechos*, XVIII, 2.

(3) Orosio, apoyándose en un pasaje de Josefo que no conocemos, dice que los judíos fueron expulsados de Roma entre el 49 y el 50. En realidad es poco probable que los judíos hubiesen sido echados en los primeros años del reinado de Claudio. Este emperador mostró, para con ellos, una benevolencia inagotable, mientras á su lado estuvo Herodes Agripa II, su joven favorito. Hizo fijar en todas partes edictos ventajosos para ellos (*Ant.*, XIX, 5, 2-3). Petronio recibió la orden de defender sus intereses (*Ant.*, XIX, 6, 3). Herodes Agripa, nombrado rey de Calcida, salió de Roma en el año 49 (*Ant.*, XIX, 9, 2; XX, 1, 1-2; XX, 5, 2, etc.). Desde entonces, privados sus compatriotas de su protección, todo fué posible.

(4) V. *Hechos*, II, 10: «et advenae Romani.»

principios universalistas que éstos no podían tener, y que, resultado práctico de los últimos sucesos ocurridos en Jerusalén después de la conversión de Cornelio, debía excitar, aquí como en Palestina, el furor de los judíos contra el predicador? ¿Acaso no encontraremos en la misma fisonomía de la Iglesia de Roma, tal como nos la deja entrever la Epístola de Pablo, algo que recuerda las enseñanzas especiales de Pedro y la señal misma de la mano que la fundó? En todo caso, podemos desde ahora observar que Pablo le escribe con un santo respeto, como si venerase en ella la obra de un Apóstol más grande que él. Además y sobre todo, ¿cómo explicar que ni una sola voz en la antigüedad niegue á Pedro el honor de haber fundado esta Iglesia, y esto es lo que debería haber hecho, si no hubiese sido cierto que la había evangelizado antes de Pablo? En el conjunto de testimonios que establecen la paternidad de los dos Apóstoles respecto de ella, no hay una sola nota discrepante, conviniendo todos en conceder á Pedro la prioridad ⁽¹⁾. ¿Es sencillamente por deferencia á su categoría entre los Apóstoles? Pero esto sería una injusticia, si Pablo hubiese predicado en Roma antes de él. La prioridad no es aquí cuestión de honor, sino de mérito. Sin contar que á este testimonio general de los antiguos Padres se junta la afirmación más explícita de Eusebio y de San Jerónimo, que hablan del largo episcopado de Pedro en Roma, afirmación que puede muy bien ser errónea, si se la entiende de una permanencia continua en la capital, pero que, por el contrario, es muy exacta, si, limitada á veinte años, como lo es en Eusebio, indica tan sólo que el jefe de los Apóstoles tomó posesión de Roma hacia el año 45, y que volvió allí, hacia el año 66, para morir. Si Pedro no llegó por primera vez á Roma hasta después del

(1) Ignacio mártir dice en su epístola á los romanos (IV): «Non sicut Petrus et Paulus praecipio vobis.» Dionisio de Corinto (en Eusebio, *H. E.*, II, 25) declara que «Pedro y Pablo evangelizaron á Italia.» San Ireneo (*Haer.*, III, 1; y en Eusebio, *H. E.*, V, 8) da la prioridad á Pedro, al atestiguar que «San Mateo publicó su Evangelio mientras Pedro y Pablo predicaban en Roma y fundaban allí la Iglesia.»

cautiverio de Pablo, pudo constituirse jefe de la Iglesia que había en esta ciudad; pero en realidad, á pesar del testimonio unánime de la tradición, no fué su fundador. Ahora bien, si no fué allí entre los años 45 y 50, no llegó sino hasta después de Pablo.

Hacia el año 50, vémosle en el concilio de Jerusalén. En el intervalo está en Antioquía⁽¹⁾, donde, según todas las probabilidades, reside algún tiempo, autorizando con esta permanencia la antigua tradición de su episcopado, ó mejor, de su enseñanza apostólica, en esta ciudad⁽²⁾. En el año 58, no está en Roma, y ni siquiera el recuerdo de su primera visita parece tan vivo, que Pablo, en su Epístola, se crea obligado á dedicarle una alusión. Si al dirigir sus saludos á los principales personajes de la comunidad romana, no nombra á Pedro, es porque éste no estaba allí; de otra suerte, este olvido sería inexcusable. Tampoco estaba cuatro años más tarde, cuando el Apóstol de los gentiles fué á justificarse ante César. Hay más, el libro de los Hechos, que termina hacia el año 64, no le nombra; lo cual, si hubiese estado al frente de esta Iglesia, sería también una laguna muy extraña, en el viviente cuadro que nos traza de la acogida hecha por la comunidad cristiana á Pablo prisionero, y de las controversias que éste tuvo que sostener, solo, contra los judíos. Cuando Pablo, durante su primera detención, escribe á Filemón, á los fieles de Colosas ó de Éfeso y á los de Filipos, no menciona á Pedro; por el contrario, señala⁽³⁾ un despertar entre los cristianos de Roma y un incremento de celo entre los predicadores, lo que supone un período antecedente de sopor y desfallecimiento, incompatible con la presencia del jefe

(1) *Galat.*, II, 11.

(2) Esta tradición, representada por San Jerónimo (*de Vir. illust.*, cap. IX *in Galat.* II), Eusebio (*H. E.*, III, 36), Orígenes (*in Luc. hom.* VI) y sobre todo San Crisóstomo (*Homil. de Laudib. sancti Ignatii*, y además *in Act.* XIII, 9), no puede defenderse sino colocando la permanencia de Pedro en Antioquía después de la salida de Pablo y de Bernabé para su primera misión.

(3) *Filip.* I, 12-14.

de los Apóstoles y poco honroso para él, si hubiese estado allí. Sería necesario desconocer los generosos ardores de su alma para admitir que, estando presente, hubiese dejado que la sal perdiese su sabor ó permitido que el espíritu de emulación y de envidia se levantase contra la evangelización de Pablo. En todo caso, éste debía por caridad separar la causa de Pedro, si estaba entonces en Roma, de la causa de los espíritus inquietos, á quienes condena con palabras encubiertas.

Lactancio y el *Liber pontificalis* no están, en consecuencia, muy mal inspirados cuando dicen que Pedro no se estableció definitivamente en Roma hasta el imperio de Nerón ⁽¹⁾. Solamente que, para ser exactos y suprimir insolubles dificultades, habrían debido observar que, desde el cuarto año de Claudio, había fundado esta Iglesia, instruyendo en ella, como más tarde en las provincias del Ponto, de Galacia, de Capadocia, de Asia, de Bitinia y de Mesopotamia, á los judíos ó á los prosélitos que había bautizado el día de Pentecostés y á los que en torno de éstos iban á agruparse. La serie de los acontecimientos se desarrolla entonces sin dificultad ⁽²⁾. Pedro predica en Roma,

(1) El *Liber pontif.* dice: «Hic Petrus ingressus in urbem Romam sub Nerone Caesare.» (V. Lactancio, *de Mort. Persec.*, II).

(2) La teoría de una doble ida de Pedro á Roma, muy desgraciadamente negada por nuestros antiguos apologistas, apóyase, sin embargo, en la misma tradición romana. Debemos al eminente arqueólogo de Rossi el descubrimiento de muy importantes testimonios que aclaran la cuestión. Habíamos leído lo que este infatigable investigador había escrito sobre las botellitas de Monza; pero agradónos conversar con él. Declaróse muy resueltamente partidario de un doble viaje de Pedro á Roma. Así legitimaba de Rossi la institución de dos fiestas distintas para honrar las dos sedes que el Apóstol había sucesivamente ocupado en la capital del imperio, en un intervalo de unos veinte años. Parecíale que una de ellas, la que se celebraba en Febrero, se había convertido, por una lamentable equivocación, en el curso del tiempo, en la fiesta de la cátedra de Pedro en Antioquía. En efecto, antes del siglo XI, era celebrada en la iglesia vaticana con gran concurso de obispos y de fieles como una fiesta romana. Creíase que la escena del *Tu es Petrus*, en el camino de Cesárea, había tenido lugar en Febrero. El día de esta fiesta era llamado *dies S. Petri epularum*, porque coincidía con las *ferialia*, reminiscencia del paganismo. La fiesta de Enero existía también. Lo que legitimaba estas dos fiestas poco menos que similares, era que en realidad creíase venerar el recuerdo de una doble enseñanza ó de un doble apostolado de Pedro en Roma. Había dos puntos muy distintos en que, en con-

hasta que su apostolado es interrumpido por la agitación ruidosa de los judíos en sus sinagogas y la expulsión general de los semitas, que fué su consecuencia. Solamente que, en el momento en que todos, judíos y cristianos, partieron para el destierro, en realidad la Iglesia de Roma estaba ya fundada. Pedro, no sólo había abierto el surco, sino que había sembrado también el campo. Terminado el

dicciones muy diferentes de tiempo y de medio, Pedro había evangelizado á los romanos. La tradición conocía en Roma una cátedra primera: «SEDES UBI PRIUS SEDIT S. PETRUS,» lo que suponía una segunda, porque un *prius* exige un *posterius*. Tal es el argumento que el señor de Rossi ha establecido sobre uno de sus descubrimientos arqueológicos más interesantes. (V. *Bullet. archéolog.*, 1867, mayo y junio).

En tiempo de San Gregorio el Grande, el presbítero Juan, habiendo ido en peregrinación á Roma, llevó de allí, para la reina Teodelinda, unas botellitas llenas de aceite de las lámparas que ardían en los santuarios más famosos. Estas botellitas, han sido encontradas nuevamente en Monza, y en una de ellas, como también en un papiro que contiene la nomenclatura general, dicho presbítero había escrito, con la ortografía y la lengua de su tiempo: OLEO DE SEDE UBI PRIUS SEDIT S. PETRUS. Esta inscripción es absolutamente distinta de la que se refiere al sepulcro de Pedro y á la sede vaticana. Refiérese á un santuario que, según el orden topográfico seguido por el peregrino, precedía á los de la vía Salaria. Pues bien, precisamente, en tiempo de San Gregorio, se veneraba una silla de San Pedro «inter viam Nomentanam et Salariam novam,» en el cementerio Ostriano, «ad nymphas Petri, ubi Petrus baptizabat,» etc. En el mismo lugar donde había primitivamente bautizado, habíase colocado y venerábase su primera sede. La tradición antigua decía también que Pedro, cuando su primera estancia en Roma, habíase establecido desde luego en el monte Aventino (*Bullet. archéol.*, 1867, p. 43 46, 48, 86, 88), pero que no tardó, á fin de evitar violencias que á cada momento eran de esperar del furor de los judíos, en trasladarse cerca del Campo de los Pretorianos, donde estaba más libre y más seguro, gracias á la vecindad de la fuerza pública. Precisamente cerca de este campo estaba el *coemeterium Ostrianium*, llamado más tarde *majus*, no porque sea mayor que el de Calisto ó de Domitila, sino porque era el primero por orden de antigüedad. ¿Es en la parte del cementerio de Santa Inés donde el señor de Rossi ha creído encontrar las criptas *ad nymphas Petri*, ó cerca del cementerio de Priscila, como quiere su ilustre discípulo, nuestro amigo Marucchi, y en la propiedad del senador Pudente, donde hay que buscar este sitio venerable? No nos atreveríamos á resolver esta cuestión, pero las inscripciones sepulcrales sobre las cuales el señor Marucchi ha llamado nuestra atención nos inducen á creer que su indicación es la más exacta. Por otra parte, esto no puede modificar en nada nuestra tesis, porque uno y otro cementerio estaban cerca del Campo de los Pretorianos.

La tradición de una doble ida de Pedro á Roma estaba igualmente tan bien establecida desde la más alta antigüedad, que en el siglo VI da lugar á la más singular de las distracciones (V. *Liber pontificalis*, vol. I, p. 50, tan notablemente editado y discutido por el presbítero señor Duchesne), sufrida por el autor del catálogo de Félix IV, que hace entrar á Pedro en Roma ba-

destierro ⁽¹⁾, reconstituyóse la comunidad, y Pablo le escribió, no como á una Iglesia que debía fundarse, sino como á un ejército que se ha hecho ilustre por el heroísmo con que ha soportado el destierro y afirmado su fe. Lo que hay que reconocer altamente es que, evangelizándola por escrito ó de viva voz, continuó la obra de Pedro, ocupado, según veremos más tarde, en evangelizar otras regiones, sin pretender despojarle ó suplantarle; y es justo que, después de haber regado, como él, con su sangre, el teatro de su supremo apostolado, reciba, juntamente con él, el título de fundador de la Iglesia romana.

Pedro no volvió probablemente á Roma hasta fines del año 63, para inaugurar aquella organización jerárquica de las Iglesias, que fué el coronamiento de la obra apostólica, y cuyo verdadero promotor en Oriente, como veremos más adelante, fué San Juan. Pero no anticipemos los sucesos.

Basta, por el momento, haber establecido el siguiente dilema: ó Pedro fué á Roma antes del año 50, ó no fundó la Iglesia romana; porque desde el año 50 al 62 no estaba en la capital del imperio, siendo Pablo el que dirigía este centro cristiano. Ahora bien, según la tradición más antigua y más universal, Pedro fundó la Iglesia romana, y finalmente la gobernó como obra suya; por tanto, había ido allí antes del año 50, anticipándose, unos trece años, á la Epístola de Pablo y, diecisiete quizás, á su apostolado, de suerte que Pablo no hizo sino regar lo que Pedro había plantado. Después de esto, los veinte ó veinticinco años de episcopado de Pedro en Roma, piénsese de ellos lo que se quiera ⁽²⁾, parecen establecer sobre todo la anti-

jo Nerón y declara con todo, poco después, que fué veinticinco años obispo de esta ciudad. La afirman además dos clases de testigos que parecen contradecirse, pero que todos tienen razón: Eusebio, San Jerónimo y Orosio, de una parte, asegurando que Pedro fué á Roma bajo Claudio, y Lactancio con el *Liber Pontificalis*, de otra, declarando que llegó allí bajo Nerón.

(1) Á fines del reinado de Claudio ó al advenimiento de Nerón; pues cuando Pablo escribe á los romanos, Priscila y Aquila han vuelto á Roma.

(2) La tradición que fija en veinticinco años el episcopado de Pedro en Roma se remonta solamente á fines del siglo IV. Además, no se la encuentra

quísima convicción de que Pedro había ido muy pronto á la capital del imperio, y, en este sentido, la crítica seria los recibe de muy buen grado. La explicación de estos años es exacta, si se dice que se cuentan desde el día en que Pedro evangelizó á Roma por primera vez, hasta el día en que murió, incluyendo en la suma aquellos años durante los cuales, habiendo reaparecido en Jerusalén, consagróse, desde las orillas del Eufrates al Ponto Euxino y al

siempre legitimada por los cálculos de los que la representan. El *Catalog. Liber.*, lista muy antigua de los soberanos pontífices, redactado á mediados de dicho siglo, precisa que Pedro fué obispo de Roma veinticinco años, un mes y nueve días, de suerte que habiendo muerto el 29 de junio del año 65, bajo el consulado de Nerva y de Vestino, habría debido llegar á Roma el año 40 de Jesucristo. ¿Cómo concordar esto con su presencia y su muy activo apostolado en Palestina hasta la persecución de Herodes, que comenzó á reinar en Jerusalén el año 41, y murió el 44? El *Chronicon* de Eusebio, en el texto griego que poseemos, no habla de estos veinticinco años. La traducción armenia dice: «El Apóstol Pedro, después de haber fundado la Iglesia de Antioquía, parte para Roma, predica allí el Evangelio, y allí reside veinte años como obispo de esta Iglesia.» San Jerónimo traduce del mismo modo el pasaje de Eusebio, salvo que pone *veinticinco* donde los armenios leen *veinte*, y donde, según el texto griego, parece que Eusebio no había puesto nada. Por otra parte, (*de Vir. ill.*, cap. I). San Jerónimo no habla de una permanencia en Antioquía, pero nos deja ver como sacaba su cuenta de veinticinco años: «Secundo Claudii imperatoris anno, ad expugnandum Simonem Magnum, Romam pergit, ibique viginti quinque annis cathedram sacerdotalem tenuit, usque ad ultimum annum Neronis, id est decimum quartum. A quo et affixus cruci, etc., etc.» Del año 43, que es el segundo de Claudio, al 68, que es el décimocuarto y último de Nerón, hay en efecto veinticinco años. ¿De dónde sacó San Jerónimo que Pedro fué á Roma el año segundo y no el tercero de Claudio? Probablemente del número veinticinco que tenía á la vista. Pero la indicación natural del libro de los *Hechos* es que la muerte de Herodes siguió de cerca á la liberación milagrosa de Pedro. Ahora bien, Herodes murió el 44. Pedro no podía haber ido á Roma el 43. La autoridad en que se funda el santo doctor es muy probablemente el pasaje en que Eusebio (*H. E.*, II, 14) refiere que Pedro fué á Roma bajo Claudio, para combatir los errores de Simón Mago. Eusebio, que, por otra parte, no precisa el año, había á su vez tomado su indicación de San Justino. (*H. E.*, II, 13-14). En todo caso los unos y los otros han encontrado en este último mucho más de lo que hay; porque decir que Pedro fué á Roma bajo Claudio, no es en manera alguna decir que *residió* allí. Su presencia en Jerusalén hacia el año 50, y en Antioquía algún tiempo después, prueba lo contrario. Lo que resulta con bastante limpieza de todos estos testimonios de la Escritura y de la tradición combinados, es que Pedro fundó realmente la Iglesia de Roma bajo Claudio, hacia el año 44 ó 45, y que después de haber fundado y visitado otras muchas en Oriente, en Corinto y otras partes, volvió nuevamente allí para administrarla á fines del reinado de Nerón. (V. Dionisio de Corintio en Eusebio, *H. E.*, II, 25).

Mediterráneo, á la evangelización de los circuncisos. Orígenes, citado por Eusebio, dice, en efecto, que el jefe de los Apóstoles parece haber predicado en Oriente en las regiones donde estaban agrupados los judíos de la dispersión, «después de lo cual, yendo á Roma, fué allí crucificado cabeza abajo, según él mismo lo había pedido ⁽¹⁾.» Nada tiene de imposible la fundación de una Iglesia en Babilonia, y hasta confiamos demostrar que dicha fundación es probable. Mas si se pretende que Pedro, el primero de los *enviados* del Señor y de los *mensajeros* del Evangelio, puesto que era el jefe de los *Apóstoles*, fué el que menos viajó de todos ellos; si se quiere representarlo fijo en Roma, como un obispo en su sede, durante veinticinco años, no sólo se choca de frente con todas las indicaciones escriturarias, sino que también y sobre todo se desconoce singularmente el carácter de devoradora actividad propio de los hombres de la época apostólica. Es, en particular, un agravio para el más activo de los Apóstoles, creer que fué el menos emprendedor y el más estacionario, sin ninguna utilidad, pues las prerrogativas de sus sucesores no dependían en manera alguna de la duración de su episcopado.

(1) *H. E.*, III, I, 4. Comp. Epifanio, *Haeres.*, XXVI, 6.

CAPÍTULO X

Dispersión de los Apóstoles

La persecución apresura la dispersión de los Doce.—Lote de cada uno, según la tradición.—Santiago, hermano del Señor.—Juan, Andrés y los otros.—El mundo invadido por el ejército de Jesucristo. (*Marcos*, XVI, 15, 20).

La última vez que se hace mención del grupo apostólico es á propósito de la admisión de Cornelio y de su familia en la Iglesia ⁽¹⁾. Hasta este momento, los Doce habían permanecido en Jerusalén, dando incesantemente testimonio del Evangelio en el interior de las casas ó también bajo los pórticos del Templo, y confirmando con milagros la verdad de sus discursos ⁽²⁾. Después de la muerte de Santiago el Mayor y la detención de Pedro, en el momento en que el hambre desola el país, no se habla más de ellos, y la Iglesia de la Ciudad Santa es gobernada por ancianos. Esto prueba que, por temor á las violencias de Herodes, y movidos también, sin duda por las declaraciones de Pedro á propósito de la conversión de los gentiles, habíanse dispersado para ir, según la orden del Maestro, á inaugurar la evangelización del mundo entero.

¿Habíalos reunido Pedro por última vez, antes de abandonar á Palestina? ¿Habíales comunicado el santo y seña para la gran batalla que debía darse al paganismo? ¿Abrió solemnemente á sus hermanos las puertas del mundo que era preciso conquistar? León el Grande indicó elocuentemente esta escena solemne, consagrada por el arte ⁽³⁾. Es

(1) *Hechos*, XI, 1.

(2) *Hechos*, IV, 33; V, 42; II, 42, etc.

(3) *Serm.* LXXX, 3. Rufino, *H. E.*, I, 9, había contado antes de él, según

posible que la orden de avisar á Santiago y á los hermanos, dada por Pedro á los fieles reunidos en casa de María, no fué sino una cita para un lugar determinado fuera de Jerusalén. Si los Apóstoles acudieron, tanto para felicitar á su jefe milagrosamente escapado de la muerte, como para recibir sus órdenes, aquel fué ciertamente el sitio del postrer adiós. Gustosos nos representamos aquella suprema reunión, en que los Doce, penetrados aún de la bendición y de la palabra ardiente de Pedro, que les ha recordado las bondades del Maestro, se separan después de abrazarse. En su frente irradia un resplandor celestial. Su mano aprieta enérgicamente el bastón de viajero que será su cayado ó su cetro. Para luchar contra el enemigo no tienen sino la fe en el Maestro que los envía, y, sin embargo, se adivina que su triunfo es seguro. Por estos aldeanos galileos, pobres, ignorantes, sin experiencia, será vencido el paganismo, como Goliath lo fué por David, pastor de Belén.

Según Apolonio, un antimontanista de fines del siglo II, la tradición primitiva aseguraba que los Apóstoles habían permanecido doce años en Jerusalén después de la Ascensión, dispersándose luego por el mundo ⁽¹⁾. Esta fecha no difiere mucho de la que nosotros admitimos.

¿Cómo fueron repartidas las naciones? Primeramente debió proveerse el gobierno de la Iglesia madre, la cual, expuesta siempre á las más violentas tempestades, reclamaba un piloto prudente y cuya autoridad fuese incontestada. Los Apóstoles designaron por unanimidad, para esta difícil misión, á Santiago, hermano del Señor ⁽²⁾. Clemente

una antigua tradición, como se habían repartido el mundo los Apóstoles. Véase también Eusebio, *H. E.*, III, 1. Los antiguos martirologios colocaban en el día 15 de Julio la fiesta de la *Separación de los Apóstoles*.

(1) Eusebio, *H. E.*, V, 18. Clemente de Alejandría (*Strom.*, VI, 5) confirma esta misma tradición: «Transcurridos doce años, saldréis de Jerusalén, dispersándoos por el mundo, á fin de que nadie diga: No hemos oído la palabra.»

(2) Hegesipo, citado por Eusebio, dice: «Διαδέχεται δὲ τὴν Ἐκκλησίαν μετὰ τῶν ἀποστόλων ὁ ἀδελφὸς τοῦ Κυρίου, κ. τ. λ.» Idéntico testimonio encontramos en los más antiguos martirologios romanos, los cuales señalan el 27 de Diciembre para la fiesta de la *Ordenación de Santiago por los Apóstoles*.

de Alejandría precisa que la iniciativa de esta elección es debida á Pedro y á los hijos de Zebedeo, lo que supondría que se hizo antes de la persecución de Herodes ⁽¹⁾. Por lo demás, es preciso reconocer que todo contribuía á que se le apreciara en la Iglesia jerosolimitana: su vida austera, su parentesco con Jesús, y una fe ardiente que, según se decía, le había merecido una aparición especial del divino Resucitado. En efecto, el evangelio de los hebreos ⁽²⁾ cuenta que habiendo jurado Santiago no comer desde el día en que había bebido el cáliz del Señor en la Santa Cena ⁽³⁾ hasta que viera á Jesús resucitado, tuvo la dicha de ver al Maestro, el cual le dijo: «Hermano mío, come tu pan, porque el Hijo del Hombre se ha levantado de entre los que duermen.» Su temperamento tranquilo, pero enérgico, era religioso al modo de los más severos judíos. Cuenta Hegesipo que jamás bebió vino ni cerveza, ni comió carne, ni se cortó el cabello. Las uncciones con aceite ó los baños refrescantes parecíanle un lujo del que se privó toda su vida. Fué una especie de Juan Bautista, pero con un celo que el espíritu del Evangelio había dulcificado. La influencia del Maestro, conservando en esta alma, severa por naturaleza, el amor de la mortificación y el culto austero de la Ley, habíale comunicado un gusto particular para la oración y la santa costumbre de ofrecer sus mortificaciones para la conversión del pueblo. Vestido siempre de lino, gustaba de rogar á solas en el Templo, y tan frecuente era su oración, que sus rodillas se habían endurecido como la callosa piel de los camellos del desierto.

El pueblo no podía dejar de estar lleno del más grande respeto para con este santo que por sus virtudes pertenecía á la vez á la Antigua y á la Nueva Alianza. Llamá-

(1) V. Eusebio, *H. E.*, II, 1. La crónica de Alejandría dice: «quem in thronum collocavit sanctus Petrus», sirviéndose de una expresión que respondía mejor á las costumbres del tiempo de Heraclio, en que fué redactado este *Chronicon paschale*, que á la época apostólica.

(2) V. en San Jerónimo, *De Vir. illus.*, II.

(3) Esto prueba una vez más que Santiago fué hijo de Alfeo y uno de los Doce, porque solamente los Doce comieron la Pascua con Jesús.

banle el Justo, ó también la *Fortaleza del pueblo, Obliam*. El mismo partido jerárquico, aunque profundamente irritado contra los discípulos de Jesús, parece haberse mostrado respetuoso con él. Hegesipo, de quien tomamos todos estos detalles ⁽¹⁾, pretende que se le permitía entrar en el atrio de los sacerdotes, cuando iba al Templo á orar. Sea como fuese, reunía en sí todas las cualidades necesarias para asegurar, si realmente hubiese sido posible, la reconciliación de la Iglesia con la Sinagoga. Santiago daba, por decirlo así, la mano á la una y á la otra, y honraba muy sinceramente lo pasado mirando con confianza lo por venir. Juzgóse, por tanto, conveniente dejarlo en la brecha abierta, porque, mejor que cualquier otro, podía preparar la capitulación de los enemigos del Evangelio. Según algunos, fué nombrado obispo de Jerusalén por el mismo Jesucristo ⁽²⁾. Pero esto es una manera de expresarse que no debe entenderse de una intervención directa del Señor.

Eligióle por mediación de los Apóstoles, y, á pesar del texto de Clemente de Alejandría citado poco ha, todo induce á creer que esto no fué hasta después de la muerte de su homónimo, el hijo de Zebedeo, y en víspera de la dispersión de los Doce. De otro modo no se explicaría que el súbito fanatismo de Herodes no hubiese herido al jefe mismo de la Iglesia de Jerusalén. De otra parte, hasta aquel momento, no había necesidad de Pastor especial allí donde todo el cuerpo apostólico y Pedro estaban presentes. Veremos más tarde á este hermano del Señor dedicándose á su obra pastoral. La figura del primer obispo de Jerusalén es una de las que hay que estudiar con gran interés, cuando se quiere comprender el siglo apostólico.

Le fué dado Juan como consejero. El discípulo amado, en tanto que evangelizaba las pequeñas ciudades de Palestina organizando en ellas las nuevas comunidades, parece haber conservado su domicilio en la Ciudad Santa, donde vivía al lado de María, la venerada madre que Je-

(1) Hegesipo, en Eusebio, *H. E.*, II, 23.

(2) Epifanio, *Haeres.*, LXXVIII; Crisóstomo, *Hom. XI in I Cor.*, VII.

sús le confiara al morir. Complaciase en el recogimiento su alma contemplativa, y la hora de su actividad no debía sonar hasta que todos los otros hubiesen muerto. Los hombres del pensamiento no aparecen de ordinario sino después de los hombres de acción, é incumbe á la filosofía terminar sus trabajos, organizando la gran síntesis. Pablo no dejó de mencionarlo como una de las tres columnas de la Iglesia que tuvo la dicha de encontrar en Jerusalén.

El lote de Andrés, hermano de Pedro, habría sido desesperante para un alma menos firme que la suya. Dirigióse á aquellos escitas ⁽¹⁾ que ni Ciro ni Alejandro habían podido reducir, y que, bajo los diversos nombres de godos y de hunos, preparábanse á invadir el mundo romano. Las grandes colonias griegas de la ribera meridional del Porto Euxino, Heraclea, Sinope, Trapezo, habrían sido los centros de operación con que se habría consolado de su impotencia sobre las nómadas del norte. Los judíos le habrían martirizado en Sínope; pero, milagrosamente curado, habría vuelto á Neocesárea, á Samosata, y de allí á Jerusalén, á fortalecer su ardor junto á la cuna de la Iglesia. Poco después, habría remontado hacia el Norte, á Bizancio, donde habría dejado á Estaquis por obispo. Finalmente, habría muerto en Patras, al marchar á Roma, donde pensaba quizás reunirse con su hermano Pedro. Poseemos la historia, muy adornada por la leyenda, pero en el fondo auténtica, de su glorioso martirio. Su sublime invocación á la cruz, en el momento de morir, es digna de un alma heroicamente generosa y creyente ⁽²⁾.

Bartolomé ó Natanael, el honrado y rudo discípulo de Caná, marchó á las comarcas de la India, donde, según se

(1) Eusebio, *H. E.*, II, 23.

(2) Eusebio, *H. E.*, 3, 1; Nicéforo, *H. E.*, II, 39; Focio citando á Hesiquio, *Cod.*, 269. En las *Acta apocrypha* de Tischendorf, se encuentran dos opúsculos, rechazados por Eusebio (*H. E.*, III, 25) como obra de falsarios herejes. En el uno, *Acta Andreae*, léese el interrogatorio que precedió á la sentencia de muerte del valiente Apóstol. En el otro, *Acta Andreae et Matthiae*, se encuentra la historia de Matías salvado por Andrés, en el momento en que iba á ser devorado por unos antropófagos.

dice, difundió el Evangelio de San Mateo. Panteno, filósofo de Alejandría, habiendo ido á predicar á aquellos lejanos países, comprobó con sorpresa que le había precedido allí la Buena Nueva. Encontró nuestro primer Sinóptico escrito en arameo, y dijéronle que lo tenían de Bartolomé ⁽¹⁾. Según una antigua tradición, el animoso predicador habría sido desollado vivo en Armenia.

Tomás dirigióse también á aquellos mismos países, ó mejor, según Orígenes ⁽²⁾, á los partos; pero otros atribuyen esta misión á Mateo.

Éste, sin embargo, es citado más comúnmente como Apóstol de Etiopía ⁽³⁾. El peajero de Cafarnaúm habría sido martirizado en Nadaber. Clemente de Alejandría habla de sus austeras virtudes. Su ascetismo y su profunda abnegación recordaban la vida de los esenios ⁽⁴⁾.

Judas, Lebeo ó Tadeo, habría sido enviado por Tomás á Abgar, rey de Edesa ⁽⁵⁾.

Simón el Celador, siguiendo la costa septentrional de Africa, habría llegado hasta las islas Británicas ⁽⁶⁾; pero otros, con mayor verosimilitud, le hacen predicar y morir en Babilonia ⁽⁷⁾.

Sea lo que fuere de estas tradiciones, harto diversas para que tengan fundamento, impónese el hecho de que, á partir de este momento, el mundo está abierto á los heraldos del Evangelio, quedando cerrado el primer ciclo del desarrollo de la Iglesia. Hanse roto, en efecto, los lazos que unían á los Apóstoles con la Tierra Santa. Doce años, y quizá más, se ha necesitado para conseguir este resultado capital; pero queda asegurado en lo sucesivo. El proyecto de repartirse el mundo para transformarlo, que habría sido una locura en hombres del pueblo, impotentes para hacer prevalecer sus ideas, resultaba una falta de

(1) Eusebio, *H. E.*, V, 10.

(2) *Ibid.*, III, 1.

(3) Nicéforo, *H. E.*, II, 39; Fortunato, *de Senat.*, VII.

(4) *Paedagog.*, II, 1.

(5) Eusebio, *H. E.*, I, 13.

(6) Nicéforo, VIII, 30.—(7) Beda, *Retract. in Act.*, I, 13.

sentido para judíos absolutamente opuestos, por instinto, á toda difusión de la verdad religiosa fuera de Jerusalén y, más aún, á todo contacto religioso con los paganos. Admitir que los Apóstoles obraron por cuenta propia, sería admitir lo imposible. Su proceder es una de las pruebas más concluyentes de la divinidad del Cristianismo. Fué preciso que un poder superior empujara, de grado ó por fuerza, aquellas cabezas duras, aquellos corazones estrechos, aquellos particularistas endurecidos, á hacer de semejante apostolado el supremo fin de su vida. Dios, permitiendo que la Sinagoga y Herodes levantasen, en su malicia, la persecución en Jerusalén, supo, como siempre, en el gobierno providencial del mundo, sacar bien del mal, y arrojar fuera del sagrado recinto, donde había estado encerrada muchos siglos, la luz que el mundo tanta impaciencia esperaba. Desde este momento la cuestión de la evangelización de los gentiles queda resuelta desde el punto de vista, no solamente teórico, sino sobre todo práctico. Pedro, marchándose á las naciones extranjeras, bien que sigan siendo su principal objetivo los judíos y sus sinagogas, da el ejemplo, y los otros le siguen. Es realmente injusta para él y también para sus colegas la suposición de que sólo Pablo ó Bernabé señalaron oficialmente sus huellas en este camino. Pablo esperaba todavía en Tarso la señal de Jerusalén; Bernabé no soñaba en evangelizar á Antioquía, cuando Dios, queriendo que Pedro fuese el promotor ordinario de las grandes resoluciones en su Iglesia, le empujaba, á pesar de todos sus prejuicios judíos, á bautizar á Cornelio y á los de su casa. Vimosle defender animosamente su conducta demostrando, ante la Iglesia, que había obrado conforme al derecho y al deber, y, como consecuencia, inspirar á los Doce á seguir su ejemplo. Su discurso parecía, en realidad de verdad, transmitir á cada uno de ellos el santo y seña que él mismo había recibido: «¡Levántate y come!» Debía considerarse bueno todo lo que las circunstancias iban á ofrecer al celo de cada uno, é introducir en el reino de Dios todas las almas que ardentemente lo lla-

maban, cualquiera fuese su condición social y su nacionalidad. Habiendo la persecución precipitado los acontecimientos, parece lógico suponer que todos, por celo y por prudencia, salieron en aquel momento de Jerusalén.

El silencio que guarda el libro de los Hechos sobre sus misiones y sus trabajos no debe sorprendernos más que el que en lo sucesivo rodeará la obra misma del jefe de los Apóstoles. Pedro, en efecto, no reaparecerá sino una sola vez, y como por accidente, en la segunda parte de los relatos de San Lucas, en la asamblea de Jerusalén. El papel preponderante va á pasar á Pablo, probablemente porque las fuentes en que el historiador se inspiró no decían nada más de Pedro. Para el período de su vida que pasó en Palestina, Pedro tuvo amigos que resumieron los principales incidentes. Cosa parecida sucedióle á Pablo para una parte de sus viajes, y estas notas diversas constituyeron los materiales esenciales del libro de los Hechos. Cuanto á los otros Apóstoles, que no contaron con algún amigo que consignara por escrito sus trabajos, se han quedado sin historia. Injusto sería suponer que su celo no se manifestó en real y fecunda actividad.

Fué dichoso para los heraldos del Evangelio el momento aquel en que, con el corazón encendido de caridad, el alma inundada de luz, el poder divino en sus manos, saludaron por vez postrera el Templo, la Ciudad Santa y los grandes recuerdos que allí dejaban, para marchar á la conquista del mundo. No sabían á donde iban, pero el soplo de Dios hinchaba las velas de los bajeles en que habían subido; su voz los llamaba á través de los desiertos, de los ríos, de las montañas, y el Espíritu Santo, mostrándoles el mundo entero, pueblos bárbaros y ciudades civilizadas, gritábales: «Mata y come, porque todo es puro después del sacrificio del Calvario:» Podemos ignorar las peripecias de la gran batalla, pero sabemos—tenemos la prueba de ello en el mundo moderno,—que los que la dieron la ganaron.

CAPITULO XI

El hambre en Jerusalén

Los emigrados en Antioquía.—Hambre profetizada por Agab.—La Iglesia de Antioquía acude al socorro de la de Jerusalén.—Misión de Pablo y de Bernabé.—Los *Ancianos* en Jerusalén.—Helena é Izates quizás discípulos del Evangelio.—Sus limosnas.—Situación dolorosa de la Iglesia de Jerusalén. (*Hechos*, XI, 27-30).

Con esta santa emigración se relaciona, sin duda, la llegada á Antioquía de aquellos profetas de quienes habla el libro de los Hechos, y que forman una categoría aparte entre los predicadores del período apostólico. De igual modo que, en el Antiguo Testamento, la misión de los profetas no consistió únicamente en anunciar lo por venir, sino sobre todo en mover los espíritus, recordándoles los derechos de Dios y sus propios deberes, en animar y amenazar, en reprender y consolar, mezclando á sus discursos, siempre que convenía, como sanción de sus amenazas ó de sus promesas, las miras sobrenaturales que Dios les concedía sobre lo por venir. Así, en la nueva Ley, el don de profecía era un *carisma* especial otorgado á ciertos oradores que, embargados por el espíritu de Dios, hablaban á las almas un lenguaje particularmente inflamado, ora impetuoso, ora extático, para llevarlas al amor y á la imitación del Señor Jesús. Algunas veces recibían también, además de un poder extraordinario de enseñanza, milagrosas revelaciones sobre futuros acontecimientos, y este privilegio daba mayor autoridad á sus palabras. Sin embargo, San Pablo no coloca ni los discursos ni las predicciones de estos por encima de toda censura; así, escribía más tarde á

los Corintios: «No haya más de dos ó tres que hablen en la asamblea cristiana, y los demás juzguen (1).»

La llegada de estos predicadores de un orden aparte debió de producir viva sensación en la joven comunidad de Antioquía, al evidenciar que los dones extraordinarios pasaban del medio judío, donde eran desconocidos y perseguidos, á la nueva Iglesia. Nada nos impide creer que los profetas, ante los paganos convertidos de Antioquía, se complacieron en denunciar severamente la infidelidad de Jerusalén, siempre obstinada, á pesar del llamamiento de Dios, en cerrar los ojos á la luz, y enemiga irreconciliable de Jesús y del Evangelio. Uno de ellos, en medio de sus discursos, tuvo una sobrenatural intuición de las próximas desgracias que la cólera celeste reservaba á la prevaricadora ciudad, y, bajo la influencia del Espíritu Santo, predijo que un hambre grande haría estragos en el mundo entero y muy particularmente en Judea (2). Su nombre era hebreo (3), Agab ó Agabos, con terminación griega, y debía ser todavía joven, pues lo encontraremos de nuevo, dieciséis años más tarde, en Cesárea, suplicando á Pablo que no suba á Jerusalén y profetizándole de la manera más dramática los peligros que allí correría. Si era fácil, aun sin ser profeta, saber que el hambre había hecho estragos en Roma, el primer y el segundo año del reinado

(1) *I Cor.*, XIV, 29 (*).

(*) El P. Scio pone la siguiente nota de Estio: «Y los otros profetas digan lo que sienten: si es el Espíritu de Dios el que los hace hablar, y si lo que dicen, es conforme á la sana doctrina.»—N. del T.

(2) La expresión: *en toda la tierra*, *ἐφ' ὅλην τὴν οἰκουμένην*, no puede entenderse de todo el globo, pues más tarde veremos que de los países vecinos llegaron socorros á Palestina. Los judíos entendían por *col ha'arets*, *toda la tierra*, su propio país. (*Act.*, I, 1; *II Reyes*, XXIV, 8.) Josefo, hablando de Acab, dice que hizo buscar á Elías por *toda la tierra*, *κατὰ πᾶσαν τὴν οἰκουμένην*, para designar á Palestina (*Ant.*, VIII, 13, 4). Los griegos reducían con frecuencia esta expresión general á los límites de su país, y los romanos á los de su imperio. Aquí, sin embargo, la predicción de Agab, aun suponiendo que tuviese un sentido general, podría ser legitimada (*).

(*) El texto de Rnt dice: *ba'arets*, *en la tierra*, no *becol ha'arets*. Por lo demás, entiéndase que esta frase tiene algunas veces, no siempre, significado restrictivo.—N. del T.

(3) Deriva de *'agab*, *querido*, como *Agapetós* en griego, ó de *jagab*, *langosta*.

de Claudio, en 42 y 43, lo que determinó á este emperador á tomar medidas para lo por venir, y en particular á construir, en la desembocadura del Tiber, un puerto que permitiese descargar trigo en invierno ⁽¹⁾, lo era mucho menos prever que el azote iba á atravesar el mar y descargar, dos ó tres años más tarde, en Palestina ⁽²⁾. De allí debía volver atrás y desolar á Grecia ⁽³⁾, el año noveno de aquel emperador, para asolar de nuevo á Roma el año undécimo ⁽⁴⁾. Así cumpliósse la profecía en su sentido más general. En la aplicación particular que iba á verificarse en Palestina, la profecía resultó, para la Iglesia de Antioquía, una ocasión de testimoniar su filial adhesión y toda su caridad á la Iglesia de Jerusalén. Durante los dieciocho meses ⁽⁵⁾ que transcurrieron entre la predicción de Agab y su cumplimiento, preparáronse los fieles de Antioquía para enviar, cada uno según sus medios, socorros á los hermanos que iban á encontrarse en extremada pobreza. La joven Iglesia de los gentiles tuvo ocasión propicia de manifestar sus ideas amplias y generosas. A sus ojos, no había ya entre los hombres, sobre todo entre aquellos que estaban señalados con el signo de Cristo, ni judíos ni bárbaros, sino solamente hermanos; los males de aquéllos eran sus propios males, y quería aliviarlos.

Según Josefo ⁽⁶⁾, el hambre devastó cruelmente á Jerusalén, al final del gobierno de Cuspido Fado y al principio del de Tiberio Alejandro, judío renegado, hijo del *alabarco* de Alejandría, y desde el año 46 al 47. Tan pronto como llegó á Antioquía la triste nueva fueron enviados Bernabé y Pablo para llevar á los atribulados hermanos los

(1) Suetonio, *Claud.*, XX; Dion Casio, IX; Aurel. Vict., *Caes.*, IV.

(2) *Ant.*, XX, 2, 5; Euseb., *H. E.*, II, XI.

(3) Euseb., *Chron.*, I, p. 79.

(4) Suetonio, *Claud.*, XIX; Tácito, *Ann.*, XII, 43.

(5) Agab y los otros profetas fueron á Jerusalén después de la muerte de Herodes Agripa, y en los comienzos del año 45. El hambre anunciada devastó á Jerusalén al final del gobierno de Cuspido Fado y al principio del de Tiberio Alejandro, 46-47. (*Ant.*, XX, 2, 5; V, 2).

(6) *Ant.*, *ibid.* Comp. Eusebio, *H. E.*, II, XI, y *Chron.*, p. 79.

recursos que se habían recogido ⁽¹⁾. No estaban ya en Jerusalén los Apóstoles, pues el historiador no los menciona, y los dos delegados depositaron sus ofrendas en manos de los Ancianos. Estos Ancianos ó *Presbíteros*, que figuran aquí por vez primera, eran varones que tenían la experiencia de los años y servían de consejeros á la comunidad religiosa, en tanto que los diáconos, más jóvenes y más activos, desempeñaban el oficio de limosneros y con frecuencia de predicadores. La institución de los Ancianos, *Zeqanim*, funcionaba últimamente en las Sinagogas. Juzgóse conveniente introducirla en la Iglesia. Las mismas sinagogas se habían inspirado en la organización primitiva del pueblo de Dios ⁽²⁾. Moisés había tomado al Anciano con toda su autoridad de jefe de familia ó de tribu, de la tienda del nómada, donde se le encuentra todavía con su mismo título de *cheikh*, y había hecho de él una de las ruedas de su maravillosa constitución. Los Ancianos desempeñaron, por otra parte, un papel importante en calidad de consejo nacional, en la mayor parte de los pueblos. El concurso que un gobierno puede recibir de un senado, sabiamente moderador de toda actividad demasiado exuberante, no puede menos de aprovechar al verdadero progreso. Los Apóstoles colocaron, pues, al lado de los obispos y con ellos, al frente de las comunidades cristianas, un grupo de hombres, venerables por la edad y sobre todo por la autoridad moral, que aseguran la ciencia y la piedad. Parecen además haber estado tan directamente unidos á los obispos, que en seguida se confunden con ellos. Diríase que se trataba de dos diferentes nombres de un mismo cargo ⁽³⁾, empleándose sobre todo el de Ancianos

(1) No se ve por qué muchos exégetas han supuesto que la misión de Bernabé y de Pablo precedió á la aparición del hambre. En toda esta parte del relato bíblico, los acontecimientos están clasificados con la libertad á que tiene derecho el historiador que relata una serie de hechos complejos y enmarañados.

(2) *Éxodo*, III, 16; IV, 29; *Jos.*, XXIV, 1 y 31; *I Reyes*, VIII, 4, etcétera; *Esdras*, V, 5; VI, 7, 14, etc.

(3) Así, Pablo, despidiéndose de los *Ancianos* de Efeso á quienes había convocado en Mileto, les dice que el Espíritu Santo los había establecido

en las comunidades de origen judío, y el de Obispo en las de origen griego. Debemos insistir en esta importante y difícil cuestión, cuando sea preciso estudiar más tarde la Iglesia cristiana en su período de organización. Resolverla en este momento sería anticiparse al desarrollo tan maravillosamente progresivo y ponderado de la jerarquía católica. Baste saber que los Ancianos de Jerusalén, directores y vigilantes de la Iglesia madre, recibieron los dones llevados á Antioquía, y los distribuyeron á los fieles más necesitados.

Aquí se coloca muy naturalmente la historia de una mujer bienhechora, Helena de Adiabena, esposa y madre de reyes, que se distinguió, durante aquella carestía, por su inagotable caridad. Josefo, contando muy largamente su vida, dícenos que había abrazado la religión judía ⁽¹⁾. ¿No habría sido más exacto decir que, convertida por un predicador del Evangelio, había adoptado la religión de Jesucristo? Hay en esta mujer una caridad que traspasa la nota judía, y en la historia de su conversión, algo que hace pensar muy naturalmente en las dichosas conquistas de los primeros propagadores del Evangelio ⁽²⁾.

Helena era hermana y esposa de Monobazes, rey de una provincia de Asiria llamada Adiabena. El segundo hijo que dió á su marido fué bien pronto el objeto de las preferencias paternas. Una voz misteriosa había profetizado su porvenir. Se le llamó Izates. Muy pronto inspiró á sus hermanos la más violenta envidia, y Monobazes debió pensar en ponerlo en seguridad, alejándolo de su corte. Confiólo á Abennerig, rey de Mesena. Este apreció en se-

Obispos para gobernar la Iglesia de Dios. Escribiendo á Tito, le encarga instituir en las diversas ciudades de Creta Ancianos cuya vida sea absolutamente correcta; «porque — dice — es preciso que un obispo sea irreprochable». (V. Tito, I, 5-7; I Timot., III, 1-7; Hechos, XX, 17, 28). Así se explicaría quizás la presencia simultánea de muchos obispos en una misma Iglesia (Filip., I, 1; Hechos, XX, 18; Santiago, V, 14). San Pedro recomienda á los Ancianos que apacienten el rebaño y ejerzan en él el oficio de obispos, ἐπισκοποι (I Pedro, V, 2. Véase San Jerónimo in Epistola ad Titum).

(1) *Ant.*, XX, 2-4.

(2) Véase Orosio, VII, 6, y Moisés de Corena, II, 35.

guida sus raras cualidades, y, habiéndole dado su hija en matrimonio, le encargó la administración de una de sus más importantes provincias. Pero el viejo Monobazes no quería descender al sepulcro sin haber visto nuevamente este hijo predilecto.

Habiéndole llamado, confióle como principado, el país de Carres, y murió poco después. La reina conocía sus deseos. Con mucha habilidad hizo pasar la corona á la cabeza de Izates, en detrimento de un hermano mayor, que aceptó, sin embargo, la regencia, en tanto que el nuevo rey llegase de su lejana provincia. Á fin de evitar turbulencias, los otros hermanos habían sido encarcelados, y se trataba también de matarlos. Izates reprobó este criminal proyecto, y, habiéndoles devuelto la libertad, enfiólos, con sus propios hijos, como rehenes, los unos á Roma, los otros al rey de los partos. Esta bondad de alma es menos sorprendente en este joven príncipe, cuando se sabe que, desde algún tiempo, vivía muy entregado á pensamientos religiosos, y deseoso de elevar su vida moral á la altura de las luces sobrenaturales que había recibido. En efecto, mientras estaba en el campo de Espasina, un judío que llevaba el mismo nombre de aquel que había bautizado á Saulo en Damasco, le había iniciado en el conocimiento del verdadero Dios. Después de haber ganado á sus ideas religiosas á las mujeres del harén, ofreciéndoles objetos de tocador, pidió ser puesto en relaciones con el propio Izates, y le convirtió también. De suerte que, cuando éste debió volver á Adiabena, no queriendo separarse de Ananías, se lo llevó consigo á su reino.

Ahora bien, casi al mismo tiempo—era la época en que, después de la muerte de Esteban, salidos de Palestina los partidarios de las ideas universalistas, comenzábase á decir, un poco en todas partes, que era preciso evangelizar á los gentiles,—otro judío había inducido también á Helena, la reina madre, á adoptar la religión monoteísta. Es de creer asimismo que este predicador le había abierto horizontes más anchos que la teología formalista de los

rabinos; porque, Izates habiendo pensado hacerse circuncidar, su madre se opuso vivamente, y Ananías se juntó á ella para representar al rey que se podía servir á Dios y agradarle sin someterse á aquella práctica legal, por más que pareciese esencial al judaísmo. Semejante manera de considerar y de resolver el caso de conciencia real ¿acaso no indica que en el casuista había algo más que las miras estrechas de un rabino judío? Juzgar superflua la circuncisión, si, por otra parte, se practicaba generosamente la ley de Dios, ¿no era propio de un misionero cristiano de la escuela de Pablo? Otro judío, galileo de origen, y llamado Eleazar, llegó entonces y mostróse partidario implacable de la circuncisión, lo que determinó al rey timorato á ejecutar su primer proyecto. ¿Por ventura este recién llegado moralista no nos recuerda el partido de los discípulos judaizantes, obstinados con tanto ardor en practicar, aun después del bautismo, las observancias legales y sobre todo la circuncisión? Eleazar, misionero galileo, es rigorista; Ananías, que había oído quizás á Pablo, es partidario resuelto de la emancipación del hombre respecto de la Ley.

Cuando la reina vió que todo marchaba á pedir de boca en el reino de su hijo, deseó ir en peregrinación á la Ciudad Santa, para adorar á Dios en su Templo, dice Josefo, mas quizás también para ver de cerca á los testigos del Evangelio y los lugares donde se obrara la gran revelación divina. Autorizóla su hijo y hasta la acompañó durante muchos días, testimoniando así su profunda pena de no seguirla. Colmóla de riquezas, de las que hizo el mejor uso la piadosa señora. Su presencia en Jerusalén coincidió, en efecto, con la época de la gran carestía. La gente moría de hambre. Su buen corazón y su real generosidad se mostraron á la altura de la miseria pública. Sin perder un momento, envió á sus servidores á comprar en Alejandría todo el trigo que se encontró, é higos secos en Chipre. Cifrabá toda su felicidad en ser así la providencia de los pobres. Informado su hijo de lo que sucedía en Judea, envió él mismo á los *Jefes del pueblo*, quizás á los ancia-

nos de la Iglesia, grandes sumas de dinero para subvenir á los padecimientos de los más necesitados. Izates y su madre estaban unidos, por los lazos más íntimos del alma, á la Ciudad y al pueblo de Dios. Monobazes, que, reivindicando su derecho de primogenitura, sucedió á su hermano menor, cuidó de hacer transportar allí sus restos. Helena había construído de antemano, para sí y para sus dos hijos, tres sepulcros, de que Pausanias habla como de una maravilla ⁽¹⁾. Levantábanse en forma de pirámides, á tres estadios de la ciudad, frente á frente de la torre de las Mujeres, hoy Puerta de Damasco ⁽²⁾. Así, desde aquella época, Jerusalén ejercía en las almas piadosas este poder de atracción que, desarrollándose en el decurso de los siglos, se traducirá por tantas célebres peregrinaciones, que tendrán su heroica generalización en las cruzadas. Josefo que de propósito deliberado no habla jamás del Cristianismo, aun cuando deba hacer mención de personas que fueron cristianas, no puede impedir, por su incompleto testimonio, que entreveamos en esta conversión de Izates, de su madre y de su familia, y sobre todo en la historia de sus hermosas virtudes, un elemento transformador más poderoso que el judaísmo en decadencia. Este elemento no fué otro que el fuego sagrado encendido por Jesús en el mundo. Así, el Evangelio comenzaba á producir sus efectos hasta en el alma de los bárbaros, haciendo germinar en ella, con la fe, las más nobles inspiraciones de la caridad. El rabinismo quiso reivindicar para sí como suyos todos los miembros de esta excelente familia, que en su mayor parte vivieron en Jerusalén hasta su ruina. En su afán de considerar como suyos á tan gloriosos prosélitos, no observó que, si éstos profesaron realmente las doctrinas que él les atribuye, y si el árbol se conoce por sus frutos, tales personajes fueron ciertamente cristianos, porque

(1) Pausanias, lib. VIII, cap. 16.

(2) No sería imposible que hubiesen ocupado el sitio en que acaban de establecerse los dominicos, y donde había sido edificada la basílica de San Esteban. Véase *Notre Voyage aux Pays bibliques*, vol. II, p. 57.

hablaban muy visiblemente el lenguaje del Evangelio ⁽¹⁾.

No sabemos exactamente la duración de la estancia de Bernabé y de Pablo en la Ciudad Santa. Bien que el objeto principal de su visita fué llevar limosnas á la comunidad, sabemos que hicieron aprobar entonces, una vez más, sus proyectos de evangelizar á los gentiles. Tito estaba con ellos, y el mismo Pablo nos dirá lo que sucedió en esta segunda visita á la Ciudad Santa ⁽²⁾. No creemos, en efecto, que sea posible relacionar con el viaje para la reunión conciliar, que fué el tercero, lo que cuenta muy explícitamente del segundo. Más tarde se verán las razones en que nos apoyamos y que nos han parecido decisivas. Este segundo viaje de Pablo fué motivado por una revelación, la profecía de Agab, y por el estado de la Iglesia de Jerusalén, azotada por el hambre, no turbada por los judaizantes. Pedro, llegado de Roma, se hallaba allí con Santiago y Juan, y aprobaron plenamente la conducta de Pablo y Bernabé en el asunto de la evangelización de los gentiles. Los judaizantes perdieron el pleito en su pretensión de imponer la circuncisión á Tito. Las limosnas llevadas por los delegados de Antioquía probaban claramente la filial deferencia y el afecto que profesaban á la madre Iglesia de Jerusalén los gentiles convertidos al Evangelio. Ésta heredaba, por tanto, los privilegios de la Sinagoga. En efecto, habíase visto, en todo tiempo, á los judíos de la dispersión, ansiosos de acudir al socorro de los de Jerusalén, afligidos por la guerra ó el hambre ⁽³⁾. Los paganos convertidos se proponían perpetuar tan respetables y tan útiles tradiciones. Tan hermosos sentimientos fueron debidamente apreciados y se recomendó á Pablo y á Bernabé que los fomentasen entre los gentiles, continuando ellos

(1) Comp. *Baba Bathra*, 11, a; *Joma*, 37, a; *Nazir*, 19, b; *Schabbath*, 6, 8, b, en el Talmud de Babilonia, con *Mat.*, VI, 1 y sig.

(2) V. *Galat.*, II, 1 y sig.

(3) Aún hoy día, los judíos de Jerusalén viven de las limosnas de sus hermanos esparcidos por todo el mundo. Dícese además que esto es para algunos un medio de hacer fortuna. Estas limosnas se distribuyen siempre por cabeza (*Jaluqáh*) y según la dignidad (*Qedimáh*).

mismos sus colectas y caritativas diligencias ⁽¹⁾. Los tiempos malos que atravesaba la ciudad y los desórdenes que iban á seguirse hasta su definitiva ruina, tales como ningún pueblo los ha conocido jamás, explican, en parte, la constante miseria de la comunidad jerosolimitana. Á partir de la llegada de Cumano, hubo una serie no interrumpida de rebeliones y de represiones. Los ánimos estaban en un estado inconcebible de excitación y de fiebre. Aun antes de la aparición de la secta de los *Sicarios*, manos criminales destruían las aldeas, incendiaban las mieses y sembraban par doquiera la devastación y el espanto. Los que hasta entonces habíanse mostrado simplemente defensores acérrimos del formalismo judío, con el nombre de fariseos, dejábanse arrastrar al más ciego fanatismo, hasta convertirse en aquellos *Qenaim* ó *Celadores*, que se servían del puñal, cuando sus palabras y sus ejemplos no obtenían resultado. Querían toda la Ley con las adiciones que en ella había introducido la tradición rabínica. Diríase que aquellos insensatos, habiendo desconocido la redención nacional por Jesucristo, y esperándola de un movimiento religioso, según una falsa interpretación de los Profetas, soñaban en una perfección formalista que hiciese violencia al cielo. De esta suerte sus excesos precipitaron la catástrofe final.

Los discípulos del Evangelio, por grande que fuese su espíritu de mansedumbre y de resignación, tuvieron mucho que sufrir, no pudiendo prestarse á exigencias siempre crecientes y que, haciendo retroceder violentamente el Evangelio, tendían á variar las condiciones de la Redención. Perseguidos, despojados, sin trabajo, sin recursos, mal recibidos en todas partes, conocieron la miseria bajo todos sus aspectos. Fueron mártires aquellos heroicos creyentes, que murieron de hambre por la verdad. Por esto veremos á Pablo inquietarse vivamente por recoger en todas partes limosnas para sustentarlos y temer siem-

(1) *Gal.*, II, 10.

pre, á pesar de su abnegación, no llevarles suficientes consuelos. Este cuadro de la vida precaria, intranquila, dolorosa, de la comunidad de Jerusalén, contrasta singularmente con el del feliz desarrollo que adquiriría la nueva Iglesia de Antioquía. La mano paternal de Dios se retiraba visiblemente de Israel y se extendía hacia los gentiles.

CAPÍTULO XII

Los cristianos en Antioquía

Necesidad de designar oficialmente á los discípulos del Evangelio.—La palabra CRISTIANO en su origen, su significado, sus resultados.—Camino rápidamente recorrido por la Iglesia.—Su nuevo nombre prueba que, definitivamente desligada de la Sinagoga, es dueña de sí misma en lo sucesivo.—Conclusión del período de emancipación. (*Hechos*, XI, 26).

En efecto, la Iglesia de Antioquía había visto crecer muy rápidamente el número de sus prosélitos. La mayor parte llegábanle de poblaciones paganas, y sus heterogéneos grupos, que hablaban griego, siríaco ó latín, habíanle quitado su fisonomía exclusivamente judía de los primeros tiempos. Si sus miembros tenían la misma fe que los fieles de Jerusalén; si se amaban también unos á otros; si se reunían para la oración en común y la fracción del pan, no es menos cierto que, de buen grado, dejaban penetrar su real independencia respecto de la ley mosaica. Desde entonces se debió cesar de confundirlos con los judíos. Eran de otra procedencia, de otra raza y tenían otras aspiraciones. Para designarlos, fué necesaria una denominación especial. ¿Quién la inventó? La historia no lo dice.

No fueron los judíos, porque éstos habrían temido profanar el título de Mesías ó de Cristo, dándolo á una secta para con la cual afectaban aún más desprecio que odio. Su fanatismo consentía en darles el nombre de Nazarenos ó Galileos ⁽¹⁾; jamás los hubiesen llamado *discípulos del Mesías*.

(1) *Hechos*, XXIV, 5. Comp. *Juan*, I, 46; *Lucas*, XIII, 2.

Muchos han creído que lo escogieron los mismos fieles, para afirmar públicamente su origen, y se asegura que uno de los más ilustres miembros de la joven Iglesia, Evodio, lo inventó y comenzó á usarlo ⁽¹⁾. Á primera vista, podría parecer extraño que se hubiesen atrevido á compararse de esta suerte con los partidarios armados de los señores de este mundo, césares, reyes, pretendientes de toda clase ⁽²⁾, cuando su jefe, muerto doce años antes, no era más que un nombre vano para los incrédulos. Sin embargo, este entusiasmo de los recién convertidos se explicaría por el ardiente deseo que tenían de dar á conocer á todos, pronunciando su nuevo título, á Aquel que llenaba sus almas con su amor, con su fe, con sus influencias. Llamarse CRISTIANOS, era, por el solo nombre, predicar á JESUCRISTO. Á tomar por sí mismos una denominación,—y era preciso determinarse pronto á ello, puesto que la Iglesia, dejando de ocultarse en el círculo de los amigos, comenzaba á vivir en pleno día,—aquellos que hasta entonces se habían llamado «Discípulos, Creyentes, Hermanos, Elegidos, Santos, Viadores,» pudieron verdaderamente comprender que, en Antioquía, estaban bastante emancipados del judaísmo y sobre todo bastante unidos á la vida y á la persona del Maestro para llamarse con el título de éste. En efecto, el título del Salvador es Cristo, mientras que su nombre es Jesús ⁽³⁾. En sí nada hay que á lo dicho se

(1) V. Malala, *Chronograph.*, X, y Suidas, II, 3930, a, edic. Gaisford. Quizás estos autores pensaron muy sencillamente que si este nombre había sido dado por primera vez á los fieles de Antioquía, y si Evodio había sido su primer obispo, éste debía haberlo inventado.

(2) En efecto, en el mismo sentido se había dicho: pompeyanos, cesarianos, herodianos, y debía decirse: otonianos, vitelianos, etc.

(3) «Christus non proprium nomen est, dice Lactancio (*Div. Inst.*, IV, 7), sed nuncupatio potestatis et regni.» La confusión en semejante materia era habitual á los paganos: «Auctor nominis hujus Christus, Tiberio imperitante, per procuratorem Pontium Pilatum supplicio affectus erat,» dice Tácito, *Annal.*, XV, 44. Si los discípulos hubiesen escogido por sí mismos su nueva denominación, quizá se habrían atendido más directamente al verdadero nombre de su Maestro. San Epifanio (*Haer.*, XXIX, 4) dice que uno de los nombres más antiguos de los cristianos fué el de Ἰησοῦς. Tal es el que ha tomado una de las grandes órdenes religiosas de los tiempos modernos, los Jesuitas.

oponga, y es necesario reconocer que la elección era muy acertada, para hacer entender que Cristo era el pensamiento habitual de sus discípulos, su exclusivo afecto y toda su vida. La divisa de Pablo: *Mihi vivere Christus est* ⁽¹⁾, compendiada en una sola palabra, derivada del título mismo que había motivado la condenación del Maestro, y que constituye su eterna gloria, resultaba el santo y seña de las almas que luchaban por el bien, el nombre patronímico de los creyentes, su acta de inalienable nobleza.

Con todo, si fué así, ¿por qué los discípulos no lo adoptaron en seguida y más comúnmente en sus discursos y en sus escritos ⁽²⁾? Se ha supuesto más generalmente, y con alguna verosimilitud, que les fué dado, ó bien oficialmente por la policía romana ó la administración civil de la ciudad, que tenían necesidad de designar de alguna manera la nueva corporación, muy poderosa ya, ó bien como sobrenombre, por la población antioqueña, dispuesta siempre á mostrar su espíritu burlón, y fastidiada de encontrar incesantemente el nombre de Cristo en los labios de los prosélitos ⁽³⁾. En realidad, de los dos únicos pasajes del Nuevo Testamento en que se encuentra, estaríamos casi autorizados para concluir que se tomaba en una acepción humillante. Agripa dice irónicamente á Pablo: «Poco falta para que me persuadas á hacerme cristiano ⁽⁴⁾»; y Pe-

(1) *Filip.*, I, 21.

(2) Sólo se emplea dos veces en el Nuevo Testamento, y esto más de quince años después. (*Hech.*, XXVI, 28; *I Pedro*, IV, 16).

(3) Tácito parece indicar el origen malo de esta palabra: «Quos per flagitia invisos, vulgus Christianos appellabat.» (*Ann.*, XV, 44). Sabido es que el pueblo malicioso de Antioquía gustaba de los apodos. Amiano (*Hist.*, XXII, 14) dícenos que á Juliano le llamaban Cercops, Barba de macho cabrío, Oto, Efiálfes de los grandes trancos. (V. Filostrato, *Vita Apoll.*, III, 16). Procopio, *P. B.*, II, 8, consagra todos estos testimonios: «Γελοῖσι τε καὶ ἀραξία ἰκανῶς ἔχοντα.»^(*)

(4) *Hechos*, XXVI, 28.

(*) Dice así Amiano: «Ridebatur enim ut cercops, homo brevis humeros extentans angustos et barbam praeseferens hircinam, grandiaque incedens tanquam Oti frater et Ephialtis, quorum proceritatem Homerus in immensum tollit.»—N. del T.

dro, después de manifestar que este nombre ha sido dado á los discípulos para acarrearles malos tratamientos, declara ⁽¹⁾ que hay que aceptarlo sin avergonzarse, y dirigirlo á gloria de Dios. ⁽²⁾ *Χριστιανός* es una palabra griega con terminación latina *anos* (anus), en lugar de *ηρος, υρος, ειος*, que presentarían una fisonomía más correcta. Pero en una época en que Roma había importado casi en todas partes, con sus administradores y sus soldados, el uso de su lengua, encuéntrase, en el griego vulgar, ya que no en el de los buenos autores, estas formas híbridas ⁽³⁾ que, con innumerables neologismos, demuestran la completa fusión entre la raza conquistadora y los pueblos conquistados. A considerar la sola forma de la palabra, no hay mayor razón para atribuirlo á la administración romana que al pueblo chancero de Antioquía. De una y otra parte se habría dicho *Χριστιανοί*.

Por lo demás, si hubo mala intención en los que imaginaron primeramente este nombre, Dios se encargó de desquitarse, haciéndolo glorioso entre todos y para siempre. Hebreo en cuanto expresa la idea de Mesías, griego en cuanto á su esencia, y latino en cuanto á su terminación, recuerda, por esta triple relación, la inscripción colocada sobre la cabeza del Crucificado, que, también ella, tuvo la feliz suerte de publicar gloriosamente, en las tres lenguas del mundo civilizado, lo que los enemigos habían escrito irrisoriamente. *Nomen et omen*. La inscripción y el nombre fueron una profecía. Del mismo modo que, según aquella, aunque imaginada por el escepticismo burlón de un romano, Jesús ha sido realmente rey del mundo, así, según éste, de origen quizá no menos sospechoso, los CRIS-

(1) *I Pedro*, IV, 16.

(2) Estos dos textos bíblicos, lo mismo que el de Tácito, prueban que el nombre *cristiano* era despreciado y perseguido; pero no se refieren á su origen. Schneller, *L' Apotre Paul et le monde ancien*, trad. Gindraux, p. 96, escribe: «Et déjà l'eglise d' Antioche était puissante, elle avait su donner, à ses membres ce nom de chrétiens...» Así opinan otros muchos autores, y esta parece la interpretación más literal de *Hechos*, XI, 26.—N. del T.

(3) Así decíase: *Σαρδιανός*, *Τραλλιανός*. En *Hechos*, XX, 4, se lee *Ἰδουανός*. (*)

(*) Véase Renan, *Les Apotres*, chap. XIII.—N. del T.

TIANOS han resultado la ilustre familia, la viva semejanza, la expansión indefinida del Cristo á través de las edades: *Christianus alter Christus*. Quien ha querido llevarlo con dignidad, ha debido comenzar por doblegar su inteligencia á la fe, su voluntad á la obediencia, su corazón al amor, hacer del pensamiento de Cristo su propio pensamiento, de sus virtudes sus propias virtudes, por mucho que esto costase á su mala naturaleza; y, magullado, quebrantado, transformado por las violencias que se había impuesto, ha dado por fin el grito de triunfo: ¡SOY CRISTIANO! ¡CHRISTIANUS SUM! Cuando se puede pronunciar esta exclamación con la certeza de que responde en nosotros á una sublime realidad, lo demás no importa; porque, á los ojos de la verdadera sabiduría, toda grandeza, toda alegría, toda esperanza están en esta íntima convicción de haber llegado á ser el hombre la representación viva y una especie de personificación auténtica de Jesucristo. En su arrogancia y en su fe santamente inspiradas, estaba admirable aquel intrépido mártir de Lión que, á todas las preguntas de los perseguidores sobre su nombre, su patria, su familia, respondía invariablemente: «¡CHRISTIANUS SUM⁽¹⁾!»

¡Extraña ironía de las cosas! El mismo nombre inventado por algún soldado beodo, por policías desorientados ó por sofistas burlones, pronunciado por ellos, al azar, sin importancia, ó como una injuria, ha venido á ser el grito de las santas resoluciones, la respuesta del alma á todas las objeciones de la carne, el honor del hombre dueño de sí mismo y superior á sus oprésos, el punto de partida y el coronamiento de toda virtud como de toda civilización, el epíteto que va estrechamente unido á todo lo grande que, durante diecinueve siglos, se ha hecho para el triunfo de la verdad, de la justicia y de la libertad. Pedro escribía que debe glorificarse á Dios en este nombre⁽²⁾. ¿Quién podría decir la serie de victorias que él ha

(1) Eusebio, *H. E.*, V, p. 202.

(2) *I Pedro*, IV, 16.

presidido, desde el día en que resonando en los pretorios, en el anfiteatro, en las hogueras, hizo temblar los procónsules, dominó el rugido de las fieras y convirtió á los mismos verdugos? El hombre, débil y frágil, lo ha afrontado todo, la fuerza brutal, las seducciones del placer, los argumentos de la incredulidad, y lo ha vencido todo, diciendo: «¡SOY CRISTIANO!» Este es el nombre que gritó al mundo para renegararlo, á la soledad para poblarla, al sufrimiento moral para mitigarlo, al aguijón de la carne para embotarlo; y, como un sagrado talismán, este nombre ha obrado prodigios en todas partes. ¿Acaso no nos dice la historia que de repente resultó tan difundido y tan poderoso, que Juliano el Apóstata quiso suprimirlo ⁽¹⁾? Era un elocuente llamamiento á la nueva religión, formaba los Apóstoles y agrupaba los discípulos. Aun hoy día, repitiendo: «¡SOY CRISTIANO!», nuestros misioneros surcan los mares, atraviesan las montañas, y hacen retroceder el error y la barbarie. Lo han repetido para consolarse ó animarse el obrero en el trabajo, el soldado en el campo de batalla, el filósofo en sus meditaciones. No hay mejor oración fúnebre para los que lo han llevado con dignidad. De la choza al palacio, de la cuna al sepulcro, del fondo de los valles á la cima de las montañas, del pecho extenuado del pobre á la coronada testa de los reyes, de las catacumbas á la catedral, la cruz nos recuerda que debemos ufanarnos de este gran nombre y poner en él nuestra esperanza. «¡SOY CRISTIANO!» Este es el grito que ha cambiado la faz del orbe, introduciendo en él la justicia para todos, la bondad y la independencia del alma, la verdadera dignidad humana, la fraternidad universal. Un pueblo jamás lo borra impunemente de su constitución, y menospreciarlo es suicidarse.

Los apologistas de los primeros siglos jugaron, más de una vez, con la forma particular que, por error ó por consonancia, daban á esta palabra los paganos ⁽²⁾. Escribíase

(1) Juliano, *Epp.*, VII, IX; Gregor., *Naz.*, *Orat.*, III, 81.

(2) No es seguro que el mismo San Pedro no preludiara esta aproxima-

con frecuencia *Chrestiani* por *Christiani*, no siendo raro encontrar ejemplos de esto en las piedras de los viejos cementerios romanos. La confusión de Suetonio llamando *Chrestus* ⁽¹⁾ al jefe de la secta, es tanto menos excusable, cuanto la *η* de los griegos se pronunciaba como la *i* de los latinos, y Cresto era un nombre muy común en Roma ⁽²⁾. Pero Cresto no era solamente un nombre de varón: en griego, era también un adjetivo calificativo que significaba *bueno, excelente*. En este sentido podía decir Clemente de Alejandría que los discípulos del Cristo «eran excelentes de nombre y de hecho ⁽³⁾». Y Tertuliano, dirigiéndose á los paganos, exclamaba: «Aunque nos llamáis erróneamente *Crestianos* (porque ni siquiera tenéis noticia cierta del nombre), expresa éste suavidad y benignidad ⁽⁴⁾». En el francés arcaico se había admitido, y se conserva todavía su forma errónea, pues se escribía *Chrestien*, y hoy se dice *Chrétien* ⁽⁵⁾.

Pero lo que da á la aparición de este nombre, en las lenguas humanas, su incomparable importancia, es que comprueba la definitiva emancipación de la Iglesia subyugada hasta entonces por el judaísmo. Es el acta de naci-

ción al escribir: «si es caso que habéis gustado *ὅτι χριστὸς ὁ Κύριος*,» *I Pedro*, II, 3.

(1) *Ner.*, XVI; *Claud.*, XXV; Lactancio, *Instit. div.*, IV, 8. Nada más común que el nombre Cresto entre los judíos de Roma y entre los esclavos. (Cicerón, *Epist. fam.*, II, 8; Orelli, 2414; Marcial, VII, 55; de Rossi, *Rom. sott.*, tav. XXI, 4).

(2) Recuérdese, sin embargo, la controversia entre la escuela de Reuchlin y la de Erasmo sobre la pronunciación del griego. Adviértase también que algunos autores no admiten que se refiera á Jesús el párrafo de Suetonio citado en la pág. 310.—N. del T.

(3) *Strom.*, II, 4, 10: *χριστοὶ τε εἰσὶν καὶ λέγονται*. Véase Justino, *Apol.* I, IV.

(4) *Apol. III*: «Sed quum et perperam Chrestiani nuncupamur á vobis (nam nec nominis certa est notitia penes vos), de suavitate et benignitate compositum est.» Comp. *ad Natal.*, I, 3.

(5) Más tarde imaginóse otra etimología de la palabra, y se supuso que los cristianos eran así llamados porque eran los *Ungidos del Señor*. (V. San Jerónimo sobre el Salmo CV, 15; San Ambrosio, *de obitu Valent.*; Tertuliano, *Apol. III*). Teofilacto, *ad Antolyc.*, I, 12, dice explícitamente: «Τὸ τὸν ἔνεκεν καλούμεθα χριστιανοὶ ὅτι χρίσμεθα ἑλαϊον Θεοῦ.» (*)

(*) Esta etimología es comúnmente admitida.—En catalán antiguo se decía también *crestiá*.—N. del T.

miento oficial de una nueva sociedad. Por él comienza á figurar en la historia de la humanidad, inaugurándose una era aparte que no había tenido ni tendrá jamás otra que la igual. En una época en que se acuñaban tantas medallas para conservar el recuerdo de guerras criminales, de obras insignificantes y de elogios enfáticos que la adulación multiplicaba bajo todas las formas, la falsa justicia de los hombres se desdeñó de acuñar una en honor de la sociedad, cuya gloria, influencia y porvenir debían exceder á los de todos los césares, reyes y emperadores reunidos. Por otra parte, Cristo reivindicaba homenajes menos vulgares. Los discípulos que habían tomado su nombre cuidarían de ser otras tantas medallas vivientes destinadas á sacar á luz, y sobre todo á poner en acción, el verdadero poder del jefe cuyos soldados se decían. Hiciéronlo así, siendo innegable que les cupo el honor de diseñar en su alma, con más elocuencia que en troqueles de oro y de bronce, las virtudes y la vida de Aquel que deseaba ser honrado, con los mismos títulos que Dios, en espíritu y en verdad.

Desde este momento, vendrán los judíos á agruparse, si así lo quieren, sin privilegio especial de que no gocen los griegos y los bárbaros, en torno de la Iglesia cristiana. Esta, desprendida del seno de su madre, va á suplantarla, vivir vida propia y atender libremente á sus gloriosos destinos. Su nuevo nombre prueba su existencia, revela su autoridad é indica su bandera.

Este resultado capital sólo lo logran los hijos del Evangelio después de diecisiete años de lucha, de paciencia y de fe, al lado de la Sinagoga, madrastra desconfiada y formalista endurecida. En un medio tan impenetrable, es necesario que una serie de persecuciones haga germinar y manifestarse la fuerza de difusión que es la nota característica de la Iglesia. Los primeros disentimientos, entre judíos palestinos y judíos helenistas dan ocasión á la elección de siete diáconos. Éstos, escogidos sobre todo entre los hombres de fuera, predicán ideas más

amplias que las de los palestinos. Esteban las sella heroicamente con su sangre. Entonces salen de Jerusalén sus compañeros, y, respirando con mayor comodidad, procuran dar curso á sus ideas universalistas. Primeramente en Samaria y en el camino de Gaza después, Felipe oye que el Espíritu le ordena cumplir sin tardanza las palabras del Maestro: «Seréis mis testigos en toda la Judea, y Samaria, y hasta el cabo del mundo (1),» y obedece. Otros prosiguen su obra de evangelización, á lo largo de la costa fenicia, en Chipre, y hasta Siria. En adelante se ven volar por todos lados las chispas del incendio, que la Sinagoga no puede circunscribir. Sin salir de los centros adictos al judaísmo, se hace mar adentro el Evangelio. Un golpe súbito de la Providencia convierte á Pablo, el perseguidor, en uno de los más fieles discípulos de la Buena Nueva. Al derribarle, Dios le grita en el fondo de su corazón que su misión consistiría en evangelizar á los gentiles, y vuelve de su retiro de Arabia, convencido de que debe inaugurar esta misión sin tardanza; pero su proposición no encuentra eco en el grupo apostólico. Después de haber conferenciado con Pedro, aléjase de Jerusalén, para ir á Tarso á esperar pacientemente que el mismo Dios hable un poco más fuerte á aquellos que no han querido escucharle. En todas partes, salvo en Jerusalén, que se obstina en el parlamentarismo irreductible, se afirma la urgencia de abrir á la humanidad entera las puertas del Reino. En efecto, Dios habla á Pedro en la azotea de un curtidor y le conduce á Cesárea, para que dé el golpe decisivo á los viejos muros del judaísmo. En un abrir y cerrar de ojos, y como vuela el rayo en el espacio, la nueva llega á Siria. El jefe de los Apóstoles cuenta en breves palabras, para legitimarla ante los de Jerusalén, la revolucionaria innovación de Cesárea, que otros prosiguen en Antioquía. De suerte que en lugar de perder el tiempo en discusiones, la Iglesia anda. Esto es

(1) *Hechos*, I, 8.

providencial, porque Jerusalén va á ser un centro inhabitable, una ciudad maldita, y la Iglesia deberá apresurarse á salir de allí, si no quiere permanecer entre sangre, suciedades y crímenes. Dentro de sus muros no habrá sitio para los hijos de Dios, hasta que llegue la hora de que ella misma deje de asentarse en el monte Sión.

Mas he aquí que en cambio, en la gran metrópoli de Siria, entre aquellos mercaderes ó soldados, llegados de todas partes y dispuestos á llevarse consigo, á los cuatro vientos del cielo, la divina semilla; en aquellas plazas públicas en que se dan cita el lujo, la frivolidad, la holganza, el espíritu malicioso, el escepticismo y la credulidad; en aquellas asambleas de retóricos y de filósofos, totalmente desconcertados, se pronuncia un nombre nuevo: JESUCRISTO. Refiérese la vida y la muerte de Aquel que lo llevó, su resurrección gloriosa, su ascensión triunfante. Los nuevos predicadores anuncian la humanidad tocando al cielo por uno de sus miembros, y el cielo bajado á la tierra, es decir, la realización del sueño de rehabilitación, durante largos siglos acariciado por la humanidad caída é infeliz. Esta Buena Nueva hace estremecer de entusiasmo todas las almas dignas de escucharla. El ideal de la belleza moral, de la verdad, de la bondad, no deja jamás insensible al hombre honrado. Pues bien, este ideal que fascina el espíritu y el corazón, es Jesucristo. Aclámanle numerosos prosélitos. Piden alistarse bajo su bandera, ser sus discípulos y sus soldados. La mano de los predicadores los sumerge en el agua que los reyes Seleucidas y los conquistadores romanos habían conducido del Casio con miras muy diferentes, y dejan en ellas, con el hombre viejo, su impureza pagana. Radiantes de luz y de gracia, salen de estas piscinas santificadas, griegos, sirios, asiáticos, romanos, todos, en el paternal abrazo de Pablo ó de Bernabé, salúdanse como hermanos, y, dándose la mano, constituyen la sociedad nueva, el pueblo escogido, un sacerdocio real ⁽¹⁾, la

(1) *I Pedro*, II, 9.

Iglesia de Dios. Se los reconocerá en su vida casta, en su ejemplar justicia, en su paciencia llena de dulzura, en su inagotable caridad, en su deseo de ganar prosélitos. Entre ellos, todo discípulo será apóstol, y el joven ejército va pronto á intimar al viejo mundo que se rinda á discreción. Su definitiva y oficial denominación de CRISTIANO ¿no ha sido tomada, por ventura, en señal de esperanza, no de la lengua de Jerusalén, que es la de lo pasado, sino de la lengua de la Gentilidad, que es la de lo por venir?

De esta suerte se ha cerrado solemnemente la primera etapa de la Iglesia, en el siglo apostólico. Del Cenáculo á Antioquía, el trecho es largo. Los Doce han resultado un pueblo, y este pueblo quiere llegar á ser la humanidad y tener su Pentecostés permanente, en el que, sin milagro, resuenen, en los labios de todos, todas las lenguas del mundo. «¡Oh Iglesia de Dios!—diremos con el profeta,—regocíjate; ensancha el sitio de tu tienda, no seas escasa, haz largas tus cuerdas, y refuerza las estacas ⁽¹⁾. De Antioquía, el país de la libertad, llama á ti el Occidente como el Oriente. Irradiarás á derecha y á izquierda, y germinará tu semilla en todos los pueblos, en términos que las naciones de la tierra te pertenecerán. No temas, el porvenir es tuyo.»

Y la gentilidad, estéril hasta entonces para con Dios, dará gritos de alegría, viendo su repentina fecundidad. Su Creador es su esposo. Con amor eterno, se ha compadecido de ella. Su Redentor es el Santo de Israel. «Dámote gracias, ¡oh Dios!—cantará la Iglesia nueva con Clemente de Roma ⁽²⁾,—porque el nombre de tu Cristo es invocado sobre nosotros.» Título de nobleza, acta de bautismo, carta de emancipación, este nombre dirá, mejor que todo, lo que ella es respecto de su Dios, de quien lo toma, respecto del judaísmo, de quien la separa, y respecto de la huma-

(1) *Isaías*, LIV, 2-4.

(2) «Gratias agimus tibus quoniam nomen Christi tui invocatum est super nos.»

nidad, á la cual, dejando de ser nacional, abre su seno materno.

Y POR PRIMERA VEZ, EN ANTIOQUÍA, LOS DISCÍPULOS
FUERON LLAMADOS CRISTIANOS ⁽¹⁾

(1) *Hechos*, XI, 26.

FIN DEL TOMO CUARTO

ÍNDICE

	<u>PÁGS.</u>
PRÓLOGO	5
Prefacio de la primera edición	
Introducción.	14

LA OBRA DE LOS APÓSTOLES FUNDACIÓN DE LA IGLESIA CRISTIANA

PRIMERA PARTE

COMIENZOS DE LA IGLESIA EN JERUSALÉN Ó LA IGLESIA Y LOS JUDÍOS

CAPÍTULO PRIMERO

LA JOVEN IGLESIA SE RECONSTITUYE EN EL RECOGIMIENTO

Los discípulos en el Cenáculo.—Días de piadoso recogimiento.—Composición de la pequeña Iglesia.—Vacante de Judas.—Moción oficial de Pedro.—Lo que se requiere para ser promovido al Apostolado.—Matías y Barsabas.—Dios habla por la suerte.—Matías fué realmente el Apóstol duodécimo. (*Hechos*, I, 12-26). 41

CAPÍTULO II

EL PENTECOSTÉS CRISTIANO

La mañana de Pentecostés.—Venida milagrosa del Espíritu Santo.—El don de lenguas.—En qué consistió.—Razonamientos de la multitud.—Respuesta de Pedro.—Su primer discurso apologético.—Dios designó á Jesús como Mesías; los judíos le crucificaron como criminal.—¿Quién tenía razón?—Felices resultados de esta primera predicación. (*Hechos*, II, 1-41). 52

CAPÍTULO III

VIDA EDIFICANTE DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS

Situación preponderante de los Apóstoles.—Instruyendo á los prosélitos, crean la unión de los espíritus.—La Eucaristía acaba la unión

de los corazones.—Agapes fraternales.—Bolsa común.—Respeto á la ley mosaica.—Fuerza que da la vida de comunidad rigurosamente observada.—Aumento de prosélitos.—El paganismo se suicida en Roma, mientras que la Iglesia nace en Jerusalén. (*Hechos*, II, 42-47; IV, 32-35). 74

CAPÍTULO IV

PEDRO Y JUAN, DESPUÉS DE LA CURACIÓN DE UN TULLIDO, ARENGAN AL PUEBLO Y SON ENCARCELADOS

Pedro y Juan subiendo al Templo.—La Puerta Hermosa.—El tullido de nacimiento.—*¡En el nombre de Jesucristo de Nazaret, andad!*—Emoción general y discurso de Pedro en el peristilo de Salomón.—Doble resultado: prisión de los dos predicadores y el número de los fieles elevado á cinco mil. (*Hechos*, III-IV, 4). 84

CAPÍTULO V

PEDRO Y JUAN DELANTE DEL SANEDRÍN

El Sanedrín propone á los dos Apóstoles la cuestión de hecho.—Su noble respuesta.—Los acusados acusadores de sus jueces.—El nombre de Jesús y su poder.—Embarazo de los sanedritas y su procedimiento de intimidación.—*Non possumus non loqui.*—Los dos Apóstoles puestos en libertad.—Plegaria de la Iglesia.—Nueva comunicación del Espíritu Santo. (*Hechos*, IV, 5-31). 93

CAPÍTULO VI

LA MENTIRA DE ANANÍAS Y DE SAFIRA CONTRASTANDO CON LA BELLEZA MORAL DE LA IGLESIA

Continuación de la vida feliz y desarrollo de la caridad entre los fieles.—Los que venden sus tierras.—José Bernabé.—Combinación hipócrita de Ananías y de Safira.—Severidad del castigo.—Temor respetuoso que inspiran los Apóstoles.—Multitud de curaciones milagrosas.—La sombra de Pedro.—La severidad no menos necesaria que la bondad en el desarrollo de la Iglesia. (*Hechos*, IV, 32-V, 16). 100

CAPÍTULO VII

POR SEGUNDA VEZ SE PRENDE Á LOS APÓSTOLES Y SON LLEVADOS ANTE EL GRAN CONSEJO

El valor de los predicadores hace que se los aprisione por segunda vez.—Su liberación milagrosa.—Desengaño del Sanedrín en sesión.—Los Apóstoles, á quienes se busca en la cárcel, están predicando en el Templo.—Aceptan ir á explicarse ante los jueces.—Vigoroso dis-

curso de Pedro.—Intervención saludable de Gamaliel.—Su hábil mo-
ción y sus resultados.—Los azotados, satisfechos de haber sufrido
por Jesucristo, vanse de nuevo á predicar. (*Hechos*, V, 17-42). . . . 109

SEGUNDA PARTE

PRIMEROS RESPLANDORES DE LA IGLESIA FUERA DE JERUSALÉN Ó LA IGLESIA Y LOS HELENISTAS

CAPÍTULO PRIMERO

INSTITUCIÓN DE LOS DIÁCONOS

Primera nube que se levanta en la Iglesia naciente.—Judíos hele-
nistas y Judíos palestinos.—Convocación de todos los fieles.—Propo-
sición de los Apóstoles.—Elección de siete diáconos.—Su consagra-
ción solemne por los Apóstoles.—El orden del diaconado remonta á
la institución de los siete elegidos. (*Hechos*, VI, 1-7). . . . 122

CAPÍTULO II

TENTATIVA DE ESTEBAN PARA EMANCIPAR DEL JUDAÍSMO LA IGLESIA. ES APEDREADO

Elocuentes polémicas del diácono Esteban en las sinagogas.—Su
amplitud de miras: es el precursor de Pablo.—Su acusación ante el
Sanedrín.—Apología del joven diácono.—Idea general y desarrollo de
su discurso.—Fin tumultuoso del proceso.—Esteban ve al *Hijo del
Hombre*.—Muere inspirándose en su ejemplo.—Uno de sus verdugos
hará revivir su idea. (*Hechos*, VI, 8-15; VII, 1-60). . . . 132

CAPÍTULO III

LA PERSECUCIÓN DE PABLO OBLIGA A LA IGLESIA CRISTIANA Á SALIR DE JERUSALÉN

La irritación de los fariseos encuentra un instrumento terrible en
Saulo de Tarso.—Formación intelectual y moral de este joven.—Su
familia.—El título de ciudadano romano.—Su doble nombre.—El
joven discípulo de Gamaliel en lo moral y en lo físico.—No estaba
casado y no había visto á Jesús.—Lo que hacía contra los cristianos.
—Primeros resultados de su persecución. (*Hechos*, VIII, 1-4; XXII,
4; *Gálatas*, I, 13). . . . 150

CAPÍTULO IV

LA IGLESIA, SALIDA DE JERUSALÉN, OFRECE, POR LA INICIATIVA DEL DIÁCONO FELIPE, LA SALUD Á LOS SAMARITANOS

Lo que determinó al diácono Felipe á ir á predicar en Samaria.—
Si allí estaban dispuestos á proclamar á un Mesías.—Papel que allí

desempeñaba Simón el Mago.—Su enseñanza gnóstica y pagana.—Efecto maravilloso de la predicación de Felipe.—Pedro y Juan van á consagrar lo que el diácono helenista ha emprendido tan bien.—Simón quiere comprar el derecho de comunicar el Espíritu Santo.—Respuesta indignada de Pedro.—Horror que el recuerdo del mago inspiró á la Iglesia primitiva. (*Hechos*, VIII, 4-25). 163

CAPÍTULO V

BAJO LA INSPIRACIÓN DE LO ALTO, FELIPE ADMITE EN LA IGLESIA Á UN EUNUCO PAGANO

Las últimas barreras legales.—Felipe y el eunuco etíope en el camino de Gaza.—La lectura del capítulo LIII de Isaías.—Felipe da su lección de exégesis.—El bautismo, signo y conclusión de la fe.—Felipe continúa su apostolado universalista. (*Hechos*, VIII, 26-40). 175

CAPÍTULO VI

LA CONVERSIÓN DE SAULO

Saulo reclama plenos poderes contra los cristianos.—Lo que le esperaba en el camino de Damasco.—Victoria de Jesús de Nazaret.—Ciego y conducido por la mano, entra en la ciudad.—La casa de Judas en la calle Recta.—Ananías y su misión.—Saulo recobra la vista, recibe el bautismo y da testimonio á Jesucristo. (*Hechos*, IX, 1-22; XXII, 4-16; XXVI, 10-20). 185

CAPÍTULO VII

PABLO SE RETIRA Á ARABIA

Época probable en que hay que colocar su permanencia en Arabia.—Razones exegéticas.—Argumento moral, necesidad del silencio al siguiente día de las grandes crisis de la vida.—¿Prescindió Pablo del Cristo de la historia para no conocer sino el de la conciencia?—Cómo se obró su formación religiosa y teológica.—Lugar donde se retiró. (*Gálatas*, I, 13-18). 201

CAPÍTULO VIII

PABLO CONVERTIDO PREDICA EN DAMASCO Y EN JERUSALÉN

Pensamiento dominante de Pablo después de su permanencia en Arabia, y lo que él llama su *Evangelio*.—Su predicación convencida y triunfante en las sinagogas de Damasco.—Peligro que corre de parte de los judíos.—Su evasión y su partida para Jerusalén.—Impresiones probables del viaje.—Es sospechoso á todos en la Ciudad Santa.—Bernabé lo presenta á los Apóstoles.—La conferencia con

Pedro.—Predicación á los helenistas.—Persecución.—Partida para Cesárea y Tarso. (*Hechos*, IX, 22-30; *II, Cor.*, XI, 32-33; *Galat.*, I, 18-19; *Hech.*, XXII, 17-21). 210

TERCERA PARTE

EMANCIPACIÓN DE LA IGLESIA EN ANTIOQUÍA Ó LA IGLESIA DE LOS CRISTIANOS

CAPÍTULO PRIMERO

UNA VISITA PASTORAL DE PEDRO

Idea que Pablo dejaba á Pedro al abandonar á Jerusalén.—Paz general y desarrollo de la joven Iglesia.—Causa religiosa y sobre todo política.—Calígula quiere ser adorado de los judíos.—Pedro visitando las comunidades cristianas.—En Liddá cura al paralítico Eneas.—En Joppe resucita á la caritativa dama Tabita.—Permanencia en casa del curtidor Simón. (*Hechos*, IX, 31-43). 223

CAPÍTULO II

PEDRO Y EL CENTURIÓN CORNELIO

Cómo Pedro y los otros comprendían la admisión de los paganos en la Iglesia.—Cornelio, centurión de la cohorte Italiana en Cesárea.—La visión que tuvo en su plegaria.—Sus emisarios á Joppe.—El éxtasis de Pedro sobre la casa del curtidor.—Lo que Dios ha purificado no es impuro.—Pedro en casa de Cornelio.—La Pascua de Pentecostés de los gentiles. (*Hechos*, X, 1-48). 236

CAPÍTULO III

PEDRO, DE REGRESO Á JERUSALÉN, JUSTIFICA SU CONDUCTA

Sentimientos que debió experimentar viviendo con gentiles.—Cómo se apreció su conducta en Jerusalén.—*Los de la circuncisión*.—Pedro se defiende.—Todo lo que se ha hecho, Dios lo ha hecho.—Su respuesta impone silencio á unos y llena de entusiasmo á otros. (*Hechos*, XI, 1-18). 251

CAPÍTULO IV

EL MISMO TEMA PUESTO EN PRÁCTICA EN ANTIOQUÍA

Predicación evangélica fuera de Jerusalén después de la muerte de Esteban.—En la costa fenicia.—En la isla de Chipre.—En Antioquía.

—Al saber que Pedro ha bautizado á un centurión romano, predicán á los griegos.—Primicias de la gentilidad. (*Hechos*, XI, 19-21). 257

CAPÍTULO V

BERNABÉ, ENVIADO Á ANTIOQUÍA, APRUEBA EL MOVIMIENTO UNIVERSALISTA Y VA Á BUSCAR Á PABLO Á TARSO PARA ASEGURAR EL ÉXITO

Diversas impresiones de Jerusalén—Bernabé es escogido para ir á ver lo que sucede en Antioquía.—Sentido de esta elección.—Aprueba la predicación á los gentiles y se determina á generalizarla.—Su viaje á Tarso.—Entrevista con Pablo.—Vuelve de nuevo con él á Antioquía. (*Hechos*, XI, 22-25). 264

CAPÍTULO VI

ANTIOQUÍA EVANGELIZADA POR PABLO Y BERNABÉ

Antioquía en el siglo primero de nuestra era.—Topografía probable de otro tiempo.—Carácter de su población muy mezclada.—Llegada de Pablo á aquel medio.—Donde se formaban sus auditorios.—Resultado consolador de semejante apostolado. (*Hechos*, XI, 25-26). 271

CAPÍTULO VII

PERSECUCIÓN EN JERUSALÉN

Herodes Agripa I.—Vicisitudes de su existencia.—Llega á ser rey de los judíos.—Su natural perverso.—Por política, quiere agradar á sus nuevos súbditos y se hace perseguidor.—Muerte de Santiago, hermano de Juan.—Prisión de Pedro.—Su milagrosa evasión.—En casa de María, madre de Juan Marcos.—Santiago, hermano del Señor.—Desdicha de Herodes. (*Hechos*, XII, 1-19). 280

CAPÍTULO VIII

HERODES AGRIPA, EL PERSEGUIDOR, VA Á MORIR Á CESÁREA

Lo que determinó á Herodes Agripa á abandonar á Jerusalén.—Extravagancias de su carácter.—Sueña en su apoteosis.—Juegos en honor de Claudio y querella con los fenicios.—Extraña escena en el teatro.—Relato de Josefo y de San Lucas.—La mano de Dios.—Muerte del Rey impío.—Se maldice su memoria. (*Hechos*, XII, 19-24). 295

CAPÍTULO IX

PEDRO, PERSEGUIDO, LLEVA EL EVANGELIO FUERA DE PALESTINA

Dónde fué Pedro al abandonar á Jerusalén.—El apostolado no es solamente el episcopado.—Pedro predica en Roma desde el año 45 al

	PÁGS.
año 49.—Inducciones diversas.—No reaparece allí hasta más tarde.— Entre sus dos permanencias tienen lugar sus grandes misiones.— Esto basta á la tesis católica y responde mucho mejor á la idea que se forma de su celo de Apóstol. (<i>Hechos</i> , XII, 17).	304

CAPÍTULO X

DISPERSIÓN DE LOS APÓSTOLES

La persecución apresura la dispersión de los Doce.—Lote de cada uno, según la tradición.—Santiago, hermano del Señor.—Juan, An- drés y los otros.—El mundo invadido por el ejército de Jesucristo. (<i>Marcos</i> , XVI, 15, 20).	318
---	-----

CAPÍTULO XI

EL HAMBRE EN JERUSALÉN

Los emigrados en Antioquía.—Hambre profetizada por Agab.— La Iglesia de Antioquía acude al socorro de la de Jerusalén.—Misión de Pablo y de Bernabé.—Los <i>Ancianos</i> en Jerusalén.—Helena é Iza- tes quizás discípulos del Evangelio.—Sus limosnas.—Situación dolo- rosa de la Iglesia de Jerusalén. (<i>Hechos</i> , XI, 27-30).	326
--	-----

CAPÍTULO XII

LOS CRISTIANOS EN ANTIOQUÍA

Necesidad de designar oficialmente á los discípulos del Evangelio. —La palabra CRISTIANO en su origen, su significado, sus resulta- dos.—Camino rápidamente recorrido por la Iglesia.—Su nuevo nom- bre prueba que, definitivamente desligada de la Sinagoga, es dueña de sí misma en lo sucesivo.—Conclusión del período de emancipa- ción. (<i>Hechos</i> , XI, 26).	337
--	-----

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIOCESIS DE BARCELONA

Por lo que á Nos toca, concedemos nuestro permiso para publicarse el libro titulado: LOS ORIGENES DEL CRISTIANISMO, Tomo cuarto, Segunda parte, *La Obra de los Apóstoles*, escrito en francés por Mons. Le Camus, Obispo que fué de La Rochela y Saintes, y traducido al castellano por el Dr. Don Juan B.^a Codina y Formosa, Pbro., mediante que de nuestra orden ha sido examinado y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprímase esta licencia al principio ó final del libro y entréguese dos ejemplares del mismo, rubricados por el Censor, en la Curia de nuestro Vicariato.

Barcelona, 11 de Septiembre de 1909.

El Vicario Capitular,

P. A.

JOSÉ PALMAROLA, *Gob. ecclco.*

Por mandado de Su Señoría,

LIC. JOSÉ M.^a DE ROS, *Pbro.*

Scrío. Can.

80

19.192